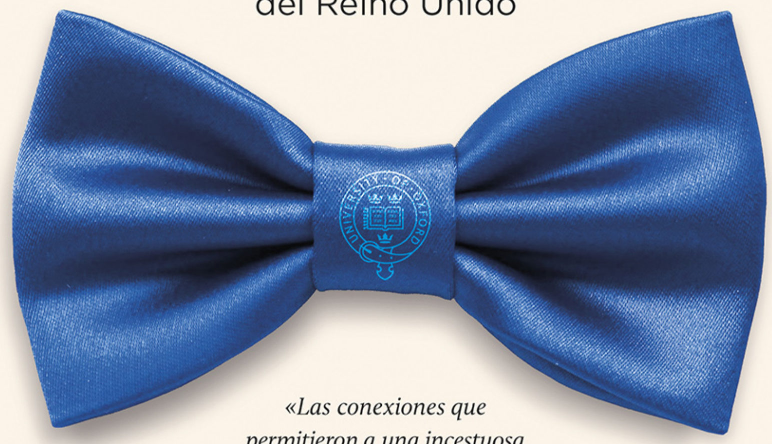
Amigo-cracia

Capitán Swing

Cómo una pequeña casta de ***tories* de Oxford** se apoderó del Reino Unido



«Las conexiones que permitieron a una incestuosa red universitaria dominar Westminster y parir el Brexit»
The Guardian

SIMON KUPER

Amigo-cracia

Cómo una pequeña casta de *tories* de Oxford
se apoderó del Reino Unido

SIMON KUPER

Traducción de

Carolina Santano Fernández



Amigo-cracia

Cómo una pequeña casta de *tories* de Oxford se apoderó del Reino Unido

«Para entender al hombre hay que saber qué pasaba en el mundo cuando tenía veinte años».

Atribuido a Napoleón
(seguramente apócrifo)

Introducción

Oxocracia

«Los observadores más sagaces de la vida pública británica se habrán fijado en una particular casta de hombres y mujeres de la clase dirigente. Tienen más de cuarenta y son engreídamente exitosos y exitosamente engreídos, y lo más probable es que hayan sido educados en Oxford».

Cherwell, el periódico universitario de Oxford, 24 de febrero de 1989

Pasas las páginas amarillentas de los periódicos universitarios de la década de los ochenta y ahí están: las mismas caras que hoy monopolizan los telediarios británicos. Boris Johnson elegido presidente de la sociedad de debate Oxford Union; un joven Michael Gove sonriendo descaradamente bajo el titular «¿Cinco son multitud? Revolcón entre las sábanas del quinteto de la Union»; y ambos siendo vendidos junto a Simon Stevens, futuro director ejecutivo del NHS,[1] en una subasta de esclavos de la sociedad de debate.[2]

En 1988 llegué a Oxford con dieciocho años para estudiar Historia y Alemán. Por aquel entonces todavía era una universidad muy británica y bastante chapucera, plagada de acoso sexual, diletantismo y jerez. Gove, Johnson, Jeremy Hunt y el mucho menos destacado David Cameron se acababan de graduar, pero desde mi caótica mesa en el periódico universitario *Cherwell* informé sobre la nueva hornada de futuros políticos. No podías pasar por alto a Jacob Rees-Mogg, el único universitario que se paseaba por el campus con un traje de chaqueta cruzada, ni a Dan Hannan, quien fundó una popular asociación euroescéptica: la Oxford Campaign for an Independent Britain. El *Cherwell* era un periódico

impreciso, gnómico, una pobre imitación del *Private Eye* también pobremente escrito, en consonancia con el característico estilo de Oxford, con su incesante ironía y sus chistes incomprensibles para cualquier persona ajena a la universidad. No obstante, visto con perspectiva, resulta que no solo estábamos satirizando a fanfarrones adolescentes sin importancia. Aunque no nos diéramos cuenta, estábamos siendo testigos de la construcción del poder en Inglaterra.

Yo no conocí personalmente a ninguno de los futuros dirigentes porque estábamos separados por el gran cisma que era la guerra de clases en Oxford: yo era de clase media y había estudiado en un colegio público en Londres tras pasar muchos años fuera del país, y ellos habían estudiado en los colegios privados más prestigiosos de Inglaterra, típicamente masculinos. Yo no era más que un *voyeur* que observaba desde fuera. Hoy, en cambio, tengo un pie en cada mundo: al terminar la universidad, me quedé unos años en el Reino Unido y después emigré en 2002 a París, donde resido desde entonces. No obstante, a través de mi columna en el *Financial Times*, me he convertido en una suerte de miembro de la clase poderosa de Inglaterra.

Los *tories* de Oxford, sobre todo quienes fueron educados en Eton, no son solo producto de Oxford; se los educa para tomar el poder desde críos. Un profesor de Literatura Clásica de Oxford compara a Johnson con los abominables atenienses de clase alta de los *Diálogos* de Platón: habían sido ampliamente corrompidos mucho antes de que fueran a estudiar con Sócrates. Cuando hablamos de los *tories* de Oxford, resulta imposible desenmarañar la superposición de influencias de la casta, el colegio y la universidad.

Pero estudiar en Oxford marca la diferencia, por lo que la universidad ha de ser tenida en cuenta como una variable independiente. Prueba de ello es que es posible contar la historia de los políticos británicos de los últimos veinticinco años sin tener que hacer apenas referencia a ninguna otra universidad. De hecho, pretendo argüir en este libro que si Johnson, Gove, Hannan, Dominic Cummings y Rees-Mogg no hubieran sido admitidos en Oxford con diecisiete años, jamás se habría producido el Brexit.

La mañana tras el referéndum, el 24 de junio de 2016, mientras veía como los líderes de las dos facciones se paseaban por la pantalla de mi televisor —casi todos, excepto Nigel Farage, estudiantes de Oxford de mi generación—, de repente lo entendí: el Brexit y la clase dirigente de la Inglaterra de nuestros días están fundamentados en la universidad que tan bien conocí. Oxford solo admite a unos tres mil estudiantes al año, es decir, menos del 0,5 por ciento de los británicos nacidos en un mismo año,[3] y aun así, el Reino Unido es una *oxocracia*; lo es desde hace tiempo. Hemos tenido diecisiete primeros ministros desde 1940

hasta la presidencia de Rishi Sunak, y trece de ellos fueron a Oxford. Churchill, James Callaghan y John Major no fueron a la universidad y Gordon Brown vivía en Edimburgo. Desde 2010, ha habido cinco Gobiernos consecutivos con primeros ministros *tories* educados en Oxford. Así que merece la pena preguntarse: ¿cómo ha sido Oxford capaz de captar a la casta británica? ¿Y con qué consecuencias?

Trataré de responder a estas preguntas teniendo en cuenta que hay muchas versiones de Oxford. Muchos estudiantes de esta universidad ni siquiera consideran meterse en política, pero, incluso entre los más interesados, hay una gran diferencia entre el Oxford de los estudiantes de colegio público, como Harold Wilson, Margaret Thatcher o Liz Truss, y el Oxford de los educados en Eton, como Harold Macmillan, Cameron o Johnson.

Y hay diferencias importantes pero también similitudes entre, por ejemplo, Macmillan y Johnson. Siempre habrá un *tory* de colegio privado en cada generación, pero cada año será diferente al del anterior. Mi objetivo es entender en qué aspectos ha cambiado la oxocracia a lo largo del tiempo y en qué aspectos sigue igual.

Aprovecho para explicar qué es y qué no es este libro. Este libro no es una venganza personal contra Oxford; fui muy feliz en la universidad y aprendí mucho en ella. Al haberme criado fuera de Inglaterra, me fascinaba el cotorreo de mis compañeros británicos que habían sido entrenados desde la infancia para hablar con fluidez. Además, no me agobiaban las imposiciones de clase que muchos de mis compañeros padecían. Paseé por el Deer Park del Magdalen, me enamoré perdidamente e hice amistades para toda la vida echando pésimas partidas de críquet o diseccionando canciones *indie* a las cinco de la mañana.

Este libro tampoco va de enumeraros a toda la gente famosa que he conocido a lo largo de mi vida ni de contar historietas entrañables sobre bromas universitarias para fingir ser parte de un exclusivo club de poder. No pretendo volver a litigar con respecto al referéndum del Brexit ni analizar las miles de razones por las que diecisiete millones de personas votaron abandonar la Unión Europea. No es mi intención argüir que todos aquellos votantes fueron manipulados por los *tories* de Oxford o por Farage, un personaje clave en este proceso que apenas aparece en este libro. Los *tories* pro-Brexit no son responsables de la cultura eurófoba en el Reino Unido. Desde 2016 se han llevado a cabo muchos análisis académicos sobre los motivos de aquellos que querían dejar la Unión Europea. Este libro no va a entrar en ese debate. Los votantes son los receptores de la política, pero no son la única fuerza de la sociedad. Por eso, este libro se centrará en los que proveen la política: los políticos. Y, por tanto,

también en las opciones que estos ofrecen al electorado.

Tampoco pretendo que sea una narración afectada sobre el intercambio de ocurrencias entre profesores ya fallecidos de Oxford. No es un libro sobre cómo ha cambiado Oxford ni es una biografía sobre Boris Johnson.

Sí es, en cambio, un intento de retratar a un grupo de *tories* pro-Brexit —mayoritariamente hombres— procedentes de la casta dominante que ascendieron al poder por la vía tradicional: Oxford. Esta casta es solo una pequeña parte de Oxford, pero es importante retratarla porque es omnipresente en la historia política de la Inglaterra contemporánea.

Estos hombres tienen unas creencias atípicas: la mayor parte de los graduados en Oxford votaron quedarse en la Unión Europea en 2016. Los *tories* pro-Brexit eran una minoría incluso entre los políticos de Oxford en la década de los ochenta. Sus compañeros de clase incluían a buena parte de la camarilla que rodeó a Cameron durante sus años como primer ministro y apoyó su campaña para permanecer en la Unión Europea, así como a algunos futuros líderes del Partido Laborista. Johnson y el graduado en Derecho Keir Starmer acabaron la carrera en Oxford durante el verano de 1987; Cameron se graduó un año después.

Buena parte de la élite de los medios de comunicación también estaba allí, en Oxford. En el curso 1988-1989, dos estudiantes de tercer año llamadas Emma Tucker y Zanny Minton Beddoes compartieron un piso lóbrego junto al canal, cerca de la estación de tren. En 2023, Tucker dirigía el *Wall Street Journal* y Minton Beddoes el *Economist*. Los editores del *Guardian*, el *Telegraph* y el *Daily Mail* en 2022 también pasaron por Oxford en los años ochenta. Nick Robinson, presentador del programa de la BBC *Today*, fue una estrella de la Union en la época de Johnson.

Pero el grupo que protagoniza esta historia es el de los *tories* pro-Brexit, sencillamente porque ganaron. Se salieron con la suya: sacaron adelante el Brexit y refundaron el Reino Unido. Entender en qué consiste el poder en Inglaterra hoy por hoy requiere viajar atrás en el tiempo a las calles de Oxford entre los años 1983 y 1998.

---

[1] Sistema nacional de salud británico. (*N. de la T.*).

[2] «Union slave auction», *Cherwell*, 12 de junio de 1987.

[3] Sandel, Michael, *The Tyranny of Merit: What's Become of the Common Good?*, Londres: Allen Lane, 2020, p. 100 [trad. cast.: *La tiranía del mérito*, Barcelona: Debolsillo, 2023, trad. de Albino Santos Mosquera].

01

Una suerte de élite

«Oxford es, sin duda, una de las ciudades del mundo en las que menos se trabaja».

JAVIER MARÍAS, *Todas las almas* (1992)

Hace unos años, no bastaba con lograr unos buenos resultados en los *A-levels*.[4] Para entrar en Oxford había que despuntar en un ritual especialmente británico: la entrevista de acceso. En 1987, cuando yo mismo sobreviví a esa entrevista, la cosa iba así… Tienes diecisiete años. Te pones un traje nuevo. Te desplazas hasta Oxford y, tras mucho buscar, por fin encuentras el despacho del profesor que andas buscando. Igual te sirven un jerez, que es la primera vez que lo pruebas. Y entonces empiezas a hablar.

Los profesores, despatarrados en sus canapés, lanzan pregunta tras pregunta sobre cualquier tema que les quite el sueño. Sé de un estudiante al que le preguntaron: «¿No cree usted que la plaza de San Marcos de Venecia parece una sucursal del Barclay's Bank?». La entrevista de acceso está diseñada con el fin de examinar la habilidad del estudiante para hablar sobre cualquier tema sin necesidad de estar informado, es decir, hablar por hablar. Muchos profesores de la época buscaban, como ellos mismos decían, «hombres del Renacimiento» (o incluso mujeres) a los que fuera entretenido dar clase. Tenían total libertad para aplicar sus criterios personales; por ejemplo, había un profesor que favorecía descaradamente a los estudiantes rubios, altos y de la *public school*.[5] Si tenías buenas notas y se te daba bien hablar y escribir, te otorgaban el billete de entrada a la clase dominante de Inglaterra.

Entrar en Oxford no era particularmente difícil para los hombres blancos de

clase media-alta o clase alta; una categoría que, por aquel entonces, constituía el grueso de los estudiantes aceptados. Las universidades para hombres empezaron a aceptar mujeres tan solo a partir de 1974, para la desgracia de muchos profesores,[6] y a mediados de los años ochenta las mujeres solo constituían un 35 por ciento de los estudiantes.[7] (Como veréis, este libro está protagonizado por hombres, pero es solo porque son los que dominan la casta que trato de describir).

No había mucha competición por las plazas que ofertaba Oxford entre el resto de los estudiantes del país. En 1980, tan solo el 13 por ciento de los jóvenes británicos tenían acceso a estudios superiores.[8] Y en 1981, Oxford admitía a dos de cada cinco aspirantes.[9]

El Michael Gove de veinte años lo resumió bastante bien en 1988, cuando era presidente de la Oxford Union: «Oxford tan solo ha cambiado en cuanto a que ahora también admite a las hijas, además de a los hijos, de la clase media adinerada»; lo de la «clase media adinerada» era un eufemismo. Además, Gove se lamentaba de que Oxford no era «elitista de verdad» porque no gozaba de excelencia académica.

> Si viéramos Oxford como un lugar donde educar a futuros líderes, en lugar del sitio al que los líderes presentes mandan a rematar a sus hijos, tendríamos una sociedad bastante más saludable.[10]

En la década de los ochenta, Oxbridge[11] todavía permitía lo que se conoce como el séptimo bimestre: la costumbre de que, una vez aprobados los *A-levels*, los alumnos de las escuelas privadas pasaran dos meses más en el instituto con el fin de prepararse para acceder a Oxbridge,[12] lo que incluía prácticas para la entrevista. Cuando pregunté en mi *comprehensive*[13] me dijeron que nosotros no teníamos de eso. El director de *sixth form*[14] me contestó que, de todas formas, no le hacía gracia que fuera a Oxford porque no creía en las universidades que discriminaban al alumnado en función de sus aptitudes académicas.

Mi instituto había pasado de *grammar*[15] a *comprehensive* a principios de la década de los ochenta. Los colegios públicos que discriminaban por rendimiento académico eran los principales competidores de las *public schools*, y su cierre por parte de Gobiernos conservadores y laboristas (por buenas y malas razones) había descompensado la balanza todavía más a favor de la clase alta.[16] En el curso 1991-1992, mi último año en Oxford, el 49 por ciento de los estudiantes admitidos venían de colegios privados ingleses, frente al 43 por ciento que venían de institutos públicos. Los estudiantes internacionales ayudaban a compensar la

media.[17]

Si habías estudiado en una *public school* y te rechazaban en la entrevista de acceso para entrar en Oxford, no tenías por qué desesperar: no estaba todo perdido. Parte del trabajo de los colegios privados era saber a qué profesores tenían que llamar para hablar en tu favor. «Con una o dos llamaditas enseguida hacen hueco a los rezagados», comentó el director de Westminster, John Rae, en los años setenta.[18] Y también puede que alguna que otra de esas llamaditas fuera acompañada de una generosa cena.[19] Una llamada a tiempo también te garantizaba plaza en el colegio universitario de tu gusto: si quedaba alguna plaza vacante una vez anunciados los resultados de los *A-levels*, esta era la mejor manera de llenarla.

El futuro periodista Toby Young, rechazado en Brasenose College tras no conseguir las dos B y la C[20] que le pedían en los *A-levels*, tuvo la suerte de tener un padre bien posicionado que le hizo una llamada al encargado de admisiones de la universidad.[21] Con todo, Young es un hombre inteligente y no sería justo que se lo tachara de rico indigno y desagradecido. Pero no es menos cierto que si entró en Oxford fue gracias a que su padre es Michael Young, el barón Young de Dartington, autor del manifiesto laborista de 1945, fundador de la Open University y la persona que acuñó el término *meritocracia*.

Los pocos estudiantes ajenos a los privilegios de la riqueza que se atrevían a postularse para entrar en Oxford enseguida se daban cuenta de que estaban fuera de lugar. Al hijo de un cartero le daba tanto miedo conocer a gente nueva en los días previos a su entrevista de acceso que, en sus propias palabras: «Me pasaba el día en mi habitación, comiendo Maltesers en calzoncillos». Paradójicamente, ese chico acabó siendo profesor de Oxford.

Cuenta otro profesor de Oxford que, durante la década de los noventa, entrevistó a muchos estudiantes de colegios públicos que se sentaban al filo de la silla, aterrorizados. Al final, se acostumbró a decir: «No tiene por qué estar nervioso. Relájese, por favor», tras lo cual el alumno se apoyaba en el respaldo de la silla durante dos segundos. Por el contrario, un estudiante al que entrevistó, hijo y nieto de hombres de Oxford que portaba además el apellido de un antiguo primer ministro, se recostó en la silla «como si fuera el dueño del lugar». Este antiguo profesor asegura haber aceptado a una gran mayoría de estudiantes de colegio privado a lo largo de los años («Era bastante deprimente, la verdad») sencillamente porque no se presentaban muchos estudiantes de colegios públicos.

Fiona Hill, hija de un minero educada en un *comprehensive* en la ciudad de Bishop Auckland, en el noreste del país, suspendió el examen de acceso a Oxford; algo lógico, por otra parte, ya que no se lo había preparado. La pregunta sobre la

teoría de Schopenhauer la dejó de una pieza, dado que ni siquiera sabía quién era Schopenhauer. Hertford, el colegio universitario de Oxford más propenso a admitir a estudiantes de colegios públicos, decidió entrevistarla de todos modos para la prueba de acceso. En 1983, Hill se presentó en la entrevista vestida de forma inapropiada con un conjunto que le había cosido su madre. Mientras esperaba para entrar, trató de entablar conversación con otra estudiante, quien desconcertada por su acento le respondió: «Lo siento, pero no he entendido nada de lo que acabas de decir». Cuando Hill se levantó para entrar en la entrevista, otra chica le puso la zancadilla (puede que accidentalmente) y la pobre se estampó contra el marco de la puerta y tuvo que empezar la entrevista sangrando por la nariz. El apacible profesor que la entrevistó le recomendó solicitar plaza en St. Andrews. Acabó yendo a esa universidad.[22]

Echando la vista atrás, Hill compara su experiencia en Oxford con «una escena de *Billy Elliot*. La gente se burlaba de mí por cómo hablaba y cómo vestía. Fue la experiencia más embarazosa y desagradable de toda mi vida». Esto lo dijo en una charla informal en un evento para miembros del periódico *Guardian* en la que fue identificada sencillamente como «Fiona Hill, 50».[23] Para entonces ya se había mudado a Estados Unidos, donde nadie sabía identificar su acento del noreste de Inglaterra y donde se convirtió en una académica experta en Rusia, una funcionaria de rango superior en la Casa Blanca y, más adelante, en una testigo estrella en el primer juicio político contra Donald Trump. Inglaterra no supo ver su potencial.

Tanto los detractores como los defensores de Oxford siempre recurren a la misma palabra: *elitista*. Eso sí, cada uno la usa con un significado diferente. Para los detractores, el término *elitista* hace referencia a la élite hereditaria; para los defensores, a la élite meritocrática. Y, a decir verdad, casi todo el que entra en Oxford es una mezcla de privilegio y mérito en proporciones variables.

Esto es así hasta para los etonianos.[24] El objetivo de Eton no es solo producir hornadas de caballeros adinerados, sino también engendrar a la clase dominante del país. En la década de los años veinte, un etoniano como Alec Douglas-Home tenía garantizado el acceso a Oxford casi como derecho de nacimiento. Los tipos como él podían hacer la carrera en Oxford, conseguir una licenciatura de tercera clase[25] y, aun así, acabar siendo primeros ministros de Inglaterra; en el caso de Douglas-Home, el tercer etoniano consecutivo en el cargo.[26] Entre 1900 y 1979, casi un cuarto de todos los ministros había pasado por Eton.[27]

Ahora bien, cuando las reglas cambiaron y la sociedad empezó a demandar que la clase dirigente estuviera compuesta por empollones meritocráticos, Eton empezó a producir empollones meritocráticos. En la versión actualizada de su

Anatomy of Britain, de 1982, Anthony Sampson decía que, aunque antes los etonianos estaban considerados como unos estudiantes «seguros de sí mismos, estúpidos y desconectados de la realidad», en la década de los ochenta pasaron a ser vistos como alumnos «seguros de sí mismos, inteligentes y aún desconectados de la realidad». Andrew Adonis explica que Eton pasó de ser «un *comprehensive* para la aristocracia a un *grammar* oligárquico», pero con «la misma clase de chavales».[28] Los privilegios eran los mismos. Aun así, con la llegada de Thatcher al poder muchos lograron convencerse de que estaban donde estaban gracias y solo gracias al mérito.

En el Oxford de la década de los ochenta el culto al trabajo estaba mal visto. La apuesta por la vagancia venía de lejos. Decía Graham Greene en los últimos años de su vida: «Durante casi un bimestre me acostaba borracho y me ponía a beber nada más levantarme… Solo tenía que estar sobrio una vez a la semana para leerle un trabajo a mi tutor».[29] En una visita a la universidad en 1959, Stephen Hawking dijo haberse encontrado con:

> […] una mala actitud generalizada […] aversa al trabajo duro. O eras brillante sin esforzarte o tenías que aceptar tus limitaciones y conformarte con una licenciatura de cuarta clase. Esforzarse para sacar mejores notas estaba mal visto y te convertía en un auténtico *grey man*,[30] el peor epíteto en el vocabulario de Oxford.[31]

En una de sus publicaciones de los años setenta, Jan Morris alaba el fetiche por excelencia de Oxford: «la superioridad espontánea». «Las antiguas universidades para mujeres se enorgullecen de su alto porcentaje de licenciaturas de primera clase, pero su obsesión con la inteligencia, el esfuerzo y los resultados académicos no casa con el carácter de Oxford». En palabras de Morris: «Los nuevos estándares de Oxford, que tan bien representan las mujeres […] premian la mediocridad de primera clase por encima del genio ocioso».[32]

Ross McInnes, un francés con residencia en Australia que llegó a Oxford en la década de los setenta desde un liceo parisino y que más adelante pasaría a ser el presidente de la compañía aeroespacial francesa Safran, explica: «Lo que más me sorprendió de Oxford fue la facilidad con la que se compatibiliza la vida académica, la social y la política. En Francia es muy diferente; si estudias en una *grand école* no haces sino trabajar, porque tu rendimiento académico determina el resto de tu carrera».

En Gran Bretaña ir a la universidad supone vivir en una residencia de estudiantes sin supervisión desde los dieciocho años. De ahí que el objetivo

principal de la mayoría de los alumnos sea pasárselo bien y entablar amistades que les duren toda la vida y que hagan las veces de futuros contactos laborales. La página de Boris Johnson en el anuario de 1983, su último año de universidad, cuenta con una fotografía de sí mismo en la que aparece con dos bufandas y una ametralladora sobre una inscripción en la que promete anotarse «más tiros en su falo falocrático».[33]

A sabiendas de que estudiar en Oxford es un logro imborrable en el currículum, los estudiantes disponen de tres años para disfrutar de tan mágico lugar. La mayoría de mis compañeros dedicaban sus esfuerzos a madurar, hacer amigos, beber cerveza, jugar partidos y encontrar el amor. Una encuesta de mi época reveló que el estudiante medio de Oxford solo estudiaba veinte horas a la semana por bimestre, es decir, solo veinticuatro semanas al año. Y a los estudiantes de Bellas Artes les bastaba con cuatro horas de estudio a la semana, escribió Allegra Mostyn-Owen, la novia universitaria de Johnson y su primera mujer; aunque seguro que exageraba.[34]

La estudiante estadounidense Rosa Ehrenreich llegó a Oxford tras graduarse en Harvard en 1991. Más adelante escribiría: «Aquella universidad era tan antintelectual, tan machista y tan alcohólica que los mejores y más interesantes alumnos se recluían en sus habitaciones o se veían obligados a adoptar algún mecanismo de autodefensa, como censurar lo que pensaban sobre la universidad o fingir ser tan patanes como sus compañeros».[35] Oxford y Cambridge, señalaba Ehrenreich, tenían pocos incentivos para elevar los estándares académicos porque gozaban de un monopolio casi total de los estudiantes británicos mejor cualificados.[36]

Desde luego, la clientela de Oxford no era especialmente exigente. Los estudiantes británicos de la década de los ochenta estudiaban gratis y, al entrar en Oxford, tenían garantizada la membresía *in aeternum* en la clase dirigente, independientemente de cuánto aprendieran en la universidad. Todo el que estudia en Oxford se pasa el resto de su vida perpetuando la buena reputación de la universidad. A fin de cuentas, ¿por qué iban a lanzarse piedras contra su propio tejado? El estadounidense Frank Luntz, consultor político republicano, no disfrutó precisamente de su estancia como estudiante de doctorado en Oxford en la década de los ochenta, pero explica: «Cuando me licencié y empecé a quejarme de mi experiencia, mis compañeros de Oxford me espetaron: "Cierra el pico. Este lugar es mágico y te va a abrir muchas puertas, así que ni se te ocurra criticarlo"».

Podías esforzarte si querías. De hecho, muchos estudiantes lo hacían, hasta el punto de obsesionarse con sus estudios. Pero durante los años ochenta y noventa

esforzarse no era obligatorio. Había clasicistas que aprovechaban los cuatro años de carrera en Oxford para leerse toda la obra de Homero y Virgilio; pero también había muchos otros que elegían no hacerlo.

Los estudiantes de Bellas Artes de los años ochenta apenas iban a clase. Por aquel entonces, ir a clase era un entretenimiento más, como ir al cine, así que tan solo los profesores más admirados impartían clase ante un auditorio lleno. La carga de trabajo del estudiante medio era de una o dos clases a la semana, para las cuales había que escribir un ensayo cortito sin notas a pie de página. Una de las tradiciones más populares de Oxford era la «crisis del ensayo»: pasarte toda la noche trabajando con ayuda de litros de café o pastillas de *speed* y, al día siguiente, soltar lo escrito entre temblores para después ir a recuperarte al bar de la universidad.

No hacía falta elaborar una argumentación propia, bastaba con leerse fragmentos de algunos libros o, por lo menos, frases de un par de libros (o si andabas falto de tiempo, unas líneas de un libro) y después construir una argumentación audaz y contradictoria que arguyera que todo lo dicho hasta el momento sobre el tema en cuestión estaba mal.

Los exámenes finales consistían en múltiples ensayos que se habían de redactar en tres horas, con todos los alumnos vestidos con un uniforme oscuro y formal conocido como el *subfusc*. Hombres ataviados con pajaritas y mujeres en minifaldas negras como camareras de un evento formal —la mayoría hasta arriba de sedantes— desfilaban hacia los edificios universitarios bajo la estricta vigilancia de los *subfusc checkers*, que se aseguraban de que los estudiantes cumplieran con los estrictos códigos de vestimenta.

Los ensayos provocadores eran cosa de hombres. Los buenos escritores que se sacaban trabajos enteros de la manga y que eran capaces de defender argumentos en los que no creían solían tener mejores notas que los académicos serios que se habían leído todos los textos del curso y se interesaban por la complejidad de los matices. El estilo ensayístico que aprendí en Oxford resultó ser una excelente preparación para mi carrera como columnista en un periódico. Basta con leer el *Economist*, una suerte de recopilación semanal de provocadores ensayos cortos, para ver que no estoy solo. Para mi consternación, me veo reflejado en los *tories* de Oxford: allí también aprendí cómo ganarme la vida a base de escribir y hablar desde la ignorancia.

Normalmente, los científicos y los ingenieros estudiaban bastante más; al fin y al cabo, tenían sesiones prácticas en el laboratorio y clases teóricas obligatorias. Todo sea dicho, eran una minoría: aproximadamente dos tercios de los estudiantes de Oxford a principios de los ochenta optaban por las carreras de

humanidades.[37]

Con un poco de suerte, las tutorías podían funcionar de maravilla: una hora a solas con un brillante pensador cuyo único objetivo era ejercitar tu mente con preguntas socráticas. Un tutor de Literatura Clásica de Oxford me contó que él consideraba que su trabajo era liberar a los estudiantes de la «camisa de fuerza» de la familia y el colegio que les había formateado la mente, para así ayudarlos a pensar por sí mismos. Sí, a veces las tutorías eran así. Todavía recuerdo aquella tutoría en la que me disponía a divagar alegremente sobre Luis XIV y su nuevo impuesto al pueblo francés en el siglo XVII cuando, de la nada, el tutor me preguntó: «¿Y cómo crees que lo hizo?». De repente, me di cuenta de la dificultad de gobernar un territorio. Seguramente, el rey habría enviado mensajeros a caballo, y los mandamases locales habrían ignorado su edicto, si es que les había llegado, o lo habrían ejecutado solo parcialmente.

Un estudiante inteligente y hacendoso podía sacarle mucho partido a Oxford. Un tutor de Ed Balls, el futuro político laborista, dijo sobre él: «Entendía el contenido de las asignaturas, pero iba más allá y pensaba en cómo podría convertirlas en leyes. A veces, después de una tutoría, uno sentía que Balls le había absorbido todas las ideas. No solo quería saber sobre esta teoría o aquella, también quería saber qué pensábamos nosotros, los profesores, sobre esas teorías y cómo se podrían llevar a la práctica».[38]

Robin Lane Fox, tutor de Dominic Cummings para la asignatura de Historia Antigua, lo recuerda como un estudiante trabajador y brillante fascinado por los grandes mandamases de la historia, desde Alejandro Magno hasta Lenin. «Se licenció con un grado de primera clase en mis dos asignaturas», asegura Lane Fox, que añade que Cummings estaba «un curso por delante intelectualmente y en rendimientos académicos» que Johnson. Cummings no dedicó sus años en Oxford a pulir su retórica. «No soy elocuente», ha dicho en alguna ocasión; una clara pulla a sus rivales políticos que se recrean en debates sin sentido.[39]

Pero, académicamente hablando, la mayoría sacamos bastante menos provecho de Oxford. Cuando releía mis trabajos para prepararme los exámenes finales, me parecían tan patéticos que me daban ganas de escribir a mis profesores para disculparme. A menudo, las tutorías funcionaban así: con dieciocho años, una resaca tremenda y distraído con cosas menos importantes, te plantabas delante de tu tutor y le leías el trabajo, lamentable pero bien escrito, que habías terminado a las cinco de la mañana. El tutor te señalaba las lagunas de conocimiento y tú te pasabas una hora intentando obviarlas.

Una vez, un tutor me señaló un fallo de razonamiento en uno de mis trabajos citando al pensador francés Roland Barthes y su teoría que dice que la realidad

no es más que un constructo. Yo le contesté: «Barthes pensaba que la realidad era un constructo, pero lo atropelló un camión de la lavandería», que era lo poco que sabía de él. En aquel momento me pareció un chiste buenísimo. «Cierto», respondió el tutor, y dejó que continuara con mi exposición. El tutor en cuestión era miembro de la junta de gobierno de otro colegio universitario en Oxford y le habían endosado aquella tutoría. Mi educación no era su prioridad, y tampoco la mía.

En Oxford, el escaqueo en las tutorías era un arte como otro cualquiera. De hecho, el *Cherwell* llegó a nombrar a Simon Stevens (que pasaría a dirigir el NHS entre 2013 y 2021) como «el mejor improvisador de todo Oxford»: «Recientemente, Simes le leyó a su tutor casi la mitad de su trabajo antes de que su compañero revelase que estaba "leyendo" de una hoja en blanco».[40]

Huelga decir que la vasta mayoría de las veces los tutores sabían lo que nos traíamos entre manos. Pero como me dijo una vez un profesor: «Es evidente cuando un alumno no se ha preparado la tutoría, la cuestión es si nos importa. Al fin y al cabo, los tutores hemos visto a tantos estudiantes como vosotros… Hay una gran mayoría de alumnos mediocres que no merece la pena recordar».

Muchos tutores consideraban que si un estudiante quería malgastar sus tres años de universidad bebiendo cerveza, no era de su incumbencia. Tenían cosas mejores que hacer. Los tutores más jóvenes estaban volcados en sus investigaciones. Y los más experimentados del claustro, muchos de los cuales habían accedido al puesto pese a su manifiesta falta de méritos, no tenían doctorados, pero sí la posibilidad de jubilarse sin haber publicado ni un solo artículo académico en todos sus años de carrera, que se los habían pasado bebiendo jerez. En la década de los ochenta, el alcohol, servido gratis y en abundancia en el comedor de profesores, era una institución más para el claustro de Oxbridge. Margaret Grieco, del Instituto de Estudios del Transporte, asegura que cuando su marido empezó a dar clase en Cambridge, en cuestión de unos meses, pasó de ser «muy moderado con el consumo de alcohol» a pasarse el día en un continuo estado de ebriedad.[41]

En resumen, a muchos de los tutores de Oxford de la década de los ochenta les daba exactamente igual si los alumnos se habían preparado las presentaciones o si hablaban por hablar. De todos modos, en todos estos años de carrera me ha quedado claro que aprender a hablar desde la ignorancia es una excelente preparación para la vida profesional; bastante más útil que…, qué sé yo, aprender sobre Roland Barthes, por ejemplo. En mi época, un estudiante podía salir de Oxford transformado y mejorado por la mejor ratio entre profesorado y alumnado del mundo o podía terminar la carrera sin haber aprendido nada salvo

cómo marear la perdiz de manera convincente. Hasta Roy Jenkins, el canciller de la universidad desde 1987 hasta 2003, tuvo que admitir que a veces Oxford podía llegar a ser una universidad «frívola y superficial».[42]

Kalypso Nicolaïdis, catedrática de Relaciones Internacionales en Oxford, en la actualidad en excedencia en el Instituto Universitario Europeo en Florencia, dice:

> Si un estudiante es capaz de producir dos trabajos bien escritos y argumentados a la semana, puede salir airoso pese a no saber mucho sobre el tema en cuestión. Puede que suene superficial, pero saber comunicarse es muy útil. Hay que saber ganarse a la gente, sobre todo si quieres estar en política. Oxford lo sabe y lo premia.

Pero, añade:

> […] Oxford no va de eso. ¿Por qué querría ser catedrática de una universidad así? Si nos preguntaran a los facultativos contestaríamos que estamos comprometidos con nuestro trabajo y que nuestro objetivo es transmitir al alumnado un conocimiento lo más profundo posible sobre nuestras asignaturas. Si tú como estudiante no quieres aprovecharte de ello, eso ya es cosa tuya.

Como las tutorías eran individuales, los profesores gozaban de gran privacidad, sobre todo aquellos que las organizaban en las habitaciones del colegio universitario donde vivían. Había un tutor muy famoso conocido por desnudarse delante de los estudiantes, y también por haber intentado reclutar a alguno para los servicios de inteligencia. Como muchos otros problemas en el Oxford de los ochenta, las autoridades se lo tomaban a cachondeo. En cambio, otro profesor se pasó tanto acosando a sus alumnas que, al final, a la universidad no le quedó más remedio que prohibirle impartir tutorías a mujeres.

La corrección política no estaba en boga por aquel entonces. En 1985, la mayoría de las universidades tenía una o ninguna mujer dentro de la junta de gobierno de los colegios universitarios.[43] Una coetánea que estudió Filosofía, Política y Economía (PPE, por sus siglas en inglés) me contó por correo: «No estudiamos ni a una sola filósofa del siglo XX; es más, no había ni rastro de una sola mujer en los textos elegidos, ni entre el profesorado de la universidad, ¡ni siquiera mencionada a lo largo de los tres años del grado de Humanidades!». Todavía recuerda a un tutor que se lamentaba de que ella y su compañera de tutoría no fueran unos chicarrones. «Yo creo que lo hacían para sacarnos de nuestras casillas e intimidarnos. Y, a decir verdad, lo conseguían», me confesó.

En la década de los ochenta, las universidades todavía podían parecer «clubes

de hombres con alas femeninas».[44] En mi época, unos estudiantes que habían agredido sexualmente a una mujer en el patio central de su colegio universitario acabaron siendo suspendidos… durante un bimestre. En las reuniones de la sala común, cuando una mujer intentaba hablar, lo normal era que los hombres vocearan: «¿Por qué no te sacas las tetas para que las veamos todos!». Y a un estudiante sij le gritaron en la universidad (sin consecuencia alguna, por cierto): «¡Anda, pero si ahora dejan entrar a los cabezatoallas!». La homofobia se daba por hecho. Cualquier queja sobre estas tradiciones era tratada como demostración de una manifiesta falta de sentido del humor.

---

[4] Una serie de exámenes finales de diversas asignaturas que han de aprobar los alumnos del sistema educativo británico en el *Year 13* (año equivalente a segundo de bachillerato) para así poder entrar en la universidad. (*N. de la T.*).

[5] Los colegios privados más elitistas de toda Inglaterra; habitualmente internados exclusivamente masculinos. (*N. de la T.*).

[6] Sampson, Anthony, *The Changing Anatomy of Britain*, Londres: Coronet Books, 1982, p. 165.

[7] Hitch, Susan, «Women», *The Oxford Myth*, ed. de Rachel Johnson, Londres: Weidenfeld & Nicholson, 1988, p. 88.

[8] Greenaway, David y Michelle Haynes, «Funding higher education in the UK: The role of fees and loans», *Economic Journal*, 13 de febrero de 2003.

[9] Sampson, *The Changing Anatomy of Britain*, p. 164.

[10] Gove, Michael, «The President's Address», *Debate*, Hilary term, 1988.

[11] Sobrenombre con el que se designa conjuntamente a las universidades de Oxford y Cambridge. (*N. de la T.*).

[12] Ellis, Walter, *The Oxbridge Conspiracy*, Londres: Penguin, 1995, pp. 150 y 153.

[13] Instituto público que no discrimina a sus estudiantes por sus rendimientos académicos. (*N. de la T.*).

[14] Los últimos dos años (opcionales) de secundaria. (*N. de la T.*).

[15] Instituto público que determina la entrada de sus estudiantes según sus rendimientos académicos. (*N. de la T.*).

[16] Baker, Mike, «Grammar schools — why all the fuss?», BBC News, 2 de junio de 2007.

[17] Ellis, *The Oxbridge Conspiracy*, p. 18.

[18] Green, Francis y David Kynaston, *Engines of Privilege: Britain's Private School Problem*, Londres: Bloomsbury, 2019, p. 87.

[19] Verkaik, Robert, *Posh Boys: How the English Public Schools Run Britain*, Londres: Oneworld, 2018, p. 302.

[20] Sistema de calificación no numérico empleado en el Reino Unido para los *A-levels*.

Los estudiantes son calificados en una escala que va de la A* (la nota más alta) a la E (la más baja). (*N. de la T.*).

[21] Booth, Robert, «Toby Young: social-media self-obsessive still battling with father's shadow», *Guardian*, 5 de enero de 2018.

[22] Hill, Fiona, *There Is Nothing For You Here: Finding Opportunity in the Twenty-First Century*, Boston y Nueva York: Mariner Books, 2021, pp. 65-66.

[23] Kuper, Simon, «Fiona Hill, Boris Johnson and the tyranny of the plummy British accent». *Financial Times*, 28 de noviembre de 2019.

[24] Persona que ha sido educada en Eton. (*N. de la T.*).

[25] En Inglaterra, el objetivo en las licenciaturas ordinarias es aprobar y conseguir un título para la asignatura. No se puede suspender. Si no se aprueba esa asignatura, simplemente no se consigue el título. En función de las calificaciones se puede obtener un título de primera clase (el más alto), de segunda clase superior, de segunda clase y de tercera clase (el más bajo). Hasta la década de los setenta, Oxford también ofrecía títulos de cuarta clase. (*N. de la T.*).

[26] Dutton, David, *Douglas-Home*, Londres: Haus Publishing, 2006, p. 4.

[27] Verkaik, *Posh Boys*, p. 134.

[28] Adonis, Andrew, «Importance of being Eton», *Prospect*, 26 de mayo de 2021.

[29] Citado en Shakespeare, Sebastian, «Eccentrics», *The Oxford Myth*, ed. de Johnson, p. 52.

[30] Un hombre serio y aburrido: gris. (*N. de la T.*).

[31] Ellis, *The Oxbridge Conspiracy*, p. 75.

[32] Morris, *Oxford*, pp. 102-103.

[33] Gimson, Andrew, *Boris: The Rise of Boris Johnson*, Londres: Simon & Schuster, 2006, p. 55.

[34] Mostyn-Owen, Allegra, «Drugs», *The Oxford Myth*, ed. de Rachel Johnson, Londres: Weidenfeld & Nicholson, p. 126.

[35] Ehrenreich, Rosa, *A Garden of Paper Flowers: An American at Oxford*, Londres: Picador, 1994, p. 8.

[36] *Ibid.*, p. 140.

[37] Sampson, *The Changing Anatomy of Britain*, pp. 165-167.

[38] Elliott, Francis y Tom Baldwin, «Cameron, Balls and the Oxford crew that is now shaping politics», *The Times*, 23 de enero de 2010.

[39] Collini, Stefan, «Inside the mind of Dominic Cummings», *Guardian*, 6 de febrero de 2020.

[40] Evelyn, John, «Election Special», *Cherwell*, 6 de junio de 1986.

[41] Blease, Stephen, «Another little drink…», *Cherwell*, 22 de noviembre de 1991.

[42] Ellis, *The Oxford Conspiracy*, p. 62.

[43] Hitch, Susan, «Women», *The Oxford Myth*, ed. de Johnson, p. 97.

[44] *Ibid.*, p. 89.

02

Guerra de clases

«Los alumnos de colegio privado salen a un mundo que no está compuesto exclusivamente por otros estudiantes de colegio privado o por anglosajones, sino por hombres que son tan diferentes como los granos de arena del fondo del mar; salen a un mundo cuyas riquezas y sutilezas ni tan siquiera imaginan».

E. M. FORSTER, «Notes on the English Character»[45]

La principal representación de la clase trabajadora en Oxford era el personal de servicio: desde porteros hasta *scouts* (las señoras de la limpieza). Muchos trabajaban para el mismo colegio universitario hasta la jubilación, y sus acentos del suroeste de Inglaterra eran motivo de burla para los estudiantes, aunque no siempre lo hicieran con mala intención. En la década de los ochenta, la ciudad de Oxford estaba de capa caída y la clase trabajadora se tuvo que buscar la vida como buenamente pudo; pero no siempre fue así. En 1936, Cowley, un barrio a las afueras de Oxford alejado de la zona universitaria, había albergado una de las fábricas automovilísticas más grandes del mundo, solo por detrás de las de Estados Unidos.[46] Pero al llegar los años ochenta, la empresa colapsó. La mano de obra en el sector automovilístico de Oxford se redujo, pasando de veinticinco mil trabajadores en la década de los setenta a cinco mil a principios de los años noventa.[47] El sector automovilístico fue sustituido por el floreciente sector servicios de la ciudad, pero los trabajos no fueron a parar a las mismas manos. En la milla cuadrada de Oxford, esta catástrofe llegó en forma de murmullos lejanos.

Entre el grueso de los estudiantes de Oxford —la mayoría británicos del sur

del país— apenas había representación del resto de la población británica. El único estudiante afrocaribeño de mi residencia escribió su trabajo de fin de grado sobre la experiencia de los estudiantes afrocaribeños en Oxford. Cuando le pregunté cuál era el porcentaje de afrocaribeños en la universidad, me respondió: «¿Porcentaje? Hay seis estudiantes afrocaribeños en toda la universidad».

La estructura de clase de los estudiantes de grado en Oxford era bipartita: la clase media frente a la clase alta. Toby Young describió esta dicotomía en un capítulo del libro *The Oxford Myth* (El mito de Oxford), publicado en 1988: una colección de ensayos redactados por estudiantes recién graduados editada por la hermana de Boris Johnson, Rachel. En un alarde de su característico estilo ofensivo, Young divide a los estudiantes en dos categorías: los *socialites* o la clase alta, y los *stains*: una raza «pequeña y vagamente deformada», con la cara llena de acné y ataviados con anoraks, que no habían ido a colegios pijos, venían «de zonas como Slough, Bracknell y Milton Keynes», y «correteaban por los patios de la universidad como si llevaran casas móviles a cuestas».[48]

Como yo había pasado la mayor parte de mi infancia fuera de Inglaterra, me sorprendió la costumbre nacional de educar a clases y a géneros por separado. Muchos de los estudiantes de clase media venían de colegios públicos respetables (los pocos *grammars* que quedaban) o de colegios privados. Pero, en comparación con el resto de los alumnos, los de clase media podían presumir de tener orígenes humildes. Esta es la modesta respuesta que dio Young a la pregunta de si era miembro del lujoso club Bullingdon: «No. Soy un chico de la *comprehensive*; el Buller no es para gente como yo».[49] (Y tanto. De hecho, él y yo fuimos al mismo colegio, cerca de Hampstead Heath). Del mismo modo, cuando Dominic Raab se presentó a presidente de los *tories* en 2019, lo único que le distinguía del resto de los candidatos, principalmente estudiantes de Oxford, era que él había ido a un colegio público, en concreto, a un *grammar* en el arbolado Buckinghamshire. En una entrevista, incluso presumió de no haber tenido niñera («¡No!»).[50] Hasta el mismísimo Dominic Cummings (Durham School) defendió por Twitter a dos de sus compañeros de colegio privado: «Si creéis que Gove, Boris y yo somos pijos, es que no tenéis ni idea de lo que es ser un pijo».[51] Y eso era poner el listón de la pijería bien alto.

El brillo de la clase alta de Oxford podía resultar cegador para la clase media y el pequeño grupo de estudiantes de clase obrera: los llamados *outsiders*. En los años ochenta, «Oxford parecía un enorme colegio privado donde alguien nos había colado por error», asegura Andrew Adonis.[52] Muchos estudiantes ajenos a las costumbres de la clase alta llegaban a la universidad llenos de inseguridades, mal vestidos e intentando encontrarse a sí mismos, y, de repente, se veían

obligados a acudir a cenas formales vestidos con trajes de gala y a recitar misa en latín. Algunos, sobre todo las mujeres, luchaban contra el síndrome del impostor, convencidos de que habían sido admitidos por error y temerosos —al igual que el estudiante de clase baja Dennis Potter en la década de los cincuenta— de que Oxford «estuviera lleno de gigantes intelectuales». «Estaba lleno de pigmeos mediocres», concluyó.[53]

Ya en 2019, un tutor me confesó que a las mujeres y a los estudiantes menos acomodados económicamente tenían que recordarles constantemente que eran lo suficientemente buenos para estudiar en Oxford. En cambio, los estudiantes de lo que él llamaba «la brigada de Jacob Rees-Mogg» necesitaban que se les recordara constantemente que no eran tan inteligentes como pensaban.

Los estudiantes de clase media no tendrían que haberse preocupado tanto, ya que la clase dirigente británica siempre anda a la caza de *outsiders* espabilados para reclutarlos entre sus filas. De hecho, una de las funciones de Oxford era seleccionar a esos *outsiders* e iniciarlos en el estilo de vida de la clase dirigente; con personal de servicio a su disposición incluido. En el continente europeo, el auge de la clase media implica la decapitación de la aristocracia. En cambio, en Inglaterra, las clases medias pueden «adquirir las actitudes y las inflexiones del lenguaje de las clases altas a través de una educación de "caballeros"», escribe A. N. Wilson en *The Victorians*. Así, el sistema expande el capital humano de la élite británica al tiempo que neutraliza a líderes revolucionarios en potencia.[54]

Oxford era el lugar elegido para entrenar a los nuevos reclutas y enseñarlos a sentirse cómodos entre la clase dirigente. Recuerdo que uno de mis coetáneos, hijo de madre soltera y de clase trabajadora, tuvo que enfrentarse a un ancestral dilema en una cena formal al principio de su época universitaria: de los muchos cubiertos alineados a sendos lados de su plato, ¿cuáles debía usar? Por suerte, antes de empezar la cena, el profesor que presidía la velada anunció: «Para aquellos que no estén acostumbrados a tantos cubiertos, se empieza desde fuera y se avanza hacia el plato». En esa misma cena, el chico en cuestión recibió otro consejo que le ha guiado en su exitosa carrera como empresario de la clase dirigente: «Cuando os sirvan fruta de postre, nunca toméis naranja, porque salpica». Para gente así, el paso por Oxbridge, escribía Walter Ellis, «es un segundo bautismo. Tus padres te perdonan; no vuelvas a pecar».[55] Pero el ascenso entre las filas de la sociedad tenía un precio: la separación permanente de los padres, la ciudad natal y los amigos de la infancia.

Los estudiantes de la *public school* no se cuestionaban su paso por Oxford; lo daban por hecho. Para ellos solo era una etapa más de su formación académica; una etapa que esperaban desde su más tierna infancia. Si me afano en recordar su

paso por la *public school* es porque para ellos el colegio fue una experiencia bastante más enriquecedora que para el resto. En los internados se fraguaban las castas de señoritos y se seleccionaba a los *outsiders* como Johnson, hijo de una pareja bohemia de clase media, para introducirlos en el mundillo y que manejaran los códigos y las reglas del lenguaje de la clase dirigente desde la tierna edad de siete años. «Los internados servían para implantar una mentalidad compartida», escribió Richard Beard en *Sad Little Men* (Hombrecitos tristes).[56]

Mientras que nosotros pasábamos ocho horas al día con nuestros compañeros, los estudiantes de internado pasaban veinticuatro horas juntos. Mientras que a nosotros nos criaban y nos educaban en casa, a ellos los educaban en el internado. Así las cosas, en el internado, los miembros de la casta dominante adoptaban apodos que reemplazaban sus nombres reales. Aunque en el caso de Johnson fue al revés: fuera de su círculo íntimo se lo conocía por su apodo, Boris; solo los amigos y la familia lo llamaban por su nombre real, Al. Sin embargo, el resultado era el mismo: un nombre para el círculo íntimo y otro para el público general. Fuera y dentro; arriba y abajo.

Las familias de los pijos que iban a colegios especialmente *hereditarios* como Eton tenían vínculos entre sí que se remontaban a varias generaciones. Para un etoniano como Cameron, el colegio siempre sería su mayor red de contactos. Fue en Eton y no en Oxford donde encontró a algunos de sus mayores apoyos y aliados políticos: en concreto, su secretario de Estado, Ed Llewellyn; su ministro de Políticas Gubernamentales, Oliver Letwin; y el director de la Unidad Política del número 10 de Downing Street, el hermano de Boris Johnson, Jo. Cuando digo que Oxford fue una variable independiente que moldeó el poder en Inglaterra no me refiero tanto a Cameron, sino más bien a Johnson, Gove, Hannan y compañía.

En su vasta mayoría, los chicos de la *public school* crecían rodeados de su propia casta. Stanley Johnson, el padre de Boris, asegura no haber conocido a ningún estudiante de *grammar* antes de entrar en Oxford.[57] El propio Boris Johnson describió a los miembros de la casta como «una confederación desapegada de estudiantes de clase media, casi todos de la *public school*, que comparten acento y esnobismos y que siempre se encuentran en las mismas fiestas». De nuevo, véase ese engañoso uso del término «clase media». Aquellos chicos tenían «un desagrado de clase media británica por la conversación política», escribió Johnson. Pero, aun así, conformaban una maquinaria política bien engrasada.[58]

Según tengo entendido, algunos estudiantes de clase alta se referían a sus compañeros de clase media como «paletos», «plebes» o «manchas». No recuerdo haber oído esos calificativos en Oxford, pero, a decir verdad, tampoco pasaba

mucho tiempo con los señoritos de la universidad. Solo un 1 por ciento de la población británica estudia en un internado,[59] pero la vasta mayoría de ese 1 por ciento se reencuentra en Oxford y consigue separarse del resto de la sociedad y crear su propio universo privado. Los alumnos de internado como Johnson ponen un pie en la universidad y ya conocen a decenas de personas: todas ellas compañeras del internado. Sus redes de contactos se activan nada más llegar a Oxford, y así pueden conocer a otros pijos a los que todavía no conocían. El resto de la población estudiantil es prescindible; salvo las mujeres atractivas, claro. (En la época de Johnson, había una escasez crónica de mujeres entre las clases altas de Oxford, porque las mujeres de esa élite no solían acudir a Oxbridge).

Rees-Mogg me dijo una vez:

> Lo bueno de haber ido a Eton es que ya conoces las costumbres de Oxford. Sabes cómo es vivir fuera de casa, a diferencia de la mayoría de tus compañeros. Yo creo que eso es una ventaja. A mí me habían educado en preciosos edificios antiguos y ya estaba acostumbrado a ese lujo: formaba parte de mi vida y eso ayuda bastante al llegar a Oxford.

En la década de los ochenta, las élites estaban recuperando la confianza que les habían arrebatado los años de socialdemocracia británica entre 1945 y 1979. En ese periodo, el Reino Unido había perdido su estatus de superpotencia y había sido superado económicamente por la vasta mayoría de Europa occidental. Sin embargo, y contra todo pronóstico, también se había convertido más que nunca en la deseada *One Nation*.[60] En 1979, las «desigualdades salariales en Inglaterra alcanzaron mínimos históricos», escribe Danny Dorling, catedrático de Geografía en Oxford.[61] Pero entonces apareció Margaret Thatcher, que restauró todas las desigualdades.

Aunque gustaba de verse a sí misma como el azote de las castas anquilosadas, Thatcher también era una orgullosa defensora de la sanidad y la educación privadas. Durante su liderazgo, el privilegio y el acento de clase alta volvieron a convertirse en atributos dignos de alabanza. En Oxford, los marchitos clubes privados volvieron a florecer. Dafydd Jones, un joven fotógrafo local que empezó a fotografiar fiestas de estudiantes de grado en Oxford a principios de los ochenta (y que siguió fotografiando a muchos de estos hombres ya como magnates en Londres décadas después), recordaba en 2020:

> […] los estudiantes ya no vestían como vagabundos de pelo largo. De repente, el traje de etiqueta y los vestidos de gala se volvieron los atuendos de rigor. En un principio, pensé que se trataba de una reacción estilística al estilo

desenfadado que se llevaba en los años sesenta y setenta. Ahora comprendo que fue causa directa de la elección de Margaret Thatcher: los ricos volvían a beneficiarse de las bajadas de impuestos y empezaban a recuperar la confianza. [62]

En 1981, Granada Television estrenó *Retorno a Brideshead*, de Evelyn Waugh. El héroe, Sebastian Flyte —reconocible por su osito de peluche bajo el brazo—, era un etoniano depravado de pelo repeinado y lánguido encanto. Pero más que el libro de Waugh, fue la serie de televisión la que contribuyó a moldear la atmósfera de Oxford en la década de los ochenta. Como una suerte de retroceso al pasado, la adaptación del libro para la televisión les dio un aura de glamur *camp* a los señoritos de Oxford.

El Oxford de los años veinte que Waugh imaginó solo existió en su imaginación, pero aun así resultaba extrañamente familiar para los estudiantes más acomodados de la década de los ochenta. Las seis décadas que los separaban trajeron crisis, guerras y socialdemocracia. En los años ochenta, y por primera vez desde la generación original de los *Brideshead*, los británicos adinerados por fin podían disfrutar de Oxford sin tener que preocuparse por aburridas ideologías izquierdistas o el estado del mundo. Los ochenta fueron la década de los locos Sloane[63] vestidos con esmoquin y orgullosos de ofender a pueblerinos desempleados. *Brideshead* inspiró el surgimiento de una nueva cultura juvenil comparable al punk, la música *indie* o el hooliganismo en el fútbol, con la diferencia de que, en este caso, se trataba de una cultura específica de los pijos y sus imitadores baratos.

Al poco de estrenarse la serie, el periodista del *Sunday Times* Ian Jack se pasó por Oxford para escribir una crónica sobre la nueva generación de estudiantes de la universidad. Un estudiante llamado Rupert Soames, nieto de Churchill, le dijo: «Los estudiantes se pasaron la década de los sesenta pensando que el mundo estaba mal organizado y que podían hacer algo por remediarlo. Resultó que no era verdad. Ahora nos tomamos menos en serio, lo cual me parece bastante más atractivo».[64]

Soames explica quiénes son los Sloane:

Somos un grupo de personas que estudiamos en Oxford, que nos conocemos del colegio y que, por lo general, somos más ricos que el estudiante medio y solemos tener padres famosos.

Lo de vestirnos de gala lo hacemos sencillamente para convertir una fiesta en un evento. Hay dos formas de hacerlo: o bien haces que la gente conduzca durante horas hasta tu casa en Northumberland, o bien haces que se vistan de

gala. Por eso cada fiesta tiene una temática diferente, y en Oxford esas temáticas a veces pueden ser un tanto repugnantes.

«¿Como por ejemplo?», preguntó Jack.

«Cóctel de clítoris», respondió Soames.

Soames también le contó a Jack sus ambiciones: «Ser rico, enamorarme y casarme con una preciosa mujer». Jack preguntó cómo de rico. «Muy rico. Lo más rico que se pueda ser».

Hasta la gente que no pertenecía a los locos Sloane quería unirse a la diversión. El futuro periodista de derechas James Delingpole, un chico de clase media de Birmingham relativamente normal que en Oxford se vestía como un terrateniente *tory*, a menudo recuerda con una carcajada: «Quería que me adoptara la aristocracia».[65] Owen Matthews, que ahora escribe sobre Rusia, dice:

> El atractivo era principalmente estético. Ya fuera consciente o inconscientemente, copiábamos la extraña combinación de adoración e ironía de Waugh. Me parecía maravilloso fumar cigarrillos ovalados y salir con chicas con vestidos vaporosos. Pasábamos mucho tiempo vestidos de etiqueta y lanzándonos los unos a los otros al lago. Creía que ese era el espíritu de Oxford. Forrados de *tweed* y ataviados con zapatos de cuero calado, comíamos fresas en bateas y jugábamos a ser miembros de un mundo ya desaparecido, en el que el jugador estrella era Jacob Rees-Mogg. Nos parecía un antídoto contra la decadencia y la falta de estética que habíamos conocido en nuestra infancia. Me recuerdo en los años setenta cenando a la luz de una vela mientras, al otro lado de la ventana, la basura se amontonaba en las calles.

Sin embargo, la mayor parte de los estudiantes de la *public school* de los ochenta diferían del inútil Sebastian Flyte de Waugh en un aspecto crucial: querían triunfar y volverse ricos y famosos en la Inglaterra de Thatcher. Habían aterrizado en Oxford ya equipados con el acento de la clase dominante, las habilidades retóricas y el don de manejarse con confianza entre la clase dirigente: cualidades que el resto de los estudiantes aprendíamos al llegar a la universidad. Los estudiantes de colegios como Eton o Winchester venían de familias que no esperaban nada menos que el éxito más absoluto y que no les ponían techo a las ambiciones de sus retoños.

Por no mencionar que, mientras que la mayoría de los niños crecían en sus casas rodeados de amor incondicional, los alumnos de internado crecían en instituciones donde se los valoraba por su aspecto y sus logros académicos. Llevaban el éxito como un manto. El capítulo que Boris Johnson escribió en el

libro de su hermana se titula *Politics*, pero no habla sobre ideales políticos, sino sobre cómo abrirse paso al cenit político.[66] Dice Johnson sobre sus días en Oxford: «Hay que ver lo ambiciosos, agresivos y, por qué no decirlo, repelentes que éramos… Cuando Toby Young empezó un artículo en el *Cherwell* con las palabras: "Trabajo más y consigo más que cualquier otra persona que conozca", nos echamos a reír; todos compartíamos esa abominable ética».[67]

Al terminar mi primer año de universidad, tuve la oportunidad de entrever el privilegiado mundo de la clase alta cuando un amigo de Oxford me invitó a la jornada de puertas abiertas de su antiguo internado. Fue una de varias incursiones que hice en las casas de mis amigos de la universidad repartidas por toda Inglaterra, desde Hampshire hasta Northumberland, pasando por Stockport.

Aquella vez, tras un viaje en tren al corazón del sur de la campiña inglesa, nos invitaron a cenar en la antigua residencia del internado de mi amigo. El profesor del internado y su mujer se llevaban bien con mi amigo y estaban deseando que les contara qué tal le iba en Oxford. Esa noche dormimos en uno de los dormitorios con diez chicos del internado y una campana nos despertó a las siete de la mañana. He de admitir que me dieron pena. De niño yo había tenido un espacio privado, un cuarto para mí solo y una casa donde podía escapar de las presiones de la vida pública adolescente.

Pasé buena parte de la jornada de puertas abiertas en las gradas, sin perder detalle del partido de críquet entre los chicos del internado y los *Old Boys*.[68] Esos chicos tenían la misma edad que yo y eran unos aficionados del críquet, como yo, pero su técnica me daba mil vueltas. El campo estaba impoluto y al lado estaban las redes de bateo donde habían practicado, día sí y día también, con entrenadores profesionales.

En la cena, el director del internado dio una charla a los padres en la que se regodeó de la derrota de los laboristas en las elecciones generales de 1987, hacía ya más de dos años. El director daba por hecho que el partido laborista, que había pretendido bajarles los humos a los colegios privados, era visto por todos los presentes como una fuerza maligna cuyo único objetivo era destruir el mundo que él y los padres de sus alumnos tanto valoraban. El mensaje subyacente era que el privilegio del que gozaban sus alumnos desde los siete u once años era justo, razonable y de larga tradición, y que solo a los *socialistas* se les ocurriría algo tan antinatural como arrebatarles ese privilegio. Comprendí que estaba en presencia de una poderosa casta. Aquí estaba esa solidaridad de clase de la que los marxistas tanto hablaban; eso sí, entre las clases altas, en lugar del proletariado.

* * *

Más de treinta años después, todavía recuerdo el placer estético de ese viaje. El internado de mi amigo, en todo su esplendor rural, podría haber sido un estudio de grabación para la serie *Brideshead*. Crecer en un entorno tan idílico moldeaba a los estudiantes de los internados, pese a que sus casas familiares en plena campiña inglesa y, por lo general, al sur del país tampoco estaban nada mal. El país que tanto amaban era centenario y puro, o, al menos, así lo habían diseñado los victorianos.

Pero la belleza inglesa, pura y centenaria, no era solo su estética, era su ideología, el eje de su entendimiento del mundo. El héroe de *Retorno a Brideshead* en realidad no era Sebastian Flyte, sino la centenaria casa solariega, Brideshead, siempre bajo la inminente amenaza de la modernidad.

Waugh entendía que Brideshead era el alma de Inglaterra, aunque solo un pequeño porcentaje de la población británica viviera en casas como aquella. De hecho, puede que los edificios británicos centenarios sean el empuje del movimiento nacionalista. En su época de columnista del *Telegraph*, Boris Johnson defendía a «los asquerosamente ricos» aduciendo que «si la historia británica no hubiera autorizado las escandalosas recompensas financieras para unos cuantos miembros de la élite, ahora no habría casas señoriales como Chatsworth o Longleat».[69]

La arquitectura es el elemento más tangible del acervo que separa a los señoritos de la casta del resto de la sociedad. Uno de los amigos de la infancia de Cameron excusaba así al primer ministro: «Es un inglés de pura cepa que pretende defender lo que él considera que es la verdadera Inglaterra. El problema es que su Inglaterra es muy diferente a la del común de los mortales».[70]

Cuando los nostálgicos *tories* de Oxford ven de refilón las afueras de la ciudad —el clásico paisaje de posguerra, feo con ganas, donde viven la mayoría de los británicos—, les suele parecer una espantosa aberración. «Las fábricas y las urbanizaciones de Oxford se les antojan como unos intrusos en sus terrenos centenarios»,[71] escribió Jan Morris. La ciudad se había convertido en «una motópolis caótica», se quejaba John Betjeman, quien consideraba que «los accesos a Oxford son lo peor de toda la ciudad».[72] El profesor de Oxford J. R. Tolkien basó La Comarca, el hogar paradisiaco de sus *hobbits*, en el perdido pueblo de las West Midlands donde había crecido antes de que los suburbios de Birmingham lo engulleran.[73]

Kingsley Amis se quejaba en *Their Oxford* (Su Oxford):

Para llegar al centro giras a la izquierda, no a la derecha

y antes de llegar a Abingdon
pasas obra tras obra,
garito de paella, peluquería, tienda de estéreos.

Por grotescos callejones hasta el viejo hotel
ahora remozado […][74]

El amigo de universidad de Amis, Philip Larkin, lanzó estas acusaciones contra la nación:

Será el fin de la Inglaterra que conocíamos.
Las sombras, las praderas, las callejuelas,
los ayuntamientos, los coros tallados.
Vivirá eternamente en los libros,
en las galerías; pero a nosotros no nos quedará más que
cemento y neumáticos.[75]

En la misma línea, dijo Roger Scruton en su «oración fúnebre» para Inglaterra: «La vieja Inglaterra por la que tanto lucharon nuestros padres ahora se reduce a islotes perdidos entre carreteras».[76] Tras su muerte, en 2020, Johnson tuiteó desde Downing Street: «Hemos perdido al pensador conservador más brillante de la era moderna».[77]

Conservadores como Scruton, Johnson y Cameron situaban la «verdadera Inglaterra» en su pasado preindustrial, pero encontraron una versión complaciente en la milla cuadrada del centro de Oxford. Esta fracción de la ciudad donde vivían la mayoría de los alumnos parecía haber quedado intacta tras la guerra civil. Oxford «jamás fue bombardeada o incendiada», apuntaba Jan Morris.[78] Si bien su conservación no fue enteramente casual: los líderes británicos tenían un vínculo sentimental con el que fue su patio de recreo. En 1956, el plan para construir una carretera que atravesara Christ Church Meadow, un famoso prado en el centro de Oxford, llegó al gabinete conservador del Gobierno británico. Peter Snow escribe: «En plena guerra del Sinaí, el gabinete sacó el tiempo para debatir el asunto y, no inesperadamente (cinco de sus miembros eran hombres que habían vivido en Christ Church College), paralizaron las obras».[79] La carretera nunca existió. Hoy por hoy, Christ Church se conserva como un perfecto espécimen de la inmaculada y centenaria Inglaterra, tanto es así que podría servir como una localización para las películas de Harry Potter.

De noche, en los patios interiores, era difícil distinguir si estabas en 1988 o en 1688. La universidad parecía encontrarse a cientos de kilómetros y varios

siglos de distancia de Londres. La atemporalidad tenía sus ventajas intelectuales. En Oxford, el presente se convertía en un momento pasajero que no debía ocultar los milenios pasados. En el mejor de los casos, esa actitud podía promover una vida intelectual libre de preocupaciones contemporáneas o modas. Una clase sobre John Stuart Mill era enteramente eso, no una argumentación sobre Thatcher.

Por otro lado, vivir en el pasado también conllevaba desventajas. «Oxford es muy bonito, pero no me gusta estar muerto», dijo T. S. Eliot.[80] Anthony Sampson, autor de *Anatomy of Britain*, pensaba que «los conjuros y hechizos» de Oxford y Cambridge animaban a sus graduados a «preocuparse solo por el pasado y a asumir que las estructuras son permanentes e inmutables».[81] El paraíso atemporal de Oxford inspiraba a sus residentes a producir fantasías atemporales como *Alicia en el país de las maravillas*, *El Hobbit*, *Narnia* y, en periodo de incubación desde finales de los ochenta, el Brexit.

---

[45] Forster, E. M., *Delphi Complete Works of E. M. Forster*, ilustrado, Delphi Classics, *online*.

[46] Morris, Jan, *Oxford*, Oxford: Oxford University Press, 1987, p. 30.

[47] «BMW: A lookback at tension on the frontline», *Oxford Mail*, 17 de febrero de 2009.

[48] Young, Toby, «Class», *The Oxford Myth*, ed. de Rachel Johnson, p. 3.

[49] Young, Toby, «When Boris Met Dave: The Bullingdon years», *Observer*, 27 de septiembre de 2009.

[50] Shipman, Tim, «Interview: will Dominic Raab become Britain's next prime minister?», *Sunday Times*, 5 de mayo de 2019.

[51] Disponible en https://twitter.com/Dominic2306/status/1418592811704803331.

[52] Adonis, Andrew, «State schools and the quiet revolution at Oxbridge», *Prospect*, 28 de julio de 2021.

[53] Ellis, *The Oxbridge Conspiracy*, p. 287.

[54] Wilson, A. N., *The Victorians*, Londres: Arrow Books, 2003, p. 279.

[55] Ellis, *The Oxbridge Conspiracy*, p. 52.

[56] Beard, Richard, *Sad Little Men*, Londres: Harvill Secker, 2021, p. 2.

[57] Purnell, Sonia, *Just Boris: The Irresistible Rise of a Political Celebrity*, Londres: Aurum, 2011, p. 23.

[58] Johnson, Boris, «Politics», *The Oxford Myth*, ed. de Johnson, pp. 70-71.

[59] Verkaik, *Posh Boys*, p. 293.

[60] Sistema paternalista de conservadurismo británico. Aboga por la conservación de las instituciones y principios tradicionales, junto a programas sociales y económicos

destinados a beneficiar a las clases trabajadoras. Se enfatiza el papel paternalista de las élites y las clases altas, que deben ceder parte de sus privilegios y beneficios a las clases más humildes. (*N. de la T.*).

[61] Dorling, Danny, «New Labour and Inequality: Thatcherism Continued?», *Local Economy*, agosto de 2010.

[62] Jones, Dafydd, «Introduction», *Oxford: The Last Hurrah*, Woodbridge: ACC Art Books, 2020.

[63] Hombres y mujeres de la clase alta que cumplen con todos los estereotipos que se les presumen. El término fue acuñado en los años ochenta y hace referencia a la plaza Sloane Square (Chelsea, Londres), famosa por la riqueza de sus residentes. (*N. de la T.*).

[64] Jack, Ian, «Bright young things revisited: how Cameron's generation made Oxford their playground», *Guardian*, 25 de septiembre de 2015.

[65] Dower, John (dir.), *When Boris Met Dave*, Docudrama, 2009.

[66] Taplin, Oliver, «Dark Yuppy Blues», *The Times*, 16 de junio de 1998.

[67] Purnell, *Just Boris*, p. 62.

[68] Los «mayores»; es decir, antiguos alumnos de la escuela. (*N. de la T.*).

[69] Adonis, Andrew, «Boris Johnson: The Prime Etonian», *Prospect*, 9 de julio de 2021.

[70] Verkaik, *Posh Boys*, p. 135.

[71] Morris, *Oxford*, p. 273.

[72] Disponible en https://archive.org/stream/in.ernet.dli.2015.186344/2015.186344.The-Best-Betjeman_djvu.txt.

[73] Jahangir, Rumeana, «The Hobbit: How England inspired Tolkien's Middle Earth», *BBC News*, 7 de diciembre de 2014.

[74] Powell, Neil, *Amis & Son: Two Literary Generations*, Londres: Pan Macmillan, 2012, p. 198.

[75] Larkin, Philip, «Going, going» (1972), disponible en https://www.poeticous.com/philip-larkin/going-going.

[76] Citado en Applebaum, *The Twilight of Democracy*, p. 82.

[77] Johnson, Boris, «RIP Roger Scruton», twitter.com, 13 de enero de 2020, disponible en https://twitter.com/borisjohnson/status/1216674269721219072?lang=en.

[78] Morris, *Oxford*, p. 34.

[79] Snow, Peter, *Oxford Observed: Town and Gown*, Londres: John Murray, 1992, pp. 25-26.

[80] Disponible en http://interlitq.org/blog/2014/08/05/t-s-eliot-wrote-to-conradaiken-oxford-is-very-pretty-but-i-dont-like-to-be-dead/.

[81] Sampson, *The Changing Anatomy of Britain*, p. 167.

03

Aprender lo justo y necesario

«Sí, podría haber sido juez, pero el latín nunca fue lo mío. Y hacía falta latín para juzgar. Y para aprobar los rigurosos exámenes de la judicatura. Pero conseguí ser minero, minero de carbón. Y pasé los exámenes de minería, que no eran muy rigurosos. De hecho, solo hacían una pregunta. Me preguntaron: "¿Quién eres tú?".
Saqué un 75 por ciento».

PETER COOK haciendo el papel de minero en la revista cómica de principios de los sesenta *Beyond The Fringe*[82]

Se pueden apreciar las fallas geológicas de la élite británica contemporánea por las asignaturas que estudiaron en Oxford. En Inglaterra, las ciencias y las matemáticas habían sido tachadas de *Non-U* —por utilizar la terminología de Nancy Mitford—. Es decir, algo que los señoritos pijos no hacían.[83] George Orwell dijo de su escuela de primaria privada: «No nos enseñaban nada de ciencias. De hecho, estaba tan mal visto que hasta se desaconsejaba interesarse por la historia natural».[84]

Esta actitud se impone hasta en los contraejemplos más evidentes. Charles Darwin, que fue al colegio Shrewsbury, escribió: «Nada pudo ser peor para el desarrollo de mi mente que el colegio del doctor Butler, pues la enseñanza se limitaba a la literatura clásica y nada más, excepto quizá un poco de geografía antigua e historia». Darwin se quejaba de que su profesor lo «reprendía» por mostrar interés en el mundo natural.[85] A principios de 1860, justo después de la publicación de *El origen de las especies*, el director de Shrewsbury le dijo a la

comisión Clarendon:[86] «Las ciencias naturales no tienen cabida en la educación». La mayoría de los diputados que discutieron el asunto en el Parlamento estuvieron de acuerdo.[87]

A Alan Turing lo animaron a estudiar Literatura Clásica en Sherborne. El director de la escuela llegó a escribir a sus padres: «Si su hijo quiere especializarse en ciencias, entonces no sé qué hace estudiando en una *public school*».[88] Stephen Hawking estudió Física en Oxford porque su universidad no ofrecía Matemáticas.[89] En la Oxford de la década de 1980, a los estudiantes de ciencias se los llamaba con burla *Northern Chemists*;[90] un tropo en el libro de Rachel Johnson.[91] En su ensayo sobre las drogas, Allegra Mostyn-Owen les dedicó un sutil insulto a los científicos: «Nigel estimaba que un 30 por ciento de la gente que conocía en Oxford, a saber, la gente de importancia —no los científicos—, se metían cualquier maría que encontraban».[92] Recuerda bastante a Charles Ryder en *Brideshead* tildando a su vecino de arriba de «cobardica vinculado a las ciencias naturales».[93]

Inglaterra tiene científicos, ingenieros e informáticos eminentes, pero están atrapados en la sala de máquinas mientras los oradores dirigen el tren. Hoy por hoy, Oxford está especializada en educar a los políticos y funcionarios que administran el Estado británico, a los abogados y contables que mantienen la economía y a los comentaristas que narran el espectáculo. Estas personas, entre las que me incluyo, normalmente abandonan las ciencias y las matemáticas en el colegio, con dieciséis años, y aprenden tan solo nociones básicas de economía. En 2016, en el Parlamento, había siete veces más diputados que habían estudiado política en la universidad que los que habían estudiado ingeniería.[94]

Los números siempre han sido todo un reto para la clase dominante de Inglaterra. En su época como primer ministro, Douglas-Home admitió tener que usar cerillas para calcular las consecuencias económicas de sus presupuestos.[95] Y, en general, los líderes británicos han mostrado serias dificultades para confiar en las recomendaciones de los consejos científicos sobre energía nuclear, cambio climático y covid-19. En 2010, George Osborne se convirtió en canciller sin tener educación formal universitaria en economía o gestión empresarial, más allá de lo que hubiera aprendido durante su licenciatura en Historia en Oxford. A finales de la década de 2010, la licenciatura de Oxford con más solicitudes de acceso era Economía y Gestión Empresarial.[96] Pero durante la época de estudiante de Osborne esa licenciatura todavía no existía.

En aquella época, la licenciatura tecnocrática dominante en Oxford era la PPE: Filosofía, Política y Economía (por sus siglas en inglés). Ninguna licenciatura de tres años podía permitirse profundizar en la materia, pero la PPE

todavía menos. Sobre todo, teniendo en cuenta que repartía el tiempo de los alumnos entre solo tres asignaturas; aunque la mayoría de los matriculados dejaban la carrera pasado el primer año. Un PPE-ista de mi época llegó a decirme: «Acabé trabajando en la Tesorería, pero nunca pude utilizar la formación económica de mi licenciatura porque no era lo suficientemente buena».

Desde el referéndum de 2016, a menudo se asocia el Brexit con la PPE. Ivan Rogers, por ejemplo, un chico de *grammar* que estudió Historia en Oxford y que fue el representante permanente del Reino Unido ante la Unión Europea hasta que dimitió en 2017, veía el Brexit como «una revolución propia de la clase dirigente británica: sin plan ni planificación. Una sarta de sandeces al más puro estilo de los PPE-istas aderezada con esa excesiva confianza en sus propias habilidades que les hace creer que conocen los verdaderos intereses de los demás mejor que ellos mismos…». Pero este diagnóstico es incorrecto. De hecho, en el referéndum de 2016, el 95 por ciento de los diputados que habían estudiado PPE votaron quedarse en la Unión Europea.[97] Eso incluye a Cameron, Jeremy Hunt, Philip Hammond, William Hague, Matt Hancock, Liz Truss, Rory Stewart, Sam Gyimah, Damian Hinds, Nick Boles, los Miliband, Ed Balls, Yvette Cooper, Rachel Reeves y Peter Mandelson. En el fondo, la mayoría de ellos eran modernizadores y supuestamente habían escogido esa carrera para recibir la educación innovadora necesaria para dirigir un país serio. Entre los pocos estudiantes de PPE que votaron dejar la UE estaban Rishi Sunak y Rupert Murdoch, quien en la década de los cincuenta había sido gerente del *Cherwell*. Murdoch también se presentó como candidato para liderar la Secretaría del Club Laborista de Oxford,[98] pero fue inhabilitado tras una investigación sobre mala praxis electoral dirigida por el joven Gerald Kaufman.[99]

Por el contrario, los *tories* pro-Brexit de Oxford más importantes cursaron asignaturas que miraban al pasado: Literatura Clásica en el caso de Johnson, Historia en el de Rees-Mogg y Hannan, e Historia Antigua y Contemporánea en el caso de Cummings. Crispin Odey, el gerente de fondos especulativos que donó ochocientas mil libras a campañas pro-Brexit (y después apostó contra los bonos británicos llegado el referéndum y el Viernes Negro en septiembre de 2022), había estudiado Historia y Economía.[100] La licenciatura de Gove fue Filología Inglesa, que se basaba, sobre todo, en el canon.

La licenciatura más pro-Brexit entre los diputados de 2016 era Literatura Clásica: seis de los ocho clasicistas en la Cámara de los Comunes votaron dejar la UE.[101] Literatura Clásica era una licenciatura muy de *public school* porque muy pocas universidades estatales enseñaban latín y griego. En una entrevista con

Rachel Johnson, que estudió Literatura Clásica en Oxford un año después que su hermano Boris, esta recitó unas cuantas frases de latín y después confesó: «Teníamos que aprendérnoslo de memoria para que se nos grabara a fuego y así pudiéramos entrar en Oxford».[102] Con la llegada de su hermano Leo, se juntaron tres hermanos Johnson estudiando Literatura Clásica en Oxford a la vez. Su hermano Jo entró en 1991, pero estudió Historia.

En aquella época, si venías de la clase correcta, la Literatura Clásica era la licenciatura más habitual y la que más fácil acceso tenía: en 1981, dos años antes de que Boris Johnson entrara en la universidad, Oxford admitía a tres cuartas partes de los alumnos que se presentaban para estudiar Literatura Clásica.[103] Y aun así, la Literatura Clásica tenía un prestigio desmesurado. Tal era la importancia del latín que este había sido parte de los requisitos para el acceso a Cambridge y a Oxford hasta 1960.[104] Francis Crick, quien no se molestó en aprender el idioma, suspendió los exámenes de acceso para ambas. En su lugar, acudió al University College de Londres[105] antes de codescubrir la estructura del ADN.

En el marco de la tradición caballeresca de Oxbridge, cuanto más inútil fuera la licenciatura, más elegante era. Como el poeta Louis MacNeice apuntaba:

No todos tienen el privilegio
de aprender una lengua
que está incontrovertiblemente muerta.[106]

Precisamente porque el latín y el griego eran lenguas que se enseñaban principalmente en las *public schools*, se convirtieron en marcadores de la clase dominante, como Johnson bien sabe cuando recita *La Ilíada* en público. De hecho, durante su época como alcalde de Londres, Johnson contrató a su antiguo tutor de Oxford, Jasper Griffin, para que le proporcionara pasajes de literatura clásica que pudiera incluir en sus discursos.[107] Rees-Mogg llegó a decir que lamentaba no haber estudiado Literatura Clásica: «La gente inteligente lo hace».[108]

«La Literatura Clásica cumplía la misma función sociológica en la Inglaterra victoriana que la caligrafía en la antigua China: regular y limitar la entrada a la élite gobernante», explica el historiador Colin Shrosbree.[109]

Por suerte para ellos, no hay muchos textos canónicos en griego y en latín, y alguien como Johnson, que llevaba estudiando esas lenguas desde primaria, ya habría leído los textos más importantes antes de llegar a Oxford; sin duda, una ventaja competitiva sobre sus compañeros de licenciatura que habían aprendido

griego y latín poco antes de cursar los *A-levels* o directamente en la universidad. En su segundo año de carrera, Johnson dejó Historia Antigua, la asignatura de la licenciatura que más horas de estudio requería.

Su tutor de Literatura Clásica, Jonathan Barnes, explica: «Si eres lo suficientemente inteligente, puedes aprobar Filosofía dedicándole un par de horas de estudio a la semana. Boris no le echaba ninguna hora y, claro está, no era suficiente». Cuando Barnes le reprendió por copiar palabra por palabra una traducción de un libro de texto, presuntamente Johnson esgrimió la siguiente disculpa: «He estado tan ocupado que no me ha dado tiempo a incluir algunos errores».[110] Como Waugh señalaba en *Brideshead*: «Los que tienen encanto no necesitan cerebro».[111] Johnson sí tenía cerebro, pero había descubierto en el colegio que tenía demasiado encanto como para molestarse en usarlo. Así que se tomó la carrera como cuatro años para revisar con calma lo estudiado en el colegio. A esa etapa le siguió una época que Anthony Kenny, director de Balliol —el colegio universitario de Johnson—, describe como «seis semanas de duro trabajo» antes de los exámenes finales.[112] De hecho, como Johnson era todo un especialista en escribir ensayos, estuvo a punto de lograr un título de primer grado. Rachel asegura que le tocó a ella «contarle la terrible noticia» de que su hermano Jo sí que lo había conseguido.

* * *

En la década de los ochenta, la personalidad dominante entre el profesorado de la Facultad de Historia de Oxford era la de Norman Stone. Su reputación de sobón descarado[113] no impidió que fuera nombrado catedrático en 1985. Stone era un profesor de lo más entretenido: ya a las nueve de la mañana, agarrado a su atril con las dos manos para evitar caerse de lo borracho que iba, podía improvisar una clase entera sobre historia europea con acento de Glasgow, sin notas y sin parar durante una hora seguida. Oxford le parecía corto de miras, excesivamente burocrático, liberal e incluso «marxista»: «Siempre he odiado ese lugar [...]. Por citar el Evangelio según san Mateo: "El mundo habría sido un lugar mejor si esta gente no hubiera existido." Nunca he estado en un lugar más absurdo».[114]

En palabras de uno de sus antiguos compañeros de universidad, su aproximación intelectual a la educación era la siguiente: «Cuando veas un consenso, corre hacia él a toda velocidad y te lo llevas por delante de un cabezazo». Stone era uno de los pocos apóstoles de Thatcher en la universidad y a veces actuaba como su consejero. Dado su instinto nato por romper con el orden establecido, detestaba a los *wets* —los *tories* moderados— y a los conservadores

debiluchos como John Major. Decía de sus estudiantes que eran «malolientes y distraídos»,[115] pero no era difícil confraternizar con él; sobre todo, en el bar. De hecho, yo lo conocí borracho en una fiesta de estudiantes. Como buen alborotador thatcherista, euroescéptico y políticamente incorrecto, ejercía una atracción fatal para los jóvenes *tories* apegados al pasado. Supuestamente, Dominic Cummings se le acercó tras una clase para quejarse de que su tutor siempre le instaba a ignorar el papel histórico de mandamases como Hitler. Stone estuvo de acuerdo en que aquella postura era una locura y lo tranquilizó: «Yo te enseñaré a partir de ahora». Y así fue. Los dos hombres desarrollaron una fascinación mutua.

Otro de los protegidos de Stone, Hannan, escribiría de su funeral en 2019:

> Logré ocupar mi asiento en St Martin-in-the-Fields entre los cientos (a falta de una palabra mejor) de conservadores intelectuales. Había decenas de compañeros y de diputados *tories*, decenas de distinguidos escritores y académicos, y un buen número de pensadores anticomunistas de *Mitteleuropa* que, en muchos sentidos, componían el traspaís de Norman.
>
> Llegué del Parlamento Europeo justo a tiempo para el funeral y me senté entre Peter Lilley y Alan Sked, el historiador de la LSE[116] que fundó la Liga Antifederalista[117] en 1991, que después pasaría a ser el UKIP[118] en 1993. Dominic Cummings llegó tarde, pero con su habitual parsimonia, vestido con un chaleco negro que parecía haberse comprado para la ocasión. Michael Gove y Andrew Roberts pronunciaron algunos de los discursos del día. Podéis haceros a la idea: la tribu se reunió para llorar a uno de los suyos.[119]

Pero la visión de Stone sobre Europa era inusual para la década de los ochenta en Oxford. La licenciatura de Historia en Oxford se centraba en lo que se llamaba la historia inglesa, que no británica. «Era anglocéntrica y constitucional», explica un historiador de Inglaterra que fue tutor en Oxford durante treinta años. El plan de estudios estaba basado en el currículo que William Stubbs, el futuro obispo de Oxford, había creado en la década de 1870. Las asignaturas obligatorias Inglés I, II y III llevaban al estudiante desde la Inglaterra romana hasta los tiempos modernos. En el corazón de la carrera estaba el Parlamento y las Leyes de Reforma que permitieron a las clases dirigentes extender el sufragio, de forma gradual y prudente, a las clases populares. El programa relegaba el resto del mundo a la *historia general*.

«Basaban la historia en una narrativa del pasado británico —explica el veterano tutor—. La estructura en sí era de la alta política, y en el centro de esta visión global, que se extendía de Madrás a Melbourne, estaba Westminster».

La mayoría de los que estudiaron Historia en Oxford —como la mayoría de los estudiantes de Oxford en general— seguramente votaron quedarse en la UE en 2016. Pero los estudiantes de la *public school* aterrizaron en la licenciatura con un bagaje muy diferente al del resto de los alumnos. Esa carrera anglocéntrica y westminstercéntrica les era familiar. No se trataba solo de la historia de Inglaterra. No, era la historia de la clase dominante y, por tanto, la historia de su familia. Hoy por hoy, las mujeres y las minorías étnicas a menudo se quejan de que no hay nadie en sus libros de texto que se parezca a ellas. En el caso de los estudiantes de la *public school* pasaba lo contrario: casi todas las personas de los libros de texto se parecían a ellos. Rees-Mogg recuerda estudiar a primeros ministros como Walpole, Peel o Palmerston (todos ellos de Eton o Harrow y de Oxbridge). Y explica: «No es que me pasara el día pensando: "Ojalá sea yo en unos años". Pero sí me parecía que tener una carrera política podía ser bastante interesante».

Los chicos como él no creían en la teoría del gran hombre,[120] sino en la del gran señorito. Ya lo decían sus libros: unos pocos hombres blancos y brillantes de la *public school* podían superar tediosos obstáculos prácticos y dominar el mundo, siempre y cuando estuvieran dispuestos a luchar por ello.

La casta dirigente de Inglaterra era una casta guerrera que había dejado antepasados en innumerables campos de batalla extranjeros. Para los chicos de la *public school*, la Segunda Guerra Mundial fue un episodio más del glorioso pasado británico; no precisamente la visión de la guerra que tiene la mayoría de la población mundial. Una amplia variedad de guerras ocupaba un lugar de honor en los libros de historia de los señoritos británicos.

En *Brideshead*, Charles Ryder enumera las características que lo distinguen de uno de sus compañeros en el Ejército, Hooper, un joven nada marcial de clase media-baja que venía de las Midlands:

> Hooper no era nada romántico… La historia que le habían enseñado tenía pocas batallas y, en su lugar, una profusión de detalles sobre legislación de derechos humanos y cambios industriales recientes. Galípoli, Balaclava, Quebec, Lepanto, Bannockburn, Roncesvalles y Maratón… Estas, y la batalla de Camlann en la que cayó Arturo y cientos de oficiales cuyos toques de trompeta, incluso ahora en mi marchito y agitado estado, me llaman irresistiblemente a través del tiempo con toda la claridad y la fuerza de mi infancia, caían en saco roto para Hooper.[121]

La historia del imperio era una historia personal para los señoritos británicos. Y

no es de extrañar, ya que las *public schools* y Oxbridge habían educado a los hombres que, en palabras del escritor católico Ronald Knox, «cuando se cansen de jugar […] se irán a gobernar el imperio como unos buenos chicos».[122] Dieciséis gobernadores generales y virreyes de India fueron al colegio universitario Christ Church College.[123] Y Cecil Rhodes, que también fue a Oxford, dijo de la universidad que era «la fuente energizante del imperio».[124]

En las clases de Historia de la *public school* entre las décadas de 1970 y 1980, a menudo el imperio se presentaba como una victoria varonil. James Wood, crítico literario del *New Yorker* y compañero de escuela de Johnson y Cameron, dice esto sobre sus años en Eton:

> En secundaria, los alumnos recibían clases de profesores generalistas, normalmente clasicistas, que nos daban Inglés, Latín e Historia. Para la clase de Historia, nos mandaban leer *Heaven's Command*, el primer volumen de la trilogía de Jan Morris sobre la creación y la caída del Imperio británico, junto a fragmentos de los dos otros volúmenes.
>
> La trilogía es una bonita y romántica narración del enorme y polvoriento baño de sangre del imperio. Morris, quien al igual que James Morris había luchado con los lanceros de la reina durante la Segunda Guerra Mundial, describe expediciones militares, nobles derrotas y victorias brutales con su mismo deleite entusiasta. En resumen, un buen libro para chicos soñadores de trece años.

Wood cita el cierre de la trilogía de Morris: el funeral de Churchill en Londres en 1965. «Por última vez, el mundo atendía a un espectáculo británico imperial —escribió—. Cien naciones estaban representadas y veinte de ellas habían sido gobernadas alguna vez desde aquella misma capital». Wood comenta:

> Leí esas palabras con trece años y nunca he sido capaz de olvidarlas; la propaganda tiene un poder tan potente… ¡Qué frase! ¡Qué idea! La historia terminó en 1965. Yo leí sus palabras, y David Cameron, y estoy seguro de que también las leyó Rees-Mogg, quien, por cierto, se regodea en esa enfermiza nostalgia imperialista en su reciente libro, *The Victorians: Twelve Titans Who Forged Britain*, en cuyos agradecimientos, entre reconocimientos a su paciente mujer y a su caritativa niñera, nos cuenta que «fue *Heaven's Command* de Jan Morris lo que desencadenó su interés por la historia».

Para adolescentes como Rees-Mogg o Boris Johnson, las historias de los grandes señoritos británicos eran embriagadoras y se convertirían en la versión de la

historia que recordarían. Wood asegura que el libro de Rees-Mogg, *The Victorians*, se lee como «una colección de ensayos reciclados que se hubieran escrito originalmente en la hora de castigo de Eton», y señala que la hagiografía que Johnson hizo de Churchill «termina a todos los efectos» con una descripción morrisiana del funeral de 1965.[125]

Puede que no haya ningún país que tenga tan buena relación con su historia, y el autoproclamado guardián de esa historia es el Partido Conservador. Los *tories* de la *public school* crecieron adorando a sus ancestros, y no es de extrañar: para cualquiera que sea capaz de ignorar la brutalidad del imperio, los logros de su pequeña casta fueron sin duda impresionantes. Entre 1860 y 1960, los hombres británicos que habían ido a colegios privados, a Oxbridge o a ambos habían inventado, liderado y escrito buena parte del mundo moderno. Gobernaron un cuarto del planeta y lideraron victorias en dos guerras mundiales. Crearon *Alicia en el país de las maravillas*, Peter Pan, Sherlock Holmes, Winnie the Pooh, Bertie Wooster, James Bond, *El libro de la selva* y *1984*. Dividieron el átomo y descubrieron la evolución, la televisión, la penicilina y la estructura del ADN. Contribuyeron a inventar el ordenador y la bomba nuclear.[126] Fueron los primeros en usar la penicilina: se la dieron a un policía de Oxford que murió en cuanto se agotaron los antibióticos. Nos legaron el keynesianismo y muchos deportes modernos. No olvidemos el exagerado discurso de excepcionalismo británico que dio Boris Johnson como alcalde de Londres al finalizar los Juegos Olímpicos de Pekín:

> Absolutamente todos los deportes internacionales han sido inventados u organizados por británicos, y lo digo con el máximo respeto por nuestros anfitriones chinos, que han destacado con gran maestría en el tenis de mesa. El tenis de mesa surgió en las mesas de comedor en Inglaterra y empezó llamándose *wiff waff*. Ahí radica la diferencia primordial entre nosotros y el resto del mundo. Otras naciones, los franceses, por ejemplo, miran una mesa de comedor y ven una oportunidad para comer. Nosotros miramos una mesa de comedor y vemos una oportunidad para jugar al *wiff waff*.[127]

La lista de los logros de la casta podría extenderse indefinidamente. Una vez llegué a subir a una montaña de los Alpes para escribir sobre un grupo de ricachones que cada invierno se iban a esquiar vestidos con conjuntos de los locos años veinte. Mientras garabateaba furiosamente en un cuaderno, una de esas ricachonas se asomó por encima de mi hombro y comentó arrastrando las palabras: «Anda, ¿eso es taquigrafía? ¡Mi tatarabuelo inventó la taquigrafía!».

«¿Cómo se llama tu tatarabuelo?», se me ocurrió preguntar. «Pitman», contestó. Ese era precisamente el método de taquigrafía que estaba usando.

Vistos todos esos logros, para alguien nacido en los años sesenta o setenta en la casta dominante, la modernidad no podía ser sino la decadencia de la sociedad. Sus padres y abuelos habían dominado el mundo y, en cambio, ahí estaban ellos: creciendo en un puesto fronterizo en apuros de tamaño mediano de la Comunidad Económica Europea. La reencarnación domesticada, vegetariana, de bajo riesgo, posimperial y basada en la Bruselas del Reino Unido no tenía nada de gloriosa, más allá de la guerra de las Malvinas. El consultor estadounidense Frank Luntz, que acudió a Oxford entre 1984 y 1987, me confió en 2021: «Lo que Estados Unidos está viviendo ahora mismo es lo que el Reino Unido vivió cuando yo todavía estaba allí, ese momento de "Ahora ya solo podemos ir a peor"».

La generación de Johnson sentía la vergüenza de haber nacido a destiempo. Una compatriota de Luntz, Rosa Ehrenreich, dijo de Oxford en los noventa:

> Nacieron en una isla pobre, conscientes de su glorioso pasado, y se les dijo que se adaptaran al nada glorioso presente y al futuro gris representado por el primer ministro, John Major.
>
> ¡No me extraña que se quejen! No me extraña que piensen que el trabajo duro no merece la pena. No me extraña que intenten recrear las certezas del pasado con sociedades, *rugby* y las tradiciones académicas de los victorianos.[128]

Muchos estudiantes de la *public school* transmutaron estos sentimientos en una nostalgia *camp* de la grandeza. En su etapa como secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Johnson visitó la pagoda dorada en Yangón, Birmania, y empezó a recitar el famoso poema de Kipling, *Mandalay*: «Vuelve, soldado inglés». El embajador británico tuvo que prevenirlo al oído de que «aquello no era apropiado».[129]

---

[82] Jack, Ian, «To the miner born», *Guardian*, 27 de noviembre de 2004.

[83] Término acuñado por la novelista inglesa Nancy Mitford en su ensayo *The English Aristocracy*. En este ensayo se divide la sociedad en dos categorías: *U* y *Non-U*. Es decir, *upper-class* (clase alta) y *non upper-class* (no perteneciente a la clase alta). (*N. de la T.*).

[84] Orwell, George, «Such, such were the joys», 1952, disponible en https://www.orwell.ru/library/essays/joys/english/e_joys.

[85] Verkaik, *Posh Boys*, pp. 30-31.

[86] Una de las tres comisiones creadas para supervisar el estado de la educación en Inglaterra y Gales. En concreto, la Comisión Clarendon era la encargada de investigar las

principales escuelas privadas del país. Esta comisión surgió a raíz de una serie de protestas sobre las finanzas y la gestión de Eton. (*N. de la T.*).

[87] Wilson, *The Victorians*, p. 280.

[88] Hodges, Andrew, *Alan Turing: The Enigma*, Princeton: Princeton University Press, 2015, p. 34.

[89] Ferguson, Kitty, *Stephen Hawking: His Life and Work*, Londres: Transworld, 2011, p. 35.

[90] Jack, «Bright Young Things Revisited», *Guardian*.

[91] Término peyorativo con el que se designaba a toda persona que estudiara una carrera de ciencias. En español, farmacéuticos del norte. Por un lado, se los llama farmacéuticos para dar a entender que los estudiantes de letras no diferenciaban entre las carreras de ciencias (a las que desdeñaban, sobre todo, porque no eran capaces de entenderlas). Por otro lado, la mayoría de la clase alta vivía en el sur del país, de ahí la referencia al norte, que se consideraba más propio de pueblerinos y clase media baja. (*N. de la T.*).

[92] Mostyn-Owen, «Drugs», en Johnson, *The Oxford Myth*, p. 127.

[93] Waugh, Evelyn, *Brideshead Revisited*, Londres: Penguin Classics, 2000, p. 18 [trad. cast.: *Retorno a Brideshead*, Barcelona: Tusquets, 1993, trad. de Caroline Phipps].

[94] Dunin-Wasowicz, Roch, «Are PPE graduates ruining Britain? MPs who studied it at university are among the most pro-Remain», Blogs.lse.ac.uk, 14 de noviembre de 2018.

[95] Ellis, *The Oxford Conspiracy*, p. 3.

[96] Véase https://www.ox.ac.uk/sites/files/oxford/Admissions%20Report%202019.pdf.

[97] Dunin-Wasowicz, «Are PPE graduates ruining Britain?», Blogs.lse.ac.uk.

[98] Verkaik, *Posh Boys*, p. 283.

[99] Walter, *The Oxford Union*, p. 133.

[100] «Crispin Odey takes a pound of flesh», *Financial Times*, 28 de septiembre de 2022.

[101] Dunin-Wasowicz, «Are PPE graduates ruining Britain?».

[102] Dower, *When Boris met Dave*.

[103] Sampson, *The Changing Anatomy of Britain*, p. 164.

[104] Goodhart, David, *Head Hand Heart: The Struggle for Dignity and Status in the 21st Century*, Londres: Allen Lane, 2020, p. 45.

[105] S. Bretscher, Mark y Graeme Mitchison, «Obituary: Francis Harry Compton Crick OM. 8 June 1916 – 28 July 2004», *Biographical Memoirs of Fellows of the Royal Society*, 17 de mayo de 2017.

[106] MacNeice, Louis, *Autumn Journal*, 1939, disponible en https://ia801603.us.archive.org/21/items/in.ernet.dli.2015.184237/2015.184237.Autumn-Journal_text.pdf.

[107] Kenny, Anthony, *Brief Encounters: Notes from a Philosopher's Diary*, Londres: SPCK Publishing, 2018, disponible en Google Books.

[108] Newark, Tim, «Rees-Mogg, an English Trump but better at Latin», *Sunday Times*, 13 de agosto de 2017.

[109] Quoted in Verkaik, *Posh Boys*, p. 31.

[110] Gimson, *Boris*, p. 61.

[111] Waugh, Evelyn, *Brideshead Revisited*, p. 46.

[112] Kenny, Anthony, *Brief Encounters*.

[113] J. Evans, Richard, «Norman Stone Obituary», *Guardian*, 25 de junio de 2019.

[114] «In the Psychiatrist Chair: Professor Norman Stone», *BBC Radio 4 Extra*, agosto de 1997, https://www.bbc.co.uk/programmes/b00751nr.

[115] Evans, «Norman Stone Obituary», *Guardian*.

[116] London School of Economics. (*N. de la T.*).

[117] Conjunto de varios partidos unidos para hacer campaña contra el Tratado de Maastricht (uno de los tratados fundacionales de la Unión Europea) y organización precursora del Partido de la Independencia del Reino Unido. (*N. de la T.*).

[118] Partido de la Independencia del Reino Unido. Partido eurófobo de extrema derecha que abogaba por la salida del país de la Unión Europea. (*N. de la T.*).

[119] Hannan, Daniel, «Where would we now find another Norman Stone?», *Conservative Home blog*, 30 de octubre de 2019.

[120] Teoría del siglo XIX que asegura que los sucesos más importantes de la historia son producto de grandes hombres o, en otras palabras, héroes. La teoría fue popularizada por el autor escocés Thomas Carlyle y su conocida frase: «La historia del mundo no es sino la biografía de grandes hombres». (*N. de la T.*).

[121] Waugh, *Brideshead Revisited*, p. 6.

[122] *The Oxford Book of Oxford*, ed. de Jan Morris, Oxford: Oxford University Press, 1979, p. 380.

[123] «Oxford and Colonialism: Christ Church and Colonialism – Past, Present and Future», *University of Oxford*, https://oxfordandcolonialism.web.ox.ac.uk/christ-church.

[124] Morris, *Oxford*, p. 234.

[125] Wood, James, «Diary: These Etonians», *London Review of Books*, 4 de julio de 2019.

[126] Morris, *Oxford*, p. 158.

[127] Ham, Larissa, «From ping pong to wiff waff, Boris Johnson lauds Team GB», *Sydney Morning Herald*, 25 de agosto de 2008.

[128] Ehrenreich, *A Garden of Paper Flowers*, pp. 266-267.

[129] Buruma, Ian, *The Churchill Complex: The Rise and Fall of the Special Relationship*, Londres: Atlantic Books, 2020.

04

Reglas del Buller

«El Bollinger rebosa tradición; cuenta con reyes entre sus miembros pasados. En la última cena, hace tres años, llevaron a un zorro en una jaula y lo lapidaron con botellas de champán. ¡Qué noche fue aquella!».

EVELYN WAUGH, *Decadencia y caída* (1928)

La fotografía más famosa de Oxford en la década de los ochenta, probablemente tomada en 1987, es un retrato grupal de Dave Cameron, Boris Johnson y ocho jóvenes más en los escalones de un patio del Christ Church College, vestidos con el traje de levita, la pajarita azul y el chaleco de color mostaza del club Bullingdon. En palabras de Toby Young: «el uniforme de la clase dominante».

Ninguno de los diez sonríe; como si alguien les hubiera dicho que no lo hicieran. Alguien ajeno a la institución, aseguró Rachel Johnson, vería en esa foto a «un grupo de estudiantes de clase alta de la *public school* que saben que acabarán dirigiendo el país en veinticinco años».[130] La foto se convirtió en una infame representación de la privilegiada clase dirigente, hasta tal punto que los fotógrafos, Gillman y Soame, acabaron por retirar los derechos de explotación de la imagen.[131] Al parecer, los laboristas habían planeado usarla como póster de campaña electoral.[132]

Entre los exalumnos del Bullingdon también están George Osborne, Jo (el hermano de Johnson)[133] y el que fuera ministro de Asuntos Exteriores polaco Radek Sikorski. Rory Stewart asegura que acudió a una cena del club antes de decidir que eso no iba con él.[134] Pero el caso es que el Bullingdon es un club tan exclusivo —reservado a los alumnos de la *public school*— que yo no supe de su

existencia hasta años después de dejar Oxford. De hecho, seguro que ni siquiera he conocido a nadie a quien el Buller se molestara en rechazar. Y aun así, parece que el club no era lo suficientemente exclusivo para algunos… Charles Spencer, buen amigo de Johnson y hermano de la princesa Diana, fue aceptado en el club, pero declinó la invitación.[135]

El Bullingdon era un club transgresor solo en su feroz carácter antimeritocrático: casi todos sus miembros eran elegidos en función de sus orígenes sociales y su género. Se los conocía por su exhibicionismo del privilegio. Sus miembros se movían en manada, arrasando restaurantes o las habitaciones de los nuevos miembros, reventando botellas en las calles,[136] humillando a trabajadoras sexuales contratadas para la ocasión o bajándoles los pantalones a los *outsiders* de baja casta. Y por si esto fuera poco, degradaban todavía más a sus víctimas plebes con compensaciones económicas. ¿El mensaje? «Las reglas no se aplican a nuestra clase». Al fin y al cabo, los miembros del Bullingdon eran los que iban a dictar las leyes en el futuro. Por eso Eton es mucho más indulgente con los estudiantes que rompen las normas que otras *public schools* menos prestigiosas. Por citar solo un ejemplo: mientras que en la década de los ochenta los colegios solían expulsar a los alumnos por fumar marihuana, en el caso del David Cameron de quince años, Eton se limitó a mandarlo a su casa durante una semana.[137]

Una noche de 1987, varios miembros del Bullingdon fueron arrestados después de que alguien arrojara un tiesto por la ventana de un restaurante. Johnson explicó más adelante: «La fiesta terminó con unos cuantos chicos gateando entre los setos del jardín botánico intentando escapar de los perros policía. Y una vez en las celdas, nos convertimos en unos patéticos sentimentaloides».[138] Uno de los estudiantes arrestados sostuvo que las afirmaciones de Johnson de que había pasado la noche en la comisaría de Cowley no eran más que falsas fanfarronerías. El mismo hombre identifica a los únicos tres miembros que escaparon del arresto aquella noche: Johnson, Cameron (que huyó por una calle lateral) y su compañero de Eton, Sebastian Grigg, hoy por hoy, el cuarto barón Altrincham. Hasta en plena noche de borrachera, este trío fue capaz de pensar en sus currículums. Una década después, los tres se presentaron como candidatos al Parlamento en las elecciones generales de 1997. El miembro anónimo del club contó al *FT* en 2010: «Siempre pensamos que íbamos a dirigir el país. De hecho, nos pasábamos el día hablando de quién lideraría el Partido Conservador llegado el momento».[139] En cualquier caso, los arrestados fueron liberados al día siguiente sin cargos.[140] Los miembros del Bullingdon no vieron sus carreras frustradas por antecedentes penales juveniles.

Anne McElvoy, que trabajó como editora del *Cherwell* y que conoció a Johnson en Oxford, añade: «El Bullingdon creaba vínculos duraderos porque sus miembros pasaban por muchos aprietos juntos. Lo más probable es que la mayoría se guardaran en la manga secretos turbios o comprometidos del resto de sus compañeros».[141]

El Bullingdon «me persiguió durante la mayor parte de mi vida política», escribió Cameron en sus memorias tras ejercer el cargo de primer ministro. «Cada vez que veo la famosa fotografía del grupito de arrogantes "hijos del privilegio" me avergüenzo». Y añadió excusándose: «Fueron los años posteriores a la adaptación para la televisión de *Retorno a Brideshead* cuando muchos de nosotros nos dejamos llevar por la fantasía de un Oxford como el que describía Evelyn Waugh».[142]

Johnson llegó a decir que estaba «avergonzado» de haber sido miembro del Buller y lo describió como una «vergonzosa estampa de la pijería, la estupidez y la arrogancia sobrehumana de los estudiantes de Oxford».[143] Sin embargo, añadió: «En aquel momento, nos parecía increíble ir por la vida fanfarroneando».[144]

Participó en el Bullingdon como participaba en todo lo demás: de forma irónica. Cuando fue de visita a China como alcalde de Londres en 2013, el acalde de Pekín, Wang Anshun, le contó historias sobre su propia estancia en Oxford: «Todas las noches celebrábamos cenas y después cantábamos todos juntos. Fue una época muy feliz». Johnson, sin duda recordando sus días en el Buller, le contestó: «El canciller y yo también solíamos hacerlo». Curiosamente, Osborne también estaba de viaje en China esa misma semana: dos miembros del Bullingdon representaron a Inglaterra a la vez, aunque no de la misma forma.[145]

Es comprensible que el Bullingdon —una asociación masculina, pija y, a todos los efectos, una red de contactos universitaria— se viera como la cuna de los poderosos del futuro. No cabe duda de que el Bullingdon ayudó a fortalecer todavía más los vínculos establecidos durante los años de colegio. Aun así, era bastante marginal en las vidas universitarias de los *tories* de Oxford. A Johnson no le gustaba emborracharse hasta perder el control,[146] y Cameron era un tipo sensato que se unió en un afán de complacer a todo el mundo.

A decir verdad, Cameron era un *tory* de Oxford bastante inusual, porque apenas pasaba tiempo estableciendo vínculos universitarios que le pudieran ser útiles en el futuro. «Lamento decirlo, pero no recuerdo haberlo conocido», dice Rachel Johnson, una de sus coetáneas. Consiguió un título de primer grado, siguió en televisión *Neighbours* y *Going for Gold*,[147] tuvo varias novias, conoció a gente de la clase media por primera vez, se divirtió en clubes y organizó una

fiesta de celebración en su residencia tras la victoria de Thatcher en las elecciones del 87,[148] pero jamás hizo algo tan vulgar como engrosar su currículum con política estudiantil.

Recuerda Cameron:

> Yo no entraba en eso. Sentía fascinación por la política, pero por algún motivo no quise fomentarla. Fui a la Oxford Union un par de veces y vi a superestrellas como Boris Johnson, que ya era un orador muy divertido, y a maestros del debate como Nick Robinson, quien más adelante se convertiría en editor político de la BBC.[149]

Cameron debió de pensar que le resultaría relativamente fácil ponerse al día. Después de todo, era un pariente lejano de la reina, su padre presidía el White's (el Bullingdon de los adultos) y su primo, Ferdinand Mount, encabezaba la Unidad de Política del número 10 de Downing Street. El futuro de Cameron en el Partido Laborista estaba más que asegurado.

Hacer contactos en Oxford era para advenedizos como Johnson, cuyo padre había estado en el internado menor de Sherborne. Johnson es un buen ejemplo de la coalición que compone la élite británica: el núcleo de hereditarios está complementado con ambiciosos miembros de la clase media-alta y unos pocos invitados de las clases proletarias.

Johnson entendió que tenía que construir su carrera política a partir de una red de contactos más sólida y significativa que el Bullingdon: la Oxford Union. Alardeaba Jan Morris, y con razón: «Probablemente no haya ningún otro sitio en el planeta donde más hombres hayan aprendido a ser políticos».[150]

---

[130] Dower, *When Boris met Dave*.

[131] «Cameron student photo is banned», *BBC Newsnight*, 2 de marzo de 2007.

[132] Mutch, Nick y Jack Myers *et al.*, «General Election 2015: Photographic history of Bullingdon Club tracked down – including new picture of David Cameron in his finery», *Independent*, 6 de mayo de 2015.

[133] Purnell, Sonia, «Jo Johnson is his own man who is very different to Boris», *ITV.com*, 25 de abril de 2013.

[134] Parker, Ian, «Paths of Glory», *New Yorker*, 15 de noviembre de 2010.

[135] Gimson, *Boris*, p. 65.

[136] Sherwood, Harriet, «Sexism, vandalism and bullying: inside the Boris Johnson-era Bullingdon Club», *Observer*, 7 de julio de 2019.

[137] Temko, Ned y David Smith, «Cameron admits: I used dope at Eton», *Observer*, 11

de febrero de 2007.

[138] Long, Matt y Roger Hopkins Burke, *Vandalism and Anti-Social Behaviour*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2015, p. 197.

[139] Pickard, Jim, «Exclusive: David Cameron and the Bullingdon night of the broken window», *Financial Times*, 4 de abril de 2010.

[140] Long y Burke, *Vandalism and Anti-Social Behaviour*, p. 197.

[141] De grabaciones inéditas de BBC Radio 4, «Boris: 2. The University Years: Beauty and the Beast», 1.ª emisión, 16 de julio de 2022.

[142] Mutch, Nick, «Bullingdon Club: behind Oxford University's elite society», *The Week*, 16 de septiembre de 2019.

[143] *Ibid.*

[144] Sherwood, «Sexism, vandalism and bullying».

[145] Crerar, Pippa, «The Boris in China diaries: What's Chinese for "polymorphous"? How the Major's jokes got lost in translation», *Evening Standard*, 14 de octubre de 2013.

[146] Purnell, *Just Boris*, p. 64.

[147] Dower, *When Boris met Dave*.

[148] Evans, Stephen, «"Mother's Boy": David Cameron and Margaret Thatcher», *The British Journal of Politics and International Relations*, vol. 12, n.º 3, 2010.

[149] Cameron, David, «David Cameron book: The truth about me, cannabis and Eton», *The Times*, 14 de septiembre de 2019.

[150] Morris, *Oxford*, p. 259.

05

El Parlamento de los niños

«La Union ocupa un lugar especial en la historia de nuestra nación».

HAROLD MACMILLAN[151]

En el *Cherwell* nos encantaba escribir sobre la sociedad de debates de la universidad. La Oxford Union, fundada en 1823 en un patio situado detrás de la famosa calle comercial Cornmarket, era una suerte de Cámara de los Comunes para niños. Al igual que su homólogo londinense, la Union parecía un club de caballeros. Contaba con salas de lectura, salas de escritura, un bar y, frente al jardín, la cámara de debates; la mayor de toda Europa.[152] La Union era una de esas instituciones de Oxford que podían engatusar a adolescentes de clase media como William Hague y Theresa May y hacerlos sentirse pijos. Los directores iban vestidos con corbata blanca y los oradores con corbata negra, y entre ellos se llamaban «honorables miembros». Las paredes estaban cubiertas de bustos de antiguos primeros ministros que habían sido miembros de la sociedad de debates. Adolescentes de diecinueve años debatían contra ministros visitantes de sesenta años y se apoltronaban en los bancos delanteros imitándolos. En su libro de 1965 sobre la Union, Christopher Hollis la describe como «una parodia del Parlamento de 1864, más que del de 1964».[153]

Llegados los años ochenta, la cosa no había cambiado mucho. Yo nunca fui miembro, pero a veces me daban entradas de prensa para los debates. Recuerdo a un joven Binyamin Netanyahu despachando a los abucheadores, y, en el quincuagésimo aniversario de Dunquerque, a Ted Heath evocando el Oxford de los años cuarenta, cuando la invasión alemana era inminente. Heath había sido

elegido presidente de la Union en noviembre de 1938, tras acusar a Neville Chamberlain de «ponerle los cuatro cachetes a Hitler».[154]

Otra atracción de la Union era el bar, que, casi milagrosamente en la Gran Bretaña de los años ochenta, las noches de debate se mantenía abierto hasta altas horas de la madrugada, hasta que finalmente intervenía la deferente policía local. Para mediados de los ochenta, la Union también contaba con un club de comedia en el Jazz Cellar, donde un estudiante con ambiciones cómicas llamado Armando Iannucci, ahora el creador de las series de televisión satíricas *The Thick of It* y *Veep*, practicaba el arte de burlarse de los políticos.[155]

La Union (además de la PPE) explica por qué Oxford es especialista en generar primeros ministros. Desde su creación, la sociedad de debates funcionó como la guardería de los Comunes, dominada por etonianos.[156] En 1831, Gladstone pronunció un discurso antirreformista en la Union que fue tan potente que un amigo de Eton alertó a su padre, el duque de Newcastle, quien ofreció al prodigio de veintidós años uno de los burgos parlamentarios que tenía en el bolsillo.[157] En 1853, Edward Bradley vio a «caballeros sin bigote […] hacer malabares con los mismos trucos de retórica que sus padres estaban utilizando en otra Cámara bastante más conocida».[158]

El etoniano Macmillan, elegido bibliotecario de la Union justo antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, recordaba en su senectud:

> La Union era una oportunidad increíble para aprender sobre el sistema parlamentario, el cual siempre me había interesado. Estaba organizado como la Cámara de los Comunes. El presidente de la sociedad de debates, al igual que el presidente de la Cámara de los Comunes, se situaba en la silla del presidente. Los oradores se dirigían a la presidencia. Había bancadas delanteras y bancadas traseras, y así con todo.[159]

Las reglas de debate de la Union estaban basadas en las de la Cámara de los Comunes. Los oradores de equipos contrarios se sentaban uno frente a otro y se daba el mismo recuento de síes y noes. «En 1941 —escribe David Walter en su libro sobre la sociedad de debates—, la Union le ofreció sus *despatch boxes*[160] a la Cámara de los Comunes para reemplazar las que se habían perdido en los bombardeos, y de las que eran copias».[161]

Pero, a diferencia de los Comunes, la Union no tenía ningún poder real. Casi lo único que podía hacer el presidente de la sociedad de debates era organizar debates. Así que, naturalmente, la Union fomentaba la importancia de la retórica sobre las políticas. La institución iba en consonancia con las clases de Oxford y el

lenguaje social de la universidad: el cotorreo irónico. Se perfeccionaba la capacidad de expresión que posibilitaba que los aspirantes a políticos, abogados y columnistas argumentaran cualquier caso, creyeran o no en él. En la Union, un orador podía prepararse para defender una parte de la argumentación y, el mismo día del debate, tener que cambiar al bando contrario para reemplazar a un oponente que se había rajado.[162] Sospecho que fue esta tradición retórica la que llevó a Louis MacNeice a escribir en 1939:

> […] me apresuro a explicar
> que una vez has pasado por la Universidad de Oxford
> nunca más puedes volver a creer
> nada de lo que diga nadie y eso, por supuesto,
> es una ventaja
> en un mundo como el nuestro.[163]

En las cenas de miembros, *amateurs* veinteañeros de la Union se codeaban con líderes políticos de Londres. Heath conoció a Churchill en 1936, en su época de estudiante, y estuvieron hablando hasta las dos de la madrugada —copa en mano— en las habitaciones que tenía en Oxford uno de los amigos de Churchill, Frederick Lindemann.[164] En otra de sus visitas a la Union, Churchill le dijo a un estudiante (que resultó ser el futuro ministro *tory* Quintin Hogg): «En este país, si sabes hablar, puedes hacer cualquier cosa».[165]

A finales de los sesenta, el joven orador Christopher Hitchens recuerda haber tenido la oportunidad de:

> […] conocer de cerca a ministros y parlamentarios experimentados y cenar con ellos de primeras y beber en su compañía después, y quedarme fascinado de nuevo con lo ignorantes y, lisa y llanamente, estúpidos que eran los hombres que decían dirigir el país. Fue una etapa fundamental de mi formación y por la que estoy enormemente agradecido.[166]

Algunos de los hombres más poderosos de Londres actuaban como buscadores de talentos, y los ambiciosos estudiantes universitarios se aprovechaban de ello.

La Union era una de las razones de que los estudiantes interesados en la política, sobre todo los *tories* que venían de la *public school*, se decantaran por Oxford en lugar de por Cambridge. Cuando le pregunté a Dan Hannan por qué muchos de los políticos del momento estaban en Oxford, él respondió: «Lleva pasando mucho tiempo, ¿no? Supongo que los estudiantes que están muy interesados por la política se decantan por Oxford porque piensan que tiene más

que ver con ese mundillo». Por el contrario, de la Cambridge Union no ha salido ni un solo primer ministro británico. Un asistente a uno de sus últimos debates asegura haber visto «una sala llena de ambiciones fallidas bajo caretas afables».

En Oxford, los incesantes debates y campañas electorales de la Union convierten la universidad en un hervidero político. El Gobierno británico se enfrenta a elecciones cada cinco años, pero la Union elige presidente, secretario, tesorero y bibliotecario cada ocho semanas. La antropóloga Fiona Graham, en su etnografía de 2005 sobre la Union, describió a algunos estudiantes como «casi unos políticos profesionales, con equipo propio y elaboradas estrategias y reuniones de campaña».[167]

Supuestamente, hacer campaña de cara a las elecciones estaba prohibido según la regla 33 de la Union. De vez en cuando se intentaba hacer cumplir la ley mediante tribunales compuestos por abogados londinenses, pero la mayor parte de las veces los candidatos la incumplían. Los políticos de la Union, conocidos como *hacks* —fácilmente reconocibles por ser los únicos estudiantes que llevaban traje—, se pasaban el día deambulando por los colegios universitarios y acosando a estudiantes ordinarios con la sempiterna pregunta: «¿Cuento con su voto?». Si bien, por lo general, solo unos cientos de estudiantes, normalmente los miembros de la Union, se molestaban en votar.[168]

Los candidatos aliados se organizaban en listas, la versión de los partidos de la Union, pero sin el componente de la ideología.[169] Las listas eran ilegales, cuasisecretas —de hecho, se ocultaban al electorado—, pero eran esenciales para el proceso. En una flagrante violación de las normas, los candidatos hacían campaña a favor de sus listas: «Vóteme como tesorero, a él como secretario y a ella como presidenta». En otras palabras: hecha la regla, hecha la trampa.

Las listas hacían que las elecciones parecieran un deporte en equipo, pero en realidad eran un deporte individual. Casi todos los *hacks* estaban ahí por intereses propios. Las listas ofrecían interminables oportunidades para la traición: un candidato podía desertar de una lista días antes de las elecciones para unirse a la facción rival, defraudando a amigos cercanos e incluso a amantes. Pero rara vez se hacía mala sangre: un bimestre después, traidor y traicionado se unían en una misma lista. La atmósfera estaba cargada de crueldad chapucera.

Una carrera en la Union era una buena práctica para llegar a Westminster. Se aprendía a distinguir cuándo un supuesto aliado te estaba mintiendo a la cara o cuándo deberías estar mintiéndole tú a la suya; cuándo era seguro romper una regla y cuándo no.[170] Dice Radek Sikorski que fue en la Union «donde aprendí expresiones como *knifing* o *hacking*».[171] Los resultados eran brutales y muy pero que muy públicos: cuando Evelyn Waugh se presentó a la secretaría, terminó

sexto y último.[172] El punto álgido de toda elección en la sociedad de debate era un etoniano apuñalando por la espalda a otro para llegar a la presidencia. Michael Heseltine, quien había ocupado la silla de la presidencia (la cual se alzaba en una tarima como un trono), lo llamó «el primer paso para convertirse en primer ministro». Habiendo escalado puestos en la Union, Downing Street parecía alcanzable.

Los políticos formaban en Oxford un pequeño universo muy unido. En 1976, Theresa Brasier y su futuro marido, Philip May, los dos miembros de la Union, fueron presentados en una discoteca de la Asociación Conservadora de la Universidad de Oxford por otra presidenta de la Union, Benazir Bhutto, que ya se preparaba para ser primera ministra de Pakistán. Brasier tenía ambiciones similares, aunque ninguno de sus coetáneos se diera cuenta. El locutor Michael Crick, presidente de la Union en 1979, dice:

> Theresa May era una buena oradora y cuando se relajaba era muy graciosa. Pero es demasiado seria y recatada. Se hacía muy difícil llegar a conocerla. Toda persona involucrada en la política de Oxford que haya conocido a Theresa, incluido Damian Green, te diría que no llegó a conocerla del todo. Toda mi generación está de acuerdo en que Theresa May es la última persona que nos hubiéramos esperado que fuera primera ministra. Era la menos capaz en habilidades políticas de cara al público.

En cambio, añade Crick, sus coetáneos habrían apostado por Green, Alan Duncan, Colin Moynihan o Daniel (ahora barón) Moylan. Sus maquinaciones para llegar al poder fueron objeto de burla en la revista satírica de Oxford *Passing Wind*, editada por el alumno Ian Hislop, futuro editor de la revista *Private Eye*.

El que fuera primer ministro de Australia, Malcolm Turnbull, conoció a sus dos homólogas, Brasier y Bhutto, en la Union en 1977, cuando viajó a Oxford como invitado de la sociedad de debate, y acabó llevando a Bhutto de vuelta a Londres: «He de decir que jamás he visto a nadie acomodarse en el asiento trasero de un Mini Minor con tanta elegancia como ella».

Un año después, Turnbull regresó a Oxford con una beca Rhodes.[173] Crick pensó que era «la persona más dinámica que había conocido en Oxford, o en toda mi vida, en realidad».

¿Qué pensó Turnbull de Oxford?

> Fue el primer lugar donde alguien me preguntó: «¿A qué se dedica tu padre?». Estaban obsesionados con cómo hablaban, cuál era su contexto social, dónde habían ido al colegio y demás. No es que estas distinciones no existan en

Australia, pero están en los márgenes de los márgenes del país, en comparación con el Reino Unido.

Turnbull intervino ocasionalmente en los debates de la Union y jugó un papel fundamental en la vida de Theresa Brasier, como descubriría media vida después en las conferencias del G20 en Hangzhou, China, en 2016. «[Theresa] dijo en una bilateral con otras treinta personas alrededor de la mesa: "Ay, Philip [May] siempre me recuerda el consejo que le diste en Oxford". Yo, por supuesto, no tenía ni el más mínimo recuerdo de lo que le había aconsejado. Y resulta que, por lo visto, le había dicho que dejara las dudas a un lado y le pidiera matrimonio».

¿Qué le pareció la Oxford Union?

> Es política estudiantil del montón: lo más importante es llegar a la cima de la mugre. La política estudiantil se basa en el juego. Y creo que no me equivoco si digo que muchos de los que pasan de la política estudiantil a la política real están más encandilados con la dinámica de juego de lo que lo están con lo que debería ser el objetivo de la política, es decir, hacer buenas políticas públicas. La Union no es tanto un foro en el que debatir cuestiones y temas relevantes de la actualidad, sino más bien un lugar en el que aprender a convertirse en un orador entretenido.

---

[151] Walter, *The Oxford Union*, p. 12.

[152] Graham, Fiona, *Playing at Politics: An Ethnography of the Oxford Union*, Edimburgo: Dunedin Academic Press, 2005, p. 28.

[153] Hollis, Christopher, *The Oxford Union*, Londres: Evans Brothers, 1965, p. 231.

[154] Heath, Edward, *The Course of My Life: My Autobiography*, Londres: A&C Black, 2011, disponible en Google Books.

[155] Sheridan, Benn, «An Interview with Armando Ianucci», *Cherwell*, 4 de junio de 2017.

[156] Graham, *Playing at Politics*, p. 26.

[157] Walter, *The Oxford Union*, pp. 22-23.

[158] Morris, *The Oxford Book of Oxford*, p. 189.

[159] Walter, *The Oxford Union*, pp. 12, 15, 33 y 46.

[160] Dos cajas (una para el Gobierno y otra para la oposición) que se sitúan en la mesa central de la Cámara de los Comunes y al lado de las cuales se posicionan los diputados cuando desean dirigirse formalmente a la Cámara. (*N. de la T.*).

[161] Walter, *The Oxford Union*, pp. 29, 117 y 191.

[162] Graham, *Playing at Politics*, p. 70.

[163] MacNeice, Louis, «Autumn Journal», 1939, disponible en https://archive.org/

stream/in.ernet.dli.2015.184237/2015.184237.Autumn-Journal_djvu.txt.

[164] Heath, *The Course of My Life*.

[165] Walter, *The Oxford Union*, p. 69.

[166] Hitchens, Christopher, *Hitch-22*, Londres: Atlantic Books, 2011, p. 98 [trad. cast.: *Hitch-22*, Barcelona: Debate, 2023, trad. de Daniel Gascón].

[167] Graham, *Playing at Politics*, p. 33.

[168] *Ibid.*, p. 16.

[169] Las listas y las puñaladas traperas están bien descritas en el libro de Graham, *Playing at Politics*.

[170] Graham, *Playing at Politics*, p. 206.

[171] Dower, *When Boris met Dave.*

[172] Walter, *The Oxford Union*, p. 53.

[173] El programa de becas internacionales más antiguo del mundo. Rhodes Trust ofrece becas internacionales a estudiantes que deseen cursar un posgrado en Oxford. (*N. de la T.*).

06

El granuja está hablando

«El encanto es la gran plaga británica. No existe más allá de estas húmedas islas. Tiñe y mata todo lo que toca. Mata el amor, mata el arte…».

Anthony Blanche en *Retorno a Brideshead*[174]

Al igual que Churchill, su modelo, Boris Johnson pasó años perfeccionando el antiguo oficio de la oratoria.[175] Eton le había ofrecido oportunidades inigualables para practicar. Johnson dirigía la sociedad de debate y para cuando terminó el colegio, estaba tan versado en el arte discursivo que incluso podía parodiarlo. Dice su hermana Rachel:

> La Sociedad de Debate de Eton, la PolSoc [Sociedad Política de Eton]… Todas esas instituciones pulían sus habilidades oratorias desde jóvenes. Todos esos chicos nos llevaban ventaja. Ellos tenían a los pesos pesados yendo a darles discursos en la PolSoc.
>
> Es un poco como jugar al tenis. No puedes coger una raqueta, plantarte en la pista central de Wimbledon y esperar ganar a Roger Federer. Es cuestión de práctica. Al practicar aprendes lo que funciona y lo que no. Y yo creo que el problema es que las mujeres tienen miedo de intentarlo y fracasar y de ser vistas intentándolo y fracasando.

En Eton, Johnson aprendió el que se convertiría en su método estrella para derrotar a oponentes con mejores argumentos: ignorar esos argumentos. También descubrió cómo ganar elecciones y debates: en lugar de aburrir a su público con detalles sobre sus futuros planes, se los ganaba con chistes, una voz grave

perfectamente calculada y mofas *ad hominem*.

En 1983, Johnson llegó a Oxford lleno de ambiciones calculadas. Era irónico para todo, menos para sí mismo. Tenía muchos objetivos por conquistar y poco tiempo para lograrlo. Y, en comparación con sus compañeros de la *public school*, sentía que estaba en desventaja. Empezó la universidad con tres objetivos, explica Sonia Purnell en *Just Boris*: conseguir una licenciatura de primera clase, encontrar mujer (sus padres se habían conocido en Oxford) y ser presidente de la Union. Durante sus años de universidad siempre pensaba «a dos décadas vista», asegura su amigo de Oxford Lloyd Evans.[176]

Mientras que la mayoría de los estudiantes llegaba a Oxford sin saber que existía la Union, Johnson era el espabilado de su clase: ya en 1959, su padre había entrado en Oxford decidido a convertirse en presidente de la Union. Stanley Johnson fracasó, pero su hijo se convirtió en una superestrella. Eton anima a sus estudiantes a desarrollar su individualidad o, por lo menos, a labrarse una marca personal convincente, y nadie lo hizo con tanto éxito como el propio Johnson. Simon Veksner, quien lo siguió desde la residencia que compartían juntos en Eton hasta la Union, recuerda: «Ya por aquel entonces, el carisma de Boris era incomparable. Era gracioso, cálido, encantador, autocrítico… Un buen día se le ocurrió montar un numerito sobre *Beano* y P. G. Wodehouse. Funcionó muy bien y, de la noche a la mañana, pasó a adoptar ese papel».

Johnson se transformó en el personaje que representaba de cara al público. Convirtió la parodia personal en una forma de promoción. Como muchos otros alardes de excentricidad británicos, su caótico peinado y su atuendo eran una declaración de clase. Igual que el oso de peluche de Sebastian Flyte en *Retorno a Brideshead*, sus excentricidades decían: mi estatus privilegiado está tan consolidado que soy libre para desafiar las normas.

En Oxford, Johnson fusionó tres arquetipos de la cultura popular británica: Brideshead, Wooster[177] y el granuja del internado. El granuja es el bribón del colegio, el que no hace los deberes, fuma detrás de las gradas del campo de *rugby*, rompe las reglas, seduce a todas las chicas y siempre se mete en líos. En la edad adulta, los granujas suelen acabar escondiéndose de sus acreedores en Australia.

Los planes de Johnson para encontrar mujer en Oxford fueron como la seda: en la universidad se echó de novia a la refinada y atractiva Allegra Mostyn-Owen, la mujer alfa de su grupo. En una sorprendente exclusiva, el *Cherwell* anunció su compromiso dos años y medio antes de su matrimonio.[178] Su atractivo y sus frecuentes apariciones en los periódicos universitarios, convirtieron a Johnson en toda una celebridad en Oxford; de hecho, era uno de los pocos estudiantes de la

universidad conocidos más allá de su círculo íntimo. Ya por aquel entonces, contaba con una importante virtud política: era muy fácil escribir sobre él.

Los contactos entre la élite de Mostyn-Owen complementaban sus propios contactos. De hecho, fue su novia quien le presentó a la periodista Tina Brown, quien estaba de visita en Oxford para cubrir la muerte por sobredosis de heroína de una *socialite* de la clase alta: Olivia Channon. Brown asegura haber sido calumniada por Johnson, quien habría escrito un ataque impreciso sobre ella en el *Telegraph* con la firma de Mostyn-Owen. Recuerda Brown que escribió en su diario de la época: «Boris Johnson es escoria. Espero que le vaya mal».[179]

La neozelandesa Jeya Wilson recuerda que, en un debate de primer año que se organizó en la Union, Johnson dio un discurso cómico sobre la isla de Nauru en el Pacífico. Jeya, que venía de la región, se dio cuenta de que «todo lo que decía sobre Nauru era erróneo», y durante el debate intentó desmontar sus argumentos. Al terminar, Boris se le acercó y se lamentó: «¿Cómo podía haber sabido que iba a haber alguien que conociera Nauru?». Wilson, quien ejerció la presidencia de la Union antes que Johnson, señala: «No creo que Boris hubiera podido ganar ningún concurso de debate, porque eso habría requerido disciplina y precisión en los datos».[180]

Pero los discursos vacíos de contenido funcionaban muy bien en Oxford. Toby Young todavía recuerda la primera vez que vio hablar a Johnson en la Union, en octubre de 1983:

> La moción era de extrema seriedad —se debatía reintroducir la pena capital—, y aun así casi todo lo que salió de su boca desencadenó estrepitosas carcajadas. Johnson no era un estudiante cualquiera debatiendo una moción, sino un veterano del teatro de variedades representando una obra cómica muy bien ensayada. Su falta de preparación no parecía tanto una evidencia de sus defectos como una manera de parodiar a todos los demás oradores, así como la pomposidad del acto.

Para Young, otro de esos estudiantes que habían entrado en Oxford esperando encontrarse una escena de *Retorno a Brideshead* (de la adaptación para la televisión, claro), Johnson representaba el «verdadero» Oxford, el ideal platónico.[181] Young reconoce: «Me dejé cautivar por el culto a Boris».[182] Según él, Johnson «era el Hombre Más Grande del campus. Era el gorila de espalda plateada, el macho alfa».[183] Para Anne McElvoy, Johnson era «de lo más singular», aunque tuviera «una forma de hablar en público más propia de un orador de hace cuarenta años».[184] Sus compañeros pronto se dieron cuenta de

que su espectáculo tenía un único acto —jugar a ser una versión refinada de sí mismo—, pero les seguía pareciendo gracioso.

Otro joven aspirante a orador de la época era Frank Luntz, futuro consultor estadounidense conocido por ser un maestro del lenguaje político. Como autoproclamado «hombre de letras», Luntz ideó el término *cambio climático* para la administración de George W. Bush con el fin de sustituir la expresión *calentamiento global* y que así pareciera más inocuo; de lo que ahora se arrepiente.[185] Señala:

> Boris era brillante. Sí, se trastabillaba en los detalles, pero sabía lo que era importante. Nunca había conocido a nadie como él y todavía no lo he hecho. Una vez, Boris dio un discurso sobre el Oriente Medio, y, hoy por hoy, sigue siendo el mejor discurso sobre el tema que he oído nunca. Comparó Oriente Medio con el patio de un colegio y explicó cómo los abusones atacaban al más pequeño del patio. Creó una metáfora brillante y después desarrolló todo el tema en torno a esa metáfora.

Johnson también se benefició de la calidad de sus competidores en los debates. Dice Luntz: «Nunca he visto a un curso con estudiantes más talentosos que los de la clase de 1984-1986 en la Union. Tenía veintidós años cuando llegué, y admiraba a gente que tenía dieciocho o diecinueve por su inmenso talento». Luntz destaca a Nick Robinson, Simon Stevens y Michael Gove. Cuenta Luntz:

> Cuando alguno de los tres se levantaba para intervenir [en un debate], se hacía el silencio en la cámara, no se oía ni un ruido. Todos sabían que como se les ocurriera intervenir, se podían dar por muertos. Aquel trío político era implacable. Como la tomaran contigo, ya podías ir llamando a la ambulancia para que se llevaran tu cuerpo a la morgue, porque cualquiera de los tres podía hacerte pedacitos y sacarte el corazón antes de que te desplomaras en el suelo. Eso en Estados Unidos no pasa. No se puede hacer, nadie puede.
>
> Si planteabas un buen argumento pero no tenías datos para respaldarlo, te avergonzaban de tal modo que después del debate no te atrevías a pasar por el bar. Si no tenías datos, si no te sabías los contraargumentos…, tus contrincantes lo descubrirían y te destruirían. Tenías que controlarlo todo, porque, si bien no sabías por dónde vendrían los golpes, podías estar seguro de que llegarían.
>
> Es el estilo [de oratoria] más maravilloso del mundo; como un masaje mental. Oxford era el lugar perfecto para pulir las habilidades retóricas. Los estudiantes estaban rodeados de otros oradores tan talentosos como ellos, tan ambiciosos como ellos, y además los había a miles.

Anthony Gardner, otro coetáneo estadounidense de Johnson, más adelante embajador estadounidense para la Unión Europea, no estaba tan impresionado:

> Boris era un intérprete consumado, y su escenario ideal era la Union, donde se primaba mucho más el ingenio ocurrente que la fidelidad a los hechos. Era el lugar de entrenamiento perfecto para los que planeaban ser *amateurs* profesionales. Recuerdo a muchos estudiantes estadounidenses que fueron ridiculizados por leer estadísticas que habían preparado laboriosamente. Eran estadísticas tediosas, sí, pero también certeras y a menudo relevantes para sus argumentaciones. Y aun así eran abucheados por las masas al grito de «aburrido» o «¡Déjate de datos!».[186]

Johnson compartía con la mayoría de los *tories* de Oxford de su generación una fe ciega en el thatcherismo. En el apogeo de su carrera política, es decir, entre los años 1982 y 1987, la primera ministra se convirtió en un modelo. Sobre todo, porque era una intransigente confesa. Se llevó por delante a todos sus oponentes políticos, desde los *wets* hasta los reclutas argentinos, y defendió flagrantes privilegios materiales para los ganadores y la posibilidad de un mundo en el que Inglaterra pudiera dictar las reglas por pura fuerza de voluntad.[187] Tras su muerte en 2013, Johnson contactó con Oxford para construir un nuevo colegio universitario en honor a Thatcher. «¿Por qué no crear un colegio universitario en honor a la mayor benefactora de la posguerra y embolsarse los doblones de las matrículas de los estudiantes internacionales?», preguntó.[188]

Al poco de llegar a Oxford, Johnson se convirtió en el rey del lugar, aunque eso no quiere decir que tuviera muchos amigos. «Lo que quería era un club de fans», dice McElvoy.[189] En 1984, un estudiante del último año de instituto, Damian Furniss, acudió al colegio universitario de Johnson, el Balliol, para su entrevista de acceso a Oxford. «Era un chico tartamudo de clase trabajadora que vivía en el campo y, para colmo, venía de un colegio público que no me había preparado para esa experiencia», explicó Furniss en 2019.

> Mi entrevista con los profesores estaba programada para primera hora de la mañana. Como tenía que hacer noche en Oxford, decidí matar el tiempo en el bar de la universidad. Johnson estaba pasando el rato con su camarilla de acólitos, cuyo único trabajo en la vida parecía ser reírse de sus chistes. Tenían tres años más que yo… Uno habría esperado que Johnson se comportara como un embajador de la universidad y que me diera la bienvenida a su colegio universitario como aspirante a miembro. Pero no fue así. Al contrario, el tipo se descojonó de mí. En el tiempo que tardé en beberme la pinta (que me sentí

obligado a terminarme) le dio tiempo a burlarse de mi trastorno del habla, de mi acento, de mi colegio, de mi sentido del estilo, de mi corte de pelo, de mis orígenes humildes, del trabajo de mi padre como granjero y propietario de un garaje, y de mis esperanzas de conseguir la beca para la que había acudido a la entrevista. Su única motivación era divertir a sus colegas ricachones.

Por aquella época, Johnson se presentaba a las elecciones para ser presidente de la Union contra un chico de *grammar*: Neil Sherlock. Aquellas elecciones exacerbaron la lucha de clases en Oxford: señoritos contra «manchas». Sherlock —más adelante socio en KPMG y PwC, y, durante un breve lapso de tiempo, consejero de asuntos extraordinarios del viceprimer ministro liberal Nick Clegg— fue el primero de su familia en ir a la universidad.[190] Asegura que antes de llegar a Oxford «no había visto un debate en mi vida. Nunca había visto a nadie en esmoquin, mucho menos en frac».

Dice: «Boris era un *tory* muy convencional, claramente de derechas, y tenía lo que me gusta llamar visión privilegiada de etoniano. Es decir, "tengo que conseguir el mejor puesto porque estoy solicitando el mejor puesto". Aunque no tuviera ni la más mínima idea de qué iba a hacer con ese puesto».

Allegra invitó a Sherlock a tomar el té y le pidió que no se enfrentara a «su Boris». Aun así, Sherlock hizo campaña a favor de la plataforma «Meritócratas contra señoritos, competencia contra incompetencia». Johnson «no salió a pedir el voto, no hizo ni el más mínimo esfuerzo por ganarse al electorado», apunta Wilson.[191] Se limitó a movilizar a sus redes de la *public school* (por lo visto, andaba corto de amigos), pero hasta los ciento cincuenta etonianos que había en Oxford en aquella época[192] resultaron ser una base política demasiado pequeña para la nueva Union.

La candidatura de Johnson también sufrió por su gran conservadurismo. Puede que los conservadores fueran la mayor facción en la Union, pero eran una minoría en la universidad. Y, además, la mayoría de los profesores de Oxford eran contrarios a Thatcher. En 1985, negarse a otorgarle un *honoris causa* para protestar contra sus recortes en educación e investigación fue la declaración política de la universidad más transcendente de la década. «¿Por qué deberíamos alimentar a la mano que nos muerde?», preguntó un profesor.[193] Luntz recuerda que Oxford consideraba a Thatcher «la persona más malvada sobre la faz de la Tierra». De hecho, se llegó a sentir excluido socialmente por defenderla.

(En gran medida por este motivo, Luntz, con la «sinceridad extrema» que ha adoptado desde que sufrió una apoplejía en 2020, me confesó: «Detesté mis tres años en Oxford. Los recuerdo sin cariño. Si me preguntaran qué época de mi vida

me gustaría cambiar, esa sería la primera». Sin embargo, se culpa a sí mismo. «La cagué», dice, por haber estado «ciego» al estado de ánimo generalizado. Luntz me dictó una frase que quería que incluyera en el libro: «Luntz asegura que se responsabiliza de todas sus experiencias». Aun así, tras regresar a Estados Unidos, lanzó su carrera como consultor utilizando la marca de Oxford. Cuando hablamos por Zoom, movió la cámara para enseñarme su habitación: grande y desordenada. «Tengo cosas muy chulas. He tenido una vida muy interesante. Odiaba Oxford, pero Oxford hizo que esta vida fuera posible». «¿Cree que podría haber sido un consultor de renombre sin Oxford?». «No, no lo creo»).

Al final, Sherlock se alzó con la victoria y no quedó muy impresionado con Johnson: «Desplegaba la retórica, la personalidad y el ingenio de una forma un tanto aleatoria, y no le servía más que para suscitar alguna que otra carcajada». Sherlock esperaba que el presidente de la OUCA, Nick Robinson, se convirtiera en una celebridad política y Johnson en «un buen periodista». En su lugar, Robinson acabó presentando el programa *Today* donde, en octubre de 2021, le acabó diciendo a un Johnson con verborrea: «Primer ministro, deje de hablar».[194]

La intensidad emocional de un proceso de elecciones en la Union es extraordinaria: traiciones por doquier, participantes en la fase más sensible de la edad adulta y pocas horas de sueño. Los candidatos compiten por el puesto más prestigioso que jamás hayan tenido en sus vidas hasta ese momento, y probablemente el más prestigioso que el vencedor jamás ostentará. No era infrecuente que los perdedores se echasen a llorar, ya que sentían que los votantes habían rechazado hasta su misma esencia, más allá de las ideas políticas que pudieran tener. La derrota de Johnson a manos de Sherlock lo dejó herido, pero aprendió de ese fracaso. «Seguramente, esa derrota fue lo que lo convirtió en político —escribe Purnell—. Le enseñó la irrefutable verdad de que nadie puede tener éxito en política si se apoya solo en su propio grupo (de contactos)».[195]

Pero los etonianos suelen tener segundas oportunidades. Un año después de su humillación pública, Johnson volvió a presentarse a presidente. Por el camino, había aprendido otra lección: la personalidad puede costarte elecciones. Así que esta segunda vez ocultó su conservadurismo presentándose como un hombre divertido y nada amenazador: «un socialdemócrata centrista, cálido y adorable», resume Sherlock. Simon Stevens le consiguió el apoyo del bloque de centroizquierda,[196] y Boris forjó una alianza con un periodista marrullero de la Union que vivía en Ruskin College para así congregar en su lista a todos sus lectores: sindicalistas adultos de clase trabajadora. El diarista del *Cherwell* John Evelyn alabó entre bromas al «bombonazo rubio del Balliol» como «una fuerza

imparable para la sociedad de debate socialista en el Palacio de la Gente (la Union para el resto) […]. ¿Quién podrá parar a nuestro etoniano leninista e impedir que estampase su hoz y martillo particular por toda la Union?».[197] Entre izquierdistas y liberales, Johnson aprendió a florecer parodiándose a sí mismo. «Se libró de ser repudiado por ser un *tory* gracioso», dice su hermana Rachel.

¿Y por qué no? Como el presidente de la Union no legislaba sobre las vidas de los estudiantes y Johnson no estaba muy interesado en las ideas políticas, las elecciones no eran más que un juego de poder. La segunda campaña presidencial de Johnson fue bastante más competente que la primera. Luntz, quien ganó ciento ochenta libras[198] en su primer trabajo como consultor, llevó a cabo una encuesta para Johnson en la que, según recuerda Luntz, casi todas las preguntas trataban sobre los hábitos sexuales de los estudiantes. Dice: «A mi madre le dio mucha vergüenza porque la encuesta se publicó en el *New York Times*. Me reprendió: "¿Cómo se te ocurre hacerle esas preguntas a la gente?"».

Pero, en realidad, el sexo no era más que una tapadera, dice Luntz: «Sabía que sería tan polémico que nadie pensaría que se trataba de una encuesta para una campaña política». Entre tanto sexo, coló dos preguntas sobre la Union que iban dirigidas a averiguar con qué candidato tenía que hablar Johnson para quedarse con sus votos de segunda preferencia.[199]

En esta segunda campaña, Johnson extendió sus encantos más allá de su base social. Gove, un estudiante de primer año en 1985, le dijo al biógrafo de Johnson, Andrew Gimson: «La primera vez que lo vi fue en el bar de la Union… Parecía un afable personajillo de Oxford, pero en realidad era un tiburón al acecho de estudiantes de primero que se atrevieran a nadar hacia él». Gove, que hizo campaña a su favor, admite: «Era la marioneta de Boris». Y después emplea la misma expresión que Toby Young: «Me convertí en un devoto del culto a Boris».[200]

El personaje que se había creado Johnson era la imagen pública perfecta para encabezar una lista política. En el contexto inglés, era de sentido común y justicia que el cargo político de más alta instancia fuera a parar al etoniano más carismático de su época. Con el apoyo de sus fieles devotos ganó la presidencia. El oponente caído en desgracia, Mark Carnegie, afirmó después: «No es que sea cautivador, es que es un puto *crack*».[201]

Eso sería lo que todos recordarían. Como Toby Young escribió en la revista de la Union en 1985: «Da igual lo poco que triunfes con la clase dirigente, lo estúpido que seas, lo pequeño que sea tu colegio universitario o lo pretenciosa que sea tu escuela: si tienes la voluntad de ganar, puedes hacerlo». Los que ganaban en la Union, explica Young, eran personas que «ante cualquier situación

social […] solo perciben las condiciones jerárquicas que determinan el estatus de sus miembros, y no tienen forma de relacionarse con otros individuos salvo verlos como recursos o enemigos».

Young decía que era una suerte que la Union existiera: «En un ambiente repleto de despiadados sociópatas como el de Oxford, hay una institución que los absorbe a todos, contiene su caprichosa voluntad y les otorga poder solo sobre ellos». Y concluye su artículo: «Esperemos de todo corazón que los presidentes de la Union de hoy se conviertan en los diputados, ministros y primeros ministros del mañana, porque así, por lo menos, los tendremos controlados».[202]

El talento de Johnson le valió para hacerse con el cargo de presidente, pero no para hacer nada con él. La presidencia no le sirvió para nada, asegura Tim Hames, un político de la Union de aquel entonces: «Aquello era un desastre. No podía organizar un bimestre ni aunque le fuera la vida en ello. No tenía el mecanismo de apoyo que más tarde se dio cuenta de que necesitaba».

Una vez elegido presidente, Johnson se quitó la máscara centrista. Cuando a Anthony Kenny, director de Balliol, le contactó un diputado del partido socialdemócrata para decirle que necesitaba un becario, Kenny contestó: «Tengo al hombre perfecto. Es inteligente, astuto y con las ideas políticas que buscas. Acaba de dejar la presidencia de la Union y se llama Boris Johnson». Pero cuando Kenny le ofreció el trabajo a Johnson, este se echó a reír: «Señor, ¿no sabe usted que soy un *tory* convencido?».[203]

* * *

Tras su graduación, Johnson escribió un revelador ensayo sobre la política en Oxford para el libro de su hermana: *The Oxford Myth*.[204] Empieza, cómo no, opinando sobre la Union:

> No es más que un salón de masaje para el ego de los imbéciles de turno, los tontos, los pijos, los inadaptados que la componen. […] Para muchos estudiantes, la Union apesta a política barata, despojada de todo salvo de personalidad y ambición. […] Los estudiantes normales y corrientes se desaniman de votar. Piensan: ¿va a servir para algo salvo para engordar los currículums de los seleccionados?

Aun así, señaló, los jugosos cargos de la política londinense estaban al alcance de la mano: «La mejor manera de hacerse una idea de la importancia de la Oxford Union en la vida política británica es dedicar un cuarto de hora a observar las

fotografías de las comisiones parlamentarias a los lados de las escaleras que se remontan a principios de siglo». Johnson también aprovecha para criticar el aspecto físico de varias futuras estrellas políticas: «Benazir Bhutto lleva unos vestidos muy raros. […] Heath está gordo». Termina con su modelo: «A medida que nos acercamos a la cima de las escaleras, vemos a una joven figura sentada con las piernas cruzadas delante de un grupo de personas, como el goleador de un equipo de críquet escolar. Parece tener unos trece años. Es Harold Macmillan».

Su ensayo se centra entonces en la pregunta más importante: ¿cómo convertirse en el próximo Macmillan? Aunque hables como el mismísimo Cicerón, no se puede tener éxito electoral «sin antes entender y dominar los entresijos de la política». Johnson aconseja a los políticos universitarios que congreguen «a una colección de marionetas disciplinadas e ilusas» para que dispersen el voto. Por lo visto, «las mujeres solitarias de las universidades femeninas, en especial las estudiantes de ciencias», eran especialmente útiles:

> Con sus jóvenes complexiones y sus vestidos de flores representan el prototipo de las trabajadoras del Partido Conservador. Enérgicas, serias, tirando a gordas pero fieles a sus candidatos (mayoritariamente varones), con una convicción tan grande como su peso. Al fin y al cabo, para esas jóvenes mujeres atrapadas en su estructurado mundo de moléculas y *quarks*, la política ofrece fricción humana y calor.

En este pasaje, Johnson reflexiona sobre el primer entorno social que encontró en el que las mujeres jugaban un papel importante en las estructuras de poder. Al leerlo, queda claro por qué casi todos los presidentes de la Union que pasaban a ser políticos *tories* eran hombres (y de letras, además).

Johnson añade: «Lo malo de las marionetas es que […] están tan dispuestas a creer que su relación con su candidato es real que a veces desechan la realidad. El verdadero desafío de todo candidato a un puesto de poder es consentir el autoengaño de su marioneta».

---

[174] Waugh, *Brideshead Revisited*, p. 255.

[175] Graham, *Playing at Politics*, p. 182.

[176] Dower, *When Boris met Dave.*

[177] Personaje ficticio creado por el escritor P. G. Wodehouse: un miembro de la aristocracia y de los «ricos holgazanes». (*N. de la T.*).

[178] Evelyn, John, «The Happy Couple», *Cherwell*, 8 de febrero de 1985.

[179] Brown, Tina, *The Vanity Fair Dairies: 1983-1992*, Nueva York: Henry Holt and Company, 2017, disponible en Google Books.

[180] *Boris: 2. The University Years*, de grabaciones inéditas de la BBC Radio 4.

[181] Young, Toby, «Cometh the hour, cometh the man: A profile of Boris Johnson», *Quillete.com*, 23 de julio de 2019.

[182] Dower, *When Boris met Dave*.

[183] Young, «When Boris met Dave», *Observer*.

[184] *Boris: 2. The University Years*, de grabaciones inéditas de la BBC Radio 4.

[185] Mulkerrins, Jane, «Frank Luntz: The man who came up with "climate change" – and claims to regret it», *The Times*, 25 de mayo de 2021.

[186] Luzzato Gardner, Anthony, *Stars with Stripes: The Essential Partnership between the European Union and the United States*, Londres: Palgrave Macmillan, 2020, p. 65.

[187] Applebaum, Anne, *Twilight of Democracy: The Seductive Lure of Authoritarianism*, Nueva York: Doubleday, 2020, pp. 63-64 [trad. cast.: *El ocaso de la democracia*, Barcelona: Debate, 2021, trad. de Francisco J. Ramos Mena].

[188] Long, Max, «Boris Johnson calls for Thatcher college, Oxford», *Cherwell*, 30 de mayo de 2013.

[189] *Boris: 2. The University Years*, de grabaciones inéditas de la BBC Radio 4.

[190] Murphy, Simon, «"Meritocrat versus toff": Boris Johnson's losing battle for the Oxford Union», *Guardian*, 16 de julio de 2019.

[191] *Boris: 2. The University Years*, de grabaciones inéditas de la BBC Radio 4.

[192] Adonis, «Boris Johnson», *Prospect*.

[193] Evans, «Norman Stone obituary», *Guardian*.

[194] Nicholson, Kate, «Nick Robinson tells Boris Johnson to "stop talking" in awkward Radio 4 interview», *Huffington Post*, 5 de octubre de 2021.

[195] Purnell, *Just Boris*, p. 73.

[196] *Boris: 2. The University Years*, de grabaciones inéditas de la BBC Radio 4.

[197] Evelyn, John, «Action man», *Cherwell*, 15 de noviembre de 1985.

[198] Mulkerrins, «Frank Luntz», *The Times*.

[199] Los votantes votan por orden de preferencia a sus tres candidatos favoritos. Si ningún candidato obtiene mayoría absoluta, se elimina al tercero y se distribuyen sus votos entre los candidatos que sus votantes han marcado como segunda preferencia. (*N. de la T.*).

[200] Gimson, *Boris*, p. 70.

[201] Purnell, *Just Boris*, p. 84.

[202] Young, Toby, «Success and the also-rans», *Debate*, Michaelmas term, 1985.

[203] Kenny, *Brief Encounters*.

[204] Johnson, Boris, «Politics», en Johnson, *The Oxford Myth*, pp. 65-84.

07

Marionetas, devotos y víctimas

«Nosotros nos conocemos de sobra».

JACOB REES-MOGG explicando por qué los diputados conservadores no tenían que llevar mascarilla en la Cámara de los Comunes (octubre de 2021)[205]

Al leer la columna de John Evelyn en el *Cherwell* del 15 de noviembre de 1985, encontramos a buena parte del ala derecha de la Inglaterra de la década de 2020. Junto a la crónica sobre Johnson, «el etoniano leninista», otro artículo titulado «¿Quiénes se creen que son?» se mofa de la novia de Johnson, Allegra, y de Toby Young: «la respuesta de Oxford a la prensa sensacionalista».[206] Y al otro lado de la crónica sobre Johnson, Evelyn presenta a sus lectores a un político de Aberdeen de dieciocho años llamado Michael Gove, que ya estaba ganando fama en Oxford apenas un mes después de su llegada. «Michael oculta sus furibundas ideas reaccionarias tras una apariencia de clérigo salido de una novela de Jane Austen», escribe Evelyn, para acto seguido lanzarse a un alegato inusitadamente generoso: «Lo peor de este *pin-up* precoz es que también es, por desgracia, un joven asquerosamente talentoso y nada prepotente. No se pierdan este espacio para conocer más sobre sus futuras historias de corrupción…».[207]

Los padres escoceses de Gove habían dejado el colegio a los quince años y no tenían una vida acomodada, pero él ganó una beca para ir a estudiar a una escuela privada de Aberdeen. Como buen *young fogey*,[208] aterrizó en Oxford vestido con un traje verde de *tweed* (comprado en una tienda de segunda mano por una libra con cincuenta) y una corbata roja.[209] También se había sumado a la «tendencia Brideshead» de la cultura juvenil de los años ochenta. Gove

necesitaba la Union mucho más que sus compañeros de Eton: tenía que ganar autoestima y una red de contactos. Era un nuevo territorio para él, pero se adaptó a la perfección. El *Cherwell* lo nombró «el mejor orador de la Union».[210] Incluso fue capaz de elaborar un argumento convincente en contra de la libertad sexual ante un auditorio repleto de estudiantes.[211]

Uno de sus compañeros recuerda que Gove solía empezar sus argumentaciones con el mismo chiste: «Como le decía esta mañana a mi criado filipino…».[212] Gove portaba falda escocesa en los debates[213] y le gustaba bromear con si llevaba algo debajo. Nada más llegar a Oxford, se metió de lleno en la vida pública de la universidad. En 1987, el *Cherwell* informó de que Gove había pagado seis libras por la presidenta de la Union, Jessica Pulay, en la subasta de esclavos de la Union: «una oportunidad para comprar a tu persona favorita de la Union durante una noche». El propio Gove fue objeto de una «puja entusiasta», siendo vendido por treinta y cinco libras, mientras que Boris fue vendido *in absentia*.[214] (Inevitablemente, Pulay acabó formando parte de la clase dirigente: ostentó cargos directivos en varios bancos de inversión y en la Oficina de Gestión de Deuda del Reino Unido, y fue consejera de la English National Opera).

Gove se convirtió en un personaje reconocible en Oxford gracias a sus gafas desmesuradas y su exagerada oratoria cotidiana. Cuando el futuro periodista del *Guardian* Luke Harding llegó a Oxford, en 1987, Gove fue el encargado de enseñarle la Union a él y a otros novatos de primer curso. «Era básicamente igual [que en 2021] —recuerda Harding—. Tenía la misma confianza sobrenatural, la misma falsa elegancia. Pero resultaba un tanto paródico, parecía alguien que nunca iba a prosperar en el mundo real».

Un amigo de Gove desde sus años en Oxford dice: «Le parecía perfectamente comprensible que lo encontraras ridículo y extraño, y, aun así, continuaba siendo extremadamente educado contigo». Este es un comentario recurrente en los testimonios sobre Gove, Rees-Mogg y Hannan: hasta sus enemigos políticos coinciden en su amabilidad. (Johnson, en cambio, es la excepción. Como siempre ha sido de la clase alta, quizá solo le hace falta fingir camaradería en los momentos de crisis). Gove y compañía parecían demostrar un interés genuino por la persona con la que estaban hablando, en lugar de mirar por encima de su hombro en busca de alguien más importante. Tampoco es de extrañar porque, pese a todos los prejuicios populares contra los políticos, el suyo es un trabajo en el que la simpatía es un atributo esencial. Puede que los *tories* de Oxford se convirtieran en políticos porque eran tipos naturalmente simpáticos, o puede que aprendieran a tratar bien a la gente porque siempre andaban a la caza del voto.

Gove era inusualmente ideológico para los estándares de la Union, un meritócrata thatcherista que tenía claro lo que pensaba. Uno de sus compañeros de la Union asegura que, si bien Gove «no se había subido al carro de abolir el NHS, era uno de esos tíos que se sacarían de la manga un argumento asombroso para justificar el uso de las armas nucleares».

En 1987, Gove escribió un breve ensayo sobre educación para la revista de la Union. Empieza con un pueril pero complejo chiste sobre Oscar Wilde y enseguida va directo al grano. Lanza una pulla al que entonces era el secretario de Educación, el «chanchullero» Kenneth Baker, pero se nota claramente la influencia de los ideales thatcheristas sobre la vuelta a la excelencia victoriana. Los argumentos del Gove de veintidós años ofrecen un avance detallado de su desempeño como secretario de Educación entre 2010 y 2014:

→ Los colegios británicos deben establecer estándares exigentes y firmes que los alumnos han de cumplir. «Si podemos enseñar a los primates, nuestros primos menos inteligentes, a leer y escribir, ¿por qué no podemos garantizar unos estándares más altos para nuestros propios hijos?».
→ «¿Un currículo troncal?[215] Sí, tenemos que garantizar ciertas habilidades y conocimientos básicos y evitar malgastar el tiempo en insignificancias».
→ «¿Más exámenes? Pues claro».
→ El salario de los profesores debería estar ligado a sus rendimientos.
→ «La exclusión voluntaria, la privatización y la libre elección de colegio por parte de los padres»[216] podría ayudar a que los colegios «se centraran más en el cliente y menos en el mercado».[217]

Con todo, en una oda al elitismo de la excelencia que escribió para la revista de la Union, Gove advierte: «No me cansaré de señalar lo que *no* es el elitismo. No se trata de camarillas aduladoras, modas reaccionarias o egos de Eton. Se trata de un espíritu de glamur desvergonzado, entusiasmo y competición. Todos los aquí presentes formamos parte de una élite. Y es nuestra obligación recordarlo».[218]

Por aquella época, el joven Gove ya luchaba contra su propia dicotomía personal: el desprecio del astuto *outsider* thatcherista por el privilegio ancestral de la clase alta enfrentado con el entusiasmo por adquirir esos mismos privilegios. Como presidente de la Union, defendió en 1988 el uso de esmoquin y pajarita en los debates. «Habrá a quienes les asuste o les intimide —admitió—, pero eso se verá compensado con el incremento en la formalidad del evento».[219]

Los *tories* ambiciosos que no destacaran por sus habilidades oratorias o cuyos esfuerzos no se limitaran a la Union tenían otra manera de llegar a Westminster: la Asociación Conservadora de la Universidad de Oxford (OUCA, por sus siglas en inglés). Entre la lista de sus presidentes se encuentran Heath, Thatcher, William Rees-Mogg (padre de Jacob), William Hague y su compinche en Oxford, Guy Hands, futuro inversor de la asociación. Theresa Brasier fue miembro del comité. Al contrario que los políticos de la Union, algunos directores de la OUCA y del Club Laborista ganaban cierta experiencia política en el trato con los británicos de a pie: en las elecciones generales salían a hacer campaña por los barrios obreros de Oxford.

Margaret Roberts (la futura Thatcher) tuvo que canalizar sus ambiciones políticas hacia la OUCA porque la Union de su época no admitía a mujeres. Tras llegar a la presidencia en 1946, la revista *Isis* señaló: «La influencia de Margaret Roberts ha llevado a la asociación conservadora a su punto más alto desde su auge en la posguerra». Durante su reinado, y por primera vez desde los años veinte, la afiliación superó los mil miembros.

Roberts disfrutaba viéndose rodeada de sus ricachones compañeros *tories*, pero uno de sus coetáneos en la OUCA recuerda que «toleraban su presencia» porque la veían como una «empollona»: «alguien a quien podían endosarle todo el trabajo».[220] David Blair (antiguo presidente de la OUCA y ahora el redactor de discursos de Boris Johnson) escribe en su historia de la OUCA: «Bajo su influencia, la OUCA entró en la nueva era del conservadurismo realista personificado por Rab Butler, que aceptó buena parte de los cambios que había implementado el Gobierno laborista de Attlee. […] Resulta irónico que una carrera política que acabaría con una lucha enardecida contra el consenso de posguerra empezara acomodándose a él». Edward Boyle sucedió a Thatcher en la presidencia de la OUCA; cuando dimitió del gabinete en la sombra de Heath en 1967, Thatcher lo convirtió en secretario de Educación en la sombra.[221]

A finales de la década de los ochenta, la OUCA había ganado (según cálculos de Johnson) mil ochocientos miembros nuevos.[222] El *Cherwell* lo calificó como la mayor sociedad política estudiantil de Europa Occidental».[223] Su eslogan era: «Sé una *socialite*, no un socialista».[224]

El presidente de la asociación en 1987 era Jeremy Hunt. Tim Hames lo resume bien: «Boris tenía el carisma. Michael estaba interesado en la ideología y las ideas. Jeremy era un directivo conservador (con ce minúscula)». Hunt no era ni carismático ni elocuente y no tenía ambiciones políticas evidentes, pero representaba el arquetipo de delegado de clase; de hecho, había tenido ese mismo cargo en Charterhouse, un internado exclusivamente para chicos. Su padre,

remarcaba el *Cherwell*, «tiene una convincente potencia de fuego.[225] Es el almirante Hunt: el hombre con el dedo en el botón de Polaris».[226]

Alto y cortés —otro pariente lejano de la reina—, Hunt intentó sobreponerse a los enfrentamientos entre las diferentes facciones dentro de los *tories*. En aquella época, la OUCA estaba compuesta por dos facciones: los thatcheristas (la mayoría estudiantes de colegio público) y los *wets*, que apoyaban a Edward Heath (los chicos de la *public school*). Ambos bandos disfrutaban intercambiándose arcanos insultos faccionarios. Hunt entendió que su misión era unirlos a todos. Cuando el *Cherwell* informó de que una «facción libertaria» estaba intentando «hacerse con» la OUCA y que un miembro del comité de esa facción era un *moonie* (un miembro de la secta de la Iglesia de la Unificación),[227] Hunt dirigió una carta al editor en un registro formal raramente visto en el *Cherwell*: «La OUCA sigue siendo una asociación moderada y no está controlada ni por los libertarios ni por ninguna otra facción del Partido Conservador. La OUCA nació para representar el punto de vista de todos los estudiantes conservadores de Oxford. Los *moonies* —añadió— han sido expulsados».[228]

Los valores de la asociación decayeron tras la marcha de Hunt. De hecho, en 1989, la universidad le retiró brevemente el reconocimiento oficial a la OUCA cuando la asociación («con gran espíritu emprendedor», según Hannan) organizó un cabaré para recaudar fondos en el que dos *strippers*, un hombre y una mujer, utilizaron malvaviscos para simular actos sexuales ante un público de tan solo treinta personas.[229]

* * *

Como la mayoría de los chicos de su clase social, lo más importante que había aprendido Jacob Rees-Mogg era a hablar y a escribir bien. Owen Matthews, su coetáneo en Westminster Under School, lo recuerda con unos once o doce años —«exactamente igual que el Jacob de cincuenta y uno»— hablando sobre la crueldad contra los animales en un auditorio repleto de alumnos. Tan ridículamente afectada era su voz ya en el colegio y tan paródicamente adulta fue su presentación, que todo el alumnado estalló en carcajadas. Rees-Mogg siguió con su presentación, impávido, hasta que terminó su discurso. Al final, acabó recibiendo una ovación por sus agallas; sin duda, un entrenamiento de lo más valioso. En Eton se unió a la sociedad de debate, montó la Sociedad Stockton y logró que el mismísimo conde de Stockton, Harold Macmillan, fuera a dar un discurso.

Rees-Mogg no era pijo por ascendencia, sino que «adoptó un personaje

creado en función de las instituciones en las que participaba», aclara Matthews. Según él, esta actitud surgió como un mecanismo de defensa para proteger a un joven Rees-Mogg que, por aquel entonces, no era más que un escuchimizado ratón de biblioteca. Rees-Mogg entró en Oxford en 1988 y enseguida se convirtió en una celebridad: un adolescente tirillas que se paseaba por Broad Street vestido como un vicario victoriano con un traje de chaqueta cruzada y un paraguas. En aquel momento y lugar, era el atuendo más inimaginable posible; más raro incluso que ir vestido de punki. En 2021 le pregunté si no se había sentido cohibido. «No pensaba en mí mismo en términos de imagen —contestó—. De hecho, nadie con un mínimo de sentido común habría pensado en la imagen pública que tenía en Oxford». No obstante, le pedí a otro etoniano que me explicara por qué Rees-Mogg llevaba esas pintas en la universidad y esto fue lo que me contestó: «Con ese traje decía: "Pertenezco a otro club diferente al que tú perteneces y es un club mejor"».

Casi cuarenta años antes, en la década de los cincuenta, el padre de Rees-Mogg, William, también había acudido a Oxford. En la universidad se había ganado el apodo de «el joven más viejo en cautiverio».[230] Su ropa «no habría deshonrado a un primer ministro victoriano —escribe David Walter—. Fue toda una institución en Oxford. [William] Rees-Mogg se presentó a presidente de la Union diez veces; fue rechazado para los cuatro cargos directivos en varias ocasiones». Pero al final sí consiguió el logro que se le escapó a Stanley Johnson: en su último bimestre fue elegido presidente de la Union.[231]

Jacob trató de imitar los días de estudiante de William con todo detalle.

> Me uní a la Union en cuanto pisé Oxford y, gracias a la influencia de mi padre, se me concedió la membresía. Durante tres años prácticamente viví en la Union. Me uní a la OUCA días después de llegar. De hecho, me inscribió Simon Hoare [ahora un diputado *tory*], a quien, por cierto, me acabo de cruzar en el pasillo [de la Cámara de los Comunes] de camino a la oficina para atender tu llamada.

Rees-Mogg se estrenó en la Union con una elegía al «milagro económico» de Thatcher. Conocido por ensayar sus discursos a plena voz en su habitación, Rees-Mogg recuerda «los debates de la Union, en los que hablaba frecuente y prolijamente porque me gustaba el sonido de mi propia voz; aunque a nadie más le gustara», mientras «lanzaba rigurosos argumentos thatcheristas contra los necios liberales».[232] Y añade: «Algunos de los recursos retóricos que ahora utilizo en mi día a día los aprendí en Oxford: la obsesión con que todo siempre venga de tres en tres… Ese tipo de cosas».

Casi de inmediato, el *Cherwell* lo galardonó (como a Gove en su primer bimestre) con el famoso título de «novatillo ambicioso».[233] Rees-Mogg, informó el periódico, ya tenía redes de contactos políticos que se extendían más allá de la universidad: «Jacob todavía vuelve a Londres la mayoría de sus martes libres para echar una mano en la oficina central de los conservadores». El artículo iba acompañado de una fotografía de Rees-Mogg dando un discurso ataviado con su famoso traje. El pie de foto rezaba: «¿Qué más se puede decir?».

Al analizar detenidamente la foto del Rees-Mogg de dieciocho años vestido como un hombre de mediana edad y de clase alta, uno se da cuenta de que, más de tres décadas después, apenas ha cambiado. Al igual que Johnson y Gove, incluso ha mantenido el pelo de sus días de Oxford. Cuando le pregunté por los trajes de su época de estudiante, me contestó: «Pues, irónicamente, seguro que llevo el mismo tipo de traje ahora mismo».

Los *tories* de la *public school* llegaban a Oxford prácticamente formados. Su colegio les había dado la confianza, la capacidad de expresión y el saber hacer necesarios para dominar la universidad. Y, además, ya se habían creado una caricaturizada marca personal que les valía un reconocimiento instantáneo al llegar a Oxford.

No les hacía falta pasarse el día probando acentos nuevos o construyéndose un personaje; ya sabían lo que querían ser cuando fueran mayores. Iniciaron el escurridizo ascenso a la política antes incluso de que el resto de los estudiantes se plantearan dedicarse a ello.

Rees-Mogg se convirtió a sí mismo en la mayor celebridad estudiantil desde Johnson. «Había una sensación generalizada de que él era una gran institución»,[234] recordaba Dan Hannan. Rees-Mogg era el lord cómico con atuendos desfasados, heredero de lord Mauleverer de Greyfriars[235] y de lord Snooty, de la revista *Beano*.[236] «Los ingleses les tienen mucho cariño a los cretinos con títulos —escribió Orwell—. El aparente idiota que farfulla y lleva monóculo pero que siempre entra en acción en los momentos de peligro».[237]

Fiona Graham, la antropóloga de la Oxford Union, apunta: «En la ideología inglesa, el excéntrico no está fuera de la sociedad criticándola, sino que es parte integral de la sociedad». Habitualmente, el excéntrico es conformista con sus creencias y es excéntrico solo en «lo de fuera: las costumbres, la ropa, la forma de hablar y el ingenio».[238]

Para la campaña presidencial de la Union en 1990, Rees-Mogg se presentó como un arquetipo británico entretenido que conocía a más gente famosa que cualquier otro universitario. El *Cherwell* lo mencionaba casi todas las semanas, aunque solo fuera para mofarse de él. Pero ahora él dice: «Me habría ido mucho

mejor si no hubiera sido tan sincero sobre lo que pensaba de Thatcher. No fue una buena estrategia». A decir verdad, el futuro ministro del Brexit probablemente era demasiado estrambótico para estar al cargo de la institución más importante de Oxford; perdió las elecciones contra el futuro secretario de Estado de Seguridad, Damian Hinds. Ahora bien, en 1999 Rees-Mogg siguió los pasos de su padre y se convirtió en presidente de la OUCA, según el *Cherwell* gracias a «una campaña para la dominación mundial y adecuación social».[239]

* * *

Para entender a los *tories* pro-Brexit de Oxford, hay que tener en cuenta que el colegio es una gran parte de su historia, pero también la universidad. Dice Rachel Johnson: «Los contactos de Oxford son importantes, la Union es importante, la conexión con el Partido Conservador es importante, pero la presencia de otros jóvenes ambiciosos con el sentido político muy agudizado también, porque se pulían los unos a los otros».

Si en los años ochenta se les hubiera hecho una encuesta a los universitarios para que trataran de adivinar quién gobernaría el país en la década de 2020, sospecho que muchos habrían nombrado a los capaces Simon Stevens y Nick Robinson, pero algunos otros se habrían decantado por Gove, Rees-Mogg o incluso Johnson el bromista. Oliver Campbell, presidente de la Union en 1991, subraya: «Era fácil predecir que iban a ser influyentes, lo difícil era predecir de qué forma».

La suya era una generación de ambición sin propósito. No creo que soñaran con legislar en Westminster. La ideología rara vez ha sido una fuerza impulsora de la casta dominante en Inglaterra. Rosa Ehrenreich señala: «En Oxford se pensaba que el mundo tenía que aceptarse tal y como era. Las diferencias de clase existen y jamás podrán ser anuladas. Las diferencias de poder existen». La ambiciosa oferta de Oxford a sus estudiantes, concluye, era que «quizá algún día ellos podrían estar en la cima».[240]

Esta visión del mundo —o más bien la falta de una visión realista del mundo— a veces ha beneficiado a Inglaterra. Ignorantes y recelosos de la filosofía, los políticos de Oxford se mofan por instinto de todas las ideologías utópicas modernas y de nombres graciosos que han logrado encandilar a las élites francesas o alemanas. El marxismo, con su obscura terminología, jamás tuvo posibilidades de prosperar en Inglaterra. Oxford, en concreto, era una universidad demasiado irónica para el radicalismo. Kingsley Amis, uno de los pocos universitarios de la posguerra que se unieron a la rama universitaria del

Partido Comunista, explicó más adelante: «Por lo menos […] había chicas; no muy atractivas, eso sí».[241] El énfasis británico en la retórica ingeniosa y desmoralizadora era un baluarte contra las ideas peligrosas. George Steiner, el intelectual continental convertido en profesor de Cambridge, asegura:

> Si Dios, nuestro señor, viniera a Inglaterra y empezara a exponer sus creencias, ¿sabéis lo que le dirían? Le dirían: «¡Venga, anda, déjate de gilipolleces!». En efecto, esta tierra ha sido bendecida con una poderosa mediocridad. Os ha salvado del comunismo y os ha salvado del fascismo. Resulta que las ideas no os importan tanto como para sufrir sus consecuencias.[242]

La brigada de Rees-Mogg quería llegar a Westminster para dar grandes discursos: una mezcla del «sangre, sudor y lágrimas» de Churchill y la conversación ingeniosa del turno de preguntas al primer ministro. No pretendían cambiar Inglaterra ni la vida de nadie en particular, salvo la suya propia, claro.

---

[205] Merrick, Rob, «Tories won't start wearing masks in Commons because they “know each other”, Jacob Rees-Mogg says», *Independent*, 21 de octubre de 2021.

[206] Evelyn, John, «Who Thinks They're Who», *Cherwell*, 15 de noviembre de 1985.

[207] Evelyn, John, «Gruesome Twosome II», *Cherwell*, 15 de noviembre de 1985.

[208] Persona joven que adopta los valores conservadores de generaciones mayores. (*N. de la T.*).

[209] Bennett, Owen, *Michael Gove: A Man in a Hurry*, Londres: Biteback Publishing, 2019, pp. 28 y 31.

[210] *Ibid.*

[211] Jotischky, Tim, «Union debates sexual freedom», *Cherwell*, 17 de octubre de 1986.

[212] Bird, Steve, «How the future PM, Boris Johnson, and NHS boss, Simon Stevens, formed an unlikely bond at Oxford», *Daily Telegraph*, 7 de agosto de 2019.

[213] Gimson, *Boris*, p. 70.

[214] «Union slave auction», *Cherwell*, 6 de junio de 1987.

[215] Un plan de estudios que incluye las mismas asignaturas para todos los estudiantes, independientemente de su especialización. (*N. de la T.*).

[216] En el Reino Unido esto se llama *parental choice* y supone darles a los padres el derecho a elegir el colegio público de sus hijos, en vez de ser asignados a un colegio en función de su lugar de residencia. (*N. de la T.*).

[217] Gove, Michael, «Class-ism», *Debate*, Michaelmas term, 1987.

[218] Gove, «The President's Address».

[219] Mulvey, John, «State of the Union», *Cherwell*, 5 de febrero de 1988.

[220] Moore, Charles, *Margaret Thatcher: The Authorized Biography, Volume One: Not For Turning*, Londres: Penguin UK, 2013.

[221] Blair, David y Andrew Page, *The History of the Oxford University Conservative Association*, Oxford: OUCA, 1995, pp. 15-16.

[222] Johnson, «Politics», *The Oxford Myth*, ed. de Rachel Johnson, p. 72.

[223] Grenier, Julian, «Fears for Conservative club», *Cherwell*, 16 de octubre de 1987.

[224] Blair y Page, *The History of the Oxford University Conservative Association*, p. 39.

[225] Referencia al programa nuclear Polaris en el que se desarrollaron submarinos con misiles balísticos que podían transportar cargas nucleares. (*N. de la T.*).

[226] Evelyn, John, «Ego Bulge», *Cherwell*, 29 de mayo de 1987.

[227] Iglesia de la Unificación o Asociación del Espíritu Santo para la unificación del cristianismo mundial, es un movimiento religioso fundado en 1954 en Corea del Sur por Sun Myung Moon; por eso sus seguidores se conocen como *moonies*. (*N. de la T.*).

[228] Hunt, Jeremy, «Moonie», *Cherwell*, 30 de octubre de 1987.

[229] Unsworth, Robert, «Tories stripped of University title», *Cherwell*, 21 de abril de 1989; «You're Sick», *Cherwell*, 27 de enero de 1989; «Cherwell Retrospective», *Cherwell*, 24 de noviembre de 1989.

[230] Critchley, Julian, *A bag of Boiled Sweets: An Autiobiography*, Londres: Faber and Faber, 1994, pp. 49-50.

[231] Walter, *The Oxford Union*, p. 141.

[232] Rees-Mogg, Jacob, «It's the argument that counts, not the jolly old accent», *Sunday Times*, 23 de mayo de 1999.

[233] McSmith, Andy, «Vote for Oxford!», *Independent*, 23 de enero de 2010.

[234] Aschroft, Michael, *Jacob's Ladder: The Unauthorised Biography of Jacob Rees-Mogg*, Londres: Biteback, 2019, disponible en Google Books.

[235] Lord Mauleverer es un personaje ficticio de una historieta escrita por Charles Hamilton y publicada en fascículos por la revista infantil *The Magnet*. Las historias tenían lugar en una ficticia *public school* británica llamada Greyfriars School. El personaje de lord Mauleverer es un lánguido y astuto aristócrata millonario con perpetua cara de sueño, pero con buenas capacidades de liderazgo. (*N. de la T.*).

[236] *Beano* es una revista británica de historietas para niños. Uno de sus personajes más famosos es lord Marmaduke de Bunkerton o lord Snooty (Altanero) para sus amigos. Snooty es un aristócrata de Eton, conde de Bunkerton, que está harto de vivir en un castillo, así que, en cuanto puede, se disfraza y sale a divertirse con sus amigos de clase baja. Hoy por hoy, en la cultura popular británica *lord Snooty* se ha convertido en una forma peyorativa de denominar a los políticos de clase media alta que son tan privilegiados que no pueden entender al resto del Reino Unido, por mucho que lo intenten. (*N. de la T.*).

[237] Orwell, George, «“Boys” weeklies», 1940, https://www.orwell.ru/library/essays/boys/english/e_boys.

[238] Graham, *Playing at Politics*, p. 195.

[239] Evelyn, John, «Barking», *Cherwell*, 11 de enero de 1991.

[240] Ehrenreich, *A Garden of Paper Flowers*, p. 198.

[241] Bradford, Anne y Richard, *Kingsley Amis*, Oxford: Oxford University Press, 1998, p. 1.

[242] Paxman, Jeremy, *The English: A Portrait of a People*, Londres: Penguin, 1998, pp. 189-90.

08

Union y No Union

«Una isla feliz de buscadores del placer y de la verdad en plena universidad. Siempre fuimos conscientes de las iracundas y retorcidas caras de los no miembros babeando en las verjas de la entrada».

BORIS JOHNSON recordando en 2002 cómo se percibía la Oxford Union en su día[243]

A principios de los ochenta, la Union era un grupúsculo de obsesos del debate. Pero entonces pasó por una crisis económica y tuvo que empezar a reclutar a estudiantes del grueso de la universidad.[244] En 1988, casi la mitad de los estudiantes de Oxford habían pagado las sesenta y cinco libras de acceso.[245] Aun así, la mayoría de los nuevos miembros continuaron siendo *outsiders* por su clase, género o miras políticas. Su exclusión de este campo de entrenamiento de élite moldea la política británica hasta el día de hoy.

El futuro político laborista Andrew Adonis, hijo de un cartero inmigrante chipriota, se pasó parte de su infancia en un hogar de menores del ayuntamiento. De su tiempo en Oxford recuerda haber participado en un único debate de la Union, cuyo tema era «¿Aboliría esta cámara los colegios privados?». Adonis trató de argumentar a favor de la abolición, pero, según él, el presidente, William Hague (un chico de la *comprehensive*), solo dejó intervenir a sus amigotes de la escuela privada.

Adonis se llevó sus ganas de hacer política a otra parte y, en 1987, se convirtió en uno de los pocos estudiantes de su generación elegidos para formar parte del concejo municipal de Oxford. Empapelaron el centro de la ciudad con

pósteres de campaña y llamaron la atención de un estudiante de Literatura Clásica de Balliol. Décadas después, cuando Adonis ya era secretario de Transporte, Johnson, por entonces alcalde de Londres, le dijo: «Tus pósteres estaban por todas partes. Siempre había querido conocer al gran y bello Adonis».

El vestuario y las reglas de la Union —«¡Aclaración!»— eran arcanas e intimidaban a la mayoría de los universitarios, salvo a los chicos de la *public school*, que sabían hablar en público y estaban más que acostumbrados a aquello. Era como si se tratara de un idioma que solo ellos hablaran. Los estudiantes inexpertos que se aventuraban a subirse al estrado se arriesgaban a que los devoraran vivos. Reflexiona Luntz: «Estaba tan humillado por las interrupciones constantes y por la hostilidad de la cámara que empecé a leer mis discursos. Y eso acabó con mi confianza. Ellos eran mucho mejores que yo. Las palabras les llegaban sin dificultad y a mí se me atravesaban. Pensaba que era un buen orador y en la Union descubrí que no lo era».

Entre los excluidos de la Union en los años ochenta seguían figurando las mujeres. No habían sido admitidas como miembros de pleno derecho hasta 1963, tras cuarenta años de lucha;[246] Heath se había manifestado en contra de su admisión en 1938.[247]

En 1987, la política de la Union Zoe Johnson (no relacionada con Boris Johnson) reflexionó sobre los obstáculos a los que se enfrentan las mujeres a la hora de ascender en la Union y en la Cámara de los Comunes: «Es más difícil para una mujer subirse al estrado a debatir en esa cámara tan augusta. Las voces suaves y agudas se desdibujan hasta perderse en la nada. Se hace más caso a nuestra apariencia que a nuestro discurso».[248]

A muchas mujeres les faltaba capacitación retórica. Cuando le pregunté a Rachel Johnson si le habían enseñado a hablar en público en sus colegios pijos de chicas, Bryanston y St Paul’s, respondió:

> ¡No, por Dios! Creo que la única vez que fui a un debate en St Paul’s fue cuando me pidieron que volviera y diera una clase sobre debate. Ni siquiera el St Paul’s, el mejor colegio para chicas del país, podía ofrecer una experiencia comparable. Como mujeres, no se nos animaba a fanfarronear igual que los hombres ni a deslumbrar ni a divertir: todas ellas habilidades importantes. Porque todo ello forma parte de una virtud aniquiladora que Theresa May nunca tuvo, es decir, el encanto. Si sabes hacer uso de tu encanto, ya vas ganando.

El grueso de los estudiantes, incluso los más obsesionados con la política, solían cerrar el pico y escuchar atentamente los debates de la Union o se limitaban a

mantenerse lo más lejos posible. Una pequeña élite acaparaba el escenario. Un joven estudiante de clase media-baja al que le asustaba hasta hacer preguntas durante los debates me dijo: «La verdad es que los debates eran gloriosos y divertidos. La gente era entretenida y graciosa. Desde el público los abucheábamos o los vitoreábamos. Aquello era un circo. Jamás se me ocurrió pensar que esas personas podrían llegar a ser primeros ministros».

* * *

La izquierda de los ochenta jamás formó parte de la Union. Es más, desde 1972, el exiguo Club Laborista de Oxford boicoteó a la Union: criticaron su privilegio imberbe y el precio de acceso. «Que se pongan el peto y se vuelvan a sus miserables comités ejecutivos», se burló Boris Johnson.[249]

Hay una larga tradición laborista en la Union: Michael Foot ascendió a la presidencia en 1933 (aunque era un liberal por aquella época),[250] y tres de sus rivales para liderar el partido laborista en 1976 —Tony Benn, Tony Crosland y Roy Jenkins— también habían sido directivos en la sociedad de debate. Décadas más tarde, al echar la vista atrás y reflexionar sobre su trayectoria en la Union, Jenkins admitió: «En junio de 1940 estaba casi tan disgustado por mi derrota presidencial como por la caída de Francia».[251] Pero la Union nunca fue tan esencial para los laboristas como para los *tories*. Clement Attlee, Hugh Gaitskell, Harold Wilson y Tony Blair no se molestaron en entrar; Attlee solo hizo uso de su biblioteca.[252] Blair pulió sus habilidades comunicativas en otros lares: en el escenario y en una banda de *rock*.

Incluso tras el fin del boicot por parte del Club Laborista en 1986,[253] pocos izquierdistas se unieron a la sociedad de debate. En un artículo escrito para una revista estudiantil durante su último año en Oxford, Daniel Hannan explica que no se unían porque no les servía de mucho: «Una particularidad de nuestro sistema de partidos es que mientras que un joven y ambicioso *tory* que triunfa en el mundo de la política en Oxford va camino de granjearse un asiento en los Comunes, un joven y ambicioso socialista que se presente al partido con el mérito de tener una deslumbrante trayectoria en Oxford seguramente será recibido con la desinteresada sugerencia de que se una a un sindicato».

Tampoco es que los laboristas de Oxford prestaran mucha atención a los apuros de las clases trabajadoras de la ciudad donde vivían. Aunque también puede ser que la clase obrera de Oxford no ardiera en deseos de incorporar a estudiantes en su lucha. Christopher Hitchens, quien a finales de los sesenta se unió a la rama de Oxford del «*grupúsculo* de la Internacional Socialista», recuerda

«una manifestación preparada con tesón —cubrimos la verja de entrada a la fábrica con folletos— y a la que acudieron un total de cero trabajadores».[254] El Club Laborista se interesó bastante más por la huelga de los mineros de 1984-1985. Era una manera de que los laboristas del club conociesen a miembros reales de la clase trabajadora, y los mineros en huelga eran el fetiche definitivo.

En su vasta mayoría, los laboristas ambiciosos solían centrarse en las medidas que afectaban a los estudiantes. Hannan se mofó de su preocupación «por temas terriblemente importantes como las becas universitarias, la vivienda o la implicación con los Gobiernos locales». Dave Miliband dirigió el comité de acomodación de la Sociedad de Alumnos de Oxford University (OUSO, por sus siglas en inglés), una institución completamente diferente a la Oxford Union. Yvette Cooper, Eddie Balls y Ted Miliband se convirtieron en presidentes de las salas comunes de los estudiantes de tercer año de sus respectivos colegios universitarios: a todos los efectos, delegados sindicales de los estudiantes. Los tres guiaron a sus compañeros en beligerantes negociaciones por los alquileres.

En 1985, Keir Starmer, licenciado en Derecho en Leeds, llegó a Oxford para estudiar un posgrado de Derecho Civil de dos años; uno de esos raros casos en los que un miembro de los *otros rangos* de Inglaterra accede a la élite de Oxbridge a través de un posgrado. Starmer enseguida se volvió popular entre los veinte estudiantes regulares de las reuniones del Club Laborista. Él sí que era de la clase trabajadora, carismático, atractivo, de izquierdas, fanático del fútbol, un habilidoso bailarín de *northern soul* y bastante maduro para sus veintitrés años. También se unió a un pequeño grupo de activistas de extrema izquierda[255] llamado Socialist Self-Management.

Ahora bien, hubo una experiencia política formativa que Starmer se perdió en Oxford. Como me contó uno de sus compañeros del Club Laborista, el boicot a la Union les acabó saliendo muy caro: «Lo bueno de la Union era que te enseñaban a hablar». Así que los miembros del Club Laborista jamás aprendieron. Adonis señala que mientras que el estilo político de los *tories* en la década de 2020 se caracteriza por los trucos de oratoria que «sacaron de la Oxford Union», la retórica laborista «está sacada de las clases de PPE, es decir, tortuosos debates sobre el posmarxismo».

Mientras Johnson pulía sus chistes sobre el trono presidencial de la Union, las reuniones del Club Laborista trataban sobre proponer o secundar mociones burocráticas o internacionales: «Acordamos donar diez libras a la Semana del Arroz Integral»[256] o «Acordamos apoyar la campaña de Organización para la Liberación de Palestina». Según Balls, en la primera reunión del club en 1985, «el primer tema de la agenda fue decidir si debíamos incluir la hoz con el martillo en

el cartel del club».[257]

El Club Laborista no salía bien parado en los medios. Ahora y siempre, los *tories* saben cómo contar una historia mucho más interesante. Luke Harding, editor del *Cherwell* durante un bimestre en 1989, apunta: «En aquella época, la política de derechas en Oxford era mucho más sexi. Las políticas de izquierdas eran muy respetables, pero menos atractivas. Escribíamos artículos serios [en el *Cherwell*], pero estábamos fascinados con los aristócratas y sus juegos sociales y maquinaciones políticas. Pensábamos que riéndonos de ellos podríamos erradicarlos».

El Club Laborista también organizaba debates de vez en cuando. En uno de ellos, Starmer defendió vehementemente la huelga de los trabajadores de la imprenta de la nueva planta de Rupert Murdoch en Wapping frente a un club de una facción más centrista e indecisa integrada por Dave Miliband y Stephen Twigg.[258] Pero el amor por las reglas y los procedimientos aplastaba cualquier posibilidad de tener un debate más espontáneo e improvisado; aunque buena parte de los laboristas no hubieran aprendido a improvisar en el colegio. Las consecuencias siguen patentes hoy en día: Starmer es un orador analítico pero soso, aburrido y con un tono de voz excesivamente nasal.

Solo hay una figura de los años ochenta en Oxford que ha sabido cabalgar entre la Union y el Club Laborista: Simon Stevens, un chico de *comprehensive*, hijo de un pastor bautista reconvertido en profesor. En 1986 fue a un viaje de la Union con Johnson y Luntz.[259] Stevens y Johnson eran amigos y, en 2019,[260] Johnson aseveró, probablemente con razón, que Stevens lo había ayudado a conseguir la presidencia de la Union. En 1987, el propio Stevens fue nombrado presidente. Ya en el cargo, sopesó eliminar el requisito de vestir de etiqueta y aflojar los lazos con la OUCA.[261] Si hubiera continuado su carrera como político laborista hasta Westminster, quizá se hubiera convertido en una fuerza imbatible.

---

[243] Graham, *Playing at Politics*, p. 202.

[244] Walter, *The Oxford Union*, p. 194.

[245] Johnson, Boris, «Politics», en Rachel Johnson, *The Oxford Myth*, p. 65.

[246] Graham, *Playing at Politics*, p. 30.

[247] Walter, David, *The Oxford Union: Playground of Power*, Londres: Macdonald, 1984, pp. 160-164.

[248] Johnson, Zoe, «For a More Perfect Union», *Cherwell*, 20 de noviembre de 1987.

[249] Johnson, «Politics», en Rachel Johnson, *The Oxford Myth*, p. 75.

[250] Walter, *The Oxford Union*, p. 73.

[251] Little, Reg, «A writer and a statesman», *Oxford Mail*, 22 de mayo de 2014.

[252] Walter, *The Oxford Union*, p. 20.

[253] Hale, Henry, «Labour ends Union boycott», *Cherwell*, 31 de octubre de 1986.

[254] Hitchens, *Hitch-22*, p. 89.

[255] Cawthorne, Nigel, *Keir Starmer: A Life of Contrasts*, Londres: Gibson Square, 2021, p. 77.

[256] Durante una semana, todas las comidas formales eran reemplazadas por arroz integral. La diferencia de precio era donada a Save the Children. (*N. de la T.*).

[257] Balls, Ed, *Speaking Out: Lessons in Life and Politics*, Londres: Random House, 2016, disponible en Google Books.

[258] Cawthorne, *Keir Starmer*, p. 84.

[259] Courea, Eleni, «How a young Boris Johnson bonded with NHS chief Simon Stevens», *The Times*, 6 de agosto de 2019.

[260] Mason, Rowena, «Boris Johnson filmed telling Tory members NHS "needs reform"», *Guardian*, 25 de junio de 2019.

[261] Pugh, Jo-Anne, «Union may bar OUCA from next term», *Cherwell*, 24 de octubre de 1987.

09

El nacimiento del Brexit

«Creemos firmemente que una mayoría de ciudadanos europeos se oponen a la creación de un Estado federal europeo».

PATRICK ROBERTSON, licenciado en Historia por la Universidad de Oxford y secretario fundador del Bruges Group, en su manifiesto de lanzamiento (9 de febrero de 1989)

Hasta finales de la década de los ochenta, Thatcher —como casi todos los *tories* de la época— fue una buena europea. La Comisión Europea le había concedido a Inglaterra el reembolso que ella misma había exigido, y la primera ministra trabajaba codo a codo con el presidente de la comisión, Jacques Delors, para crear el Mercado Único Europeo. En 1986, el Reino Unido firmó el Acta Única Europea de la Comunidad Europea.

Europa no constituía un tema político en el Oxford de la época. Los principales problemas en aquel momento eran el despliegue de armas nucleares en Inglaterra, la huelga del sector de la minería y el *apartheid* (muchos *tories* estaban a favor). Pero en septiembre de 1988, dos semanas antes de que Rees-Mogg (y yo) entrara en Oxford, Thatcher pronunció el famoso «discurso de Brujas», en el que alertaba contra «un superestado europeo que ejerce una nueva dominancia desde Bruselas». Se había dado cuenta, un poco tarde, de que el mercado único vendría acompañado de una mayor integración política e incluso de una moneda única para todo el continente. Así que Thatcher se volvió euroescéptica.

Su discurso espantó a los *tories* de Oxford. Una Inglaterra dominante era la prerrogativa de su casta. No querían a intrusos de Bruselas haciéndoles la competencia. El euroescepticismo de los *tories* empezó como una campaña para proteger los trabajos de los ciudadanos, parecida a la lucha de los taxistas contra Uber. Los estudiantes de Oxford que habían ido a la *public school* entendían que el país que dominaban era su casta a gran escala. Nadie le decía a Inglaterra —ni siquiera a la Inglaterra de posguerra— lo que tenía que hacer.

Un euroescéptico converso fue Patrick Robertson: un escocés que había crecido en París y Roma, donde su padre izquierdista y antithatcherista trabajaba para la Autoridad Turística Británica.[262] En la época de Thatcher, Patrick estudiaba su segundo año de Historia en Oxford. De pequeños, recuerda Robertson, su hermano y él solían «volar a Inglaterra en septiembre y visitar los Kew Gardens, comprarse los uniformes del colegio en Selfridges y ver la última noche de los *proms*[263] en la tele, fascinados por la extraña idiosincrasia británica». Me dijo: «Cuando creces fuera de tu país, valoras y entiendes las virtudes en las que se basa la democracia británica mejor que la mayoría de la gente que vive aquí».

Con tan solo doce años, Robertson decidió que quería ser diputado.[264] Estuvo un par de años en un internado, el Dulwich College, coqueteó con el marxismo y llegó a la conclusión de que Inglaterra era un país que «había de ser preservado». En Oxford se convirtió en un miembro de la Union de poca monta. En la noche de Burns[265] de 1988, el entonces presidente de la Union, Michael Gove, tuvo la cortesía de sentarlo junto a un compañero escocés: Norman Stone. Robertson y Stone bailaron *Highland flings*,[266] se emborracharon[267] y enseguida conectaron, sobre todo cuando descubrieron que los dos eran euroescépticos que hablaban muy bien italiano; en el caso de Stone, de manera autodidacta.

Robertson no había oído el discurso de Thatcher en Brujas. La prensa no le prestó mucha atención y, de todos modos, estaba muy ocupado escribiendo su propia diatriba antifederalista. Fue a finales del año 1988 cuando descubrió que la primera ministra era de su misma opinión, así como muchos otros conservadores. Así que se puso en contacto con ellos. *Cherwell* lo bautizó como «el novatillo ambiciosillo» y lo tachó de fantasioso por haberle mandado una carta a Edward Heath, que estaba de visita en la universidad, para que se encontrase con él en el famoso bar de vinos que había en la cripta de Mansfield College.[268]

Sin embargo, poco a poco, Robertson fue prosperando y empezó a viajar constantemente a Londres para verse con poderosos euroescépticos. Hasta la mismísima Thatcher lo admiraba; según él, Thatcher olía como su madre.[269] Fue

invitado a una cena en casa de Christopher Monckton, un antiguo miembro de la Unidad Política de Downing Street de Thatcher, donde se discutió la idea de celebrar un referéndum sobre la posible salida de Europa.[270] La fascinación del *Cherwell* con Robertson no hizo más que crecer. En febrero de 1989, informaron de que «esa señora de mediana edad» que «se ha ido a vivir con él y su novia […] es, de hecho, su secretaria, contratada en nombre del Bruges Group: una organización más que cuestionable que Robertson se ha montado para promocionar ideas económicas de derechas».[271]

Poco después, a los veinte años, Robertson dejó la carrera a medias y se fue de Oxford para dedicarse enteramente a su nuevo *think tank* de derechas.[272] «Por mucho que me gusten los países europeos —afirmó— no me parece bien que Inglaterra esté gobernada por ninguna otra autoridad que no sea Westminster».[273] En aquel momento, escribió el diputado euroescéptico Bill Cash, el Bruges Group era «la única oposición organizada contra la Comunidad Económica Europea».[274] Stone, cuyo retrato decoraba una de las paredes de la oficina de Robertson,[275] se convirtió en uno de los padrinos intelectuales del grupo.[276] En tan solo unos meses, la organización atrajo a más de cien diputados sin cargo oficial.[277] Su objetivo original, insiste Robertson, era «reformar» Europa. Por aquel entonces, casi nadie se imaginaba dejar la Unión Europea.

Hoy por hoy, Robertson dirige la consultoría de relaciones públicas WorldPR, vive en St. Moritz (Suiza) y es cónsul de honor de las Bahamas en Kazajistán. Sigue siendo thatcherista: en 2011 se gastó cien libras en flores para la ex primera ministra, según muestran sus cuentas en paraísos fiscales. Además de Kazajistán, entre los clientes de WorldPR se incluyen Augusto Pinochet y el autocrático Azerbaiyán. Además, tras el Brexit, la marca se encargó de lanzar la campaña «Una Inglaterra global».[278]

Aun así, pese a los esfuerzos iniciales de Robertson, durante muchos años el euroescepticismo en Oxford no fue más que una corriente marginal. Europa parecía quedar muy lejos. La noche del 9 de noviembre de 1989, andaba yo peleándome con la redacción de un trabajo cuando un amigo llamó a la puerta de mi habitación. «¿Qué pasa?», le espeté irritado. Él me bramó de vuelta: «¡Ha caído el muro de Berlín!». Tenía veinte años, estaba estudiando Historia y Alemán, y aquel fue el evento político más inspirador de mi vida; todavía lo es. Me pasé toda la noche despierto empapándome de las noticias de la radio.

A la tarde siguiente, desesperado por discutir todos aquellos acontecimientos transcendentales con mis compañeros, fui a tomar el té a la sala común. Abrí la puerta con ímpetu y observé la sala anonadado: nada había cambiado. Como si se tratara de un día cualquiera, mis compañeros estaban leyendo las páginas de

deporte de los diarios, cuchicheando y viendo *Neighbours* en la tele. Por un segundo pensé que se trataba de una broma colectiva y que, en cualquier momento, todos volverían a discutir las repercusiones de las protestas prodemocráticas en Praga.

Ese sábado, en Cornmarket, vi a un alumno vendiendo el periódico comunista *The Morning Star*. «¿Te has enterado de lo que ha pasado?», le pregunté. «¡Ya lo creo! Imposible no enterarse», me respondió.

A la semana siguiente, un amigo y yo fuimos a un seminario sobre teoría literaria marxista impartido por el profesor de Literatura Terry Eagleton; la clase estaba hasta los topes. Su frase de apertura fue: «Lo único que demuestran los recientes acontecimientos en el este de Europa es que el marxismo no funciona cuando se aplica en países subdesarrollados». «¿Países subdesarrollados como Alemania del Este y Checoslovaquia?», susurró mi amigo. El resto de la sesión fue una oda al marxismo de la que el alumno sentado a mi derecha tomó notas sin saltarse una coma. En un intento por descubrir qué era lo que le parecía digno de anotar, leí su conclusión del seminario: «Presuntamente irónico».

Fue un invierno tremendo. El comunismo cayó y el 11 de febrero de 1990 Nelson Mandela salió de prisión. Mientras, yo seguía sin entender por qué estos acontecimientos mundiales apenas tenían repercusión en Oxford. Un buen día nos llegó una invitación al *Cherwell* para acudir a un almuerzo en la OUCA. Habían invitado a Geoffrey Howe, viceprimer ministro y reciente secretario de Exteriores. Yo estaba emocionado: ese hombre estaba en el centro de todos aquellos impactantes acontecimientos y podría contarnos su visión desde dentro. Acudí al almuerzo esperando encontrarme con un salón abarrotado. Salí de allí desconcertado: ¿por qué habría hecho Howe el esfuerzo de venir? ¿Por qué no había nadie allí salvo yo y un puñado de jóvenes *tories* en traje? ¿Y por qué nadie le había preguntado sobre Europa del Este? Ya no recuerdo ni una sola palabra de lo que dijo aquel día.

Un estudiante de máster húngaro que había llegado a Pembroke College ese mismo otoño sacó la misma conclusión que yo: Oxford no era lugar para experimentar revoluciones. Viktor Orbán dejó el máster y regresó a su país natal para presentarse a las elecciones generales en marzo de 1990. Lo poco que le queda de su paso por Oxford es una línea en su currículum: «De 1989 a 1990, el señor Orbán estudió la historia de la filosofía política liberal británica en Pembroke College, Oxford, patrocinado por la Fundación Soros».[279]

Durante la década de los noventa, cuando el continente comenzó a refundarse, Europa por fin se convirtió en un tema de discusión en Oxford. Lo que pasó en la universidad en aquel entonces terminaría desencadenando

consecuencias cuyos resultados se extienden hasta 2016. Probablemente por primera vez en toda su historia, Oxford empezó a planear una revolución: el Brexit.

La caída del muro de Berlín había cambiado Europa. Francia y Alemania enseguida acordaron que la CEE tendría que convertirse en una unión federal, con una política de exteriores compartida y una moneda común. Los Estados miembros se pusieron manos a la obra y redactaron lo que sería un Tratado de Maastricht federalista. Mientras tanto, en noviembre de 1990, los conservadores defenestraban a Thatcher justo cuando su advertencia sobre un superestado empezaba a hacerse realidad. Tres semanas después, su sucesor, John Major, aprobó las líneas generales del Tratado de Maastricht.

Dan Hannan, en aquel momento un estudiante de Historia thatcherista en su primer curso en Oxford, se pasó las últimas semanas del curso indignado. Consideraba que los *tories* habían abandonado a su heroína, en parte porque Thatcher se oponía a la moneda única.

Al igual que Patrick Robertson del Bruges Group, Hannan se había criado idolatrando Inglaterra desde lejos; en su caso, desde la enorme granja avícola de la familia en Perú. Su familia se había mudado a Latinoamérica desde Lancashire tras la Primera Guerra Mundial,[280] pero los hombres continuaron importando esposas británicas y frecuentando clubes de techos altos en Lima. Hannan creció imaginándose una Inglaterra que hacía mucho que había dejado de existir.

Uno de sus primeros recuerdos peruanos era el de su frágil y anciano padre enfrentándose a una turba que trataba de hacerse con su hacienda.[281] Hannan me contó en una conversación por Zoom en 2021 que pasó su infancia «en un país donde la política no servía para nada, donde había crisis constantes y donde el orden era contingente y se inventaban constituciones cada dos por tres». No se parecía en nada a la vida de la mayoría de los políticos de Oxford de la década de los ochenta, que habían crecido en la región y en la década más seguras de la historia. Las experiencias peruanas de Hannan le enseñaron a venerar las invariables instituciones británicas. Con diecinueve años ya había estado en dos: Marlborough College y Oxford.

Dice Hannan:

> Me crie en Perú, donde la gente se tomaba muy en serio la política porque, si elegían mal, la cosa se podía poner muy fea. Así que hasta que llegué a Oxford nunca pensé en la política como «en un pasatiempo, algo por lo que interesarse y de lo que cuchichear». No podía evitar pensar: «¿Quiénes son todas estas personas que ven Oxford como un empujón hacia el Parlamento y por qué lo

ven así? ¿Para qué quieren llegar al Parlamento? ¿Cuál es la gracia de meterte en política si no tienes un programa para el país?». Pensaba: «Lo verdaderamente importante es: ¿de verdad lo hacéis por principios morales?».

Pero eso no era lo único que distinguía a Hannan de sus compañeros políticos de Oxford: pese a su nacionalismo británico, sabía ver la política y sus consecuencias desde un punto de vista internacional. Cuando se empezó a hablar del Tratado de Maastricht, él se lo tomó en serio. No dio por hecho que la democracia inevitablemente sobreviviría, y escudriñó las turbulencias en Europa del Este.

> Hubo un periodo de unos tres años a principios de los noventa en que [Maastricht] dominaba las noticias diarias igual que el coronavirus las domina ahora.
>
> Había pasado parte de mi año sabático en lo que (por aquel entonces) llamábamos Europa Oriental, siendo testigo de cómo iban estallando las revoluciones. Es más, en la mayoría de los países en los que había estado a principios de la década de los noventa se habían convocado elecciones libres, pero todavía no se habían celebrado. Los comunistas todavía seguían en el poder, pero todos sabíamos que el cambio estaba a punto de llegar; salvo ellos, por raro que parezca. Recuerdo una extraordinaria conversación con un *apparátchik*[282] húngaro que intentaba convencerme de que los comunistas ganarían las elecciones porque la llamada oposición democrática solo tenía a su favor la marihuana y los álbumes de Pink Floyd, y de que la gente como yo nos dejábamos engañar por ellos porque sabían hablar inglés.
>
> Visto todo esto, e impresionado con el poder del pueblo para restaurar las democracias nacionales, lo de Maastricht me pilló desprevenido. En 1990, yo tenía muy claro que el motivo principal de las revoluciones democráticas en Checoslovaquia, Polonia, Rumanía o el país que fuera era acabar con la ocupación extranjera de su país.
>
> Un momento que me impactó especialmente fue cuando el ministro de Asuntos Exteriores de Letonia vino de visita oficial al Reino Unido. Los Estados bálticos habían sido los primeros en dejar la Unión Soviética y había periodistas preguntándole al ministro: «¿Pero de verdad sois independientes? Todavía no tenéis moneda propia», y otras preguntas por el estilo. Y él respondió: «Bueno, somos más independientes que el Reino Unido».
>
> Y recuerdo que pensé: «Joder, pues tiene razón, ¿no? Tienen plena jurisdicción, soberanía total y no hay ningún tribunal extranjero que pueda desautorizar sus estatutos. Es impresionante que este diminuto país que apenas había nacido antes de ser colonizado haya logrado ser un Estado soberano. ¿Cuándo debatimos ceder nuestra soberanía? ¿Cuándo accedimos a ello?». Y ese

> fue el contexto en el que apareció el Tratado de Maastricht. Esa es y sigue siendo mi principal objeción: que es incompatible con la autonomía democrática.

Como elocuente estudiante de la *public school*, en su primer bimestre Hannan ya se había convertido en una presencia destacable en los círculos políticos de Oxford. Sobre el momento en que el tratado pasó a ser un tema de debate, explica:

> Recuerdo haber mantenido algunas conversaciones al respecto. Ahora parece difícil de creer que, por aquel entonces, todo aquello nos pillara por sorpresa: «Un momento, nos dicen que, de repente, vamos a pasar a ser una especie de provincia de una entidad mayor llamada Europa con su propia bandera, su himno, su pasaporte y su todo». Me di cuenta de que muchos compatriotas compartían mi desconfianza hacia todo lo que estaba pasando, y ahí fue cuando empecé a pensar que aquello «era un tema urgente».

Sus compañeros de conspiración eran su viejo amigo del Marlborough, Mark Reckless, que pasaría a ser diputado *tory* y más adelante diputado del UKIP, y James Ross, un músico que había vivido brevemente en Hungría tras su etapa comunista y que ahora es director de orquesta.[283] En diciembre de 1990, los tres se reunieron o bien en la cafetería del siglo XVII Queens Lane Coffee House, en High Street, o bien en el Bear Inn del siglo XIII (hay cierta discrepancia con respecto al lugar), y fundaron la Campaña por una Gran Bretaña Independiente (CIB, por sus siglas en inglés) de Oxford.[284]

En retrospectiva, la CIB —que acabaría por entrecruzarse con el Bruges Group— parece la génesis de la campaña por el Brexit. Owen Matthews, quien se convirtió en el secretario social del movimiento porque se le daba bien organizar cócteles, llama al movimiento «el grupo Ur-Brexit». Es decir, compara a los fundadores de la CIB con los primeros bolcheviques. El Hannan de 1990 era el Marx de 1848: el hombre que diseñó el paraíso que estaba por venir. Más adelante se convertiría, sin lugar a duda, en el teórico más influyente del Brexit y, por ende, en el pensador político británico más influyente desde Thatcher. Rees-Mogg asegura: «Yo creo que él ya lo había sopesado [lo de salir de la UE] hasta sus conclusiones lógicas mucho antes que yo».

Matthews recalca que la CIB «tenía el glamur de ser un movimiento un tanto presuntuoso, purista y fundamentalista»:

> Dan era la voz que clamaba en el desierto mucho antes de que el Brexit se

pusiera de moda y adquiriera popularidad en el Partido Conservador. La facción más seria de la CIB era puro libertarismo hayekiano[285] del estilo «queremos una Inglaterra libre». Hannan contribuyó a que el euroescepticismo no fuera solo cosa de *bastardos* pirados, sino de una minoría intelectualmente respetable dentro del Partido Conservador con el peso suficiente para empujar a Cameron a apoyar el referéndum.

David Allen Green, un estudiante euroescéptico de Birmingham que pasó a ser abogado y comentarista del Brexit, recuerda: «Hannan era un hombre agradable y educado. Daba la impresión de que era el único que llevaba el temario al día. Se había leído el Tratado de Maastricht e incluso sabía citarlo. También estaba muy bien valorado como historiador. Todo el mundo sabía que había obtenido un título de primer grado en los exámenes de grado (de primer año)».

Durante sus años como europarlamentario conservador en Bruselas, Hannan tenía una foto del comité de la CIB en su oficina.[286] Entre las decenas de jóvenes entusiastas que miran con confianza al futuro están Sara Maynard, la que sería su mujer, y Roger Bird, quien se convirtió (brevemente) en secretario general del UKIP.

La CIB tenía tirón con los *tories* más pijos y refinados de Oxford, aunque pocos eran tan pijos como el propio Hannan. Uno de los primeros miembros de la CIB fue Jacob Rees-Mogg,[287] aunque recuerda estar bastante más centrado en sus exámenes finales: «Ese debe de ser el único momento en toda mi carrera en Oxford en el que me centré en Historia». Pero Rees-Mogg era la excepción. La mayoría de los ambiciosos alumnos *tories* de aquel momento —George Osborne, Rory Stewart (que había estado en la misma residencia que Rees-Mogg en Eton) y Nicky Griffith (más adelante, Nicky Morgan, el sucesor de Gove como secretario de Educación en 2014)— se mantuvieron alejados. «Pensaban que era demasiado extravagante e insurgente, y que no les favorecería en su carrera profesional», aclara Matthews.

Hannan admite que tal vez la CIB contaba con algún que otro nostálgico *little englander*:[288] «Hay un cierto tipo de persona que pasa por una fase de *young fogey* cuando se va de casa por primera vez». Pero en su memoria, la CIB representaba un euroescepticismo inmaculado anterior al advenimiento de los xenófobos gritones que desanimarían a futuras generaciones de estudiantes.

En Oxford, en un solo bimestre, dice Hannan, «conseguimos unos trescientos miembros. Pero hacia el final creo que llegamos a superar ese número. Y no eran todos de derechas. No te puedes convertir en la segunda sociedad política más grande del campus sin acoger a una gran diversidad de estudiantes».

El *Cherwell* les hizo el favor de promocionarlos a base de mofas frecuentes: «¿Cómo puede ser que un grupo de personas que está resentido con todo lo que queda al otro lado del Canal pase tanto tiempo en un restaurante de cocina italiana?».[289] Las cuestiones que se debatían en la CIB pronto empezaron a volverse populares. En noviembre de 1991, la Oxford Union invitó a Heath y a Norman Tebbit a debatir la siguiente moción: «La nueva propuesta para la Unión Europea ofrece poco al Reino Unido». Aquella noche comenzó con la inauguración del busto de Heath que todavía se encuentra en la cámara de la Union. El propio Heath en persona declaró a los asistentes presentes en la cámara: «Hace cincuenta y cinco años, cuando me senté en estos bancos por primera vez, no podía imaginar que algún día me dedicarían un busto […] o que me dirigiría a esta sociedad por duplicado». Pero entonces estalló lo que acabaría siendo una premonitoria disputa interna entre los *tories* por el futuro de Europa. Heath fue abucheado repetidamente por no dar paso a las preguntas e intervenciones del público. La moción antieuropea se aprobó por ciento ocho votos.[290]

En 1992, Hannan derrotó a Nicky Griffith y se convirtió en presidente de la OUCA. Pero en su época universitaria, Griffith todavía no era pro-Brexit. De hecho, la mayoría ni siquiera pertenecían a la CIB. A principios de la década de los noventa, la sola idea de dejar la CEE era una locura de fanáticos y extremistas. Por aquella época, Hannan quería que el Reino Unido llegara a un acuerdo de asociación con la CEE y así decirles a los europeos: «Vosotros seguid adelante con lo de la política extranjera unificada, la justicia criminal, etc. Os deseamos lo mejor, pero a nosotros solo nos interesa la parte del mercado único».

Mientras tanto, un grupo rebelde de diputados *tories* anti-Maastricht había aparecido en el Parlamento, liderado por figuras como Bill Cash (un licenciado en Historia en Oxford de una generación anterior) y Nicholas Ridley. Dice Hannan:

> Yo todavía era estudiante cuando conocí a muchos de estos hombres. Pero vi que estaban sometidos a mucha presión por los dirigentes de sus partidos y decidí hacer todo lo que estuviera en mi mano para hacerlos sentir un poco más apoyados y para recordarles que contaban con mucha simpatía pública hacia su causa. Así que invitamos a muchos de ellos a hablar en Oxford.

Los rebeldes de Maastricht acudían a hablar a la Union, a la OUCA o al Bruges Group de la universidad. Recuerda Matthews:

> Nos hablaban como si esperaran que fuéramos a tomar su relevo en la política nacional. En otras palabras, los padrinos del Brexit eran interlocutores

familiares para los estudiantes de Oxford políticamente activos. Lo cual hacía que la transición al Parlamento y al Consejo de Ministros fuera mucho más natural para toda nuestra promoción. Los Dan Hannan de este mundo eran ungidos mucho antes.

Sin embargo, perdieron su primera batalla: en febrero de 1992, Major firmó el Tratado de Maastricht, aunque rechazó la moneda única y la Carta Social Europea. El recurso de William Rees-Mogg contra Maastricht, lo que él llamaba el caso constitucional más importante de los últimos trescientos años, fue rechazado.[291]

Aun así, fue una época de agitación intelectual. El ecosistema euroescéptico empezaba a emerger. Robertson me contó: «Margaret Thatcher dimite y lo primero que hace [en enero de 1991] es asumir la presidencia del Bruges Group. Eso fue muy significativo. Nigel Farage me confesó que a él también lo marcó». Ese mismo año, Alan Sked, entonces el jefe de Estudios Europeos de la London School of Economics, fundó la Liga Antifederalista, que pronto se convertiría en el Partido por la Independencia del Reino Unido o UKIP (por sus siglas en inglés).[292] El movimiento surgió en el momento más oportuno. Tras la derrota de los sindicatos y de la Unión Soviética, la derecha británica necesitaba un nuevo enemigo, y la Unión Europea era el candidato más evidente.

Los euroescépticos de Oxford trataron de meditar cuál era la Europa que querían. Pero parecía que había muchas opciones diferentes. «En la época, el desenlace del empuje por el federalismo era incierto», dice David Allen Green. En junio de 1992, en un emocionante giro de los acontecimientos, los daneses rechazan Maastricht por la vía del referéndum. Ese mismo septiembre, en el Miércoles Negro, el mecanismo de tipos de cambio colapsó. La conjunción de esos dos acontecimientos corroboró los argumentos de los euroescépticos de Oxford. Dice Green: «Fue un momento muy importante: la gente pensó que podían frustrar el Tratado de Maastricht. Para muchas personas, la crítica al Tratado de Maastricht era la droga de entrada al Brexit».

Los estudiantes europeístas y antieuropeístas de Oxford copaban buena parte de los debates en la Union; no tanto en la cámara, sino más bien en recintos más pequeños como la biblioteca o la habitación Morris. También había alguna que otra discusión nocturna improvisada en el bar. Según Green, alguien llegó a secuestrar el busto del europeísta Heath —«una auténtica pesadilla, ese señor»— de la Cámara.

En julio de 1993, el Tratado de Maastricht recibió aprobación real. Hannan, que se acababa de graduar, dice que vivió el momento como «una inmensa

derrota» y que recuerda haber pensado:

> ¿Y ahora qué hacemos? Hemos perdido, el tratado ha sido ratificado y no vamos a ser capaces de deshacernos de él, al menos no a corto plazo. Así que ¿cómo se reinventa el euroescepticismo? Hay que plantear una crítica mucho más general de los errores de la centralización del poder con la que todo el mundo se pueda relacionar, para así encontrar aliados en el continente.
>
> Pensé: «No estoy preparado para dejarlo, es una cuestión demasiado importante. Conozco a muchos de los jugadores, veamos si podemos darle la vuelta al asunto».
>
> Así que escribí a unos cuantos de los diputados que habían venido a hablar a la CIB y les dije: «Esto es lo que creo que deberíamos estar haciendo», y algunos contestaron: «Estupendo, no podría estar más de acuerdo».

Entonces se dirigió a los diputados rebeldes con una sugerencia: «"¿Por qué no unís fuerzas? Yo trabajaré para vosotros. No quiero compensación económica, me basta con vuestra unidad". Es lo más innovador que he hecho con mi salario en toda mi vida, y dijeron que sí».

Con tan solo veintiún años, Hannan se convirtió en un brexitero a jornada completa.[293] Había vinculado sus aspiraciones políticas no a un partido, sino a un ideal. Mientras que la mayor parte de los políticos estaban pendientes de las noticias, Hannan apuntaba a un objetivo mayor. Ayudó al diputado rebelde Michael Spicer a crear un movimiento parlamentario de un par de decenas de diputados anti-Maastricht: el Grupo de Investigación Europeo (ERG, por sus siglas en inglés). «Fui el primer secretario y también el primer empleado», dice Hannan.

> Estuve involucrado durante cuatro o cinco años, y durante ese tiempo nos centramos mayormente en la investigación. Puede que el nombre del grupo se eligiera de forma premeditada para que no resultara amenazador, pero también había una parte de verdad. En aquella época publicamos numerosos artículos sobre los fallos de la Política Agrícola Común, de la Política Pesquera Común o del euro, por ejemplo, y también planteamos nuestros proyectos para mejorar la UE. Yo hacía la mayor parte de las investigaciones, pero también encargaba algunos trabajos.

Así, el ecosistema euroescéptico fue creciendo. En 1994, Robertson ayudó a venderle la idea de un referéndum sobre la naturaleza de la membresía de Inglaterra en la UE a James Goldsmith, fundador del Partido del Referéndum;[294] Priti Patel, de veintitrés años, se convirtió en su jefa de prensa.

Las futuras élites se involucraron en la lucha de Hannan, a favor y en contra. En 1992 se creó en Oxford el Reform Club, un club profederalista que surgió para confrontar las ideas de la CIB. En 1995, el presidente del club, el estudiante de PPE Ollie Robbins, empezó a invitar a miembros de la universidad, como Liz Truss,[295] a «eventos estelares» como una conferencia sobre el euro liderada por el agregado en finanzas de la embajada alemana o un evento llamado «Vender Europa al ciudadano». Truss, por supuesto, votó quedarse en la UE en el referéndum de 2016. Un año después, Robbins se convertiría en el negociador principal de Theresa May con la UE sobre el Brexit.[296]

Ya en 1997, al editor de diecisiete años del periódico del Winchester College, Rishi Sunak, que pronto se dirigiría a Oxford, le inquietaba pensar que Tony Blair «tiene planes para una posible ruptura del Reino Unido y para adherirse a un eventual superestado europeo».[297] Un año después, con veintiséis años, Dominic Cummings ascendía a jefe de campaña de Business for Sterling: un grupo que se oponía a los planes de Blair de adoptar el euro.[298] La lucha de Hannan por fin contaba con un comunicador de primera.

---

[262] Grove, Valerie, «The Valerie Grove Interview: Patrick Robertson», *Sunday Times*, 16 de junio de 1991.

[263] Ciclo de conciertos diarios de música clásica desde mediados de julio hasta mediados de septiembre retransmitidos por televisión. (*N. de la T.*).

[264] Heffer, Simon, «The gadfly of Bruges», *Sunday Telegraph*, 14 de abril de 1991.

[265] Celebración escocesa en la que se conmemora la vida y obra del poeta Robert Burns. (*N. de la T.*).

[266] Baile escocés típico de las Tierras Altas de Escocia (las Highlands). (*N. de la T.*).

[267] Grove, «The Valerie Grove Interview», *Sunday Times*.

[268] Evelyn, John, sin título, *Cherwell*, 17 de febrero de 1989.

[269] «The courtiers», *Evening Standard*, 21 de noviembre de 1991.

[270] Vallely, Paul, «A big little Englander», *Independent*, 25 de abril de 1996.

[271] Evelyn, John, «The Brat Pac», *Cherwell*, 10 de febrero de 1989.

[272] Heffer, «The gadfly of Bruges», *Sunday Telegraph*.

[273] McCrystal, Cal, «Interview with Bruges Group founder member Patrick Robertson», *Independent on Sunday*, 16 de junio de 1991.

[274] Cash, William, «The deep history of Brexit», *Sunday Times*, 7 de agosto de 2016.

[275] McCrystal, Cal, «Interview with Bruges Group founder member Patrick Robertson», *Independent on Sunday*.

[276] Vander Elst, Philip, «The EU Threat to Democracy and Liberty», The Bruges Group, 2015.

[277] Heffer, «The gadfly of Bruges», *Sunday Telegraph*.

[278] Harding, Luke y Harry Davies, «Jonathan Aitken was paid £166,000 for book on Kazakh autocrat, leak suggests», 6 de octubre de 2021.

[279] «CV of Viktor Orbán», http://2010-2015.miniszterelnok.hu/in_english_cv_of_viktor_orban/.

[280] Knight, Sam, «The man who brought you Brexit», *Guardian*, 29 de septiembre de 2016.

[281] *Ibid.*

[282] Miembro de la organización del partido comunista. (*N. de la T.*).

[283] Knight, «The man who brought you Brexit», *Guardian.*

[284] Campaña de Oxford a favor de una Inglaterra independiente. (*N. de la T.*).

[285] Seguidores de la teoría económica de Friedrich von Hayek: el funcionamiento del mercado debería servir para regular la economía a través del mecanismo de precios. (*N. de la T.*).

[286] https://twitter.com/IciLondres/status/1064944724241457153.

[287] Ashcroft, *Jacob's Ladder*, disponible en Google Books.

[288] Ingleses que consideran que Inglaterra es el mejor país del mundo y que solo debería establecer relaciones con otros países cuando esas relaciones resulten beneficiosas para Inglaterra. (*N. de la T.*).

[289] Evelyn, John, «Enjoy», *Cherwell*, 12 de junio de 1992.

[290] Bryan-Low, Niels, «Oxford rejects Europe», *Cherwell*, 22 de noviembre de 1991.

[291] Ellis, *The Oxbridge Conspiracy*, p. 190.

[292] Payne, Daniel, «In the LSE library archives – the founding of the Anti-Federalist League», *LSE blogs*, 26 de septiembre de 2018.

[293] Shipman, Tim, *All Out War: The Full Story of Brexit*, Londres: William Collins, 2017, p. 25.

[294] Vallely, «A big Little Englander», *Independent*.

[295] Norfolk, Andrew, Charlotte Wace y George Grylls, «Liz Truss: from teenage Lib Dem to darling of the Tory right», *The Times*, 5 de septiembre de 2022.

[296] Pogrund, Gabriel y Tim Shipman, «May's Brexit chief was "student Sir Humphrey" bent on federal EU», *Sunday Times*, 11 de febrero de 2018.

[297] Peck, Tom, «A chemist's son with the right formula for leadership», *Independent*, 6 de octubre de 2020.

[298] Knight, «The man who brought you Brexit».

10

Una generación sin tragedia

«Honren todos los que aquí entren a los hijos de esta casa que sirvieron a su país entre los años 1914-1918».

Monumento a los soldados caídos en Magdalen College, Oxford

Hay a quienes la generación Johnson-Cameron-Hannan se les antoja eterna. Un grupo de jóvenes elocuentes que pasan de la *public school* a Oxford hasta llegar al poder, amparados por la certeza de que nada malo le puede suceder a alguien de su casta. Diferentes versiones de estos mismos hombres se repiten a lo largo de la historia británica moderna.

Pero la frustración popular con ellos es también ancestral. Ya en la década de 1850, los desastres de la guerra de Crimea y la rebelión de la India desacreditaron a los infames *gentleman amateurs*.[299] El historiador Richard Colls dice de Crimea:

> No es solo que el duque de Cambridge, de treinta y cinco años y al mando de la 1.ª División de Infantería, fuera el primo de la reina; o que Estcourt, general responsable del aparato administrativo, fuera desafortunadamente fotografiado durmiendo en una tumbona en mitad de la crisis más grave de toda la historia militar británica; o que la última vez que lord Raglan, comandante en jefe, hubiera estado de servicio activo fuera contra Napoleón; o que lord Cardigan y lord Lucan casi acabaran con toda su caballería.[300]

En una protoversión victoriana de la amigocracia, Raglan empleó a cuatro familiares como ayudantes de campo.[301] Pese a que la catastrófica carga de la

Brigada Ligera fue presentada en casa como una gloriosa victoria imperial,[302] las debacles en Crimea motivaron reformas del Ejército y del funcionariado. Aun así, el gobernante *amateur*, con alguna que otra clase de Oxbridge bajo el cinturón, persistió en la historia británica. Véase, por ejemplo, la crítica que escribió lord Curzon (Eton y Oxford, donde fue presidente de la Union) de Arthur Balfour (Eton y Cambridge), secretario de Estado de Asuntos Exteriores después de 1916. Curzon describe:

> […] la lamentable ignorancia, indiferencia y levedad del régimen [de Balfour]. Jamás estudio los documentos, jamás se supo los datos, en el Consejo rara vez se había leído los telegramas matinales del Ministerio de Relaciones Exteriores y jamás pensaba en el futuro. Confiaba en que sus inigualables poderes de improvisación lo salvaran de cualquier problema y le permitieran saltar con ligereza de una crisis a otra.[303]

Curzon (canciller de la Universidad de Oxford cuando escribió estas líneas y el futuro sucesor de Balfour como secretario de Estado) podría haber estado hablando de Boris Johnson.

Ahora bien, existe una diferencia crucial entre la era de Balfour y la de Johnson: hace un siglo, los políticos británicos se tomaban su trabajo más en serio. A fin de cuentas, tenían que gobernar sobre un cuarto del planeta. Uno de los efectos secundarios de gobernar colonias es que los políticos de la *public school* adquirían experiencia administrativa, habitualmente a través de pruebas y terribles errores: como virrey de India, Curzon fue testigo de la muerte de más de un millón de indios en la hambruna de 1899-1900. En casa, los políticos de la *public school* del Oxford victoriano aprendían a base de liderar poderosos Gobiernos locales. Y se tomaban las guerras especialmente en serio porque mandaban a sus hijos a luchar en ellas.

En junio de 1914, el currículum del veinteañero Harold Macmillan se parecía bastante al del futuro veinteañero Boris Johnson: una crianza de la clase media-alta, Eton, Literatura Clásica en Balliol College y bibliotecario de la Oxford Union por dos votos.[304] Macmillan era un joven imberbe sin un propósito en la vida que había crecido aislado del grueso de la población. Si hubiera reinado la paz y hubiese podido servir durante su bimestre como bibliotecario, quizá hubiera seguido siendo igual.

Pero en el verano de 1914 su currículum y el de Johnson se bifurcan: «A finales de julio, en lugar de meterme un atracón de leer a los grandes de la literatura, me encontré en una plaza de armas».[305] Se unió como alférez a un

nuevo regimiento de fusileros que todavía no tenía ningún fusil.[306] Los jóvenes de la *public school* de su generación habían crecido oyendo historias sobre victorias en el campo de batalla; eso sí, sin ametralladoras. Que se unieran al Ejército, normalmente como subalternos, es lo que se esperaba de ellos. Mientras tanto, la Oxford Union se convirtió en una cantina militar.[307]

Hasta en tres ocasiones hirieron de gravedad a Macmillan.[308] Una de esas veces, tras ser herido en la rodilla y en la pelvis, yació en un cráter durante doce horas, inyectándose morfina, haciéndose el muerto cuando se acercaban los alemanes y leyendo a Esquilo en el griego original.[309] Y, aun así, en 1916 rechazó buscar un trabajo más seguro como le proponía su preocupada madre.[310]

Siete presidentes de la Union murieron en la Primera Guerra Mundial, incluyendo tres de los cuatro que habían ejercido el cargo durante los veranos de 1912 y 1913.[311] Murieron no como parte de un sacrificio de clase, sino como parte de un sacrificio nacional. «En una época en la que los estudiantes universitarios no pasaban de los 3.000, casi 2.700 universitarios fueron asesinados en la guerra», se maravillaba Jan Morris.[312] «La pérdida de vidas fue mayor entre el rango de los subalternos», recalca Colls.[313] «Bertie Wooster, si alguna vez existió, fue asesinado en torno a 1915», escribió Orwell.[314]

Macmillan no volvió a Oxford tras la guerra. «No es solo que yo fuera un tullido —explicó más adelante—. Había muchos tullidos. Es que pensé que no podría soportarlo. Oxford era una ciudad de fantasmas. De los ocho estudiantes y becados [en Balliol] que llegamos a Oxford en 1912, solo quedábamos Humphrey Sumner y yo. Era demasiado».[315]

Décadas después, Macmillan llegó a la conclusión de que los oficiales de clase alta como él que lideraban tropas de clase trabajadora «aprendimos por primera vez cómo […] sentirnos a gusto con una clase con la que no habríamos entrado en contacto de ninguna otra manera». Fue en las trincheras y más adelante en Stockton-on-Tees, su circunscripción electoral parlamentaria del noreste, donde Macmillan absorbió «el deber de mitigar todo lo posible las injusticias sufridas por los menos privilegiados, fueran estos soldados de la guardia nacional, mineros de Durham o trabajadores del metal de Stockton», escribe su biógrafo Charles Williams.[316]

Según la tradición británica, los subalternos de clase alta eran responsables de las vidas de sus soldados. Era una relación paternalista, pero de gran responsabilidad. No es de extrañar, por tanto, que Macmillan jamás pudiera sacudirse de encima «esa sensación de que algo horrible y desconocido estaba a punto de suceder». Desde 1914, dijo casi setenta años después, «el cielo se nubló

y no ha vuelto a salir el sol».[317]

Desde 1940 hasta 1963, Inglaterra estuvo gobernada por primeros ministros que se habían ofrecido voluntarios para acudir al frente en la Primera Guerra Mundial.[318] Churchill, que había sido expulsado del Gobierno tras la batalla de Galípoli, consiguió ser nombrado comandante de un batallón del Regimiento de Infantería Royal Scots Fusiliers en 1916, con cuarenta y un años. Casi lo matan en el frente belga.

Clement Attlee luchó en Galípoli, donde fue uno de los pocos supervivientes del sector de Suvla. Fue herido en Mesopotamia —por impacto de metralla mientras corría a la cabeza de sus tropas durante un ataque en la frontera turca— y más adelante también en Francia.[319]

Anthony Eden ganó una Cruz Militar por rescatar a un sargento herido en tierra de nadie bajo fuego alemán.[320] Dos de sus tres hermanos murieron en la guerra,[321] al igual que un tercio de su clase en Eton. Cuando los supervivientes de Oxford se metieron en política, se los conocía por sus rangos durante la guerra: comandante Attlee, comandante Eden y capitán Macmillan.[322]

Otros tres presidentes de la Union cayeron durante la Segunda Guerra Mundial.[323] Heath participó en los desembarcos de Normandía, recibió menciones de elogio y fue galardonado con un título ceremonial británico, un MBE (miembro de la Orden del Imperio Británico), con tan solo veintinueve años. Más adelante diría que ver de nuevo a Europa destruyéndose a sí misma lo dejó «con la profunda creencia, que todavía me acompaña hasta este día, de que no se debería permitir que los pueblos de Europa volvieran a enfrentarse entre sí».[324] En 1973 metió al Reino Unido en la CEE.

James Callaghan, lugarteniente en la flota de las Indias Orientales,[325] fue el último primer ministro británico que sirvió en combate. «No puedo jactarme de una experiencia heroica de guerra —escribiría después—. Sin embargo, vi lo suficiente en la cubierta inferior y en la cámara de oficiales para saber lo que esperaba la Marina cuando se ganaba una guerra y hombres y mujeres volvían a Inglaterra tras cuatro o cinco años en el extranjero». Desde luego, no es una coincidencia que la era de los primeros ministros veteranos de guerra fuera también la era de la socialdemocracia británica. Ambas terminaron simultáneamente con la derrota de Callaghan a manos de Thatcher en 1979.

Eton está cubierto de placas y monumentos a maestros y antiguos alumnos muertos en la guerra. «Vivimos en las sombras de los muertos», solía decir el futuro escritor y miembro del Partido Conservador Ferdinant Mount cuando todavía era un alumno de Eton en la década de los cincuenta. «Todo el lugar es una gran capilla para las difuntas almas».[326] Y también lo era Oxford. Uno de

mis recuerdos más vívidos de aquel lugar es la placa de «Por el rey y el país» que cuelga en todos los colegios universitarios. «Las listas de los fallecidos en los monumentos a los soldados caídos en Christ Church [College] incluyen a dos vizcondes, tres condes, siete lores por cortesía,[327] cuatro *baronets*,[328] once honorables, un marqués italiano y un conde francés», relató Jan Morris. El monumento en New College incluye a antiguos alumnos que murieron por Alemania en la Primera Guerra Mundial.[329]

La clase alta recordaría durante décadas su sacrificio de casta. Una noche, a mediados de los noventa, fui a cenar (la típica comida indigesta de internado) a la Cámara de los Lores con lord Lyell (Eton y Oxford). De camino al comedor, me señaló el monumento a los caídos en la Primera Guerra Mundial. El Lyell en esa placa era su abuelo. Después, me señaló el monumento a los caídos en la Segunda Guerra Mundial: en ese caso, el Lyell que aparecía era su padre.

No pretendo idealizar a los soldados. Participar en una guerra no siempre forja la nobleza de alma. No obstante, las guerras mundiales han sido la forma más eficiente que ha encontrado el Reino Unido para juntar a las diferentes clases sociales. Puede que lo más cerca que ha estado Inglaterra de ser *One Nation* fuera durante la guerra en las trincheras, aunque los oficiales durmieran en camas y los soldados rasos en el suelo.[330] En *Retorno a Brideshead*, Charles Ryder también percibe esta mezcla de clases en la Segunda Guerra Mundial, por mucho que la aborrezca. Los hombres de Oxford de la década de los cincuenta todavía experimentaban un destello de esta experiencia a través del servicio militar (aunque Michael Heseltine solo cumplió nueve de los veinticuatro meses obligatorios por una exención para disputar un desesperado asiento para los *tories*).[331]

Desde la década de los cuarenta hasta los setenta, la mayoría de los políticos británicos experimentados eran hombres de Oxbridge que habían luchado en una guerra mundial. Los tiempos de guerra habían creado un sentido de unidad entre líderes de partidos rivales: a Attlee le pareció de lo más normal unirse a sus compañeros veteranos Eden y Churchill para formar un Consejo de Ministros de coalición entre 1940 y 1945.

Luchar en una guerra los convirtió en gobernantes serios. Habían aprendido que las decisiones tomadas por etonianos en cuarteles generales o tras la mesa de Whitehall podían matar a gente. Ese sentido de la responsabilidad explica por qué en los cincuenta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial los políticos británicos evitaron en gran medida los desastres, con la breve excepción de Suez.

Pero los últimos diputados que lucharon en una guerra mundial —Heath, Tony Benn, Peter Emery y Geoffrey Johnson Smith— dejaron el Parlamento en

2001.[332] Y entonces, Bertie Wooster se alzó de entre los muertos.

* * *

Ya en la década de los cincuenta, prácticamente ningún estudiante británico sabía combatir. Inevitablemente, los estudiantes extranjeros que huían a Oxford de países en guerra veían a los estudiantes británicos como jóvenes inexpertos. Uno de esos imberbes, Christopher Hitchens, recuerda con asombro cómo los estudiantes americanos de finales de los sesenta se apelotonaban en «pequeños círculos en el césped de Oxford al anochecer: ¿deberían desafiar a la llamada a filas y elegir entre la cárcel y el exilio o someterse, ser obedientes y seguir con sus carreras?».[333]

A finales de los sesenta, los alumnos estadounidenses que contaban con la beca Rhodes[334] —Strobe Talbott, Frank Aller y Bill Clinton— compartían una casa en el 46 de Leckford Road, en el norte de Oxford. Talbott dice que se pasaban los días en un eterno congreso sobre Vietnam, pero en su casa y sin profesores. Recuerda que un Día de Acción de Gracias sus compañeros estuvieron discutiendo sobre la guerra durante cuatro horas seguidas en la cocina mientras se hacía el pavo.

Clinton se pasaba la mayor parte del día leyendo en Oxford. Más tarde calculó que se había leído unos trescientos libros en su primer año.[335] Como podía ser llamado a filas en cualquier momento, se mentalizó de que lo iban a mandar a Vietnam. Tras enterarse de que algunos de sus compañeros de instituto habían caído en la guerra, Clinton intentó por todos los medios extender la prórroga de incorporación a filas. Otros dos becados de Rhodes recuerdan que en el otoño de 1960 ni siquiera se molestó en alquilar un piso en Oxford: dormía en el suelo de los pisos de sus amigos.[336]

Pero a Clinton le sonrió el destino. Las autoridades decidieron elegir a los hombres que servirían a su país haciendo un sorteo con sus fechas de nacimiento. El sorteo se celebró el 1 de diciembre de 1969 y el número que se le asignó al cumpleaños de Clinton era tan alto que era prácticamente imposible que fuera seleccionado. Aller no tuvo tanta suerte: se resistió al reclutamiento y fue acusado *in absentia* por un gran jurado federal de Spokane, en Washington. En 1971, con veinticuatro años, se suicidó.[337]

Talbott me escribió: «Vietnam era una gran nube negra que colgaba sobre nuestras cabezas. Frank fue víctima de esa tragedia. No recuerdo que ninguno de nosotros pensáramos mucho en la clase dominante del Reino Unido».[338] Martin Walker escribe en la biografía de Clinton que el futuro presidente «apenas se

involucró en la Oxford Union».[339]

Pero no fue solo por Vietnam. Lo que recuerdan los becados de Rhodes, escribe Walker, son «grupos de estudiantes pretenciosos, profesores lánguidos, habitaciones frías y mala comida. Desde su perspectiva privilegiada, aquel enclave de la élite les pareció el reflejo de un país en un estado de declive tangible». Aquellos hombres eran la futura élite dominante de una superpotencia. Como los *rhodies* estadounidenses que los precedieron y los que los sucederían, habían venido a Oxford a establecer redes de contactos entre ellos, no con británicos adolescentes. Y el plan funcionó: becados de Rhodes como Talbott y Robert Reich acabaron dominando el mundo junto a Clinton.

La falta de seriedad típicamente británica llegó a su punto álgido veinte años después, con la generación de Cameron y Johnson. Estos hombres no habían experimentado la tragedia. Eran los miembros más privilegiados de la generación más afortunada de un país que había evitado revoluciones, dictaduras, hambrunas, guerras civiles, invasiones y crisis económicas durante trescientos años. Sí hubo tragedias en Irlanda y en el imperio, pero llegaban como ruidos sofocados a las mansiones de la casta dominante. Las tragedias ancestrales de las familias de la casta —los muertos de dos guerras mundiales— habían sido transformadas por el paso del tiempo en episodios gloriosos.

Algunos miembros de esta generación de *public school* ansiaban una buena tragedia. Anhelaban tener su propio proyecto heroico. Pero, exceptuando a Hannan, les costó varias décadas pensar en una buena opción.

---

[299] Figura presente en Inglaterra desde el siglo XVII: hombres del Renacimiento, como los descritos y personificados por Arthur Conan Doyle, que gozaban del tiempo para relacionarse con las profesiones como si de objetos de coleccionista se trataran. (*N. de la T.*).

—Gill, Martha, «No talent required in the new and lucrative era of the gentleman amateur», *Guardian*, 12 de junio de 2022.

[300] Colls, Richard, *This Sporting Life: Sport and Liberty in England, 1760-1960*, Oxford: Oxford University Press, 2020, pp. 227-229.

[301] Wilson, *The Victorians*, p. 179.

[302] Goodhart, *Head Hand Heart*, pp. 35-36.

[303] Macmillan, Margaret, *Peacemakers: Six Months That Changed the World*, Londres: John Murray, 2001, p. 425.

[304] Walter, *The Oxford Union*, p. 46.

[305] *Ibid.*, p. 33.

[306] Williams, Charles, *Harold Macmillan*, Londres: Phoenix, 2012, *ebook*, loc.

733-739.

[307] Graham, *Playing at Politics*, p. 30.

[308] Ball, Simon, «Prime Ministers in the First World War», history.blog.gov.uk, 4 de agosto de 2014.

[309] Davenport-Himes, Richard, *An English Affair: Sex, Class and Power in the Age of Profumo*, Londres: William Collins, 2013, pp. 5-6.

[310] Williams, *Harold Macmillan*, loc. 80.

[311] Walter, *The Oxford Union*, pp. 222-224.

[312] Morris, *Oxford*, p. 252.

[313] Colls, *This Sporting Life*, p. 231.

[314] George Orwell, «In Defence of P.G. Wodehouse», en *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell, volume 3, As I Please: 1943-1945*, Harmondsworth: Penguin Books, 1987, p. 399.

[315] Morris, *The Oxford Book of Oxford*, p. 336.

[316] Williams, *Harold Macmillan*, loc. 9409-9414.

[317] Walter, *The Oxford Union*, p. 33.

[318] Ball, «Prime Ministers in the First World War».

[319] Trevor Timpson, «World War One: The great and the good who were spared», *BBC News*, 20 de marzo de 2014.

[320] «Foreign News: Sir Anthony Eden: The man who waited», *Time*, 11 de abril de 1955.

[321] Smith, Gaddis, «A Gentleman and a scapegoat», *New York Times*, 23 de agosto de 1987.

[322] Ball, «Prime Ministers in the First World War».

[323] Walter, *The Oxford Union*, pp. 226-227.

[324] «Sir Edward Heath», *Church Times*, 2 de noviembre de 2006.

[325] Buckton, Henry, *Politicians at War*, Barnsley: Leo Cooper, 2003, p. 2.

[326] «James Callaghan, Lord Callaghan of Cardiff», UK Parliament, disponible en https://www.parliament.uk/about/living-heritage/transformingsociety/private-lives/yourcountry/collections/collections-second-world-war/parliamentarians-and-people/james-callaghan/.

[327] Los títulos de cortesía son comunes entre los hijos, hermanos, nueras y yernos de la nobleza. Estos miembros de la familia podían anteceder su nombre con un título por cortesía (habitualmente: lord o *lady*) siempre que fuera de menor grado que el usado por el patriarca de la familia. (*N. de la T.*).

[328] Mount, Ferdinand, *Cold Cream: My Early Life and Other Mistakes*, Londres: Bloomsbury, 2009, p. 79.

[329] https://www.iwm.org.uk/memorials/item/memorial/31943.

[330] Verkaik, *Posh Boys*, p. 60.

[331] Roth, Andrew, «Michael Heseltine», *Guardian*, 20 de marzo de 2001.

[332] Buckton, *Politicians at War*, pp. 11 y 4.

[333] Hitchens, *Hitch-22*, p. 106.

[334] Beca estadounidense concedida a estudiantes con excelente desempeño académico que desean estudiar un posgrado en Oxford. (*N. de la T.*).

[335] Walker, Martin, *The President We Deserve: Bill Clinton: His Rise, Falls, and Comebacks*, Nueva York: Crown Publishers, 1996, p. 65.

[336] *Ibid.*, p. 67.

[337] Stanley, Alessandra, «Most likely to succeed», *New York Times*, 22 de noviembre de 1992.

[338] Talbott, *email*, 4 de diciembre de 2020.

[339] Walker, *The President We Deserve*, p. 62-64.

11

El mundo adulto

«El típico camino [británico] a la fama y la fortuna, desde la public school *a la universidad, desde el bar al Consejo de Ministros, supone moverse entre antiguas instituciones sin tener que contratar, despedir o dirigir a otras personas […]. Las estructuras de larga tradición de Oxbridge, sumadas a las fundaciones de los colegios medievales, fácilmente pueden animar a sus residentes a la ambición más convencional que hay, la de trepar árboles ya existentes, en lugar de plantar nuevos».*

ANTHONY SAMPSON, *The Changing Anatomy of Britain*[340]

Y un buen día, mi estancia en Oxford terminó. Mi partida fue más sencilla que la de Macmillan. En julio de 1992, mi padre vino a buscarme desde Londres y aparcó junto a la Cámara Radcliffe. Metimos el equipaje en el maletero y nos fuimos sin mirar atrás. Parecía que habían pasado diez minutos desde aquella tarde de octubre de 1988 en que mi padre aparcó junto a la Cámara Radcliffe y yo corrí a buscar al conserje para que me entregara la llave de mi habitación.

La mayoría de la gente que conocí en Oxford acabó habitando las capas bajas de la clase dirigente y se convirtieron en funcionarios, académicos, captadores de fondos y abogados. Treinta años después, viven vidas confortables en las provincias y se preocupan por su hipoteca. Habían seguido el camino que Oxford reserva para la gente sin contactos o ambiciones.

Yo había disfrutado mucho de Oxford, pero me fui sin sentirme preparado —ni física ni psicológicamente— para la vida. Era dolorosamente obvio que había

recibido una educación deficiente. En los Países Bajos, donde me había criado, con dieciocho años los estudiantes se examinaban de siete u ocho materias. En Inglaterra, yo me preparé cuatro *A-levels*, es decir, que mi conocimiento de todos los otros ámbitos académicos era superficial, siendo generoso. Como Rosa Ehrenreich señala: «Oxford produce científicos que no se han leído una obra de literatura desde que tenían quince años, estudiantes de letras que no saben nada de historia y estudiantes de derecho que no saben nada de política».[341]

La licenciatura de tres años, la más común en Inglaterra, es una de las más cortas del mundo occidental. Mi tiempo en Oxford se había limitado a setenta y dos semanas de clase o poco menos de un año y medio de trabajo; eso cuando no estaba bebiendo y perdiendo el tiempo en el bar de la facultad con el resto de mis compañeros. También pasé un año estupendo en Berlín después de la caída del muro, estudiando en la Universidad Técnica. Mi licenciatura me proporcionó una noción superficial de historia y algunos conocimientos sobre la literatura alemana. No sabía mucho de ninguna otra asignatura y casi nada sobre ciencias, y tampoco terminaba de entender qué eran las tasas de interés, mucho menos por qué subían o bajaban. Echando la vista atrás, ahora comparto la frustración expresada por Dominic Cummings sobre los límites de una carrera de letras:

> Si de verdad queremos averiguar cuáles son los planes de los personajes que rodean a Putin o cómo las bandas criminales internacionales explotan las grietas de nuestra seguridad fronteriza, no necesitamos más graduados en Literatura de Oxbridge que sepan esparcir bulos sobre bulos y hablar sobre [el psicoanalista francés] Lacan en cenas con productores de televisión.[342]

Al igual que Cummings, pero con menos vehemencia, decidí que ponerle remedio a esta ignorancia me costaría estudiar toda la vida. Norman Stone animó a Cummings a ir a la Rusia poscomunista, donde fracasó como empresario: estableció una aerolínea entre Samara y Viena que, en una ocasión, llegó a despegar olvidando a su único pasajero.[343] Más adelante, se volcó en el estudio autodidacta. Yo tomé el camino institucional: fui a Harvard a estudiar economía, política y ruso durante un año, y acabé por enfrentarme a misterios que nunca me había planteado, como por ejemplo cómo funcionan las tasas de interés.

La carga de trabajo en Harvard era mucho mayor que la de Oxford; las lecturas obligatorias solían exceder las mil páginas semanales. Pero rara vez se me animaba a pensar en voz alta sobre la materia. Aunque, la verdad sea dicha, tampoco acostumbraba a hacerlo en Oxford, más que nada porque nunca estuvo entre mis objetivos.

Cambridge, Massachusetts, era un destino muy popular entre los políticos de Oxford más empollones. David Miliband, Ed Balls, Yvette Cooper, Kwasi Kwarteng (de Cambridge) y el futuro pensador *tory* Nick Boles recibieron una beca Kennedy para estudiar en Harvard a finales de los ochenta y principios de los noventa. Ed Miliband también se tomó un año sabático en Harvard. Este tipo de estudiantes solían gravitar en torno a la Kennedy School.[344] El edificio de ladrillo y cristal junto al río Charles era el centro neurálgico de la mayoría de los frikis de centroizquierda, y su cafetería era el escenario de emotivos encuentros entre políticos entusiasmados con un prometedor experimento legislativo en unos jardines de infancia en Kentucky.

En aquel momento también estaba en Harvard Fiona Hill, quien, tras ser rechazada por Oxford, se sacó un doctorado en Historia Rusa. Al final, gracias a Harvard acabó trabajando en el Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca como directora para asuntos de Europa y Rusia. Según Hill, sus orígenes humildes y su «marcado acento de clase trabajadora» jamás se interpusieron en su itinerario profesional en Estados Unidos, como sí había ocurrido en Inglaterra.[345] La mayoría de los estadounidenses ni siquiera la podían identificar como de clase obrera. De hecho, el locutor de radio de derechas Rush Limbaugh la confundió con una mujer «de Oxford o de Cambridge».[346] Para los estadounidenses, Hill era un apellido que sonaba británico, sin más. Como su colega soviético en el Consejo Nacional de Seguridad de Trump, Alexander Vindman, Hill tuvo que emigrar para ascender.

Otros becados regresaron a Inglaterra desde Harvard llevando consigo políticas innovadoras de centroizquierda para después pasárselas a un agradecido Tony Blair y a Gordon Brown, que en aquel momento andaba remodelando el Partido Laborista. Algunas ideas del «nuevo laborismo», como el New Deal para personas desempleadas de larga duración o el Sure Start, el programa de ayudas para familias con hijos que viven en zonas desfavorecidas del país, tuvieron su origen intelectual en Estados Unidos.

* * *

Los *tories* de Oxford no se molestaron en hacer un posgrado. Tal y como dicta la tradición de la *public school*: con Oxford ya es más que suficiente. Como hombres blancos heterosexuales, parecía que los *tories* de Oxford —en las inigualables palabras del escritor John Scalzi— estaban echando una partida de un juego llamado *El mundo real* con el nivel de dificultad «bajo».[347] Podían entrar en el mundo adulto y hacer lo que les diera la gana.

El primer objetivo de Johnson en su lista de tareas posuniversitarias era casarse. A finales del año 1987, la revista estudiantil *Isis* (previamente editada por Rachel Johnson) describió una estampa que le sería familiar a casi cualquier persona en Inglaterra treinta y cinco años después:

> La marca de la casa de Boris Johnson es convertir su desastrosa excentricidad en una brillante jugada profesional. Le ayudó a conseguir la capitanía de Eton, la presidencia de la Union y la mano de la *socialite* Allegra Mostyn-Owen. Su boda en Shropshire este verano ha marcado el principio de una nueva etapa para el político. Por primera vez en la vida, Boris estaba al mando.
>
> Eso sí, mientras los invitados disfrutaban de un fastuoso banquete, Boris y Allegra pusieron rumbo a su luna de miel para pasar su noche de bodas NO en el romántico Egipto, sino en el cercano pueblo de Church Strutton [sic; en realidad es Church Stretton]. Fiel a su estilo, a Boris se le había olvidado por completo que hacen falta visados para visitar Egipto.[348]

Mientras que muchos políticos estadounidenses y alemanes construyen sus carreras a nivel regional, Johnson y el resto de los *tories* de Oxford se fueron directos a Londres. Malcolm Turnbull asegura: «Además de las ciudades Estado, no se me ocurre ningún otro país que esté tan dominado por su capital como lo está el Reino Unido. Sus instituciones son nacionales».

La generación de Johnson y Cameron llegó a Londres con veintipocos años equipada con un mapa del poder británico. A lo lejos, se alzaba la cima más alta: el Palacio de Westminster. Estos hombres se habían criado en las instituciones, y la Cámara de los Comunes («el apestoso paraíso masculino en tonos marrones y ocres» del diputado diarista Chips Channon)[349] era una suerte de club gótico medieval de la *public school* donde se sentían como en casa. O en el caso de un quiero y no puedo de clase media como Gove, era un lugar donde aprender a sentirse como en casa. Pero ni siquiera ellos podían entrar como si nada con solo veintiún años.

En aquella época, los estudiantes de la *public school* con ambiciones políticas no lo tenían nada fácil. Luke Harding, antiguo editor del *Cherwell*, me aseguró en un correo: «Veía a los individuos de la Oxford Union como personajes ridículos con una visión extremista del mundo que más parecía una pantomima. Estaba seguro de que ellos (y su forma de hacer política) fracasarían». A finales de los ochenta, ningún señorito de la *public school* había liderado el Partido Conservador desde que Douglas-Home dimitiera como líder de los *tories* en 1965. Thatcher había purgado a los *wets* (pijos, en su vasta mayoría) de su Gobierno. Adonis, como joven profesor de Política en Oxford, predijo que «no volvería a haber otro

etoniano en el número diez».[350] Y efectivamente, en 1990, el etoniano Douglas Hurd fue considerado demasiado pijo para suceder a Thatcher. Pese a las protestas de Hurd, que argumentó que su padre no había sido más que un aparcero (de una finca de quinientos acres), la presidencia fue a parar a John Major, de Brixton.[351]

Por aquel entonces, la City —todavía muy británica, incluso tras el *big bang* de 1986— parecía una destinación de primera clase mucho más confortable que Downing Street. Y también había otros sitios donde ganar dinero. En los últimos años de gobierno de Thatcher, el *Cherwell* se llenó de anuncios de consultorías de gestión, empresas de contabilidad y bufetes de abogados que buscaban personal.

No obstante, los *tories* de la *public school* no perdieron de vista su futuro en la política. Harding admite haber subestimado «su energía, su ambición y su atrevimiento para contactar directamente con la gente en el poder. No me había dado cuenta de la magnitud de sus redes de contactos». El Partido Conservador era una máquina de ganar elecciones, la más exitosa del mundo occidental, e iban a liderarlo. Puede que los señoritos ya no pudieran ser primeros ministros, pero siempre tendrían un asiento en la mesa de las élites. Reflexionaba Adonis más adelante: «Los etonianos jamás abandonaron el alto mando de los *tories*. Se los apartó de la primera línea por pura estrategia. Pero incluso en el tiempo en que yo predecía su desaparición hubo sesenta y un etonianos como ministros en los Gobiernos de Thatcher y Major».[352]

El primer premio para un graduado *tory* con ambiciones políticas en la era de Thatcher era un trabajo en el Conservative Research Department.[353] El 15 de junio de 1988, su director adjunto, que estaba a punto de entrevistar a un joven de Oxford, recibió una llamada del palacio de Buckingham. La persona al otro lado de la línea no se identificó, pero dijo: «Entiendo que está usted a punto de verse con David Cameron. He hecho todo lo posible por intentar disuadirlo de que pierda el tiempo con la política, pero me temo que he fracasado. Está usted a punto de conocer a un joven verdaderamente extraordinario».[354] Cameron consiguió el trabajo. Teniendo en cuenta el poder de los *tories* por aquel entonces, el papel de Cameron era equivalente al de un joven y ambicioso soviético de veintiún años al que le hubieran asignado un cargo en el Kremlin. Michael Gove, que terminó Oxford ese mismo mes, también se postuló para un cargo en la misma entidad, pero fue rechazado por ser «insuficientemente conservador» e «insuficientemente político».[355]

George Osborne quiso convertirse en periodista, pero fue rechazado en el programa para graduados del *Times*.[356] Poco después, un amigo le avisó de las oportunidades de trabajo en el Conservative Research Department, donde

conoció a Cameron, su compañero de casta y del club Bullingdon. Era una oficina muy pija, recuerda David Allen Green, al que Cameron entrevistó para un puesto en 1994. Green, que había acudido a colegios públicos de Birmingham antes de ir a Oxford, asegura: «Jamás me había sentido más cohibido por mis antecedentes sociales y económicos. Y me rechazaron, claro».

Más adelante, a Osborne también lo rechazaron para un puesto en el *Economist*[357] (al que Cameron también se había presentado).[358] Fue necesario que pasaran décadas y que interviniera el propietario ruso del *Evening Standard* para que Osborne pudiera sacar adelante sus ambiciones periodísticas.

Pero la mayoría de los *tories* de Oxford sí que se metieron en industrias retóricas. Tras una entrevista con el editor del *Telegraph*, Max Hastings, Gove empezó a trabajar en el *Peterborough Diary*: un periódico tradicional pos-Oxford donde la consigna general era escribir sobre *bright young things*[359] de las que el público no hubiera oído hablar. Las redes de contacto de Gove eran tan débiles que tuvo que tomar un raro desvío regional (de vuelta a su Escocia natal), pero pronto se estableció en Londres con el *Times*. Además, empezó a acudir a las reuniones de la ERG de Dan Hannan.[360] Todavía estaba en la veintena cuando Rupert Murdoch descubrió su potencial.

El ascenso de Boris Johnson al poder no fue un camino de rosas como el de Cameron, y, en comparación, consideraba que estaba en seria desventaja. Johnson duró una semana en su puesto en una consultoría de gestión.[361] Después se unió al *Times*, donde Toby Young y él fueron despedidos sucesivamente; en el caso de Johnson por inventarse una cita de su padrino, el historiador Colin Lucas. Quizá esto hubiera acabado con la carrera de cualquier otro joven periodista, pero durante su ejercicio como presidente de la Union en 1986 había invitado a Max Hastings a participar en un debate. Hastings recordó lo mucho que Johnson le había impresionado y lo contrató como editorialista para un departamento de la redacción compuesto por exalumnos de la *public school* y conocido de puertas para adentro como la «Clase Club».[362] Como manda la tradición de la clase alta, Johnson había conseguido un buen trabajo gracias a sus conexiones personales, sin tener que postularse por las vías ordinarias como el resto de los candidatos. En 1989 se llevó su francés mediocre a Bruselas para escribir artículos humorísticos sobre la Comunidad Económica Europea. Se inventó un género de artículos —a menudo falaces— sobre «burócratas belgas» que mangoneaban a los británicos y regulaban las formas de los plátanos y el tamaño de los condones. Su mofa de las reglas era un reflejo de su principal creencia de casta: nadie nos dice lo que tenemos que hacer.

Charles Moore sucedió a Hastings en el *Telegraph* y contrató a más redactores

del estilo de Johnson. Dijo después: «Conocí a Boris en la Oxford Union. Es la única vez que he conocido a un presidente de la Union que me pareciera verdaderamente interesante. Hablamos sobre el creacionismo».[363]

Cuando Hannan dejó la ERG, Moore también lo contrató como editorialista. Dice Owen Matthews: «Los que no contaban con una inteligencia prodigiosa trabajaban como redactores, pero los más brillantes empezaban directamente como editorialistas, porque es como escribir ensayos en Oxford». Los laboristas Yvette Cooper, Ed Balls y Adonis también se incorporaron a periódicos nacionales. Ya de estudiante, Rees-Mogg había hecho sus pinitos en el periodismo londinense,[364] e incluso llegó a considerarlo como una posible salida laboral, pero confiesa: «Siendo sincero, no era tan bueno como mi padre»; William Rees-Mogg había sido editor del *Times*. Así que Jacob se fue a Hong Kong a trabajar en finanzas.

Cuando le pregunté a Hannan por qué un grupo de personas que podían haber trabajado en cualquier campo acudieron en manada a Grub Street,[365] me respondió: «Siempre había querido ser columnista. Cuando me postulé para trabajar en el *Telegraph*, pensé que eso sería lo que haría durante el resto de mi vida». Rachel Johnson, quien empezó su carrera en el *Financial Times*, señala que convertirse en periodista, especialmente en columnista, le permitió «una cierta proyección de su personalidad que no habría sido posible de trabajar en un banco comercial o una consultoría. Aquellos fueron los inicios del culto a la personalidad y del desarrollo de la marca individual».

En 1994, Cameron siguió al resto de sus compañeros: se metió en el sector retórico y se convirtió en relaciones públicas de la compañía mediática Carlton Communications.[366] Aquellos *tories* estaban perfeccionando sus técnicas mediáticas, que poco a poco sustituirían a las habilidades retóricas de viejos *tories* de Oxford como William Hague y se convertirían en el arma esencial de todo buen político. Sabían más sobre el uso de los cortes de vídeo en la televisión que, por ejemplo, sobre cadenas de suministro globales.

En ese momento, yo iba más o menos por el mismo camino. Al igual que ellos, había basado mi carrera en el sistema británico de Oxbridge: hombres privilegiados que se contratan los unos a los otros. Cuando me postulé para entrar a formar parte del *Financial Times* en 1994, creo que solo me entrevistaron heteros blancos de Oxbridge (excepto uno que salió del armario unos años después). Esa era la tradición. Cuando el ultoniano[367] Walter Ellis se presentó a una entrevista para el periódico en 1979, se quedó «desconcertado. No solo porque me preguntaran en qué año entré en Oxford, sino sobre todo porque me preguntaron a qué colegio universitario había ido». Resulta que Ellis había dejado

el instituto y dos universidades que ni siquiera eran Oxbridge. El *Financial Times* lo contrató de todas formas. Al final, acabó por dimitir cuando se dio cuenta de que al personal de las universidades modernas (todas menos Oxbridge) se lo trataba como a «subordinados».[368] El año que me uní al *Financial Times*, Ellis publicó su libro *The Oxbridge Conspiracy: How the Ancient Universities Have Kept Their Stranglehold on the Establishment.*[369]

El *Financial Times* de la década de los noventa, como muchas instituciones británicas de la clase dirigente en aquella época, operaba según un sistema brahmánico de castas: los editores y los periodistas habían ido a Oxbridge, los subeditores a otras universidades, mientras que el personal auxiliar normalmente no había ido a la universidad. Aprendí que la clase dominante británica renovaba su plantilla a base de tener a su disposición a un pequeño grupo de estudiantes extremadamente talentosos que tenían acceso directo a los cargos directivos, especialmente si eran hombres blancos de Oxbridge. Mi primer jefe en el periódico fue Andrew Adonis. Bastó una sola comida con él para darme cuenta de que era el triple de inteligente que yo. Tony Blair también se dio cuenta, y por eso el hijo del cartero chipriota pronto dejó el *Financial Times* y pasó a trabajar de ministro. Meses después, entré en el departamento internacional del periódico bajo las órdenes de Robert Thomson, un australiano de pueblo que se había saltado la universidad para convertirse, a los diecisiete años, en el chico de los recados del *Melbourne Herald*. Thomson no tenía nada que envidiarle a Adonis. De hecho, Rupert Murdoch se lo llevó y lo convirtió en el editor del *Times* y después en director ejecutivo de News Corp.[370] Mi último jefe en ese departamento, Robert Chote, un genio en economía de clase media de Southampton, se pasó una década presidiendo la Oficina de Responsabilidad Presupuestaria.

Yo no nací para asumir grandes cargos. Me pasaba el día atrapado en una oficina con ventanas que ni siquiera se abrían. Pero al final encontré la forma de contentar a los señoritos blancos de Oxbridge: pirarme a vivir mi vida, pero dejando una chaqueta de traje colgada en el respaldo de la silla para que cuando un jefe pasara por allí (generalmente un compañero blanco de Oxbridge), pensara: «¡Vaya con Kuper! Es todo un currante». Mis inicios en el periodismo fueron mediocres en el mejor de los casos, pero la verdad es que tampoco tenía mucho que demostrar: era un hombre blanco educado en Oxbridge. Mientras yo daba mis primeros pasos en el mundo del periodismo, un amigo negro que no había sido educado en Oxbridge empezó a trabajar como reportero en otro periódico de tirada nacional. Su editor tenía poca confianza en sus aptitudes. Mi amigo nunca llegó muy lejos. Quizá me haya quedado con su trayectoria.

---

[340] Sampson, *The Changing Anatomy of Britain*, p. 167.

[341] Ehrenreich, *A Garden of Paper Flowers*, p. 233.

[342] Syal, Rajeev, «Dominic Cummings calls for `weirdos and misfits' for No 10 jobs», *Guardian*, 2 de enero de 2020.

[343] Parker, «Dominic Cummings has "done" Brexit», *Financial Times*.

[344] Facultad de Harvard dedicada a la enseñanza y la investigación de políticas públicas y relaciones internacionales. (*N. de la T.*).

[345] McGee, Luke, «Fiona Hill is right, the British are still total snobs about accents», *CNN*, 22 de noviembre de 2019.

[346] «Fiona Hill undermines multiple Democrat premises», *The Rush Limbaugh Show*, 21 de noviembre de 2019.

[347] Scalzi, John, «Straight white male: The lowest difficulty setting there is», *Whatever*, 15 de mayo de 2012.

[348] Revista *Isis*, sin título, Michaelmas term, 1987.

[349] Hollinghurst, Alan, «A Snob's Progress», *New York Review of Books*, 27 de mayo de 2021.

[350] Adonis, «Importance of Being Eton».

[351] Bedell, Geraldine, «The Smooth Operator – Douglas Hurd», *Independent on Sunday*, 29 de mayo de 1994.

[352] Adonis, «Importance of Being Eton».

[353] Departamento de Investigación del Partido Conservador en el Reino Unido. Una entidad integrada en la organización central del partido encargada de preparar a los futuros líderes políticos conservadores. (*N. de la T.*).

[354] Saunders, Robert, «The Cameron Illusion», Mile End Institute, Queen Mary University of London, 27 de junio de 2016.

[355] Bennett, *Michael Gove*, p. 43.

[356] Verkaik, *Posh Boys*, p. 275.

[357] Rachman, Gideon, «Memories of Britain's new chancellor», *Financial Times*, 12 de mayo de 2010.

[358] Bennett, *Michael Gove*, p. 42.

[359] *Socialites*, aristócratas y miembros célebres de la clase alta conocidos por sus escándalos, derroches y dispendios. (*N. de la T.*).

[360] Shipman, *All Out War*, p. 25.

[361] Purnell, *Just Boris*, p. 95.

[362] *Ibid.*, pp. 101-103.

[363] Gimson, *Boris*, p. 73.

[364] Evelyn, John, «Paris and bust», *Cherwell*, 26 de mayo de 1989.

[365] Antigua calle de Londres donde se concentraban, hasta principios del siglo XIX, muchos escritores y periodistas de poca monta, así como editoriales de baja calidad. (*N.

de la T.).

[366] Verkaik, *Posh Boys*, p. 145.

[367] Hombre de Irlanda del Norte partidario del unionismo. (*N. de la T.*).

[368] Ellis, *The Oxbridge Conspiracy*, p. 276.

[369] *La conspiración de Oxbridge. Cómo las universidades tradicionales han mantenido su dominio sobre la clase dirigente.* Sin traducción al castellano. (*N. de la T.*).

[370] Arango, Tim, «Murdoch's "Head of Content"», *New York Times*, 28 de abril de 2008.

12

Como en casa

«Yo creo que la Union sí que es un buen trampolín. Recuerdo que la primera vez que entré en la Cámara de los Comunes en 1950, me sentí como en casa».

EDWARD HEATH[371]

Los *tories* de Oxford estaban hechos para el periodismo. Su educación los había preparado precisamente para eso: dar su opinión en artículos. La revista de derechas *Spectator* se convirtió en el club donde se reunían en Londres. La periodista estadounidense Anne Applebaum, que trabajó para el *Spectator* desde 1992 hasta 1996, recuerda: «Todas las conversaciones, todas las reuniones editoriales eran insolentes; todas las conversaciones profesionales eran entretenidas. Siempre tenían un chiste preparado y la ironía no tenía fin».[372] En 1999, Johnson pasó a ser editor de la revista.

Por aquel entonces, ya había conseguido trasladar su imagen pública de la Oxford Union a las pantallas de la televisión: se había convertido en la estrella del programa *Have I Got News For You*. Su estilo resultó funcionar en el terreno nacional. Escribe Ian Buruma:

> Johnson exageraba premeditadamente el amaneramiento que había adquirido en Eton y Oxford: el tartamudeo lento, la jocosidad autocrítica que solo puede venir de una superioridad más que asumida, el diletantismo cultivado, las citas en latín, el estilo desaliñado cuidadosamente estudiado […]. Johnson entendió que restarle importancia a su educación de clase alta le haría parecer pretencioso, así que decidió destacarla.[373]

Eso sí, jamás descuidó sus contactos en la Union, a la que volvió una y otra vez como visitante estrella. Tras un debate en 1998, con una botella de Holsten en la mano, Johnson aleccionó a un equipo de televisión holandés sobre las ventajas de situar a los bandos opuestos uno frente al otro: «Allí, en Holanda o de donde sea que vengáis, os sentáis todos en vuestros pequeños semicírculos y os tratáis muy bien. Y así pasa luego que acabáis votando patéticos gobiernos de coalición; enormemente corruptos, por cierto».[374]

El periodismo de entretenimiento era el trabajo perfecto para un hombre que carecía de paciencia para las ideas políticas serias. Su vecino de toda la vida en Islington, el pensador político David Goodhart, decía de él: «Se burla de todo, sobre todo de las ideas y los pensamientos que él llama ismos».[375] Toda teoría que no pudiera ser descrita en una elegante columna de ochocientas palabras en el *Spectator* merecía ser tachada de «aburrida» —una palabra esencial en el vocabulario de la clase alta— y abochornada hasta conseguir su rechazo. Esta era una tendencia general entre los *tories*. Cuando Gordon Brown, aconsejado por Ed Balls, usó el término «teoría neoclásica del crecimiento endógeno» en un discurso en 1993, Heseltine le contó a una deleitada conferencia de *tories*:[376] «¡No fue idea de Brown, sino de Balls!».[377]

La vida en el *Spectator* era tranquila. Pero Johnson ya preparaba su salto a la rama directiva del sector retórico: el Parlamento. Como explicaría más adelante: «A los periodistas no les hacen estatuas».[378]

Por suerte, el Partido Conservador también disponía de una vía rápida al poder para los exalumnos de Oxbridge y de la *public school*. Dice Rees-Mogg que antes de las elecciones de 1997, cuando tenía solo veintisiete años, «volví de Hong Kong y descubrí que muchos de mis amigos tenían escaños en el Congreso que era bastante improbable que hubieran conseguido por la vía democrática, así que pensé: "Bueno, si ellos lo han conseguido, pues yo también puedo"».

Los equipos de selección del Partido Conservador tienen cierta debilidad por los hombres pijos con currículums genuinos. Cameron y Johnson en 2001, y Gove en 2005, fueron asignados a escaños garantizados en regiones adineradas del sur de Inglaterra. Los diputados con escaños garantizados tienen las mejores probabilidades de llegar a ser ministros, porque a los jefes de los grupos parlamentarios no les gusta dar un trabajo importante a alguien que a la mínima reunión de planificación controvertida se vuelva corriendo a su circunscripción.

Los políticos que llegaban a los Comunes en calidad de celebridades —sobre todo Johnson, pero también Gove, que había sido todo un personaje en el *Times* — tenían acceso prioritario a la vía rápida. Entraban en política con su propio electorado, además del electorado del partido, y con amigos periodistas que les

ayudaban a encumbrar sus perfiles. Los experiodistas también tenían la valiosa ventaja de no haber liderado nada: ni compañías, ni Gobiernos locales, ni colonias como sus antepasados. No tenían un historial por el que se los pudiera atacar.

Eso sí, la vía rápida al poder en el Partido Conservador funcionaba mejor para los hombres, tal y como descubrió Rachel Johnson cuando se unió al partido brevemente en 2011:

> David Davis me dijo que me querían de diputada y me preguntó si me uniría a los políticos de primera categoría, ya que mi victoria estaba asegurada. Me pareció un proceso tan repulsivo que no seguí adelante. El formulario de solicitud bastó para desanimarme. En aquella época tenía hijos pequeños. El formulario decía: «Anote todas las ocasiones en las que ha ayudado al Partido Conservador, hecho campaña a favor del Partido Conservador, panfleteado, etc.». En realidad, no había lugar para añadir comentarios u observaciones. Pensé: «Estos solo quieren a un esclavo *tory*. De esos que salen en manada cada sábado a entregar panfletos con sus diputados». Y yo, desde luego, no pensaba hacer eso. Al fin y al cabo, tenía hijos pequeños. Aquel formulario me resultó tan restrictivo, excluyente y misógino que lo lancé al otro extremo de la habitación.

Cuando sus coetáneos masculinos entraban en los Comunes, no se daba la desorientación propia del primer día de colegio. Cameron y Johnson habían sido compañeros y conocían a muchos de sus nuevos colegas de la Cámara de los Comunes del colegio, de Oxford, del periodismo e incluso de haber salido de fiesta con amigos en común. La Cámara de los Comunes estaba diseñada para hombres de su clase. Se hablaba inglés de Oxford: mismo acento, pero con un poco menos de ironía. Había reglamentos ancestrales, bares, pocos servicios de señoras y, en aquella época, una total ausencia de facilidades para el cuidado de los niños.[379] Las reglas de los debates, los escaños enfrentados y las preguntas impertinentes resultaban familiares para cualquiera que hubiera estado en la Oxford Union.

Los exmiembros de la Union que llegaban a los Comunes «ya habían estado allí antes», escribe Fiona Graham, si bien el Parlamento requería una mayor seriedad, aunque solo fuera impostada.[380] La educación en Oxford les dio a Johnson y compañía varios años de ventaja con respecto a sus diputados rivales. Así podían dedicar el tiempo restante a posicionarse en cabeza de las facciones *tory*. Además, Johnson tenía la ventaja de los escándalos periódicos, que negaba con ironía pero que le daban reconocimiento. Consiguió que la transgresión de la

ley, como por ejemplo robarle un casco a un policía durante la regata Oxford-Cambridge, se viera como una broma de clase alta. Los valores aprendidos en el Bullingdon seguían vigentes, y la vida de Johnson era prueba de ello: «Las reglas no se aplican a nuestra clase».

Su vida como diputado tampoco le costó grandes sobresaltos. Muchos políticos de Oxford tienen sus primeros encuentros con ciudadanos comunes y corrientes solo tras haberse convertido en diputados. De repente, les toca irse de excursión a las provincias para visitar colegios y hospitales «locales» o para mantener reuniones con electores a los que no les llegan las prestaciones de desempleo o las ayudas de la vivienda social, o que necesitan más dinero para cuidar de un familiar con problemas de salud mental. Ser diputado se parece bastante a ser trabajador social. En 1924 Macmillan pasó a ser diputado de Stockton, un distrito industrial empobrecido, y esa fue su segunda toma de conciencia tras su experiencia en las trincheras. Después, confesaría que antes de hacer campaña en ese distrito «jamás había estado en Tees-side o en Tyneside». Mientras soltaba sus peroratas al más puro estilo de la Oxford Union, «le sorprendió darse cuenta de que la gente lo molestaba en un idioma que apenas conocía», cuenta su biógrafo, Charles Williams.[381]

De todos modos, ni Cameron en Witney, ni Johnson en Henley, ni Gove en Surrey Heath conocieron a mucha gente con problemas. Además, una celebridad adinerada en un escaño garantizado siempre puede endosar los problemas de una circunscripción a sus ayudantes. Y si eres un diputado de esta categoría, explica Sam Gyimah, el antiguo ministro *tory*, «la gente se siente afortunada de haberte conocido y de que dediques tiempo a escuchar sus problemas con las ayudas al alquiler».

En aquel momento, los *tories* de Oxford todavía no habían encontrado esa gran causa política que pudiera estar a la altura del imperio, la Segunda Guerra Mundial o incluso la revolución de Thatcher. Después de todo, Thatcher ya había puesto en marcha la mayoría de las medidas políticas conservadoras. No quedaba mucho margen para una mayor privatización o recortes de impuestos si Inglaterra quería seguir siendo un país occidental de renombre. La nueva generación de *tories* tenía poco que hacer.

Su ideología más importante era un vago anhelo de una grandeza británica perdida. Cuenta Applebaum: «Creían que seguía siendo posible que Inglaterra hiciera las reglas —sobre comercio, economía o política extranjera— si sus líderes se ponían las pilas y cogían el toro por los cuernos».[382] Cuando entró en escena la guerra de Irak, los *tories* apoyaron la invasión sin pensárselo dos veces.

Pero durante el mandato de Blair, lo que los *tories* pensaban o dejaban de

pensar perdió toda importancia. Los laboristas parecían haber usurpado el poder de forma permanente, y los *tories* de Oxford no tenían ni la más mínima esperanza de poder recuperarlo en un futuro próximo. Al fin y al cabo, competían contra el periodo de crecimiento económico más largo del Reino Unido en los últimos dos siglos. Hacia el final del mandato de Blair, los británicos gozaron de una riqueza, una educación y una libertad personal sin precedentes. Por aquella época, un amigo me contó que se había dado cuenta de que el Reino Unido nunca había estado mejor cuando se enteró de que su cartero se había comprado una segunda vivienda en Sudáfrica. En julio de 2005, días después de los atentados del «7/7» en Londres, un *tory* de Oxford y de la *public school* me reconoció: «Pese a todo lo ocurrido la semana pasada, ¿me gustaría que Blair volviera a ser primer ministro? ¡Pues claro que sí! Sinceramente, este país está muy bien gobernado». Ese mismo verano, Gove me confesó: «Admiro muchas cosas de Blair, probablemente muchas más cosas que mis colegas».

Estas entrevistas se enmarcan en un artículo de fondo que escribí para el *Financial Times* tras la tercera derrota consecutiva de los *tories* en junio de ese mismo año. Mi editor me animó a centrar el artículo en una pregunta: ¿se podrá recuperar el Partido Conservador o la modernidad lo ha vuelto redundante? Mientras los *tories* se preparaban para elegir a un nuevo candidato que reemplazara a Michael Howard, yo fui a ver a uno de esos posibles líderes: un etoniano de treinta y ocho años que había sido diputado durante solo cuatro años. David Cameron, de mejillas regordetas y aspecto elegante, entró en la diminuta sala de reuniones de Westminster. Yo lo miré desde abajo, él me miró desde arriba y, como buenos británicos, de un solo vistazo ya habíamos llegado a nuestras respectivas conclusiones: «¡Es de clase alta!». «¡Es de clase media!».

Cameron fue el primero en romper el hielo: «Es para el *Financial Times*, ¿verdad? ¿Vienes del *How to Spend It*?».[383]

How to Spend It es una revista mensual del periódico sobre artículos de lujo dirigida a banqueros de inversión y a sus esposas. Yo no era uno de sus lectores habituales. Confuso, le empecé a explicar que trabajaba para la sección política del periódico cuando Cameron me interrumpió: «Estaba bromeando —explicó intentando sofocar la risa—. Mi mujer trabaja para Smythson y se pasan la vida intentando salir en las páginas del *How to Spend It*. Es la revista de moda para los comercios de bienes de lujo». Cameron estaba poniendo en práctica, torpemente, lo que su compañero de colegio James Wood llama «la insólita habilidad del etoniano para suavizar sus privilegios con encanto».[384]

Aquella tarde busqué Smythson en internet: es una empresa de Bond Street que fabrica papelería de lujo. La mujer de Cameron, Samantha, hija de una

hacienda de más de un kilómetro cuadrado, era su «directora creativa». Por lo visto, en el círculo íntimo de Cameron, *How to Spend It* era una revista de lo más conocida. Había dejado claras nuestras diferencias con una sola ocurrencia.

Cuando le pregunté si la clase podía ser un lastre electoral, me soltó la típica respuesta manida: «Bueno, he tenido una gran educación y… eh, me he criado en una maravillosa familia acogedora y cariñosa. Pero yo creo que lo importante es nuestro mensaje y lo que queremos hacer en el futuro. Y, a decir verdad, ese es el país en el que me gustaría vivir: un país en el que se juzgue a las personas por lo que quieren hacer y no por sus orígenes». En otras palabras, le dio la vuelta a la tortilla: no me faltes al respeto solo por haber ido a Eton.

Durante la media hora que duró la entrevista, Cameron me soltó clichés precocinados desprovistos de contenido. El hecho de que fuera dolorosamente inteligente lo hacía todavía más insultante. Le gustaba el «conservadurismo moderno y compasivo», estaba en contra de «volver al pasado» y advertía: «No se puede confiar en el Estado para que lo haga todo, pero tampoco se puede confiar en los individuos para que lo hagan todo».

La entrevista fue tan inane que supuse que en esa campaña solo pretendía darse a conocer y que solo en la siguiente se presentaría en serio. Pero resultó que el Partido Conservador no buscaba a un líder con las ideas claras, solo querían a un candidato que no se opusiera al *zeitgeist*. Los últimos líderes del Partido Conservador habían dedicado todos sus esfuerzos a meterse con los gais, los extranjeros, los jóvenes y las madres solteras. Los *tories* habían aprendido a la fuerza que esa estrategia no funciona.

Cuando los diputados eligieron a Cameron como el primer líder *tory* educado en la privada en cuarenta años, Johnson se puso furioso. Le parecía un derrocamiento del orden natural. Cameron estaba por debajo de él en el colegio y en Oxford, y no había ganado muchos premios, mientras que él había sido capitán de Eton y presidente de la Union. Aun así, el candidato más joven —con la ayuda de White's y el palacio de Buckingham— había salido victorioso en su particular lucha de clase. Mientras tanto, Howard acababa de echar a Johnson de la vicepresidencia del partido por haberle mentido. Y por si esto fuera poco, Gove —el Jeeves[385] de su Wooster— le había dejado atrás en la jerarquía del partido.

En 2008, Johnson se hizo con la alcaldía de Londres repitiendo su campaña para ganar la presidencia de la Oxford Union, es decir, presentarse a las elecciones como un encantador candidato independiente; apenas mencionó la palabra *conservador*.[386] Pero, pese al cargo en la alcaldía, seguía anhelando su nave nodriza ancestral: los Comunes.[387]

Cuando Cameron pasó a ser líder de la oposición, escribí en el *Financial*

Times: «No creo que les pueda conseguir la presidencia a los conservadores porque es ostentosamente pijo». Entonces se rodeó de lo que Gove calificó como un «ridículo» y «absurdo» número de etonianos, entre ellos, Ed Llewellyn, Oliver Letwin y Jo Johnson. «Hay más alumnos de Eton que van a Oxford y a Cambridge que alumnos que reciban comidas escolares gratuitas», señaló Gove.[388] No es solo que Cameron se sintiera cómodo con etonianos, es que se sentía incómodo con el resto de los británicos. Basta analizar sus interacciones con David Allen Green y con un servidor; y eso que ambos somos hombres de su generación que, por lo menos, han ido a Oxford. Eton era la tribu de Cameron, mucho más que la de Johnson.

Un primer ministro europeo del continente, un hombre de orígenes humildes al que Cameron invitó a Chequers,[389] se dio cuenta en una sola noche de que el colega al que había conocido en cumbres europeas —un tipo informal, pragmático y alegre como él— era, en realidad, un cuasi aristócrata que había liderado el Reino Unido con una camarilla de pijos de su colegio. En cierto momento de la visita, el líder europeo, desconcertado por los acentos y la enormidad de la casa solariega, se dirigió a uno de sus consejeros y murmuró: «Si tú y yo hubiéramos nacido en el Reino Unido, no estaríamos aquí sentados ahora mismo».

En su búsqueda de políticos con talento, Cameron echaba mano a veces de algunos trabajadores que no eran de su clase social: su *gatekeeper*, Kate Fall, no había ido a Eton, y su director de estrategia, Steve Hilton, era hijo de padres húngaros divorciados y había crecido siendo pobre. Eso sí, los dos eran PPE-istas de Oxford. Apenas había filtraciones o riñas en el equipo de Cameron, pero tampoco había muchos puntos de vista alternativos.

Cuando el electorado me llevó la contraria en 2010 y colocó a un señorito en Downing Street, tuve que repensar mi visión de la política. Es cierto que los privilegios asociados a Eton y Oxford pueden llegar a irritar a los votantes, igual que muchos estadounidenses sienten aversión ante la mera mención a Harvard y los franceses están hartos de los *énarques*.[390] Pero por fin comprendí que también hay una voz discordante en la cabeza de los votantes que les susurra: «Estos tipos han nacido para gobernar». Una de las consecuencias del inmenso poder que tienen los señoritos educados en Oxford es que consiguen que muchos británicos de a pie asuman que son inferiores por no haber accedido a la educación privada. Al llegar a la mediana edad, mi madre, que estudió en un colegio y una universidad de Sudáfrica, solía preguntarse si de haber sido británica y haber tenido diecisiete años habría entrado en Oxford: «Y lo malo es que creo que no me habrían aceptado».

Cameron no era un político puesto por los diputados en contra de los deseos ciudadanos. Al contrario, emergió de Eton y Oxford —en su mente y en la de sus votantes— como un líder. Como decía un perfil que le hicieron en el *Financial Times*: «Es un hombre cuya creencia política más visceral es que él es la mejor persona para gobernar el país».[391]

Eton y Oxford no fueron puntos débiles para Cameron, sino activos electorales. Dice Rachel Johnson: «Lo mirabas y pensabas: "Tiene planta de primer ministro". El cargo no se le quedaba grande». Y está claro que buena parte del electorado estaba de acuerdo. Es evidente que los únicos tres primeros ministros británicos de la posguerra sin una educación de élite —Callaghan, Major y Gordon Brown— no estaban muy cómodos en el cargo. Quizá la «habilidad para el liderazgo» sea, en parte, la habilidad para sentirse como un líder.

Los rivales más feroces de Cameron eran hombres de su propia clase. Sam Gyimah, que fue el asesor parlamentario privado de Cameron y después, como diputado, jefe de los *tories*, explica que «la mayoría de los complots para derrocarlo venían de otros etonianos». Por el contrario, un chico del colegio estatal como David Davis jamás le habría boicoteado.

Si uno quiere presentarse como una persona que ha nacido para mandar ha de hacerlo de forma indirecta. Tanto Cameron como Boris Johnson hacen gala de Eton y Oxford cuando buscan contactos dentro de sus propios círculos, pero casi nunca mencionan sus carreras en público para no irritar al ciudadano medio. Por eso Johnson saluda al político polaco Radek Sikorski, un compañero del club Bullingdon, al grito de «¡Buller, Buller, Buller!»,[392] pero advierte a un viejo amigo con el que rememora sus días en Oxford: «Omertá, omertá».[393]

Por suerte para ellos, nunca se han visto en la necesidad de tener que recordarle a nadie sus orígenes. El acento de Cameron, su confianza, su altura y sus mejillas sonrosadas, que delatan que está más sano que un roble, dicen a gritos: Eton. Johnson desempeña el papel de exalumno de Eton como una sátira posmoderna, pero lo desempeña igualmente. Aun así, el Partido Laborista —liderado a principios de 2010 por cuatro personas que habían estudiado en Oxford y Harvard— se aferra a la idea grotesca de que los votantes están hartos de las élites. Los laboristas siempre se han burlado de Cameron por estar «desfasado». Cuando Ed Miliband lideró el partido tomó la funesta decisión de dejar que lo fotografiaran mientras se comía un proletario sándwich de beicon. No solo parecía estúpido, también mal informado. Si los votantes quisieran que los liderara un proletario, votarían a los proletarios.

[371] Walter, *The Oxford Union*, p. 112.

[372] Applebaum, *Twilight of Democracy*, p. 63.

[373] Buruma, *The Churchill Complex*, pp. 277-278.

[374] «Boris Johnson en Anne Widdecombe bij de Oxford Debating Society in 1998», vídeo disponible en https://www.youtube.com/watch?v=oe1BC0zNUcE.

[375] Purnell, *Just Boris*, p. 157.

[376] «Michael Heseltine speech to Tory conference 1994 – IT WASN'T BROWN'S. IT WAS BALLS», disponible en https://www.youtube.com/watch?v=4NB3neSNfmg.

[377] Juego de palabras. En inglés, cuando se dice que algo es *balls* significa que es una estupidez. (*N. de la T.*).

[378] Parker, George y Sebastian Payne, «Boris Johnson is poised to become prime minister. Is he up to the job?», *Financial Times*, 4 de julio de 2019.

[379] Lewis, Helen, «Maybe we don't need to move Parliament to Hull. But we do need to overhaul its alienating traditions», *New Statesman*, 6 de marzo de 2015.

[380] Graham, *Playing at Politics*, p. 155.

[381] Williams, *Harold Macmillan*, pp. 1357-1364.

[382] Applebaum, *Twilight of Democracy*, p. 63.

[383] Traducción literal: *Cómo Gastártelo*. (*N. de la T.*).

[384] Wood, «Diary», *LRB*.

[385] El mayordomo de Bertie Wooster que siempre lo saca de apuros. (*N. de la T.*).

[386] Hurst, Greg, «Boris Johnson, the new Buddha of suburbia», *The Times*, 25 de marzo de 2008.

[387] Applebaum, *Twilight of Democracy*, p. 68.

[388] Parker, George y Helen Warrell, «Gove takes aim at Cameron's Etonians», *Financial Times*, 14 de marzo de 2014.

[389] Casa de campo del primer ministro británico. (*N. de la T.*).

[390] Los graduados en la elitista Escuela de Administración Pública de Francia, la ENA. (*N. de la T.*).

[391] Parker, George, «David Cameron: The verdict so far», *Financial Times*, 16 de marzo de 2012.

[392] Lo Dico, Joy, «The Sikorski set», *Evening Standard*, 26 de junio de 2014.

[393] Shakespeare, Sebastian, «My friend Boris, the great pretender», *Daily Mail*, 20 de julio de 2019.

13

Prohibidas las peleas en este establecimiento

«La clase dirigente británica usa el plural mayestático: "Nosotros pensamos esto"».

JOHN PILGER, periodista australiano, 2007[394]

Las habilidades que aprendió en Oxford le sirvieron a Cameron para ejercer como primer ministro. Un funcionario que trabajaba en Downing Street en aquel momento me contó que, al igual que Blair, Cameron era capaz de digerir en cuestión de minutos un informe sobre un tema del que no sabía nada para, acto seguido, entrar en una cumbre internacional o una reunión bilateral y defenderlo convincentemente. El funcionario añadió que Gordon Brown también podía hacerlo, pero que tenía la manía de argumentar en contra de los intereses del partido: «Ajá, pero hay un artículo de 2003 escrito por un economista de Princeton que invalida su posición». Blair y Cameron eran tablas rasas y, por tanto, más fáciles de manipular.

Como oxonienses elocuentes que son, se erigieron en los representantes perfectos de lo que durante buena parte de la historia moderna se ha llamado la casta dominante unificada de Inglaterra. Aunque ha gozado de diferentes etiquetas a lo largo de la historia. El radical de principios del siglo XIX William Cobbett lo llamaba «La Cosa» o «*LA VIEJA CORRUPCIÓN*». Los victorianos lo llamaban «los miles de arriba», un cuerpo que unificaba a los rangos destacados del país. A. N. Wilson lo define como «la aristocracia, las clases literarias y políticas, y los educados en universidades». Buena parte del objetivo de la «educación» para los victorianos, añade, era unificar a todos estos grupos en un

mismo club.[395] En la década de 1950, ese club pasó a conocerse con el nombre de «*establishment*», y ahora ha pasado a ser «la élite».

Nunca ha estado bien visto que los miembros del club tengan fuertes creencias inamovibles. La base de su ideología siempre ha sido la misma: confiar en el sistema. Después de todo, el sistema lo lideran tipos como ellos, que vivían a unos minutos de distancia de la universidad. Al contrario de lo que ocurre en países con múltiples centros de poder como Estados Unidos, Alemania o Italia, el Reino Unido tiene una única clase dominante.

«Hay una homogeneidad en nuestra élite que no se da en naciones más grandes», explica Malcolm Turnbull. Y añade que hasta Australia, con una población que abarca solo un 40 por ciento de la de Inglaterra, es «un país mucho más diverso en lo que respecta a las perspectivas y las actitudes de la gente, y al lugar en el que han sido educados, han ido al colegio y se han criado».

Como Inglaterra no tiene traumas recientes por revoluciones, guerras civiles o colaboracionismo, los miembros de la clase dominante normalmente se tratan como si fueran buenos amigos, incluso cuando están en desacuerdo sobre temas de vida o muerte. En la novela de doce volúmenes de Anthony Powell *Una danza para la música del tiempo* hay una cena que tiene lugar justo después del regreso de Chamberlain de Múnich. Powell, hombre de Eton y Oxford que conocía a buena parte de la clase dirigente, describe una escena protagonizada por dos diputados conservadores con posiciones enfrentadas respecto a la política de apaciguamiento debatiendo con una educación impecable. «No tenían ninguna intención de pelearse», escribe Powell.[396] Así es la clase dirigente británica. La ruptura del Pacto de Múnich pronto quedó olvidada, igual que la ruptura del thatcherismo una vez el Nuevo Laborismo aceptó su legado de privatizaciones, bajos impuestos y mayor desigualdad.

Llegada la presidencia de Cameron, Inglaterra volvía a estar gobernada por políticos, funcionarios, empresarios y financieros que estaban de acuerdo en casi todo. El ala izquierda y el ala derecha de la clase dirigente se llevaban bien. Después de todo, el Reino Unido no tiene nada que ver con América.

En el siglo XXI casi todos los miembros de la clase dominante eran inteligentes, pues para ese entonces hasta los señoritos necesitaban tener dos dedos de frente para ser de la élite. La mayoría, tanto de izquierdas como de derechas, había pasado de Oxbridge (casi todos PPE-istas en Oxford) a Londres, donde se reencontraban en recepciones y alrededor de las mesas de sus respectivas cocinas. Las relaciones entre los diferentes sectores eran cercanas e informales, incluso cuando no se habían forjado en Eton. El antiguo asesor de Blair, Alastair Campbell, y el economista de Goldman Sachs Jim O'Neill (hijo de

un cartero) eran amigos del entrenador del Manchester United, Alex Ferguson, quien tenía el número de teléfono de Blair para cualquier emergencia.

Cuando la ocasión lo merecía, la casta dirigente podía llegar a ser de lo más transigente. *God Save the Queen*, de los Sex Pistols, la canción anti-*establishment* por excelencia, se tocó en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de 2012; el momento más feliz del ejercicio de Cameron. Yo mismo fui testigo de esa misma condescendencia en rangos más bajos de la jerarquía. En 2009, un profesor de una escuela de negocios y yo escribimos conjuntamente un libro sobre fútbol y economía. Un amigo que era una figura dirigente en varias organizaciones de izquierda nos organizó una fiesta de presentación en Londres. Sus amigos de extrema izquierda se encargaron de la barra y escucharon educadamente cómo pontificábamos sobre nuestro libro. Si les parecimos unos agentes del capital, fueron extremadamente respetuosos y no nos lo dijeron. Eso no habría sucedido en Italia, donde la izquierda y los agentes del capital no se organizan mutuamente fiestas de este tipo.

En la Inglaterra de Blair y Cameron, casi todos los miembros de la clase dominante compartían los mismos datos y, en gran medida, las mismas opiniones, que absorbían cada mañana en el programa *Today* de la cadena Radio Four. Casi todos habían acabado por aceptar el papel de Inglaterra dentro de la UE; eso sí, sin sus principales proyectos: el euro, el espacio Schengen y la unión política. Casi todos estaban de acuerdo en que la desigualdad social y el cambio climático eran problemas importantes, y también estaban de acuerdo en no hacer mucho por remediarlos.

Nadie se preocupaba demasiado por el pequeño grupo de rebeldes excéntricos de la derecha *tory* de Rees-Mogg. Para Cameron, dice Gyimah, «eran como los parientes locos a los que encierras en el desván. Eran personas que se pasaban el viernes en la Cámara de los Comunes debatiendo extensamente sobre proyectos de ley de miembros privados que a nadie más interesaban, con el único objetivo de entretenerse los unos a los otros». Estaba claro que esos excéntricos no iban a ir a ninguna parte.

Los hombres de Oxbridge usaban su podio en la clase dominante para lanzar lamentos sobre el poder de los hombres de Oxbridge. Pero les costaba sentir esos lamentos. Puede que Cameron creyera de verdad que había gente fuera de la casta que merecía probar suerte liderando Inglaterra. Sin embargo, sus colegas y él se resistían a ceder sus sitios en el Parlamento. Los hombres de Oxbridge no iban a iniciar una revolución, pero estaban dispuestos a ampliar un poco su casta, generalmente mediante la admisión de mujeres de Oxbridge. La clase dirigente británica ha ido elevando gradualmente la edad a la cual las mujeres de clase

media-alta topan con el techo de cristal: desde los cero años hasta los diecisiete, una vez tuvieron acceso a la educación; a los veintiuno, una vez se les permitió entrar en Oxbridge; y, finalmente, a los treinta y ocho, cuando muchas son apartadas para que den a luz.

Los miembros de la clase dominante se ayudan los unos a los otros de por vida. Una vez fui de viaje a una tierra muy lejana a visitar a un embajador británico. Y hete aquí… que era un hombre blanco hetero educado en Oxbridge. Era como un amigo que nunca hubiera conocido, que me acabó dando una sesión informativa sobre su piscina.

Tener una clase dominante unificada tuvo un efecto reconfortante en la vida nacional. Pero también conllevaba inconvenientes, claro. Para empezar, una casta unificada es una presa fácil para el pensamiento de grupo: «un problema mucho más gordo para el Reino Unido de lo que lo es en Australia», asegura Turnbull. Casi toda la clase dominante británica, de izquierdas y de derechas, acabó creyéndose la necesidad de invadir Irak y de establecer una regulación más laxa para los bancos.

Y era bastante fácil abusar de la confianza interna de la clase dominante. Un buen ejemplo de ello es el escándalo líbor: la estrategia de un banquero para manipular la tasa de oferta interbancaria de Londres (LIBOR, por sus siglas en inglés) con el objetivo de lucrarse. Solo en el contexto de una clase dominante unificada en el que el Banco de Inglaterra asume que los banqueros comerciales son buenos tipos se les podría autorizar a *estimar* de buena fe una tasa de interés semejante. ¿Quién habría pensado que algunos se aprovecharían?

Cuando las crisis azotaron Inglaterra en 2015-2016, los líderes de la clase dominante unificada de la era Cameron no contaban con las herramientas para resolverlas. «Para ellos, la política no es más que la sofisticación progresiva de la economía de ideología mixta en un mundo donde la mayoría de las personas están de acuerdo en casi todo», escribió mi colega del *Financial Times* Janan Ganesh. Pero esas personas «no estaban preparadas para el surgimiento del euroescepticismo, el nativismo, el fanatismo violento y la rivalidad por el poder». Durante el referéndum del Brexit, escribió Ganesh, parecían «técnicos de laboratorio a los que habían enviado a la guerra».[397]

---

[394] Barsamian, David, «Interview with John Pilger», *The Progressive Magazine*, 16 de julio de 2007.

[395] Wilson, *The Victorians*, p. 274.

[396] Powell, Anthony, «The Kindly Ones», *A Dance to the Music of Time*, University of

Chicago Press, 2010, disponible en Google Books.

[397] Ganesh, Janan, «Generation Balls in UK politics already reeks of yesterday», *Financial Times*, 23 de septiembre de 2016.

14

Brexit y la Oxford Union

«Todo gran movimiento social, toda guerra, toda revolución, todo programa político, por edificante y utópico que sea, esconde detrás la ambición de algún grupo que quiere hacerse con el poder».

GEORGE ORWELL,

«Second Thoughts on James Burnham»[398]

La convocatoria del referéndum de Cameron recuerda a la decisión de Tony Blair de combatir en Irak. En ambos fatídicos casos, los dos hombres se encontraban en la cúspide del poder: cuarenta y nueve años, ganadores de dos elecciones consecutivas y con la presidencia a su disposición durante el tiempo que quisieran. Se habían pasado la vida desconcertando a sus detractores: casi todo lo que tocaban se convertía en oro. Y cuando aparecieron los problemas que se los llevarían por delante, ninguno de los dos dio muchas vueltas a sus decisiones. Después de todo, la vida les había enseñado que no les hacía falta: las habilidades retóricas aprendidas en Oxford los sacarían de cualquier apuro. Y, además, seguro que la clase dominante les cubriría las espaldas, como siempre hacía con las guerras y los problemas con la UE. Cameron creyó que si la campaña para dejar la UE estaba liderada por *outsiders* que no pertenecían al club de Oxbridge —como Nigel Farage—, ganaría la opción de quedarse en la Unión Europea. Nadie en el equipo de Eton y Oxford del primer ministro emitió una nota discordante.

Desde la otra punta del mundo, Malcolm Turnbull se pronuncia como compañero de profesión:

> Lo que me resulta más desconcertante es la actitud despreocupada de Cameron, como si pudieran improvisar igual que lo hicieron con el referéndum de independencia de Escocia. Uno pensaría que si vas a proponerle un referéndum de este tipo al pueblo, has de hacerlo de manera responsable, designando al menos una Comisión Real presidida por economistas distinguidos. Se supone que llevarás a cabo un análisis económico completo. Organizarás comisiones parlamentarias que analicen la propuesta. Estudiarás el tema minuciosamente. Mantendrás un debate bien informado durante años. Y solo después dirás: «Esta es nuestra evaluación. Así es como se podría hacer», de modo que la gente pueda votar con un poco de información.

Cuando Cameron convocó el referéndum el 20 de febrero de 2016, dio el pistoletazo de salida al acontecimiento para el que Dan Hannan llevaba preparándose desde su primer bimestre en Oxford. En palabras de Lenin, «el poder estaba tirado en la calle», y Hannan lo recogió. Había ingerido tantos tratados europeos y hablaba tan bien, con ese tono oxoniense tan tranquilizador, que podía salir airoso de cualquier interrogatorio académico sobre los peligros de dejar la UE. Repelía todas las objeciones con erudición plausible. «Repito —le dijo a un entrevistador—, nadie está hablando de comprometer nuestra posición en el mercado único».[399]

Gove, que había estado bajo la influencia de Hannan durante veinte años, enseguida se unió a su bando. Pero Johnson, al igual que en sus días en la Oxford Union, no se decidía a apoyar o rechazar la moción. Dice Hannan:

> Me pasé buena parte de 2015 intentando ganármelo. Ahora está de moda decir: «Bueno, miraba por sus propios intereses. Trataba de decidir cuál era la mejor decisión para su carrera profesional». Pero yo tuve muchas conversaciones con Johnson y os aseguro que estaba agonizando. Eran charlas privadas, libres de impostura. Le preocupaba que la UE, tal y como repetía una y otra vez, «nos diera una patada al salir». Pero lo que más le preocupaba era la cuestión de la soberanía.

Por supuesto, también había otras razones que tener en cuenta. Los ministros británicos estaban acostumbrados a subirse al Eurostar para ir al posmodernista barrio europeo de Bruselas. Allí participaban en reuniones interminables en habitaciones con ventanas que no se abrían y se tragaban una perorata del ministro de Medioambiente de Letonia sobre el cambio indirecto del uso de la tierra.

El de Bruselas no es un historiado Parlamento medieval donde resuenan los

ecos de la astuta retórica británica. El *globish*[400] del barrio europeo, repleto de palabras en *franglés* como *accession* o *cohesion*, es el segundo idioma de los tecnócratas. Bruselas se fundamenta en el laborioso establecimiento de consensos y no en las justas entre adversarios. Para los *tories* de Oxford, la ciudad era lo contrario al club de caballeros ingleses de Westminster. Siempre que bajaban del tren en la Gare du Midi, experimentaban el descenso del Reino Unido: pasaban del «Bueno, como quieras» a la votación por mayoría cualificada. No tenían colegas de casta entre sus homólogos continentales: mientras que sus predecesores (como Ken Clarke y Denis Healy) no se habían perdido ni una reunión política europea, ni el más europeísta de la generación presente se molestaba en acudir.

Y, ante todo, siempre que Bruselas trataba de dar órdenes a Inglaterra, agraviaban el derecho al privilegio con el que habían crecido los *tories* de Oxford. *Nadie* les decía qué hacer. Las reglas eran para los demás. Ellos esperaban libertad absoluta en sus vidas privadas, en sus negocios financieros y en Westminster.

El Brexit era el gran acontecimiento que les faltaba a Johnson y a Gove en sus carreras políticas: la oportunidad de vivir en tiempos interesantes, como lo hicieron sus ancestros. Pensaban que el Brexit le daría un poco de interés al tedio de la política británica. Sería un acto gloriosamente romántico, como la carga de la Brigada Ligera, pero con menos riesgo personal. Los *tories* de Oxford les reclamarían la soberanía parlamentaria —derecho de nacimiento de su casta— a los intrusos belgas. En privado, admitían que había muchas posibilidades de que el Brexit no saliera bien, pero Inglaterra no tenía depredadores naturales y seguro que sobreviviría a otra metedura de pata más. Sikorski, que observaba con atención desde Varsovia cada movimiento de sus viejos compañeros de universidad, contraargumentó que para los polacos la UE no era un juego.

Por si todos estos motivos personales egoístas no fueran suficientes, durante la primavera de 2016, los líderes británicos pro-Brexit se dieron cuenta de que no estaban teniendo la carrera política que creían merecer. Y vieron el Brexit como la oportunidad de recrear una campaña presidencial de la Oxford Union. Johnson había encontrado la excusa perfecta para derrocar al etoniano ilegítimo.

Gove se unió a la lista de Johnson en parte como consecuencia de la lucha de clases de Oxford. Según la jerarquía de los *tories* de Oxford, el chico de colegio público reconvertido en ministro era como un *outsider* de clase baja que no tenía nada más que ofrecer que su propia inteligencia. Gove sabía desde hacía mucho que en el Partido Conservador la inteligencia no era un atributo de liderazgo esencial. A veces, incluso podía ser una desventaja. Al fin y al cabo, Inglaterra no

era Francia. Aun así, durante sus años como secretario de Educación, Gove había creído que Cameron y él eran buenos amigos.

Así que en 2014, cuando Cameron lo degradó a diputado jefe encargado de la disciplina del partido y encima le recortó treinta mil libras de su salario, Gove se quedó devastado. Sentía que Cameron y su camarilla de etonianos lo habían tratado como un mero funcionario. Tim Shipman sugiere en *All Out War* que «la mejor forma de entender a Gove y a Cameron es leyendo *Retorno a Brideshead*». Gove es el talentoso triunfador de clase media-alta Charles Ryder, bajo el embrujo del aristocrático Flyte.[401] Cuando Cameron lo desterró de Brideshead, Gove buscó venganza. (Por lo visto, Steve Hilton también sintió algo similar cuando dimitió como jefe de estrategia de Cameron en 2012; él también pasó a apoyar a los partidarios del Brexit). Cummings había sido asesor especial del Ministerio de Educación, pero Cameron lo llamó «psicópata profesional» y dimitió a finales de 2013.[402] En 2015, se convirtió en director de campaña del Brexit.

En un aterrador giro de los acontecimientos para Cameron, el referéndum había fracturado la clase dominante. Las credenciales de los líderes educados en Oxford como Johnson y Gove le daban credibilidad al Brexit. Con estos hombres al volante, la campaña para dejar la UE podía prosperar. El currículum de Johnson, su confianza y sus refranes clásicos sugerían que era más que un bromista. En términos británicos, había nacido para gobernar. Si Johnson aseguraba a la gente que «el coste de salir sería prácticamente cero»,[403] o si Gove decía: «Si votamos salir de la Unión Europea, al día siguiente tendremos la sartén por el mango»,[404] se suponía que el Brexit no podía ser solo un salto de fe hacia lo desconocido.

El Brexit fue anunciado como una revuelta antielitista. En concreto, como una revuelta antielitista liderada por una élite. Dicho lisa y llanamente, un golpe de Estado de una facción de oxonienses de la *public school* contra la otra, y respaldado por un oxoniense australiano de la *public school* y magnate de los medios disfrazado de antielitista. De hecho, muchos votantes les confiaron el futuro del país a los responsables del Brexit precisamente porque estos eran miembros de la élite.

Cameron sabía que si los votantes elegían quedarse en la UE, se vería obligado a lanzar ataques personales contra Johnson y Gove, pero no quería tener que hacerlo. Seguía creyendo en una clase dominante unida. Eran buenos tipos y, una vez ganara el referéndum, harían las paces. Lucharía limpiamente. Más adelante le reconocería a George Obsorne que aquello «fue como luchar con un brazo atado a la espalda».[405]

Los políticos pro-Brexit de Oxford acordaron una desquiciante alianza entre clases y sumaron a la campaña a Farage y a la prensa amarilla, que les ofrecían apoyos fuera de los *tories*. Dice Hannan:

> Sin lugar a duda, nuestro mayor problema no era nada de lo que dijeran en Downing Street o nada de lo que dijera la UE. El mayor problema que tuvimos durante toda la campaña fueron las payasadas de Leave.EU [el juguetito de Farage].
>
> Si pretende sugerir que había una mayoría de aficionados de Oxbridge por un lado y un grupo firmemente convencido de salir de la UE por el otro, se equivoca. Era al revés. Los diletantes eran los supuestos «chicos malos del Brexit» que se tomaban la campaña como una broma.
>
> Yo creo que Farage pretendía emerger de la campaña como un líder victorioso. Estaba mucho más centrado en sus intereses personales que en el resultado del referéndum, que, por sorprendente que parezca, le interesaba más bien poco.

Los partidarios de salir de la UE no lo tuvieron fácil para convencer a la población. Hannan llevaba veinticinco años intentando que los votantes británicos se enfurecieran con la UE, pero había tenido poco éxito. Como Gove me confesó en 2005, los votantes ordinarios nunca habían mostrado mucho interés por el tema. Quizá les daba igual estar gobernados por una élite desfasada de Bruselas que por lo mismo en Westminster.

Farage supo ver que los llamamientos al libre comercio y a la soberanía no ganarían la campaña. «Eso no le importa a la gente», exclamó. Según él, el equipo de Hannan «trata el referéndum como si fuese un debate de la Oxford Union. No creo que hayan conocido a una persona de verdad en toda su vida».[406] Al final, Cummings centró la campaña pro-Brexit en dos temas que sí le interesaban a la vasta mayoría de los británicos: la inmigración y el Servicio Nacional de Salud.

No obstante, fiel a su estilo, Johnson en particular peleó por el referéndum como si se tratara de un debate de la Union: con fanfarronerías graciosas libres de contenido. En Inglaterra, el humor sirve para cortar conversaciones cuando amenazan con volverse demasiado sentimentales, aburridas o técnicas. De ahí surge la famosa frase de Johnson sobre dejar la UE pero seguir disfrutando de los beneficios del mercado único: «Mi política respecto al pastel es que quiero tenerlo y también comérmelo». Sus despliegues de excentricidad —que no eran en realidad sino marcadores de sus privilegios de clase alta para romper los códigos sociales— fueron entendidos erróneamente por muchos británicos de a pie que los tomaron por señales de autenticidad. El pelo le hacía parecer un bromista (y,

por extensión, hacía que también el Brexit pareciera una broma). Johnson ofrecía una versión británica *camp* de lo que en otros países eran desalentadores movimientos populistas. Además, tenía un don para proyectar en el país el optimismo hedonista que sentía sobre su propia vida. El «futuro tan brillante» que veía para la Inglaterra pos-Brexit también era el que veía para sí mismo.[407]

Timothy Garton Ash, catedrático de Estudios Europeos en Oxford, describe el referéndum como «un debate de la Oxford Union con estrategias de campaña modernas». Añade: «Lo mejor de la vida pública británica es que irradia un agradable sentido del humor, pero claro… *chaque qualité a ses défauts* [todo atributo tiene sus inconvenientes]».

Johnson aprendió algo muy valioso durante la campaña del referéndum: incluso en la política de más alto nivel, puedes decir falsedades evidentes (por ejemplo, que dejar la UE liberaría 350 millones de libras a la semana que se podrían invertir en el NHS) y que muchos votantes o bien se lo crean o bien, como en el caso de sus compañeros de la Oxford Union, no le den importancia al hecho de que sea falso; siempre y cuando les caigas bien. Esa fue una enseñanza que siempre recordaría.

Hay paralelismos evidentes entre los políticos pro-Brexit de Oxford de la década de los ochenta y un cierto grupo de élite que los precedió: los espías de Cambridge de los años treinta. Kim Philby, Guy Burgess, Donald Maclean, Anthony Blunt y John Cairncross también formaban parte de una red de contactos íntima, masculina y de la *public school*. Cuatro de ellos fueron al Trinity College, mientras que Maclean fue su vecino del Trinity Hall. Con la confianza suficiente como para formular una visión del mundo revolucionaria pese a estar desinformados, los Cinco de Cambridge adoptaron una causa utópica: el comunismo soviético. Un paraíso lejano en el que jamás esperaban tener que vivir. El trabajo les resultaba divertido. Philby recuerda que cuando Maclean y él se convirtieron en espías soviéticos, Burgess —un encantador etoniano sibarita de pelo rubio y aspecto desaliñado— sintió «que estaba siendo excluido de algo esotérico y emocionante. Así que nos insistió para que lo incluyéramos, y nadie es tan insistente como Burgess…».[408]

Ralph Glasser, un glasguano de clase obrera que entró en Oxford en 1938, observó comportamientos similares en sus compañeros universitarios marxistas. Escribió de su coetáneo, Philip Toynbee: «Para su camarilla de clase alta y de extrema izquierda, ser revolucionario era un juego elitista en el que, al igual que cuando jugaban a los soldados en la guardería, *ellos* tenían que ser los jefes. Dieron por hecho con total seguridad que, cuando terminara la revolución, la

cúspide de la pirámide volvería a ser suya».[409]

Los Cinco de Cambridge desempeñaron puestos de responsabilidad porque tenían currículums de élite y representaban el arquetipo del caballero británico gracias a sus despliegues de excentricidad en el peinado, la bebida y el atuendo. Persiguieron su utopía durante décadas e ignoraron cualquier evidencia que pudiera contradecirla. Es más, menospreciaron al resto de la clase dominante por su pensamiento poco imaginativo. Cuando los desenmascararon, la confianza en la clase dominante sufrió una merma duradera.

Ahora bien, es verdad que la comparación entre el grupo de Cambridge y el de Oxford no es del todo justa: aunque ambos traicionaron los intereses de Inglaterra al servicio de Moscú, los políticos del Brexit lo hicieron sin querer.

---

[398] Orwell, George, «Second Thoughts on James Burnham», *Polemic*, verano de 1946, disponible en https://orwell.ru/library/reviews/burnham/english/e_burnh.html.

[399] O'Leary, Joseph, «What was promised about the customs union before the referendum?», *Fullfact.org*, 26 de octubre de 2018.

[400] Versión simplificada del inglés que emplean los hablantes no nativos. (*N. de la T.*).

[401] Shipman, *All Out War*, pp. 155-156.

[402] Gillespie, Tom, «Who is Dominic Cummings: A former PM branded him a "career psychopath" — here's what you need to know about Boris Johnson's top aide», *Sky News*, 15 de noviembre de 2020.

[403] Andreou, Alex, «Boris Johnson has decided chaos and self-destruction is a price worth paying — as long as he gets to be in charge», *Inews.co.uk*, 7 de enero de 2019.

[404] Henley, Jon y Dan Roberts, «11 Brexit promises the government quietly dropped», *Guardian*, 28 de marzo de 2018.

[405] Verkaik, *Posh Boys*, p. 166.

[406] Knight, «The man who brought you Brexit».

[407] Mason, Rowena, «Boris Johnson on Brexit: "We can be like Canada"», *Guardian*, 11 de marzo de 2016.

[408] Philipps, Roland, *A Spy Named Orphan: The Enigma of Donald Maclean*, Londres: The Bodley Head, 2018, disponible en Google Books.

[409] Glasser, Ralph, *Gorbals Boy at Oxford*, Londres: Pan Books, 1990, pp. 63-64.

15

¿Cuento con su voto?

«La vida después de Oxford sigue siendo Oxford».

SALLY LITTLEJOHN, librera de la Oxford Union, 1982[410]

En cuanto el Brexit ganó, Johnson y Hannigan informaron al público de que, después de todo, la inmigración seguiría llegando a Inglaterra. No es de extrañar: a los políticos del Brexit no les podía dar más igual si polacos o bangladesíes vivían en ciudades de provincia.

Días después del referéndum, cuando le mencioné en un correo los riesgos económicos del Brexit a un amigo educado en Oxford, me reprendió: «Te preocupas demasiado por el impacto económico a corto plazo. Esta es una victoria para la democracia». Entendí lo que quería decir. Cuando ganas doscientas mil libras al año, la amenaza de una recesión inminente no es más que una minucia. Pero si ganas veinte mil al año es una crisis personal, y si ganas quince mil, entonces toca preguntarse si podrás seguir alimentando a tus hijos.

Mientras tanto, resultó que los *tories* de Oxford no tenían ningún plan para ejecutar el Brexit. Johnson se pasó el sábado tras el referéndum jugando al críquet en la finca de su antiguo amigo de Eton y Oxford Earl Spencer. Como dicta la tradición de Oxford, estaba improvisando.

Lo más importante para ellos era que la resignación de Cameron había dejado un vacío en el número 10 de Downing Street. Los políticos pro-Brexit de Oxford enseguida pasaron de pensar en el debate público a pensar en las primarias para elegir al nuevo líder conservador. «¿Cuento con su voto?». La Oxford Union había sido la preparación perfecta para las primarias del Partido Conservador: en ambos escenarios, buena parte del electorado estaba formado

por compañeros políticos, por lo que los candidatos a la presidencia debían buscar apoyos entre sus colegas en un entorno en el que las puñaladas por la espalda eran habituales. Gyimah, antiguo presidente de la Union, dice: «La estrategia para consolidar apoyos fuertes, apoyos tibios o apoyos débiles es algo que muchos candidatos habían aprendido elaborando las listas electorales de la Union». Así que no es de extrañar que Hague, otro antiguo presidente de la Union, hubiera aparecido de la nada para ganar las primarias del Partido Conservador en 1997.

Como apuntaba en jerga de la Union otro antiguo presidente de la misma, las primarias de 2016 se podrían describir de la siguiente manera: «Boris apuñaló a Dave. Michael apuñaló a Boris. Theresa y Michael le robaron la lista a Boris. Boris lanzó su candidatura a la basura».

Treinta años después de que Gove ayudara a Johnson a alcanzar la presidencia de la Union, se convirtió también en su asesor de campaña para ganar la carrera presidencial. Pero entonces el eterno devoto ejecutó la clásica maniobra de la Oxford Union: la puñalada trapera. Tras una conspiración con un coetáneo de Oxford, Nick Boles, y en casa de otra compañera de universidad, Simone Finn, Gove le retiró el apoyo a Johnson y anunció en público que su eterno superior jerárquico no estaba preparado para ser primer ministro. Fue como si Jeeves le hubiera robado el asiento a Wooster en el club de drones. Cameron envió un mensaje de texto a Johnson: «Tendrías que haberte quedado conmigo, machote».[411]

Gove intentó convertirse en primer ministro, pero May ganó. Eligió como vicepresidente a Damian Green, a quien había conocido con dieciocho años en la OUCA, hacía más de cuarenta años.[412] Pero encargó a los políticos pro-Brexit la gestión del Brexit. Les ofreció los cargos más importantes en el Consejo, designando a Johnson ministro de Asuntos Exteriores. Fue como pedirles a los ganadores de una competición de debates que construyeran una nave espacial. La mayoría de estos hombres se dedicaban a hablar, no tanto a hacer. De hecho, lo poco que hacían era una consecuencia casi accidental de hablar.

El debate sobre el referéndum había pasado por encima de las conversaciones importantes sobre medidas políticas, así que hasta los mismísimos ministros pro-Brexit no sabían que Inglaterra iba a tener que pagar una gran factura por el divorcio, que el tema de la frontera con Irlanda era un problemón y que Inglaterra no podía permanecer en el mercado único si quería acabar con la libertad de movimiento. ¡Quién les iba a decir que las opciones del mundo real no eran tan buenas como esperaban!

Otra cosa que tampoco habían considerado era la dificultad para entablar

nuevos negocios comerciales con el resto del mundo. Hay una teoría de la conspiración de izquierdas que dice que los *tories* pro-Brexit solo pensaban en la economía, que su plan era convertir Inglaterra en un paraíso fiscal libertario con escasas regulaciones y libre comercio. No creo que esa fuera su motivación principal. A la mayoría de los políticos pro-Brexit (sobre todo a Rees-Mogg) les habría encantado hacerlo, y, por regla general, querían librarse de cualquier regla de Bruselas que constriñera su libertad. Pero no es menos cierto que para la vasta mayoría la economía no era más que una ocurrencia tardía. Antes que nada, el Brexit era su gran empresa generacional diseñada para proteger los poderes de su feudo personal en Westminster. El resto no eran más que minucias, tediosos temillas de gobernanza de los que se encargarían los funcionarios sabelotodos. La Administración pública, dirigida en aquel momento por Jeremy Heywood (Historia y Económicas en Hertford College, 1980-1983), era el departamento de prácticas de la oxocracia británica.

Anthony Kenny, antiguo director del colegio universitario de Johnson, vio a su antiguo alumno por última vez en mayo de 2017, durante su periodo como ministro de Asuntos Exteriores. Kenny escribió después:

> Según salió por la puerta, pensé con arrepentimiento en el papel de mi colegio universitario en su educación. Se nos había encomendado educar a la élite política del país. Pero ¿qué habíamos hecho por Boris? ¿Le habíamos enseñado a ser honrado? No. ¿A ser sabio? No. ¿*Qué* le habíamos enseñado en realidad? ¿Acaso solo le habíamos enseñado a elaborar discursos ingeniosos y brillantes? Me reconforté pensando que hasta Sócrates dudaba de que se pudiera enseñar la virtud.[413]

La gran inteligencia verbal de Johnson lo había absuelto de tener que desarrollar inteligencia analítica. Un argumento bien elaborado siempre podía esquivarse con un buen chiste. Johnson y sus compañeros pro-Brexit estaban tan desinformados que en diciembre de 2017 aceptaron el punto fundamental del protocolo de Bruselas para mantener abierta la frontera terrestre en Irlanda, antes de pasarse buena parte de los años siguientes luchando contra su propia decisión. Los políticos del Brexit no lograron someter a Bruselas porque los negociadores de la UE eran abogados que seguían instrucciones. Tiempo después, Cummings llegó a decir que cuando Johnson aceptó el Acuerdo de Retirada de la Unión Europea en 2019, «nunca tuvo ni la más remota idea de lo que entrañaba el acuerdo que acababa de firmar».[414] De todos modos, tampoco importaba: en la tradición de Oxford, los discursos ingeniosos y brillantes triunfaban sobre la

realidad.

Los *tories* de Oxford siempre han tratado la política como si fuera un juego. Cuando Osborne se daba de bruces con problemas políticos, su respuesta habitual era: «Qué más da, si solo es un juego».[415] La dinámica de juego se hace evidente en la persona de Rees-Mogg, quien apenas hace nada por esconderla. Durante una discusión sobre el Brexit con Nick Boles en la Cámara de los Comunes, bromeó: «Mi querido amigo esgrime un argumento característicamente wykehamista. Inteligente pero fundamentalmente erróneo». Cabe preguntarse cuántos votantes sabrían que *wykehamista* es un término que hace referencia al Winchester College donde estudió Boles; pero a Rees-Mogg eso le daba igual. Tras atacar a Boles, se encaró con el político anti-Brexit Oliver Letwin, un viejo compañero de Eton: «Y he de confesar que en ocasiones he llegado a pensar que mi honorable amigo del West Dorset era más wykehamista que oxoniense».[416]

Meses después, Rees-Mogg, líder de los Comunes, se recostó en una de las bancadas delanteras durante otro debate crucial sobre el Brexit como si se estuviera echando una siesta. Como un gato que se revuelca de espaldas, venía a decir: «Esta es mi casa. Aquí es donde pertenezco».[417] No es de extrañar que en determinado momento de la saga del Brexit, Caroline Lucas, la diputada verde, tuviera que ponerlo en su sitio: «Esto no es un juego ni una sociedad de debate. Estamos hablando de personas reales con vidas reales».[418]

Pero era solo su opinión, porque los políticos pro-Brexit de Oxford estaban seguros de que su clase estaría bien pasara lo que pasara. Si tu camino vital te ha llevado de una casa rural medieval a un internado medieval, a la universidad medieval de Oxford y, finalmente, al Parlamento medieval, inevitablemente acabas pensando: «¿Qué podría salir mal?». Si el Brexit no salía bien, los *tories* de Oxford siempre podrían montar nuevos chiringuitos dentro de la UE como Rees-Mogg, o solicitar pasaportes europeos como Stanley Johnson. Como escribe James Wood de sus antiguos compañeros de Eton: «Tranquilidad asegurada: si siempre te ha ido bien, lo más probable es que siempre te vaya bien».[419]

Huelga decir que los políticos *tories* de Oxford no son los únicos que piensan así. También lo hacen la mayoría de mi casta de periodistas, académicos y cómicos de Oxbridge que narran los sucesos del país. En el fondo sabemos que, pase lo que pase, estaremos bien. Nosotros no vamos a acabar con contratos de cero horas o haciendo cola en un comedor social. No es de extrañar que la implacable ironía del *Cherwell* se haya contagiado al panorama mediático de Inglaterra.

El Brexit había sumido al país en una innegable crisis. Durante un buen tiempo, gobernar Inglaterra se volvió prácticamente imposible. Con Jeremy

Corbyn al frente del Partido Laborista y el Partido Conservador enfrentado por el Brexit, la élite política estaba más dividida que nunca desde el Tratado de Múnich. Roland Rudd, presidente de la Oxford Union en 1985, y Hugo Dixon, un buen amigo de Johnson de los días de Eton, organizaron una campaña para celebrar un segundo referéndum: People's Vote. Pero fracasó debido a las luchas internas en la organización. Por otro lado, algunos *tories* pro-Brexit empezaron a tratar a los anti-Brexit como a los nuevos pacificadores.[420] El Grupo de Investigación Europeo, en ese momento liderado por Rees-Mogg, no cejaba en su intento de defenestrar a la primera ministra conservadora, Theresa May, previamente anti-Brexit. Tras un golpe de Estado fallido, su ministro de Industria, Richard Harrington (también de Oxford, evidentemente), se burló de los conspiradores: «Son como críos de un consejo estudiantil».[421] En mayo de 2019, Theresa May al fin dimitió, dando así el pistoletazo de salida a las enésimas elecciones de la Oxford Union para políticos adultos.

Siete candidatos, todos hombres, sobrevivieron a la primera ronda. Seis de ellos —Johnson, Hunt, Gove, Raab, Matt Hancock y Rory Steward— habían estudiado carreras de letras, Derecho o PPE en Oxford. El único representante del resto de Inglaterra, Sajid Javid, hijo de un conductor de autobús paquistaní convertido en tendero, había estudiado en la politécnica Filton Technical College y en la Universidad de Exeter. «La gente no quiere ver una final que parezca una suerte de debate de la Oxford Union», dijo en vano.[422]

Teniendo en cuenta la competencia, Rory Stewart parecía una vuelta a la generación de Macmillan: tras pasar por Eton y Balliol, había visto la guerra de cerca, sirviendo como vicegobernador en Irak durante el periodo de posguerra y trabajando después en Afganistán. Ya en 2007, Stewart decía que, en la política británica, «Churchill ha sido reemplazado por Bertie Wooster». Haciendo hincapié en «los bolsillos llenos de bochornosa pobreza» de Inglaterra, escribió: «He sido testigo de una agresividad, un rencor y un nivel de amargura en el ámbito de la vivienda pública en Escocia que no había visto ni en una aldea afgana».[423]

Poco antes de que empezara la campaña para las primarias, Stewart pronunció una emocionante diatriba que explica algunos de los temas de este libro mucho mejor que yo:

> Siento que hay una gran ausencia de seriedad en la política británica [...]. Al vernos debatir sobre Afganistán me di cuenta de que no somos un país serio. Hay mucha pantomima, en ambos bandos. No solo por parte de los conservadores, sino también de los laboristas.

> Cuando era ministro para África, la gente pasaba por mi despacho a hacerme preguntas. [Stewart habla con voz sonora:] «¿Qué va a hacer el ministro para parar la terrible guerra civil en Burundi?». Siéntese. «¿Qué va a hacer el ministro para acabar con los abusos de derechos humanos en el oeste de Camerún?». Siéntese. «¿Qué va a hacer el ministro para solucionar el conflicto en el Togo?». ¿Me entiende? Y alguien tiene que decirles: «No tenemos embajada en Burundi. No tenemos embajada en el Togo. No vamos a poder solucionar ninguno de estos problemas. ¿En qué mundo de fantasía vive usted si de verdad piensa que vamos a mover un dedo por arreglarlos?». […] Tenemos que volver a ser un país serio.[424]

A pesar de todo, Stewart fue expulsado de la carrera presidencial. En la quinta ronda ya solo quedaban los políticos de Oxford de la década de los ochenta: Johnson, Gove y Hunt.

Hunt y su director de campaña, Philip Dunne (de Eton, Oxford y Bullingdon), siguieron la estrategia de Neil Sherlock para derrotar a Johnson en 1984: poner de manifiesto su falta de «seriedad». Sin embargo, sus ataques no surtieron mucho efecto. En el Partido Conservador, al igual que en la sociedad de debate de Oxford, lo más natural era que el puesto de mayor rango fuera al etoniense más carismático. Como en Oxford en 1985, Johnson se presentó como un candidato centrista y ensalzó su reinado liberal durante su cargo como alcalde de Londres. Rees-Mogg celebró una serie de cenas en su casa para presentárselo a los diputados *tories*.

Johnson contaba con todos los atributos que buscaban los miembros más longevos y rurales del partido. Tenía el paquete completo: Eton significaba «capacidades de liderazgo», Oxford significaba «inteligencia», su sentido del humor significaba que era «inglés» y su dicción woosteriana significaba la edad de oro nacional perdida. Llegó a Downing Street igual que llegó a la presidencia de la Union: con una campaña más competente en el segundo intento. El 24 de julio de 2019 se convirtió en el quinto primer ministro *tory* que había acudido a Eton y a Oxford desde 1955. Quienes lo habían conocido en Oxford se preguntaban por qué había tardado tanto.

---

[410] Kristof, Nicholas D., «Hacking a path to Downing Street», *Washington Post*, 14 de agosto de 1982.

[411] Shipman, *All Out War*, pp. 534-535 y 541.

[412] Prince, Rosa, *Theresa May: The Enigmatic Prime Minister*, Londres: Biteback, 2017, pp. 38-43.

[413] Vernon, Mark, «Brief Encounters: Notes from a Philosopher's Diary, by Anthony Kenny», *Church Times*, 30 de noviembre de 2018.

[414] https://twitter.com/Dominic2306/status/1448029839571685383.

[415] Verkaik, *Posh Boys*, p. 148.

[416] Chaplain, Chloe, «Wykehamist: What the public school jibe Jacob Rees-Mogg made to Oliver Letwin means», *Inews.co.uk*, 28 de marzo de 2019.

[417] Rawlinson, Kevin, «"Sit up!" – Jacob Rees-Mogg under fire for slouching in Commons», *Guardian*, 3 de septiembre de 2019.

[418] «Channel 4 Brexit Debate: Jacob Rees-Mogg lays into Theresa May's Brexit deal saying "it does not do what she said"», *Evening Standard*, 9 de diciembre de 2018.

[419] Wood, «Diary», *LRB*.

[420] Applebaum, *Twilight of Democracy*, pp. 84-85.

[421] Parker, George *et al.*, «Theresa May wins vote of confidence», *Financial Times*, 13 de diciembre de 2018.

[422] Mason, Rowena, «Javid: Johnson should not face another Oxford graduate in runoff», *Guardian*, 17 de junio de 2019.

[423] Stewart, Rory, «Politics Lite: No sacrifice, no substance, no success», *New York Times*, 10 de marzo de 2007.

[424] «Beer and Brexit with Rory Stewart MP», *YouTube*, subido por The UK in a Changing Europe, 14 de marzo de 2019.

16

La pandemia de la amigocracia

«La Administración pública nunca decepciona».

El capitán Grimes en *Decadencia y caída*, de Evelyn Waugh

En el Gobierno británico, el cargo de director ejecutivo y el de jefe de comunicaciones siempre han estado separados. Al elegir a Johnson, los *tories* fusionaron los dos cargos. En términos electorales fue todo un acierto. En las elecciones generales de diciembre de 2019, los *tories* habrían llevado la voz cantante incluso aunque se hubieran enfrentado a alguien más imponente que Corbyn. A Cameron se le ocurrió un eslogan ganador que apelaba a las dos mitades de un exhausto país: «Get Brexit done».[425] Ayudó a Johnson a ganar las elecciones y días después, según sus propias palabras, ya intentaba «librarse de él» porque Johnson «no tiene un plan, no sabe ser primer ministro y lo ayudamos a ganar porque teníamos un problemilla que resolver».[426] Por muy inadecuado que fuera para gobernar el país, ya había demostrado ser tan capaz como Blair y Thatcher a la hora de ganar campañas; se había anotado un triplete en tres años: primero el referéndum, después las primarias *tories* y, por último, las elecciones generales.

Con Corbyn fuera de juego y el Brexit apañado, la élite británica volvió a recuperar su tradicional unidad, impulsada por la purga de los *tories* anti-Brexit llevada a cabo por Johnson. Tres años después de que Gove lo hubiera apuñalado por la espalda, Johnson lo volvió a nombrar su más fiel seguidor. Después de todo, los dos habían aprendido en la Union que la política no es más que un juego.

Frank Luntz, quien solía visitar frecuentemente a sus coetáneos de Oxford, vio a los dos en acción tras las bambalinas. Asegura: «Gove preparó el mejor PMQ (preguntas al primer ministro) que he visto jamás. Desmontó al primer ministro para volver a montarlo después». Pero entonces aquel Gobierno de PPE-istas, estudiantes de literatura, historiadores y abogados, liderado por un clasicista que se dedicaba a escribir una biografía de Shakespeare en su tiempo libre, se topó con un problema para el que Oxford no los había preparado: un virus. De repente, se vieron teniendo que responder a preguntas sobre biología, estadística y crecimiento exponencial.

Cuando Johnson por fin se dignó prestar atención al virus, su primer impulso fue evitar el confinamiento. Al fin y al cabo, su casta había aprendido que lo más importante que le podían exigir a la vida era la libertad personal sin condiciones. La Organización Mundial de la Salud anunció la pandemia global el 11 de marzo de 2020. Francia, donde vivo, declaró el confinamiento el 17 de marzo, demasiado tarde. Johnson mantuvo la libertad total hasta el 23 de marzo. En octubre de 2021, un informe de dos comités formados por diputados de diferentes partidos de la Cámara denunció que la gestión inicial de la pandemia que buscaba la inmunidad de grupo y el consecuente confinamiento tardío fue «uno de los peores fracasos en materia de salud pública de la historia del Reino Unido». ¿Cuál fue el resultado? Miles de muertes que podrían haber sido evitadas.[427]

En la primavera de 2020, con las cifras de muertos disparadas, el Gobierno se encontró en un callejón sin salida. El Reino Unido no tenía suficientes equipos de protección individual ni pruebas diagnósticas para el covid-19. La vacuna parecía una esperanza muy lejana. ¿Qué podían hacer? Lo más razonable habría sido trabajar con la Administración pública, pero Cummings, que en la práctica era quien dirigía Downing Street durante ese periodo, detestaba el «área de desastre» de Whitehall[428] y consideraba que los trámites oficiales eran una pérdida de tiempo. Así que pensó que era hora de actuar con rapidez y acabar con todo. ¿Quién podría salvar a Inglaterra de una emergencia de tal magnitud? Los dirigentes se encomendaron a sus amigotes de la universidad.

Estoy seguro de que no pensaron que aquello se pudiera considerar corrupción. Necesitaban soluciones urgentes y, por suerte, conocían a las personas que podían ayudarlos: sus compañeros de Oxford. Una vez más, la solidaridad de clase salió al rescate. Buena parte de la lucha contra la pandemia se vertebró en Inglaterra a través de los hombres que habían estado en la universidad con Johnson y compañía, quienes después se habían lanzado de cabeza al sector empresarial en lugar de a la desmoralizadora Administración

pública, se habían casado con *tories* o magnates de los negocios y habían acabado en el circuito de veladas de los *tories* de Londres. Eran los amigotes con los que te encuentras en las bodas de los hijos de tus amigos, de paseo en Cheltenham o de compras en Notting Hill. Eran los pocos miembros de la élite académica que no habían rechazado el Brexit de los *tories*. Además, meterlos en el Gobierno ayudaría a consolidar el liderazgo de Johnson. Cuando tenían que resolver algún asunto, los miembros del Gobierno wasapeaban a sus colegas de la universidad, o estos —que tenían los números de todos los mandamases— los wasapeaban a ellos. Una forma de lo más eficaz de gestionar los problemas.

Los trámites desesperados para conseguir equipos de protección individual (EPI), como mascarillas o guantes, costaron 8.700 millones de libras, según las cuentas del Departamento de Salud y Asistencia Social. Entre otros derroches, se gastaron 673 millones de libras en equipos de protección que resultaron inutilizables, 750 millones de libras en material que no fue usado antes de su fecha de vencimiento y casi 2.600 millones de libras en «material no apto para su uso en el NHS», pero que podía ser revendido o regalado a organizaciones benéficas. Y esto mientras el valor de las existencias restantes bajaba en 4.700 millones de libras al caer el precio de los EPI. La Tesorería calculó que 1.300 millones de libras del gasto total del departamento «no contaban con la pertinente aprobación de Hacienda y se consideraban gastos irregulares», sobre todo porque «o bien el departamento o bien el NHS se habían gastado fondos sin autorización o en manifiesta violación de las condiciones impuestas», escribió el auditor del Gobierno.[429]

Dido Harding, PPE-ista de Oxford, amiga de Cameron y pez gordo de las carreras de caballos en Inglaterra, fue puesta al mando del servicio de rastreo del NHS. Poco después fue ascendida a directora de una nueva entidad: el Instituto Nacional para la Protección de la Salud. Según una organización sin ánimo de lucro, «Dido Harding no superó al resto de los candidatos en la entrevista para el puesto. No había ningún otro candidato. Le dieron el trabajo por la cara».[430] Un trabajador del servicio de rastreo de la sanidad pública explicó que «la baronesa Harding fue elegida por su liderazgo y no por sus conocimientos».[431] Huelga decir que «liderazgo» es el código británico para decir clase alta. También había dirigido empresas, pero no siempre con éxito. Más adelante, dos jueces estimarían ilegal su nombramiento, ya que Hancock —ministro de Sanidad— no había garantizado un acceso equitativo al puesto para el resto de los candidatos.

Resulta que su esposo era el diputado *tory* John Penrose, que ejercía el cargo oficial de «jefe del organismo anticorrupción del primer ministro». En octubre de 2020, Penrose personificó la ignorancia de la casta dirigente en lo que a las vidas

de los británicos de a pie se refiere cuando culpó a los «padres desastrosos» de mandar a sus hijos al colegio sin desayunar.[432] En su defensa, cabe decir que Penrose no provenía de la élite dorada de Inglaterra: él había ido a Cambridge.

Mientras tanto, el instinto de Johnson le decía que debía volver a abrir el país lo antes posible. De hecho, llegó a prometer «unas Navidades lo más normales posible» en 2020. Cuando finalmente, tarde y a regañadientes, decretó restricciones a nivel nacional, la casta dirigente con educación privada se las tomó como una sugerencia. Mientras que los británicos comunes se encerraban en sus casas, los legisladores de élite, al más puro estilo del Bullingdon, rompieron todas las normas habidas y por haber: Dominic Cummings y su familia se fueron de visita al castillo de Barnard en abril de 2020, y después vendría la interminable sucesión de fiestas en Downing Street durante varios confinamientos nacionales. En mayo de 2020, cincuenta y cinco minutos después de que el secretario de Cultura, Oliver Dowden, le recordara al resto del país que solo se podían juntar de dos en dos en la calle, organizaron una fiesta a la que acudieron unas cuarenta personas. Era de prever que las fiestas pasarían a ser de dominio público y que los británicos se enfadarían. Al fin y al cabo, durante los meses de confinamiento, muchos de ellos se perdieron funerales y se quedaron completamente solos. Que Johnson tirara su presidencia a la basura por unas cuantas juergas parece una auténtica locura, pero la verdad es que llevaba toda la vida saliéndose con la suya. Tanto es así que había construido su figura pública en torno a una interminable sucesión de escándalos que finalmente le habían llevado a Downing Street. ¿Quién le iba a decir que esta vez no podría librarse?

Él y los de su casta desdeñaban toda restricción. Si en aquella época todavía hubiera sido columnista del *Telegraph*, seguro que habría advertido al primer ministro de que encerrar a toda una nación en sus casas por un mero resfriado era una locura. En su ausencia, ese papel lo desempeñaron otros periodistas conservadores de Oxford, como Toby Young, Julia Hartley-Brewer y James Delingpole. Su falta de conocimiento científico no mermó su confianza intelectual. «Cuando tengamos inmunidad de rebaño, Boris va a tener que ajustar cuentas por este dañino e inútil confinamiento»: ese fue el titular de la columna de Young en el *Telegraph* en julio de 2020.[433] Seis meses y más de cien mil muertes después, la página web de Young, Lockdown Sceptics, todavía tenía una sección titulada «¿Dónde está la pandemia?» que aseguraba que «los casos no son más que test positivos».[434]

Young, Hartley-Brewer y Delingpole habían heredado los papeles que Hannan, Gove y el propio Johnson jugaron con el Brexit: una vanguardia de habilidosos escritores que contentaban a la toriesfera con historias persuasivas y

entretenidas, envueltas en una plausibilidad similar a la de las historias que se contaban en las tutorías de Oxford, y engrasadas con pullas, estadísticas y llamamientos a las tradiciones británicas de libertad, Burke y demás. Puede que a algunos aburridos expertos les diera por diseccionar el mensaje de estos artículos con frases nada memorables, pero estos expertos no tenían mucha audiencia en la toriesfera. Los escépticos tenían mucha influencia sobre Johnson, casi más que los científicos. Por supuesto, otra influencia de lo más reseñable era la de la «junta de asesores» de donantes de élite del Partido Conservador, que tenían acceso mensual a Johnson o a Rishi Sunak.[435]

A lo largo de dos años, Dido Harding recibió más de 37.000 millones de libras, y aun así no logró que su departamento, encargado de las pruebas de detección del covid-19, ayudara a frenar la expansión del virus. Meg Hillier, jefa del Comité de Cuentas Públicas de los Comunes, dijo en marzo de 2021: «Pese a los inimaginables recursos que se han puesto a disposición de este proyecto, el servicio de rastreo de covid-19 del NHS no aprecia una diferencia significativa en el progreso de la pandemia».[436] Para entonces, el número de muertos por la pandemia en el Reino Unido había sobrepasado los 120.000: tres veces el número de británicos fallecidos durante el Blitz.[437] En aquel momento de la pandemia, esa cifra era también la tasa per cápita más alta de los países con más de doce millones de habitantes, según el geógrafo de Oxford Danny Dorling.[438]

Para ser justos, el servicio de rastreo del NHS sí consiguió algún que otro logro, como el de enriquecer a la compañía Serco, cuyas acciones se dispararon gracias a los contratos con el Gobierno.[439] El director ejecutivo de Serco era Rupert Soames: nieto de Churchill, antiguo presidente de la Oxford Union y miembro del Bullingdon[440] que hacía cuarenta años había anunciado su intención de ser «lo más rico posible». Serco le pagó 4,9 millones de libras en 2020.[441]

Pese al fracaso de Harding, Matt Hancock (jinete y apasionado de los caballos) la apoyó para que sucediera a Simon Stevens como directora ejecutiva del NHS. Stevens había ascendido al cargo en 2013 gracias a la oxocracia, es decir, gracias a sus compañeros PPE-istas Cameron y Jeremy Hunt.

Gina Coladangelo había formado parte de la radio universitaria de Oxford con Hancock, así que este la convirtió en su ayudante y le dio un puesto de consejera en su departamento con un salario de quince mil libras al año. Cuando los pillaron en actitud cariñosa en el circuito cerrado de cámaras de seguridad saltándose las reglas de distanciamiento social, Hancock tuvo que dimitir como ministro de Sanidad, condenando de paso la apuesta de Harding por liderar la NHS.

Johnson apostó por su instinto de clase alta hasta el final. En febrero de 2022, visto el escándalo público que había provocado el *partygate*, trató de reconstruir su imagen designando un nuevo director de comunicaciones: Guto Harri, un coetáneo de la Oxford Union que tenía buenos recuerdos de los discursos «absolutamente desternillantes» de Johnson casi cuarenta años antes. Al empezar a trabajar en Downing Street, Harri alabó a Johnson: «No es un inepto total».[442] Simone Finn, quien también había estado en Oxford con Gove y había salido con él cuando tenía veinte años,[443] pasó a ser jefa en funciones del personal de Downing Street en los últimos meses del primer ministro en el Gobierno. Antes de que el escándalo del *partygate* lo obligara a dimitir, la designó para que formara parte del Comité de Normas de Conducta de la Vida Pública.[444]

Eso sí, hubo un cargo de la élite que no decepcionó. La capitalista de riesgo Kate Bingham era una coetánea de Oxford de Johnson, Gove y compañía que se casó con el diputado conservador Jesse Norman (Eton y Oxford). Johnson la puso al frente del departamento encargado de la vacunación y fue un éxito rotundo. La rápida vacunación frenó la epidemia en Inglaterra antes que en ningún otro país occidental. Pero cabe preguntarse: ¿por qué fallecieron tantos británicos en 2020?

La catastrófica tasa de muertes en Inglaterra no fue una excepción, sino la cuarta metedura de pata del Gobierno británico en menos de veinte años tras la guerra de Irak, la crisis económica y el Brexit. Al igual que los casos previos y que la presidencia de Johnson en general, parte del problema radicaba en la anteposición de la retórica a los hechos y la experiencia.

En 2002-2003, fue la elocuencia de Tony Blair la que vendió la guerra de Irak en Inglaterra. Cuando insinuó que las imaginarias «armas de destrucción masiva» de Sadam Huseín podían impactar en el Reino Unido,[445] la clase dominante se lo creyó. De hecho, los estadounidenses de alta cuna solían alabar a Blair por defender la participación en la guerra con bastante más soltura que Bush. Sí, Blair hablaba muy bien y era muy consciente de ello. Lo que mejor se le daba era marear la perdiz para tapar sus lagunas de conocimiento.

Pero entonces la crisis económica azotó Inglaterra con una fuerza inusitada y dejó al país muy tocado, sobre todo por la magnitud del sector financiero de Londres. Durante décadas, la casta política (en su vasta mayoría negada para los números) había tratado a Londres como a un árbol mágico del dinero cuyas demandas siempre se habían de satisfacer porque nadie tenía ni idea de cómo funcionaba aquello. En 2008, el árbol se derrumbó y se llevó por delante el país. Después vino el Brexit y el covid-19. Alemania, puestos a comparar, supo evitar o

mitigar estos cuatro desastres.

A finales de 2020, Malcolm Turnbull hizo una encuesta sobre el estado de Inglaterra desde la seguridad de Australia y concluyó lo siguiente: «La gestión del covid en el Reino Unido es un ejemplo de lo que sucede cuando no se gestiona la Administración de forma competente y eficaz. Gobernar igual que se debate, tratando los asuntos de pasada y de forma superficial, sirve para ir tirando a corto plazo, pero puede acarrear consecuencias muy graves».

---

[425] Cumplamos con el Brexit. (*N. de la T.*).

[426] Disponible en https://twitter.com/BBCBreaking/status/1417515644749336576?s=20.

[427] Reilly, Thomas, «Parliamentary Health & Social Care Committee Report into the UK's Covid-19 Response», *Globalpolicywatch.com*, 14 de octubre de 2021.

[428] Tolhurst, Alain, «Cummings says reform of “disaster zone” civil service was a condition for entering No 10», *Civil Service World*, 18 de marzo de 2021.

[429] Grafton-Green, Patrick, «”Inept” government slammed as Covid PPE losses of £8.7 billion revealed», *LBC*, 1 de febrero de 2022.

[430] «It's time for an end to cronyism», *Good Law Project*, 1 de noviembre de 2020.

[431] Rana, Manveen (presentadora), «Tracking and tracing the rise of Dido Hardin», pódcast *Stories of our times*, 25 de agosto de 2020.

[432] Ng, Kate, «Tory MP blames “chaotic parents” for children going to school hungry», *Independent*, 28 de octubre de 2020.

[433] Bland, Archie, «Daily Telegraph rebuked over Toby Young's Covid column», *Guardian*, 15 de enero de 2021.

[434] Shrimsley, Robert, «Rightwing sceptics helped deepen the UK's Covid crisis», *Financial Times*, 6 de enero de 2021.

[435] Parker, George *et al.*, «Inside Boris Johnson's money network», *Financial Times*, 30 de julio de 2021.

[436] Wise, Jacqui, «Covid-19: NHS Test and Trace made no difference to the pandemic, says report», *British Medical Journal*, 10 de marzo de 2021.

[437] «The Fallen: Military strength and deaths in combat», *UK Parliament*, fecha no disponible.

[438] Dorling, Danny, «Why has the UK's COVID death toll been so high? Inequality may have played a role», *PreventionWeb*, 4 de marzo de 2021.

[439] Lex, «Serco: UK test and trace scheme boosts outsourcer», *Financial Times*, 14 de junio de 2021.

[440] Mutch *et al.*, «General Election 2015», *Independent.*

[441] Plimmer, Gill, «Serco chief Rupert Soames receives £4.9m pay package», *Financial Times*, 10 de marzo de 2021.

[442] Shipton, Martin, «“Boris Johnson is boxed in, vulnerable… but he could pull it off”: The new Prime Minister's former right-hand man» *Wales Online*, 27 de julio de 2019.

[443] Shipman, *All Out War*, p. 530.

[444] «Political Members appointed to the Committee on Standards in Public Life», *Gov.uk*, 2 de septiembre de 2022.

[445] Morrison, David, «Lies, half-truths and omissions on the road to war against Iraq», *Opendemocracy.net*, 28 de octubre de 2015.

17

Una oxocracia sin señoritos

«Tengo amigos que son aristócratas, tengo amigos que son de clase alta, tengo amigos que son, ya sabéis, de clase trabajadora. Bueno, no. De clase trabajadora, no».

RISHI SUNAK (graduado en Oxford), en la serie documental de la BBC *Middle Classes: Their Rise and Sprawl*, 2001[446]

Mira que es difícil sabotear la que probablemente sea la clase dominante más antigua del mundo, pero Boris Johnson lo consiguió. En su cargo como primer ministro, personificó (hasta el punto de la parodia) todas las taras de los graduados de la *public school* y de Oxford que he intentado describir en este libro: era un *gentleman amateur* irresponsable que se tomaba la política como un juego, que repudiaba el trabajo duro y que improvisaba sus discursos. Digo más, puede que incluso haya arruinado las perspectivas de éxito de la siguiente generación de señoritos de Oxford. El electorado británico —al contrario que los 150.000 miembros del Partido Conservador— no va a querer a ningún Boris Johnson al frente del Gobierno durante una buena temporada.

Hijo de un funcionario del Banco Mundial y de la Comisión Europea, Johnson se había pasado la vida buscando el ansiado ascenso de la clase media-alta a la casta. A decir verdad, sus sucesores —primero Liz Truss y después Rishi Sunak— eran más de clase media. En la universidad, ninguno de ellos se acercó a la Oxford Union, y ambos estudiaron PPE, la llamada «carrera de primer ministro». Ella hija de un catedrático de Matemáticas y él hijo de un doctor, aquel dúo representaba el grueso del alumnado de Oxford en los años noventa: estudiantes

de familia de clase media acomodada y, cada vez en mayor medida, mujeres y racializados. Solo quedaban unos pocos señoritos de la casta, que flotaban por Oxford como los tropezones en la sopa.

Pero, por modernos que parecieran en comparación con Johnson, tanto Truss como Sunak representaban la oxocracia. Los dos recibieron sus carnés de la élite nada más cumplir la mayoría de edad —sobre todo, gracias a sus orígenes—, y los dos llegaron a la conclusión de que Oxford seguía siendo el camino más rápido para acceder al poder en Inglaterra.

En retrospectiva, la carrera de Truss en Oxford, desde 1993 a 1996, es un fiel adelanto de lo que sería su presidencia de tan solo cuarenta y cinco días: una confianza inquebrantable, un apetito inconmensurable por la impopularidad, un ascenso vertiginoso y una caída en picado igual de vertiginosa.

Muchas de las estudiantes de colegio público que entran en Oxford están lastradas por el síndrome del impostor, pero no Truss. Criada en una casa donde los interrogatorios académicos y el debate político[447] durante la cena eran el pan de cada día, no le intimidaban los profesores. (Soy hija de un catedrático, sé de lo que hablo). Justo antes de convertirse en primera ministra, su profesor de Ciencias Políticas, Marc Stears, la recordaba como «una estudiante alegre e imaginativa de un *comprehensive* que se negaba a dejarse intimidar por la ostentación de la universidad». Después pasó a describir el que sería su rasgo más característico en Downing Street:

> Durante las tutorías, Truss demostró tener una perturbadora habilidad para la sorpresa. Ningún otro estudiante poseía su desconcertante capacidad para producir ensayos sobre cualquiera de los principales eventos de la historia de la política británica y lograr decir algo nunca dicho; no siempre eran ensayos certeros, pero sí sorprendentes.
>
> Eran trabajos creativos y tímidamente inconformistas. En el transcurso de la tutoría, casi nunca daba el brazo a torcer, ni siquiera cuando yo hacía lo que todos los tutores de Oxford hacen: presentar hecho tras hecho para intentar cambiar su punto de vista. A veces era frustrante, pero por aquel entonces yo era muy joven y me gustaba que aquella estudiante defendiera con tanta vehemencia que su criterio valía tanto como el de cualquier otra persona. Aunque seguramente los tutores más experimentados se sentirían frustrados por su tendencia a desviarse de los libros de texto a la primera de cambio.[448]

Truss todavía estaba en primer curso cuando tres de los altos cargos del Consejo Estudiantil de la Universidad de Oxford dimitieron y se le propuso ser su sucesora.[449] El OUSO (por sus siglas en inglés) —no confundir con la Oxford

Union— era una organización seria que luchaba por resolver los problemas prácticos de los estudiantes. Compuesto mayoritariamente por estudiantes de izquierdas, Truss, que estaba en el extremo libertario de los demócratas liberales, destacaba.

Se llevó su «timidez inconformista» a su nuevo cargo como directora ejecutiva del OUSU.[450] Uno de sus coetáneos en el ejecutivo señaló después de que ascendiera a primera ministra: «Era muy parecida a como es ahora: un poco arisca en el trato, con poca empatía. Siempre andaba diciendo: "Es la corrección política llevada al extremo". Esa era su muletilla; le encantaba sacarnos de quicio con esa frase».

Pronto empezó a argumentar que era «condescendiente y sexista» que las universidades tuvieran directoras[451] e hizo un llamamiento a favor de que hubiera «menos mujeres en grupos de mujeres y más en la escena política general»,[452] donde tenía puesto el punto de mira. Sus comentarios contradecían los principios oficiales del OUSU y «provocaron intensos y a veces hostiles debates entre Truss y otros miembros del consejo [del OUSU]», informó el *Oxford Student*.

Pero ya por aquel entonces a Truss le faltaban habilidades sociales. En mayo de 1994, el consejo del OUSU la amonestó por el trato que le dispensó a una «persona angustiada» que había llamado a las oficinas de la organización y había pedido hablar con lo que por aquel entonces se conocía como «agente LGB» (lesbianas, gais y bisexuales). Truss, o eso contó el *Cherwell*, «gritó desde un extremo de la habitación», en un tono de voz perfectamente audible para la persona que llamaba: «¿Hay alguien del LGB?». Tras la amonestación, contestó al *Cherwell*: «Es una pena que se use algo tan baladí como excusa para atacarme cuando, en realidad, lo que sucede es que no estamos de acuerdo en otros asuntos». El director al cargo de las políticas de bienestar del OUSU respondió: «A ella le parecerá baladí, pero se trata de una cuestión de bienestar social. Entre un 20 y un 30 por ciento de los suicidios en edad adolescente están relacionados con la comunidad LGB».[453]

Su antiguo compañero en la dirección del OUSU dice: «Ya hay que ser rara para presentarte semana sí, semana también, a un consejo estudiantil donde no le caes bien a casi nadie. He de admitir que me impresionó. Supongo que le gustaban los retos».

Lo que sí le gustaba era adoptar posiciones libertarias que ofendieran a todos los partidos. En la semana de orientación para los estudiantes de primer año (supuestamente en octubre de 1994) decoró la caseta de los demócratas liberales con pósteres que decían «¡Di sí a la marihuana!».[454] En 1994, con tan solo

diecinueve años, para su debut en la conferencia anual de los demócratas liberales en Brighton, decidió defender la postura más impopular de la política británica: el ataque contra la monarquía. «Nosotros, los demócratas liberales, creemos que todos debemos tener las mismas oportunidades —dijo—. No creemos que nadie haya nacido para gobernar».

Ascendió a la presidencia del grupo de demócratas liberales de la universidad y, casi a la vez, en enero de 1995, a mitad de su segundo año, dimitió del OUSU.[455] Poco después también se distanció de los demócratas liberales, y así lo hizo saber en una lista de correo estudiantil en 1995: «Habría matado a cualquiera de mi organización antes que a los del Club Laborista».[456] En su tercer año de universidad parecía que había abandonado toda política estudiantil. Sin embargo, en 1996, antes de graduarse y empezar a trabajar en Shell, se unió al Partido Conservador.[457]

Truss no fue la única que se desencantó de la política en Oxford, también le sucedió a otro futuro líder británico. En la primavera de 1994, en los días previos a una reunión general universitaria, un estudiante llamado Sheridan Westlake llenó la universidad de pósteres que animaban a votar por su candidatura individual, en lugar de por la candidatura del OUSU. En respuesta, el OUSU se planteó organizar una moción de censura.

En ese momento, apareció un anuncio en el periódico *Oxford Student* con el título «Ciudadanos por Sheridan Westlake»,[458] que supuestamente estaba escrito al estilo de la clásica mofa irónica de Oxford. Decía el pretencioso anuncio: «Este viernes, solo ante la injusticia de la clase dominante, un inocente será juzgado. […] Como ya le ocurrió a Liz Truss en la última reunión del OUSU, los dirigentes de la organización estudiantil se han conjurado contra Sheridan».

El anuncio citaba al propio Westlake: «Aquí sigo. ¿Qué iba a hacer si no? —decía, y después concluía ominosamente—: Lucharé, lucharé hasta ganar». Y debajo de su cita había una solicitud de donaciones para la causa. Cuando Truss llegó al número 10 de Downing Street, en septiembre de 2022, Sheridan Westlake (oficial de la Orden del Imperio Británico) ya era consejero político:[459] el único entre los cientos de consejeros de Asuntos Extraordinarios del Partido Conservador que desde 2010 había trabajado en todos los Gobiernos, empezando por el de Cameron.[460]

Truss se convirtió en primera ministra, sí, pero no se dejó sus particularidades políticas en Oxford. El libertarismo, la confianza inquebrantable y el apetito por la impopularidad la acompañaron hasta Downing Street. Ella y su canciller educado en Eton y Cambridge, Kwasi Kwarteng, seguían manteniendo la fe universitaria en la teoría de la filtración de la riqueza de Thatcher, Hayek y

demás. Así que, en el que fue su primer y último ejercicio en el poder, configuraron un presupuesto que se oponía abiertamente a lo que llamaban con desdén la «ortodoxia económica». En una época en que la inflación había alcanzado el tope más alto en cuarenta años y los británicos más empobrecidos no podían permitirse comprar comida o gasolina, Kwarteng anunció bajadas de impuestos para los ricos.

Truss y Kwarteng estaban dispuestos a sacar su medida estelar adelante, aunque tuvieran que desafiar los criterios de los expertos del Gobierno. Por desgracia, los expertos se quejaban con razón. La libra cayó a un mínimo histórico en comparación con el dólar, el rendimiento de los bonos británicos se disparó y la tasa de popularidad del Partido Conservador cayó en picado. Cómo no, en mitad del caos, la amigocracia de Oxbridge aprovechó para sacar tajada. En el pasado, Kwarteng había trabajado para el gerente de fondos especulativos pro-Brexit educado en Oxford Crispin Odey.[461] Odey lo había invitado a comer durante la campaña presidencial de Truss, aunque después diría: «Nunca he hablado con Kwasi sobre nada importante».[462] Con la bajada de impuestos de Kwarteng, Odey hizo su agosto apostando contra los bonos británicos.

Tras el fiasco, un antiguo ministro *tory* protestó: «Truss y Kwarteng se comportan como si todavía estuvieran en una sociedad de debate estudiantil, donde se pueden perseguir filosofías extremas sin importar las consecuencias».[463]

Daba la impresión de que el Partido Conservador pos-Brexit, al igual que la Oxford Union, solo servía para encumbrar nuevos líderes. En el verano y el otoño de 2022, tuvieron que seleccionar a dos nuevos cabezas de lista a una velocidad todavía mayor que en la Union. El 24 de octubre, los diputados conservadores convirtieron a Rishi Sunak en el primer *premier* racializado de la historia de Inglaterra. Sunak representaba una ruptura con los Gobiernos anteriores, pero también su continuidad: era el quinto primer ministro conservador de Oxford desde 2016, y el decimotercer primer ministro de Oxford de los diecisiete elegidos desde la guerra.

Sin embargo, el término *racializado* —al igual que la expresión *gente de color* — esconde más de lo que revela. Denota el interminable número de grupos étnicos de este planeta cuya piel no se considera blanca. De hecho, el uso del término implica asumir una solidaridad entre todos los racializados que rara vez se da.

Los padres de Sunak —como los de las políticas conservadoras Priti Patel y Suella Braverman— proceden de un pequeño grupo étnico muy específico: los

asiáticos de África oriental. Se los conoce como «migrantes dobles»: familias que emigraron de la India bajo dominio británico a África oriental y, de ahí, principalmente en los años setenta, viajaron hasta el Reino Unido. Curiosamente, yo soy uno de ellos: nací en Uganda en 1969, donde mi padre trabajaba como profesor en la Universidad de Makerere y mi madre trabajaba en su tesis doctoral sobre los católicos de Goa de orígenes indios en África oriental. Emigramos a Londres en 1970. Meses después, Idi Amin ascendió a la presidencia de Uganda gracias a un golpe de Estado, persiguió a los asiáticos y devastó el país.

Muchos asiáticos habían sido emprendedores de éxito o profesionales en África oriental. Pero tras la independencia de estos países, los Gobiernos africanos negros, recelosos de la economía asiática dominante, los echaron del país. Es decir, que el trauma fundacional de este grupo étnico tiene que ver con otra «gente de color». Además, algunos hindús de África oriental eran seguidores del movimiento identitario Hindutva, así que también tenían conflictos con los musulmanes.

Llegados al Reino Unido, la mayoría de los asiáticos de África oriental volvían a tener éxito. En Southampton, la madre de Sunak, farmacéutica, y su padre, médico, tenían grandes sueños para sus hijos. Sunak ha dicho: «Mis padres siempre me han dicho que en esta vida hay que esforzarse todo lo posible. Ese ha sido siempre un valor fundamental en mi familia. Solo así se consigue una vida mejor».[464] Es la visión proteica del mundo compartida por los inmigrantes con formación académica: libres de una clase preasignada en la sociedad y de las presiones de clase que atormentan a muchos británicos nativos, los migrantes creen que pueden ser lo que quieran. Es más, esperan ser dueños de sus vidas, independientemente de lo que opine la sociedad. Inevitablemente, muchos asiáticos de África oriental aceptaban de brazos abiertos al Partido Conservador: thatcherista, individualista y devoto del éxito.

Los padres de Sunak comprendieron que la forma más fácil de que su hijo llegara al poder era a través de la educación privada, así que ahorraron para mandarlo a Winchester, donde destacó por su excelencia académica e incluso fue delegado de clase. Cuando llegó a Oxford, en 1998, Sunak fue uno de los muchos asiáticos británicos de su generación que entraron en universidades de élite. Como siempre, la élite británica seguía a lo suyo: captando a *outsiders* brillantes, en especial a aquellos que hubieran pasado por el sistema escolar de la casta dominante. Sunak les llamó la atención y se unió al club, como sus padres siempre habían querido.

Lo cierto es que sus ambiciones en Oxford no eran decididamente políticas. El mes que hizo los exámenes finales de la carrera de PPE, junio de 2021, Tony Blair

fue reelegido por una mayoría aplastante. No era un buen momento para los conservadores en ciernes. De todos modos, lo que Sunak deseaba era éxito empresarial. Había sido presidente de la Sociedad de Inversión de la universidad, un imán para los futuros banqueros de inversión, y se licenció con una miríada de ofertas de trabajo. En aquella época, la globalización avanzaba a toda máquina y su sede central era Estados Unidos. Sunak, que terminó la universidad con un grado de primera clase, se unió a Goldman Sachs en Nueva York. Mientras que muchos líderes conservadores se habían dado por satisfechos tras tres o cuatros años en Oxford, Sunak también cursó un máster en Administración de Empresas en Stanford: otra marca estadounidense de primera que añadir a su currículum junto a su paso por Winchester y Oxford.

Tras enriquecerse en un fondo especulativo estadounidense y en la empresa de su suegro, puso la mira en la política británica. Por suerte, su mejor amigo en Winchester, James Forsyth, se había convertido en un influyente periodista de derechas en la revista *Spectator*. La biografía de Michael Ashcroft incluye una cita de Sunak al más puro estilo hombre hecho a sí mismo: «Cuando volví de Estados Unidos, solo conocía a James. No conocía a nadie más en política».[465]

Una vez más, la red de contactos de la élite dio sus frutos: Forsyth lo presentó a todo el mundo y Sunak hizo uso de sus encantos.[466] Cuando solicitó el escaño conservador garantizado de Richmond en Yorkshire, fue convocado junto al resto de los candidatos para presentarse ante un comité de selección. Angus Thompson, un granjero que había llegado a dirigir la Asociación Conservadora de Richmond, le contó a Ashcroft:

> Les formularon las mismas preguntas a todos los candidatos; tenían unos veinticinco minutos cada uno. Daba igual la pregunta, Sunak siempre tenía una respuesta. Igual no sabía nada sobre agricultura en las Dales, pero sabía improvisar. Mientras que el resto de los candidatos se excusaban —«Tendría que informarme más sobre el tema; no estoy seguro»—, Sunak era muy positivo y tenía muy claro cómo solucionaría cualquier problema de ser elegido.[467]

Pese a no saber las respuestas a las preguntas, Sunak improvisó y ganó. Una vez más, las tutorías de Oxford demostraron ser la mar de útiles.

Fue elegido diputado conservador en 2015, consiguió un puesto raso en el Gobierno en 2018 y se abrió paso entre los escombros de los viejos *tories*. Cuando se convirtió en primer ministro, dos de los tres miembros más importantes de su gabinete eran negros, asiáticos o de minoría étnica: Braverman y el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, James Cleverly. En representación de los señoritos

estaba el canciller Jeremy Hunt. Dos antiguos delegados de clase ocupaban el décimo y el undécimo puesto; en lo que a casta dominante se refiere, los adultos volvían a estar al mando.

Eso sí, algo seguía siendo igual: el 65 por ciento del primer gabinete de Gobierno de Sunak había ido a un colegio privado. Los nuevos mandamases de Inglaterra conocían el camino al poder como la palma de su mano.

---

[446] Vídeo disponible en https://www.youtube.com/watch?v=p9bbBYcwFOk.

[447] Norfolk *et al.*, «Liz Truss», *The Times*.

[448] Stears, Marc, «She had an unnerving hability to surprise, writes Truss's Oxford tutor», *Sunday Times*, 30 de julio de 2022.

[449] Price, Fiona, «OUSU Execs resign», *Cherwell*, 26 de noviembre de 1993.

[450] Fisher, Mark y Sam Carter, «Women's post reaffirmed», *Oxford Student*, 10 de febrero de 1994.

[451] Fisher, Mark y Mark Henderson, «Balliol challenges Women's Officer», *Oxford Student*, 3 de febrero de 1994.

[452] *Ibid.*

[453] Meves, Katy, «OUSU Officer Under Fire», *Cherwell*, 4 de junio de 1994.

[454] Syal, Rajeev *et al.*, «"Ambition greater than ability Liz Truss" rise from teen Lib Dem to would-be PM», *Guardian*, 30 de julio de 2022.

[455] Smith, Simon, «NUS reps quash OUSU affiliation plan», *Oxford Student*, 19 de enero de 1995.

[456] Norfolk *et al.*, «Liz Truss», *The Times*.

[457] Behr, Rafael, «From the NS Archive: Iron Lady 2.0.», *New Statesman*, 5 de septiembre de 2022.

[458] Citizens for Sheridan Westlake, «OUSU Injustice», *Oxford Student*, 9 de junio de 1994.

[459] Disponible en https://twitter.com/alexwickham/status/1567452424767504386?s=20&t=ktW4v8kzNasWU1zKJ4zdBw.

[460] Menin, Anna y Matilda Davies, «Westminster turmoil propels an army of "Spads" into big business, *Sunday Times*, 30 de octubre de 2022.

[461] Pickard, Jim y Mary McDougall, «Kwasi Kwarteng under pressure over champagne reception at home of hedge fund boss», *Financial Times*, 2 de octubre de 2022.

[462] Swinford, Steven y David Brown, «Kwasi Kwarteng's ex-boss Crispin Odey bet big on falling pound weeks after lunch with him», *The Times*, 30 de septiembre de 2022.

[463] Payne, Sebastian *et al.*, «Kwasi Kwarteng's fiscal shift prompts split among Tory MPs», *Financial Times*, 26 de septiembre de 2022.

[464] «The Rishi Sunak One», *Political Thinking with Nick Robinson*, BBC Radio 4, 11 de

octubre de 2019.

[465] Ashcroft, Michael, *Going for Broke: The Rise of Rishi Sunak*, Londres: Biteback Publishing, 2020, p. 72.

[466] *Ibid.*, p. 72.

[467] *Ibid.*, p. 83.

18

¿Qué podemos hacer?

«Deberíamos dejar de elegir a líderes de un subconjunto de ególatras de Oxbridge con un grado en humanidades y una racha como asesores políticos».

DOMINIC CUMMINGS, 2014[468]

«Todos los relucientes premios se entregaban en función de a qué colegio y a qué universidad habías ido en una ceremonia que el 99 por ciento de la población desconocía —dice Rachel Johnson—. Esa es la verdad. Al menos, antes era así. No sé si ahora seguirá siendo igual. Espero que no».

Cabe preguntarse entonces: ¿la sociedad británica sigue siendo así? Y si la respuesta es afirmativa, ¿cómo podemos cambiar la situación? Tras publicar esta obra en la primavera de 2022, volví a Oxford en dos ocasiones a dar charlas sobre el libro y a debatirlo con estudiantes de la universidad. Lo que vi y oí en esas visitas a la universidad me impresionó. Oxford está haciendo más de lo que pensaba para resolver las injusticias descritas en este libro. Para retratar esos avances, he reescrito la versión de este capítulo que aparece en la primera edición. Ahora bien, creo que Oxford tiene que esforzarse todavía mucho más para reducir el daño que le ha infligido a la sociedad británica.

Es extraño volver a una ciudad que no pisabas desde hace décadas, pero que todavía conoces como la palma de tu mano. Siempre que vuelvo a Oxford, siento que viajo en el tiempo. Al pasear por la ciudad, todavía tengo en la cabeza la universidad que conocí con dieciocho años, en 1988, y me veo sometido a constantes sobresaltos: «¡Hay estudiantes trabajando en las cafeterías con sus portátiles! ¡La comida es decente! ¡Hay una cafetería que te da un relojito de

arena para que puedas calcular el tiempo que le falta al té japonés! ¡Me saltan los WhatsApp en Christ Church Meadow!». En mi época, ni siquiera teníamos teléfonos en las habitaciones.

La ciudad en sí apenas ha cambiado, y estoy seguro de que dentro de trescientos años seguirá exactamente igual. Pero la universidad sí ha cambiado mucho. El Oxford diletante que yo conocía ha sido reemplazado por una institución más profesional y capitalista. La última vez que me paseé por los pasillos de mi antiguo colegio universitario, me sorprendieron los apellidos chinos, rusos y alemanes a los pies de las balaustradas: Oxford se está globalizando intelectualmente. Por cada plaza en la universidad hay cuatro veces más candidatos que en la década de los ochenta.[469] Hoy por hoy, los estudiantes se esfuerzan mucho más y quieren sacarle partido al dinero que invierten en Oxford, que por otra parte no ven sino como la primera etapa de sus carreras profesionales. Ahora, muchos estudiantes visitan la oficina de orientación profesional en su primer bimestre, en lugar de llegar allí resacosos días después de los exámenes finales de la carrera. Un tutor de Oxford, un antiguo compañero de la universidad, me confesó que ahora les dice a los estudiantes: «Este es vuestro trabajo. Sois universitarios a jornada completa. Deberíais echarle cuarenta horas a la semana como mínimo». Y añadió: «Pero por dentro pienso en las dos horas a la semana que le dedicábamos nosotros. Cuando vuelve la gente de nuestra generación, les sorprende la seriedad de los estudiantes de las nuevas generaciones. Hoy por hoy, alguien como Boris no entraría en Oxford».

Esta nueva Oxford contrata a académicos brillantes en lugar de a alcohólicos sin doctorados. También ayuda que la universidad disponga de muchos más fondos. Al mes de entrar en Oxford, en octubre de 1988, Oxford lanzó una campaña para la recaudación de fondos: Campaign for Oxford. Su objetivo de ganar 220 millones de libras en los primeros cinco años la convirtieron en la mayor campaña de recaudación de fondos jamás organizada por una institución educativa fuera de Estados Unidos.[470] A muchos profesores les pareció una iniciativa de lo más vulgar, pero desde 2004 hasta 2019 la campaña de recaudación de fondos Oxford Thinking Campaign recaudó 3.300 millones de libras.[471] Ahora, todos los colegios universitarios recaudan fondos de forma individual.

Hoy por hoy, el centro de la ciudad huele a dinero. Uno de los primeros edificios con los que uno se encuentra al bajar del tren es la escuela de negocios Saïd, que recibe su nombre del traficante de armas sirio-saudí-canadiense. (Su mujer, Rosemary Saïd, donó al menos 250.000 libras al Partido Conservador en 2020 o 2021).[472] A diez minutos a pie de la escuela de negocios, está la Escuela

de Gobierno Blavatnik, llamada así en honor a un hombre de negocios multimillonario de Odesa. Ninguna de estas escuelas estaba ahí en mi época. Tampoco estaba el Oxford Internet Institute, mientras que los dos parques científicos repletos de tecnológicas emergentes empezaron a desarrollarse en los noventa. En 2019 se fundó el primer colegio universitario en treinta años: el Reuben College, nombrado así por dos hermanos indios criados en Londres que hicieron fortuna en parte gracias al comercio de metales en el «salvaje Este» de la Unión Soviética en los años noventa.[473]

El nuevo oligarquismo de Oxford coexiste felizmente con los debates sobre la diversidad moderna: cuando visité la ciudad durante el mes del Orgullo en 2022, banderas arcoíris colgaban de los tejados de todos los colegios universitarios. La fusión de la oligarquía con la diversidad permea el alumnado de Oxford. Desde que se habilitaron las exorbitantes tasas de matriculación internacional —entre 28.950 y 44.240 libras al año en 2023—,[474] hay más estudiantes racializados ricos del Sur global y menos estudiantes europeos de clase media. Aun así, intercedo a favor de Oxford para señalar que, por lo menos, no ha seguido la estela de las universidades de la Ivy League, que admiten a ciertos candidatos solo porque sus padres son ricos. Cualquier oferta de donación por parte de las familias de los futuros alumnos es rechazada. Visto lo visto, el responsable de las admisiones de Oxford puede pasarse décadas sin que nadie intente sobornarlo.

Hoy por hoy, la mayoría de los tutores en Oxford no toleran las improvisaciones elocuentes. Incluso ha habido cierto examen de conciencia sobre el papel que desempeñó Oxford en la educación de los políticos pro-Brexit. Louise Richardson, vicecanciller de la universidad hasta 2022, dijo que se sintió «avergonzada de confesar que fue una de las profesoras que educaron» a Michael Gove.[475] Pero, ante todo, existe en la universidad una gran vergüenza por haber cocreado a Johnson. Durante su mandato como primer ministro, su antiguo colegio universitario, el Balliol, desafió la tradición de colgar su retrato en el comedor. En su lugar, en honor al quincuagésimo aniversario de la entrada de mujeres en el colegio, retratos de mujeres de Balliol (incluida al menos una mujer de la limpieza) reemplazaron a los habituales hombres blancos en las paredes.

Los exámenes finales de Oxford han pasado por un lavado de cara para favorecer a los académicos frente a los «ensayistas naturales», me contó un tutor de Historia. En parte, motivados por la diferencia de resultados entre hombres y mujeres: los hombres rebosantes de confianza eran recompensados por argumentos valientes pero contradictorios, confeccionados a toda prisa. Ahora, llegado el tercer y último año de carrera, ya no se tienen que redactar tres ensayos en un examen de una hora con múltiples exámenes del estilo en una

misma semana. Ese tipo de prueba ha entrado en declive. Hoy por hoy, el grado de Historia incluye una tesis obligatoria de doce mil palabras, un ensayo donde desarrollar un tema en profundidad y, al terminar el segundo año de carrera, una prueba en la que los estudiantes han de escribir tres trabajos desde casa.

El covid-19 también motivó otra reforma: cuando se suspende un examen, los estudiantes de Historia tienen que entregar a sus tutores copias corregidas, mejoradas y con notas a pie de página de sus tres mejores trabajos de la carrera. En los años ochenta, las notas a pie de página en trabajos de estudiantes de licenciatura eran una excepción. Ahora, en cambio, junto a las bibliografías, las notas a pie de página se han vuelto obligatorias para todos los trabajos universitarios.

Todo esto es progreso. «Afortunadamente, considero que los valores de la universidad sí que han cambiado desde los años noventa», asegura Kalypso Nicolaïdis, la catedrática de Relaciones Internacionales en Oxford. El problema sigue siendo a qué estudiantes se les concede el acceso a Oxford para poner esas notas a pie de página. Recientemente, aunque con años de retraso, la universidad también ha empezado a transformar su proceso de admisión de estudiantes.

Desde la creación de las Comisiones Reales de Oxford y Cambridge en 1952, [476] se empezó a debatir, sin prisa pero sin pausa, cómo reducir el número de estudiantes de colegio privado en Oxbridge. Sin embargo, nada parecía cambiar demasiado. El debate solo servía para que los miembros en disputa expresaran sus pesares, como si de un ritual de absolución religiosa se tratara. Al finalizar el debate, la casta dominante seguía en el mismo sitio que antes. En la misma línea, quizá recuerden vagamente las palabras de preocupación que le dirigió Theresa May a la nación en los escalones del número 10 de Downing Street tras convertirse en primera ministra en 2016:

> Si naces pobre, morirás de media nueve años antes que el resto. Si eres negro, el sistema penal te tratará con mayor dureza que si fueras blanco. Si eres un chico blanco de clase trabajadora, tienes menos probabilidades que el resto de Inglaterra de ir a la universidad. Si vas a un colegio público, tendrás menos oportunidades de conseguir los trabajos mejor pagados que alguien que haya ido a un colegio privado.[477]

Prometió luchar contra las «acuciantes injusticias», pero no encontró el momento. En 2017, Oxford aceptó a más candidatos de Westminster School (49) que a hombres negros (48).[478] Un estudio realizado por la institución Sutton Trust en 2018 desveló que tan solo 8 colegios, 6 de ellos privados, conseguían más plazas

en Oxbridge para sus alumnos que los otros 2.900 centros de secundaria en total. Para entonces, el ejecutivo de May estaba compuesto por más antiguos presidentes de la Oxford Union (Johnson, Gove y Damian Hinds) que por gente del BME (Sajid Javid).[479] La élite del país sigue legando sus privilegios de generación en generación.

Al igual que ocurrió con las advertencias de los científicos sobre el cambio climático, las estadísticas que mostraban el dominio de los colegios privados en las instituciones británicas se volvieron con el tiempo tan comunes que dejamos de prestarles atención. La desigualdad británica era apabullante y ayudó a motivar el voto por el Brexit, pero así eran las cosas antes.

En los últimos años, ha sucedido algo sorprendente: ha habido cambios. Una sucesión de vergonzosos detonantes ha sido el pistoletazo de salida que ha motivado que Oxbridge intente equilibrar el nivel de privilegio de sus alumnos: primero el estallido popular del Brexit, después el #MeToo, el Black Lives Matter y, por último, la mejora de los colegios estatales británicos. Así pues, Oxbridge se guía ahora por un sistema de «admisiones contextuales» que usa algoritmos para determinar las desventajas que ha superado un alumno para llegar al nivel académico de Oxbridge. Por ejemplo: ¿ha ido usted a un colegio privado o público? En el caso de que fuera un colegio público, ¿qué proporción de alumnos tenía garantizado el acceso al comedor escolar gratuito? ¿El suyo era un colegio selectivo? ¿Es usted la primera generación de su familia en acudir a la universidad?

Hoy por hoy, lo más importante es «la nota de los GCSE[480] contextualizada»: un factor fundamental a la hora de evaluar a los candidatos. Si un alumno tiene siete calificaciones A en los GCSE en un colegio en el que la media es de cuatro, cuenta mucho más que si lo consigue en un colegio que tiene una media de diez.

La nueva base de datos de admisiones de Oxford garantiza la transparencia interna: los tutores pueden comprobar a qué estudiantes admiten los diferentes colegios universitarios y en qué asignaturas, y ver también qué profesores siguen rechazando solicitudes de estudiantes de clase trabajadora con rendimientos académicos excelentes. De este modo, los colegios universitarios más progresistas pueden hacerse con esos estudiantes. Muchos tutores comparten el nuevo deseo de la universidad de ayudar a los estudiantes de entornos humildes. Uno de ellos me contó que había compartido muchas entrevistas de acceso con sus compañeros de claustro y que todos parecían estar dispuestos a seleccionar a estudiantes de clase trabajadora que habían ido a colegios públicos. Siempre que un alumno brillante de clase trabajadora se quedaba paralizado por el miedo en una entrevista de admisión, el tutor pensaba: «No voy a dejar que te quedes sin

esa plaza».

Además, en términos generales, la entrevista de acceso ya no es un factor determinante que condicione el acceso a Oxford, como sí lo fue para estudiantes como, por ejemplo, Fiona Hill en la década de los ochenta. Los tutores pueden pasar por alto una entrevista torpe —que habría sido fatal en su día— si el estudiante tiene notas excelentes, trabajos brillantes y referencias positivas de antiguos profesores. Por último, y para castrar en cierto modo la preparación para las entrevistas que reciben los alumnos de colegio privado, ahora, durante la entrevista de acceso, Oxford suele entregar a los candidatos, para su análisis, textos que nunca antes hayan visto.

De un tiempo a esta parte, los colegios universitarios organizan campamentos de verano, simulacros de entrevistas de acceso y jornadas de puertas abiertas para los jóvenes de colegios públicos desfavorecidos. El director de un colegio universitario me aseguró que todos los días invitan por lo menos a un grupo de jóvenes a ver la universidad. A los alumnos los guían estudiantes universitarios de su mismo contexto socioeconómico. El objetivo es convencer a los jóvenes (y a los profesores anti-Oxbridge) de que se merecen entrar en Oxford tanto como cualquier otro joven.

Por suerte, parece que el plan funciona. A principios de este siglo, los colegios privados (que educan en torno a un 7 por ciento de la población) todavía proporcionaban la mitad de los estudiantes nacionales;[481] para 2017, la cifra había bajado a un 42 por ciento. Tras esa caída, los cambios cogieron carrerilla. Cito el orgulloso anuncio de la universidad:

> Entre 2017 y 2021, del total de los estudiantes con domicilio en el Reino Unido admitidos en la universidad:
>
> El porcentaje de alumnos de colegios públicos pasó del 58,2 % al 68,2 %.
>
> El porcentaje de alumnos que se identifican como negros y de minoría étnica (BME) pasó del 17,8 % al 24,6 %.
>
> El porcentaje de alumnos de zonas socioeconómicas precarias pasó del 10,6 % al 17,3 %.
>
> El porcentaje de alumnos de zonas de baja progresión a la educación universitaria pasó del 12,9 % al 17 %.
>
> El porcentaje de alumnos que declara tener una discapacidad pasó del 7,8 % al 11,6 %.
>
> El porcentaje de mujeres pasó del 50 % al 55,2 %.[482]

Desde 2020 hasta 2022, las admisiones de estudiantes de colegios públicos se estabilizaron en un 68 por ciento, casi como si Oxford lo hubiera aceptado como

un objetivo colectivo tácito.[483] Este es el porcentaje más alto jamás registrado.[484] El número de etonianos que recibieron ofertas de Oxbridge pasó de 99 en 2014 a 48 en 2021.[485] En el curso 2020-2021, el viejo colegio universitario de Johnson, el Balliol, solo contaba con un etoniano entre sus 137 estudiantes de primero.[486] En cierto modo, el Oxford de la década de 2020 se parece bastante al Oxford de la de 1970. En aquella época, la universidad estaba llena de estudiantes de *grammar,* pero ahora casi todos esos estudiantes son mujeres. Me dicen que la mayor demanda para entrar en Oxford es del grupo de mujeres de clase media-alta, sencillamente porque la mayoría tienen expedientes académicos excelentes.

Es evidente que los alumnos de colegios privados todavía acaparan un desproporcionado número de plazas en Oxbridge. En total, los estudiantes de colegio privado representan menos de uno de cada diez estudiantes de menos de veinte años que terminan la secundaria e ingresan en la universidad.[487] Sin embargo, aportan casi uno de cada tres alumnos de Oxbridge. Los principales beneficiarios del nuevo sistema de acceso a Oxford son los estudiantes de clase media-alta que eligieron ir a colegios públicos, no los estudiantes de familias de clase trabajadora. Reflexiona Fiona Hill: «Incluso si me hubiera presentado [a Oxford] décadas después, seguiría sin tener posibilidades de entrar por haber ido a un *comprehensive*, el Bishop Barrington Comprehensive School».[488] Pero, en realidad, teniendo en cuenta el número de admitidos de las «zonas socioeconómicas precarias», llegado el año 2020 igual sí hubiera podido estudiar en Oxford.

A los estudiantes de colegios públicos desfavorecidos que ingresan en Oxford les suele ir muy bien académicamente, aunque el director de un colegio universitario me contó que piden más del sistema de bienestar de la universidad y tienen más posibilidades de ser suspendidos. Por inteligentes que sean, necesitan tiempo para aprender ciertas habilidades que los estudiantes de hogares con un mayor nivel educativo ya traen aprendidas de casa: recordemos que Hill se quedó desconcertada por la pregunta del examen de acceso que hablaba sobre Schopenhauer porque nunca había oído hablar de él.

En el mejor de los casos —y es un escenario más que plausible—, la era de Cameron y Johnson será el último adiós de la tradicional clase dominante.

De hecho, ya hay hijos de familias de la élite que se sienten avergonzados de sus privilegios, algo que no sucedía en la década de los ochenta. Un chico de veintipocos años me confesó que no había puesto su cargo como presidente de la Oxford Union en su currículum porque estaba muy mal visto. En 2017, el periodista Harry Mount, antiguo miembro del Bullingdon, informó de que el club

ya solo contaba con dos miembros.[489] «Nadie quiere unirse», explicó el *Telegraph*.[490] En la era de Google y del #MeToo, los derroches de un niño de papá privilegiado y borracho pueden acabar con una carrera. En 2018, la OUCA dejó de admitir entre sus filas a miembros del Bullingdon.[491]

Sospecho que veremos una caída en el número de alumnos británicos que acuden a colegios privados a medida que sus acomodados padres entiendan que las fortunas que pagan para llevar a sus hijos a los mejores colegios pueden acabar por disminuir sus posibilidades de entrar en Oxbridge. Aun así, seguro que muchas familias seguirán gastándose los cuartos. Después de todo, los colegios privados garantizan mejores instalaciones y una red de contactos de por vida. Ahora bien, Eton sin Oxford vale mucho menos que la combinación de los dos. La promesa de Oxbridge era parte de su negocio empresarial. No es de extrañar entonces que Oxford esté en el punto de mira de los directores de colegios privados que se quejan sobre «discriminación positiva».

En resumen: sí, ha habido muchos avances. Pero todavía en la década de 2020, buena parte de Oxford sigue igual. El rol desmedido de la retórica sigue vigente. Timothy Garton Ash, catedrático de Estudios Europeos en Oxford, exime al sistema de tutorías de toda culpa, pero dice: «Las *public schools* enseñan a sus estudiantes nociones superficiales de retórica. Les enseñan a hablar en público, a escribir trabajos universitarios y a improvisar en situaciones complicadas. La Oxford Union asienta esas bases, pero también entre todos aquellos que no han ido a una *public school*. Basta comparar la élite británica con la alemana».

Y, por desgracia, la tradicional casta dominante de Inglaterra no está ni mínimamente cerca de su desarticulación. Entre los países desarrollados, posiblemente solo el Estados Unidos del siglo XXI tenga una élite tan aislada del resto de la sociedad. Los señoritos británicos deben de estar deseando que el nuevo igualitarismo de Oxford no sea más que una moda pasajera. Como siempre han hecho, pretenden adaptarse a la nueva realidad y sobrevivir. En 2015, Eton construyó una gran cámara de debate[492] sin micrófonos o ayudas audiovisuales para que los estudiantes aprendieran a proyectar la voz en preparación para los debates en los Comunes (que sí tiene micrófonos). La búsqueda de reclutas en la Oxford Union para engrosar las listas del Partido Conservador sigue vigente. En un ominoso giro de los acontecimientos, el sobrino etoniano de Jacob Rees-Mogg, William, fue presidente de la OUCA en 2017. «Hablemos claro —le espetó al *Telegraph* el estudiante de Historia en un traje de chaqueta cruzada—. No soy nada guay».[493] En 2021, todavía había más de cien etonianos en Oxford.[494]

* * *

Imaginemos por un momento que Oxford consigue reformarse y se convierte en la institución meritocrática que siempre ha fingido ser. Supongamos que, por primera vez, deja de lado su función de embudo entre los colegios privados y la clase dominante. Incluso si logra hacer todo eso, todavía sería parte fundamental del poder en Inglaterra. Incluso si la clase dominante se volviera más diversa, trabajadora y brillante, Oxford y Cambridge seguirían seleccionando a la futura clase dirigente y diciéndoles al resto de los británicos de dieciocho años: «Lo siento, igual en vuestra próxima vida». ¿De verdad queremos que el país esté estructurado de tal manera que todos los premios en la vida dependan de la admisión a un grado en Oxbridge? Así es como funciona Inglaterra desde hace siglos, pero igual ya va siendo hora de que todo cambie.

Incluso una élite verdaderamente meritocrática tendería a fusionarse en una casta bien diferenciada con sede en Londres y separada del resto de la población. Sus miembros seguirían ayudándose a avanzar en el terreno profesional y perderían de vista cómo vive el resto de la sociedad. Una meritocracia real puede ser tan peligrosa como una de mentira.

No hay ninguna ley establecida que diga que Oxbridge tiene que elegir a la clase dominante de Inglaterra. He visto con mis propios ojos que un país no tiene por qué estar organizado en torno a una o dos universidades de élite. Yo fui a un colegio de habla neerlandesa en los Países Bajos hasta los dieciséis años. Mientras yo estaba en Oxford, mis amigos de la infancia fueron a universidades neerlandesas y recuerdo que cuando fui a visitarlos, volví a casa anonadado. Apenas tenían contacto con sus profesores. Mientras yo recibía atención personalizada en mi universidad, ellos se sentaban en grandes aulas y escuchaban hablar a un profesor en la distancia. Y el trabajo de clase les llevaba todavía menos tiempo que a mí. Algunos pertenecían a fraternidades que hacían poco más que beber. Vi a algunos de mis coetáneos neerlandeses dejar prácticamente la universidad para financiarse las cervezas con trabajos a jornada parcial. En aquella época, el Estado los becaba durante seis años para que acabaran una carrera que había de durar solo cuatro.

En mi caso, como estaba estudiando Historia y Alemán, pasé el tercer año en la Universidad Técnica de Berlín Occidental. Llegué a finales de septiembre de 1990, me zambullí entre las masas de Unter den Linden que celebraban la reunificación alemana un par de días después y pasé un año maravilloso viendo cómo las dos mitades de la ciudad se reencontraban. Recuerdo la emoción de ver pasar el autobús número cien: el primero que cruzó la ciudad desde la Segunda Guerra Mundial. Estudié con alemanes del este que no habían podido ir a la universidad en la RDA, en algunos casos porque ellos o sus familias habían

ofendido al régimen.

Pese a todo, aprendí más de ellos de lo que aprendí en la universidad de Berlín. Era muy similar a las universidades neerlandesas: igualitaria, con aulas grandes y con muchos estudiantes que compaginaban los estudios con el trabajo. Me sentaba en clase con treintañeros que llevaban ya una década terminando la carrera; un hombre se trajo a su bebé a clase. Conocí a un estudiante de Derecho de treinta y seis años al que le faltaba un examen para terminar la carrera y estaba haciendo todo lo posible por demorarlo porque sabía que, una vez lo aprobara, pasaría a ser un juez con largas jornadas de trabajo, en lugar de un joven becado que se tomaba las clases con calma y que trabajaba un par de horas a la semana llevando un taxi.

Oxford era mejor que todas esas universidades. En parte porque era una universidad muy selectiva y tenía un mayor porcentaje de alumnos brillantes. Y aun así, los Países Bajos y Alemania son países más ricos, más justos y más igualitarios que Inglaterra. Y supongo que si son más justos y más igualitarios será precisamente porque sus universidades no discriminan al estudiantado. Los niños alemanes y neerlandeses no van a colegios privados para salir de allí como monos entrenados a los diecisiete años. En esos países, no hay entrevista de acceso a la universidad. Estudias donde te apetece y ya de adulto te conviertes en un mono entrenado para poder optar a los trabajos. Los jueces del Tribunal Constitucional de Alemania, por ejemplo, acuden a una amplia variedad de universidades en Alemania y en Estados Unidos. Muchos acceden a través de tribunales de distrito en Alemania.[495] El mapa de los orígenes de los jueces del Tribunal Supremo de Inglaterra es mucho más pequeño.

Hoy por hoy, las universidades neerlandesas y alemanas son mucho mejores de lo que eran, pero el principio de la no discriminación sigue imperando en la vasta mayoría. En países sin universidades de élite, da igual a qué universidad vayas. Recibes una educación decente y después te toca demostrar tu valía en el trabajo que escojas. Las profesiones se deciden en la edad adulta, momento en el cual las trayectorias dependen un poco más de los logros personales que de quiénes sean tus padres.

Estos países evitan muchas de las típicas injusticias británicas: no se te cierra ninguna puerta de por vida a los diecisiete años por no haber recibido una carta de Oxbridge. No hay resentimiento de los excluidos que ven cómo sus carreras son torpedeadas por la casta brahmana de Oxbridge. No hay élites derrochando tiempo, dinero y capital social para meter hasta a los niños más indignos en Oxbridge. No hay directores histéricos de colegio privado que comparan las críticas a sus pupilos privilegiados con la persecución de los judíos por parte de

Hitler.[496] No hay ninguna universidad financiada casi exclusivamente por dos instituciones. No hay élites holgazanas y distanciadas del resto de la sociedad porque sus miembros cortaron los lazos con la realidad en su adolescencia o incluso antes.

Por el momento, el debate británico sobre la justicia en la educación se ha centrado más en los colegios privados que en Oxbridge. Pero los colegios privados no son el único problema de Inglaterra. Se podrían dejar tal y como están y, aun así, conseguir hacer un país mucho más justo. Al fin y al cabo, Canadá, Australia y Suecia tienen colegios privados, pero también tienen una movilidad social por encima de la media.[497] De hecho, Canadá es el país desarrollado con más movilidad social del mundo, dice la OCDE: entre 2002 y 2014, casi tres cuartas partes de los ciudadanos canadienses de entre veinticinco y sesenta y cuatro años estaban en una clase social distinta a la de sus padres.[498]

Esto se debe, en parte, a que los colegios privados en estos países no garantizan el acceso a una de las mejores universidades del mundo, ya que Canadá, Australia y Suecia no cuentan con las mejores universidades del mundo, excepto en algunas especializaciones puntuales (la Stockholm School of Economics, por ejemplo, garantiza el acceso a los mejores trabajos corporativos). Estos países tienen numerosas universidades buenas y ninguna ofrece privilegios sobre las otras. El escritor Malcolm Gladwell dice que tardó unos cinco minutos en solicitar una plaza en la Universidad de Toronto: «Lo hice una noche, después de cenar, en el otoño de mi último año en la escuela secundaria. […] No nos jugábamos mucho con la elección de la universidad».[499] Que se lo digan a un británico.

* * *

En los países donde existen instituciones de élite, hay una fuerte presión pública para reformarlas. El 1 de enero de 2022, la escuela de posgrado francesa para la élite, la École Nationale d’Administration, fue abolida. La ENA, donde fueron educados cuatro de los seis últimos presidentes franceses, incluido Emmanuel Macron y sus dos primeros ministros, no desapareció del todo. Se convirtió en una «institución para el servicio público» que aspiraba a ser «más meritocrática, más eficaz y estar más al servicio de la democracia».[500] La esperanza es que no vuelva a ser un lugar donde la élite francesa se reproduzca en su propio beneficio.

Inglaterra podría pensar en una solución similar para Oxbridge. Estamos hablando de universidades magníficas, y lo ideal sería poder preservar su

excelencia, pero evitar que dieran clases a estudiantes universitarios. Así acabaríamos con la distorsión que causa Oxbridge en la vida británica.

Oxford y Cambridge seguro que se beneficiarían del cambio. Ahora mismo, cada estudiante británico que aceptan es dinero que pierden: las 9.250 libras de la matrícula no llegan a cubrir los costes. Si dejaran la enseñanza de lado, podrían centrarse en la investigación, los másteres, la creación de compañías tecnológicas y, sobre todo, a ganar todavía más dinero a base de dar conferencias corporativas y de impartir cursos para perfiles ejecutivos y directivos. De hecho, Oxford ya ha dado pasos en esa dirección. En 2018, por primera vez en su historia, la universidad tenía más estudiantes de máster que estudiantes de grado. Por ejemplo, el nuevo colegio universitario, Reuben College, se especializa en estudiantes de máster de ciencias. Es más, Oxford se jacta de tener el mayor presupuesto para investigación de cualquier universidad europea, y los beneficios derivados de la investigación doblan los beneficios de las tasas de grado y de máster.

Pero, volviendo a lo importante, Oxford y Cambridge podrían servir para educar a las clases de Inglaterra condenadas al ostracismo. Podrían recapacitar a adultos con talento que no han tenido acceso a una educación cualificada o invitar a sus cursos de verano a adolescentes prometedores de contextos desfavorecidos. No se trata de desperdiciar la excelencia de Oxbridge, sino de llevarla mucho más lejos.

Hay quien dice que una nueva élite de universidades —quizá el Imperial College y el University College London— acabaría reemplazando a Oxbridge. Pero eso no es lo que ha pasado en Canadá, Suecia o Australia. El resto de las universidades británicas jamás tendrán el prestigio y la riqueza de Oxbridge. Y, sí, es probable que sin Oxbridge muchos estudiantes de la *public school* decidan irse a Estados Unidos a estudiar la carrera en una universidad pija al otro lado del charco, pero puede que a largo plazo eso suponga la exportación de buena parte de la casta dominante hereditaria.

Los etonianos podrían intentar apoderarse de los másteres y doctorados de Oxbridge, pero, al menos, la edad de acceso sería a los veintiún años y se tendría en cuenta la educación especializada que hubieran recibido en el grado, no solo la clase social de los padres. Además, es poco probable que un doctorado en Biología Molecular o en Historia de la India Precolonial te acabe llevando a Downing Street.

Si no, también podríamos esperar que la élite más meritocrática que se está educando en Oxford ahora mismo fuera lo suficientemente altruista como para crear un país más justo. Aunque no podemos descartar que decidiera perpetuarse

en el poder.

---

[468] Cummings, Dominic, «Times op-ed: What Is To Be Done? An answer to Dean Acheson's famous quip», blog de Dominic Cummings, 4 de diciembre de 2014.

[469] Masters, Brooke, «How Britain's private schools lost their grip on Oxbridge», *Financial Times*, 2 de julio de 2021.

[470] Snow, *Oxford Observed*, pp. 101-102.

[471] «Celebrating the impact of philanthropy: £3.3 billion raised through the Oxford Thinking Campaign», *Oxford University Development Office*, 14 de octubre de 2019.

[472] Parker *et al.*, «Inside Boris Johnson's money network», *Financial Times*.

[473] Jack, Andrew, «Reuben brothers fund new Oxford college with £80m donation», *Financial Times*, 11 de junio de 2020.

[474] University of Oxford, «Course fees for 2023 entry», disponible en https://www.ox.ac.uk/admissions/undergraduate/fees-and-funding/course-fees.

[475] Badshah, Nadeem y Richard Adams, «Oxford vice-chancellor "embarrassed" to have Michael Gove as alumnus», *Guardian*, 1 de septiembre de 2021.

[476] Bolton, Paul, «Briefing paper: Oxbridge "elitism"», House of Commons Library, 25 de mayo de 2021.

[477] Verkaik, *Posh Boys*, pp. 322-323.

[478] «Access denied: Oxford admits more Westminster pupils than black students», *Cherwell*, 23 de mayo de 2018.

[479] Sallis, Tara, «More Union Presidents than BME people in cabinet», *Cherwell*, 19 de enero de 2018.

[480] Certificados generales de Educación Secundaria. Títulos de educación que obtienen los alumnos a través de exámenes cursados en secundaria en Inglaterra, Gales e Irlanda del Norte. (*N. de la T.*).

[481] Graham, *Playing at Politics*, p. 206.

[482] University of Oxford, «Undergraduate admissions statistics», disponible en https://www.ox.ac.uk/about/facts-and-figures/admissions-statistics/undergraduatestudents.

[483] Oxford no se ha marcado ningún objetivo en lo que a la admisión de estudiantes de colegios públicos se refiere. Cambridge, en cambio, sí: admitir a un 69,1 % para el curso 2024-2025. Cf: Bolton, «Briefing paper: Oxbridge "elitism"».

[484] Hill, *There Is Nothing For You Here*, p. 320.

[485] Masters, «How Britain's private schools lost their grip on Oxbridge», *Financial Times*; y Adonis, «State schools and the quiet revolution at Oxbridge», *Prospect*.

[486] Brooks, Richard, «"Elite v plebs": The Oxford rivalries of boys who would never grow up to be men», *Guardian*, 26 de septiembre de 2021.

[487] Bolton, «Briefing paper: Oxbridge "elitism"».

[488] Hill, *There Is Nothing For You Here*, p. 320.

[489] Mount, Harry, «Bye bye, Buller», *Spectator*, 18 de febrero de 2017.

[490] Willgress, Lydia y Sam Dean, «Bullingdon Club at Oxford University faces extinction because "nobody wants to join"», *Daily Telegraph*, 12 de septiembre de 2016.

[491] Gould, Tom, «Tories revolt as OUCA President pushes through Bullingdon Club ban», *Oxford Student*, 1 de noviembre de 2018.

[492] John Simpson Architects, «Debating Chamber Eton College», sin fecha, disponible en http://www.johnsimpsonarchitects.com/pa/Eton-College-hm.html, consultado el 19 de julio de 2021.

[493] Mintz, Luke, «Meet William Rees-Mogg, the nephew of Jacob, trying to sell Conservatism to a new generation», *Daily Telegraph*, 26 de julio de 2017.

[494] Adonis, «State schools and the quiet revolution at Oxbridge», *Prospect*.

[495] Disponible en https://twitter.com/cornelban73/status/1259759306221764609.

[496] Doward, Jamie, «Head likens criticism of private schools to antisemitic abuse», *Guardian*, 11 de mayo de 2019.

[497] Inman, Phillip, «Social mobility in richest countries "has stalled since 1990s"», *Guardian*, 15 de junio de 2018.

[498] Maclean, «Canada is one of the most socially mobile countries in the world. Here's why», 14 de agosto de 2018.

[499] Gladwell, Malcolm, «Getting in», *New Yorker*, 2 de octubre de 2005.

[500] Ouest-France con AFP, «L'ENA auru disparu dès le 1er janvier 2022», 11 de abril de 2021.

Agradecimientos

Muchas gracias a todos los que aceptaron ser entrevistados para este libro.

En concreto, me gustaría darle las gracias a Michael Crick. Tras acceder a ser entrevistado, me abrió su extensa libreta de contactos, lo que me ayudó a hablar con algunos de los protagonistas de esta historia. También hizo uso de sus reputadas habilidades de verificación para corregir el manuscrito. Cualquier error restante es culpa mía y solo mía.

Dan Dombey, Andrew Frankin, Adam Kuper, James McAuley y Calah Singleton también leyeron el manuscrito e hicieron sugerencias de lo más útiles. Gracias a Andrew por creer en este libro desde el principio y a Gordon Wise por venderlo con tanto ahínco. Ellen Hendry y Pauline Harris dedicaron un tiempo impagable al estudio de los archivos de Oxford.

También me gustaría dar las gracias a Charles Aldington, Anthony (de Dunedin Academic Press), Suzanne Antelme, Richard Beard, Alan Beattie, Carl Bromley, Penny Daniel, Anna Davies, Christian Davies, Fred Defossard, Paul Dray, John Foot, Penny Gardiner, Jasper Gibson, Constantine Gonticas, Pieter Garicano, Duncan Gray, Victoria Hostin, Howard Jacobs, Tim Leunig, Edward Luce, Marianne Macdonald, Rana Mitter, Rebecca Nicholson, Rosie Parnham, Ilaria Regondi, Alec Russell, Katrine Sawyer, Derek Shearer, Simon Skinner, Ricardo Soares de Oliveira, Mike Stein, Anna y Svitlana Stovpova, Charlotte Thorne, Emma Tucker, Catherine de Vries, William Wright y Valentina Zanca.

Este libro salió de un artículo que publiqué en el *Financial Times* en 2019, y sin mis compañeros de redacción jamás habría sido posible. Esther Bintliff, Piero Bohoslawec, Emma Bowkett, Andrea Crisp, Alice Fishburn, Sophie Hanscombe,

Jane Lamacraft, Anthony Lavelle, Josh Lustig, Neil O’Sullivan, Cherish Rufus, Alec Russell, Josh Spero y Matt Vella encargaron, editaron, corrigieron, publicaron y encontraron fotografías para varios de mis artículos que ahora forman parte de este libro. Estoy eternamente agradecido por su profesionalidad, su tolerancia política y su devoción por la rigurosidad. También le agradezco al *Financial Times* que me haya dejado reutilizar el material.

¿Y qué decir de Pamela Druckerman? Lleva todos estos años aguantándome, aunque no sé muy bien por qué. Tiene todo mi amor. Al igual que Leila, Leo y Joey.

Índice

Amigocracia



Poder. Privilegio. Fiestas. Es un mundo muy pequeño en la cima.

Boris Johnson, Michael Gove, David Cameron, George Osborne, Theresa May, Dominic Cummings, Daniel Hannan, Jacob Rees-Mogg: Whitehall está plagado de viejos oxonianos. Han debatido entre ellos en las tutorías, se han enfrentado en las elecciones estudiantiles y han asistido a los mismos bailes y cenas de etiqueta.

No son sólo colegas: son compañeros, rivales, amigos. Y, cuando salieron del mundo de los debates estudiantiles para entrar en la escena nacional, llevaron consigo su política universitaria.

Trece de los diecisiete primeros ministros británicos de la posguerra estudiaron en la Universidad de Oxford. En Chums, Simon Kuper analiza cómo la atmósfera enrarecida y privilegiada de este estrechísimo grupo de talentos -y las amistades y visiones del mundo que creó- dio forma a la Gran Bretaña moderna.

Una mirada condenatoria a la camarilla universitaria convertida en mayoría en la Cámara de los Comunes que abrirá de par en par las puertas de Westminster y cambiará para siempre la forma de ver la democracia del Reino Unido.

‘Brillante... remonta el Brexit a las cámaras de debate de la Oxford Union en la década de 1980' - **James O'Brien**

‘Un mordaz ataque a la sonriente insinuación de Oxford de que la política es sólo

un juego. No lo es. Es importante' - **Matthew Parris**

‘Un libro de fuegos artificiales' - **Lynn Barber,** ***Spectator***

‘Exquisito y deprimente a partes iguales' - **Matthew Syed,** ***Sunday Times***

‘Fascinante ... El cuadro que dibuja Kuper es el de una nación con una clase dirigente decadente y profundamente poco profesional, un diagnóstico con el que es imposible no estar de acuerdo' - ***THE TIMES OF LONDON***

‘Un penetrante análisis de las conexiones que permitieron a una incestuosa red universitaria dominar Westminster y dar a luz al Brexit. Perspicaz y lleno de sorpresas’- **Tim Adams,** ***The Guardian***

Simon Kuper. Escritor sudafricano-británico. Nació en Uganda, de padres sudafricanos, y de niño se trasladó a Leiden (Países Bajos), donde su padre, Adam Kuper, era profesor de antropología en la Universidad de Leiden. Lleva el nombre de su abuelo, el padre de Adam Kuper, juez del Tribunal Supremo sudafricano asesinado en 1963. Ha vivido en Stanford, California, Berlín y Londres. Estudió Historia y Alemán en la Universidad de Oxford y asistió a la Universidad de Harvard como becario Kennedy. Ganó el William Hill Sports Book of the Year en 1994 con su libro *Fútbol contra el enemigo*. También ha escrito para *The Observer* y *The Guardian*, y actualmente es columnista deportivo del *Financial Times*.

Título original: *Chums: How a Tiny Caste of Oxford Tories Took Over the UK* (2023)

Edición en ebook: noviembre de 2023

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-127084-6-2

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com